

1985
3

CUADERNOS
MONOGRAFICOS
PUNO Y HORA
DE EUSKAL HERRIA



LAS NUEVAS RUTAS DEL EXILIO VASCO

J. S. Erauskin
J. F. Azurmendi



Gregorio Jiménez, en el centro, acompañado del abogado y de José Félix Azurmendi en el penal de Costa Rica.



Endika Iztueta y Tomás Linaza con un paisano, por las calles de San Vicente en Cabo Verde.

Las nuevas rutas del exilio vasco

J.F. AZURMENDI - J.S. ERAUSKIN

En el mes de Agosto, y a lo largo de veinte días, el diario «Egin» publicó un serial en el que se recogía la peripécia humana de un viaje de visita a los deportados vascos de Cabo Verde, Togo, Panamá, Cuba, Costa Rica, Santo Domingo y Venezuela. Posteriormente, Alfonso Etxegaray sería deportado al Ecuador ampliándose así el número de los países receptores. Igualmente, Lete Etxaniz sería trasladado a Cabo Verde. La premura del viaje, sobre todo en América, impidió un contacto más prolongado con los «venezolanos» y «cubanos».

Con todas las limitaciones, éste es el balance de una ruta por los nuevos exilios vascos que, ahora, «Punto y Hora» recoge en un monográfico ante las numerosas peticiones de muchos lectores.

PUNTO Y HORA

DE EUSKAL HERRIA

Edita: Orain, S.A.
Imprime: Ardatza, S.A.
Redacción y administración:
**Apartado 1.397,
San Sebastián.**
Telf.: 943-55 47 12.
Depósito legal:
SS-665/77.

DISTRIBUCION

Bilbo: Telf.: 94-424 44 05.
Iruña: Telf.: 948-22 71 00.
Donostia: Telf.: 943-55 47 12.
Gasteiz: Telf.: 945-23 00 31.
Barcelona: Jorge Nicuesa.
Córcega, 689-5° — 2.
Telf.: 93-256 72 11.
Madrid: Paulino Jiménez.
Telf.: 91-206 42 64.
Zaragoza: Dasa.
Telf.: 976-21 07 35.

número 404

ÍNDICE

- 5 El largo e interminable peregrinar de un pueblo
- 9 Los bermeanos estaban ya allí
- 13 Isla de Gorée: Las raíces de Kunta Kinte
- 19 Cabo Verde: Los solitarios de San Vicente
- 23 Cabo Verde: La sombra de Amílcar Cabral es alargada
- 27 Cabo Verde: Las horas y los días de los deportados
- 33 De San Vicente a Lomé por los aeropuertos de África
- 37 Togo: Pulgarcito en la cueva del Ogro
- 41 Togo: El limitado universo de las tortugas
- 47 Pájaros y aviones que siempre vuelven a casa
- 51 El Caribe estrena el «deporte del vasco»
- 53 Venezuela, un país para querer
- 55 El Metro, una nueva medida para Caracas
- 57 Vuelos pagados y en mala compañía
- 59 Panamá, un país de tránsito a ninguna parte
- 63 Un ondarrés en el Hospital Paitilla
- 67 Panamá, un estratégico país
- 69 Así nos dejaron tirados en Curazao, camino de Santo Domingo
- 71 La policía dominicana quiso poner un sello en el aire
- 73 Llegamos a tiempo para asistir al festival merengue
- 77 Una gestión entre presidentes dejó a Etxebeste en República Dominicana
- 79 La policía costarricense se interesa por nosotros
- 83 Una costa no tan rica
- 85 Liberar a Gregorio, un objetivo compartido
- 89 Managua, nueva vía para llegar a Cuba
- 93 ¿Qué pasa con los etarras, comandante?

El largo e interminable peregrinar de un pueblo

Tras la pequeña escala que hemos hecho hace media hora en Las Palmas, voy un poco adormilado. Las tiendas estaban cerradas en la estación de tránsito —eran ya las diez de la noche— para comprar alguna baratija y justamente hemos aprovechado para estirar las piernas.

José Luis está cansado también. Llevamos un buen tute desde la mañana, desde antes de ir a Sondika para tomar el avión de Madrid de las cuatro de la tarde. Hojeo perezosamente el «Diario de Las Palmas» y comento con José Luis una noticia que aparece perdida en medio del periódico: *«Los mandos policiales y los políticos gobernantes han respirado con alivio ante el anuncio hecho por Cubillo de fijar su retorno a las islas, para la segunda quincena del próximo mes de julio. Tanto en la clase política como en medios policiales se había detectado cierta preocupación ante la posibilidad de que el dirigente independentista hiciera coincidir su llegada al archipiélago con la de los reyes don Juan Carlos y doña Sofía».*

Un viaje muy peculiar

El exilio de Cubillo da pie para volver a lo nuestro: el objetivo de nuestro viaje. A mí me toca intentar recoger y plasmar en folios y fotografías la pericia humana de unos compatriotas forzados al lejano destierro. José Luis Elkoro les lleva el cálido aliento de su formación política, el mensaje de solidaridad de muchos vascos que se identifican con ellos.

Vuelvo a releer —lo tengo entre las manos en el «Diario 16» de hoy (24 junio)— un significativo y desesperanzado artículo del sociólogo Amando de Miguel: *«Los llamados terroristas (o patriotas) no son cuatro locos. Reciben el apoyo, la simpatía o por lo menos la comprensión de una parte sustancial del pueblo euskaldún. Desconocer este hecho es de tontos. Colaboran con medios vio-*



Un grupo de deportados en la isla de Yeu, entre los que pueden verse a Pérez Revilla, Usurbil y Argala, reciben la visita del padre de «Txikia».

lentos al fin desesperado de la independencia vasca... No ha servido de gran cosa la publicitada cooperación con el Gobierno francés, ni la política de reinserción social, ni las 'énnergicas condenas', ni la pretendida colaboración ciudadana. Estamos cerca de lo que se llama un problema insoluble».

José Luis y yo, por nuestra parte, coincidimos bastante en los términos y coordenadas de este «problema insoluble». Al fin y al cabo somos producto de una misma generación y hasta nos unen recuerdos comunes desde aquel lejano 1945, con diez años ambos y en la misma clase del colegio de los «Coras» de Gasteiz, unidos tal vez por el mismo inconsciente antifascismo.

Ahora vamos los dos, rumbo al corazón de África, volando en la casi noche

en un avión de Iberia y al encuentro de un puñado de deportados de nuestro pueblo. Me voy adormilando poco a poco y pienso en los interminables exilios vascos.

Una historia de desgarros

El exilio, las deportaciones, el salto al vacío y a lo desconocido viene a ser una constante en la historia tanto oficial como doméstica de nuestro pueblo. El apego a la tierra siempre ha vivido en nosotros compaginado con el gusto o el destino de las lejanas latitudes. Marineros y pescadores, aventureros y conquistadores, misioneros o pelotaris, pastores, leñadores, o pura y simplemente deportados y exiliados, componen un representativo abanico de ese vasco que ejerce como tal en el último extremo del

mundo y cuyo símbolo, seña y figura más representativa, bien pudiera ser el bardo Iparraguirre perdido en un rincón de la Pampa argentina y con la retina bloqueada por el recorte familiar de unos montes marcados por las hayas y los helechos. «Ara nun dira mendi mai-teak» canta el de Urretxu, y de golpe se funde en un relámpago de acercamiento la inmensa, la abismal distancia que separan los llanos infinitos de los gauchos, de la tierra madre, el caserío, los húmedos orígenes del desterrado.

Joan behar dugu urrutira

La historia de la dispersión vasca se confunde en el túnel del tiempo. Siguiendo de él, como texto capital y significativo, ahí está la reflexión que sobre los vascos se hacia el diplomático veneziano Navajero en su relato del viaje por la península ibérica en 1524: «Los vascos salen mucho al mar por tener muchos puertos y muchas naves construidas con poquísimo gasto, por la gran cantidad de robles y de hierro que poseen; por otra parte, la poca extensión de la región y el gran número de gente que la habita les obliga a salir fuera para ganarse la vida».

Tierra pués de marinos y de pescadores, de emigrantes, los vascos llenarán

las gestas escritas y los recuerdos hablados con la dispersa andadura de unos caminos que les llevarán a los más lejanos confines.

Huellas en la lejanía

Uno ha visto in situ los restos de las estelas funerarias del siglo XVI y XVII de los pescadores vascos del bacalao, en la lejana bahía de Placentia en la isla de Terranova, y se ha emocionado en aquellas latitudes al tropezarse con el letrero de la bahía de Biskaia o con una ciudad de veinte mil habitantes que lleva el nombre de Port Aux Basques.

Más tarde, en una isla perdida francesa, Saint Pierre et Miquelon, ha encontrado las huellas de los apellidos de Iparralde y en la plaza central del pueblo, se ha topado con un frontón abierto con la leyenda inesperada del «Zazpiak bat» y los inesperados rojo, blanco y verde campeando en el desolado paisaje helado del Atlántico Norte.

La saga de los pescadores, de los colonizadores, de los soldados, de los misioneros, atraviesa los meridianos y las latitudes para sorprender con el brillo de un apellido o de una hazaña gloriosa o siniestra en el otro extremo del mundo. Andrés de Urdaneta y Miguel López de Legazpi se mueven en el Pacífico a prin-

cipios del XVI, ese mismo Pacífico surcado posteriormente por misioneros o pelotaris de cesta punta de los cuadros de Macao, Manila, Hong Kong o Singapoo.

Antes, en la ruta abierta por Magallanes para circundar al globo, un vasco de Getaria, al que acompañarán al menos una treintena de guipuzcoanos, será el capitán victorioso que volverá en la Nao «Victoria» con los últimos supervivientes para recibir el espaldarazo del «Primus circumcedisti me».

Francisco de Javier, otro vasco cuya familia se ha opuesto con las armas hasta el final a la anexión de los castellanos, recorrerá el Oriente, las Indias, Goa, Japón, para morir murmurando ininteligibles frases en euskara, en una playa de Canton, a las puertas de China.

Ni naiz kapitan pillotu

Esa larga cadena de nombres ilustres, recordados tal vez con estatuas o monumentos desgastados por el peso de los años, o simplemente con el nombre de una calle en el más inesperado y lejano país de la tierra —Blasco de Garay, Avendaño, Iñiguez de Karkizano, Pascual de Andagoya, Martínez de Irala,



Chalutier couvert de glaces



Saint Pierre - Miquelon



Le Nouveau Port

St PIERRE et MIQUELON



Une rue de St-Pierre



Une vue de la Ville



Quai du Commerce

En la lejana isla de Saint Pierre, el recuerdo del Zazpiak Bat.

etc.— tiene en la aventura equinoccial de Lope de Aguirre, el aventurero de Araoz, un calificado exponente del «vasco decidido y valiente» como el Gallardi de Pío Baroja, dispuestos a recorrer el mundo sin mirar demasiado para atrás.

Es la otra cara de la moneda: vascos anónimos de las terribles historias de bucaneros, piratas y negreros. Las aventuras de «L'Olonnois» o de «Michel le Basque», son parte de la leyenda oscura de los filibusteros, aventureros o desalmados capitanes de buques dedicados a la trata de negros. Pío Baroja ha pintado con vigorosos trazos este sombrío y descarnado periplo de los marineros vascos. Marineros que, por otra parte, han recorrido y siguen recorriendo el mundo pilotando ahora cargueros o petroleros como anteriormente lo hicieran en bergantines o galeones haciendo buenas las palabras de Lope Martínez de Isasti que, a comienzos del siglo XVII y refiriéndose a los guipuzcoanos decía: «Han navegado lo más del mar Océano, hasta la Florida e Indias, Noruega, Inglaterra, Irlanda y otras islas siendo pilotos muy diestros y cursados en la mar».

Pastores y pelotaris

La efímera gloria política de los Paul Laxalt, Pete Cenarruza o Etxeberria como senadores o gobernadores de la USA de hoy, no puede hacer olvidar a los abuelos, aquellos jóvenes y decididos pastores o leñadores que un buen día hicieron el hatillo y cruzaron el charco para perderse en los desiertos y montañas de Reno y Nevada.

La comunidad vasca de Idaho, los jóvenes estudiantes que vuelven a Oñati o a Ustaritz para recobrar el idioma de sus mayores nos recuerdan una saga de dolorosas emigraciones que ha durado hasta ayer.

Y además están los «americanos» que tal vez vuelven en verano a encancharse en los frontones de Gernika, Markina, Miarriz o Donibane y que a los diecisésis años con una «chistera» bajo el brazo como único bagaje se lanzaron a la aventura de La Habana, Brigdeport, Miami, Mexico, Macao o Manila.

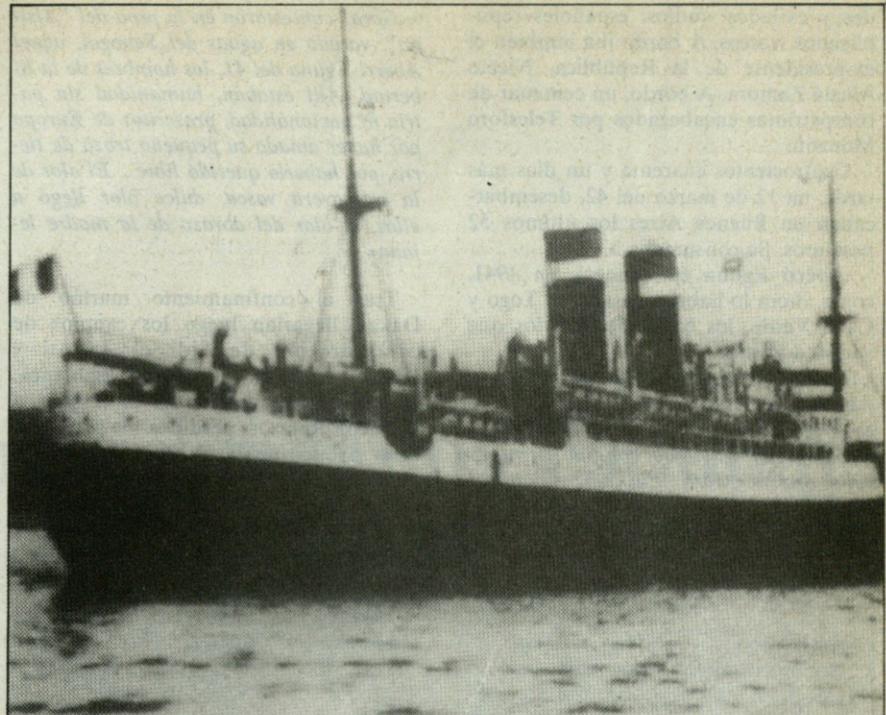
Pelotaris de cesta punta, pequeñas colonias vascas de peculiares emigrantes de un deporte que por autóctono lleva en sí mismo la marca de la dispersión.

El problema vasco

Pero por encima del espíritu audaz o aventurero del vasco, está además la huella de su éxodo más desgarrado, el de sus exilios políticos.

A partir de las dos guerras perdidas en el siglo XIX y sobre todo tras el desastre de la guerra del 36, oleadas de compatriotas han buscado su supervivencia en la extensa geografía del mundo.

Los carlistas de 1830 y del 70 que se exiliaron en Iparralde y a lo largo de Eu-



El «Alsina», más de un año para llevar a los vascos al otro lado del Atlántico.

ropa y América, son sólo el prenuncio de los miles y miles de exiliados que serán empujados por la garra mortal del fascismo.

Son los que atraviesan el puente de Irún entre los cañonazos y las llamas apretando los colchones o las últimas pertenencias y protegiendo las figurillas famélicas de unos niños con patria pero huérfanos.

Son las colas patéticas por la carretera de Santander en la evacuación de Bilbao o las escenas imborrables en los muelles de la ría, cuando el «Seven Spray Sea» o el «Habana» se llevan la tierna carga de los niños sin hogar a Inglaterra o a Rusia.

Es pura y simplemente el exilio y los campos de deportación de Gurs y la Ciudadela de Donibane Garazi. La clandestinidad en una Francia ocupada por los nazis y el intento desesperado de los barcos neutrales que atravesarán el Atlántico en busca de la nueva tierra de promisión. La inmensa desbandada americana se saldrá con un rosario interminable de noveles episodios dignos de una memorable saga.

Ahí queda la escapada de los dos pesqueros que atraviesan un Atlántico minado por los submarinos alemanes. El «Bigarreña» y el «Donibane» repletos de exiliados hacen la travesía de Baiona a Venezuela al mando de los capitanes José María Burgaña y Pedro Ruiz de Loizaga.

El «Exodo» de los perdedores

El Gobierno vasco quedará troceado y disperso por la geografía del exilio: José Antonio Aguirre en París, Bélgica,

Alemania y Estados Unidos; Monzón, a través del campo de concentración de Casablanca, en México; Aznar, en Venezuela; Irujo, en Inglaterra; Aldasoro, en Argentina...

Los perros sabuesos españoles y alemanes buscan el rastro de los vencidos. Acaban de fusilar a Companys y necesitan más cadáveres.

La historia de las travesías clandestinas, los documentos falsificados (el presidente Aguirre bajo la personalidad de un diplomático panameño), las travesías atlánticas de buques como el «Bretagne», el «Nyassa» y sobre todo la angustia de los que tienen que esconderse en Francia bajo la amenaza nazi, es la historia de toda una generación que José Luis y yo hemos vivido sólo de refilón, por las historias de los parientes, por el destierro de unos tíos o de unos primos a los que apenas llegamos a conocer perdidos en la bruma de la niñez. Hablamos de ello mientras nuestro aparato avanza en la ruta africana.

Doscientos mil vascos buscaron la ruta del exilio. Ahora nos hemos puesto en camino para seguir la pista de otros exilios. Dentro de media hora llegaremos a Dakar y ese nombre me trae irremediablemente a la memoria el recuerdo inevitable de Telesforo Monzón, un personaje capital en mi vida y sobre todo en la de José Luis Elkoro.

Un viaje interminable

El 27 de enero de 1941 un buque de la «Sociedad Marítima de Transportes», el «Alsina», fondeaba en la bahía de Dakar. El barco había salido de Málaga tras innumerables peripecias, el 15 de enero. A bordo, centenares de refugiados

dos y exiliados: judíos, españoles republicanos, vascos. A bordo iba también el ex-presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora. A bordo, un centenar de compatriotas encabezados por Telesforo Monzón.

Cuatrocientos cuarenta y un días más tarde, un 12 de marzo del 42, desembarcaban en Buenos Aires los últimos 52 pasajeros. Se consumaba a.

Aberri Eguna en Senegal, en 1941, como ahora lo habrán pasado en Togo y Cabo Verde, los compañeros a los que vamos a visitar.

He podido repasar ahora las calientes páginas de Arantza Amézaga y recojo esos recuerdos escritos: «*Al final Telesforo Monzón exclamó con su potente y bella voz: —Gora Euskadi Askatuta!*

— *Gora! contestaron en la proa del "Alisia", varado en aguas del Senegal, aquel Aberri Eguna del 41, los hombres de la libertad. Allí estaban, humanidad sin patria ni nacionalidad, proscritos de Europa por haber amado su pequeño trozo de tierra, por haberlo querido libre... El olor de la primavera vasca, dulce olor llegó a ellos, el olor del abrazo de la madre lejana».*

Tras el confinamiento marino de Dakar, llegarían luego los campos de concentración de Sidi el Ayhasi y Kahsba Tadla al interior de Casablanca. Y casi un año más tarde la llegada a México. Retazos perdidos de este penoso éxodo me llegarían de boca del mismo Telesforo en los últimos años



En Porquerolles, cuando los deportados eran saludados por las autoridades locales.

guerreros del inolvidable bergarés.

Fue él, precisamente Telesforo, el que realizó naturalmente el empalme de los exilios y deportaciones de los años cuarenta, con los que se iniciaron en el Estado francés en 1961 cuando las primeras medidas de expulsión a Txillardegi, Madariaga, Del Valle y Elosegi.

En 1971 Telesforo Monzón y «Los de la huelga de hambre» de la Catedral de Baiona (Arakama, Iriarte, Kabasés, Uribarri y otra vez Txillardegi) eran expulsados de Iparralde.

La larga cadena de los proscritos

Desde hace más de veinte años, casi un centenar de vascos han ido recibiendo expulsiones y confinamientos, ellos que ya estaban refugiados tras la muga de Iparralde. En 1971, a Julen Madariaga le meten en un avión y le mandan a Chile. Antes, en la década del sesenta, se iniciaban ya las «asignaciones a Departamentos», que se intensificaron en los setenta. Así trasladan a «Txikia» a Poitiers, «Argala» a Gravelines, Larreategi a Angulema... Y la isla de Yeu se convierte por obra y gracia de París en isla-prisión para los vascos. Y luego están Valensoles, y Perigueux, y Evreux, y...

1984, sin embargo, con los acuerdos socialistas de Madrid y París marcará el punto más álgido de la represión hispano-francesa. Y llegan las extradiciones y las deportaciones por todo el mundo: Venezuela, Cuba, Panamá, Cabo Verde, Togo son los nuevos puntos negros de la diáspora y del exilio vasco.

En 1985 las distancias, los exilios y las lejanías siguen marcándose con trazos rojos en Euskadi. A pesar de los Boeing y los Concorde, los kilómetros y las millas pesan con la misma desesperada nostalgia.

Vamos a recorrer durante estos días una extraña y quebrada ruta que nos llevará en difícil zig-zag por la geografía de África y América al encuentro de los últimos exiliados vascos, de los sonoros deportados cuya peripécia personal llenó no ha mucho las primeras planas de los periódicos. Ahora ya no son noticia. Acosados por sus guardianes unos, más libres de movimientos otros, todos ellos se han convertido en forzados emigrantes, vascos caracterizados de una diáspora que si no empezó con ellos, con ellos sin embargo ha adquirido un carácter político del que careció a lo largo de muchas décadas.

Largo e interminable peregrinar de un pueblo cuyo norte, a través del exilio de sus mejores hijos, es pura y simplemente la libertad. Una libertad con mayúsculas que en el camino va dejando sangre y desgarros. Nuestro papel ahora es levantar acta notarial de alguno de estos desgarrados girones. Esto no es una ruta turística. Estamos haciendo historia.

Dakar: Los bermeanos estaban ya allí

La llegada a Dakar con el acoso de maleteros y pedigüeños, da paso a una incursión sobre la sociedad senegalesa, construida sobre los restos del colonialismo francés y a remolque del presidente-poeta Leopoldo Senghor.

Las contradicciones de Dakar y Senegal, puerta de África y cruce de razas y culturas, queda al descubierto tras unos pequeños retazos descriptivos de ese enorme champiñón demográfico situado en la punta más occidental del continente africano.

Allí, en ese puerto y en sus muelles extensos, entraron hace años por primera vez los atuneros de Bermeo. Imanol Berriatua, el franciscano que posteriormente volcaría sus esfuerzos en la enseñanza del euskara, escribió sus más vivas y sentidas crónicas, compartiendo el forzado exilio del trabajo de sus compañeros pescadores vascos.

El avión ha empezado a perder altura en la noche aún recién estrenada. Marca mi reloj en la muñequera la 1,30 de la mañana, pero en Dakar deben de ser todavía las 11,30 de la noche. Se ven las luces abajo y en cierto modo me impresiona saber que sobrevuelo ya sobre la tierra firme del continente africano. Senegal, Dakar tienen resonancias muy concretas: África. Y sin embargo, las luces alineadas abajo pueden ser las luces de cualquier ciudad europea. De noche no hay chozas ni bidonvilles. Ni palmeras, ni arena.

De noche la única referencia africana es esta luna pura y redonda que se impone al exterior del vagón espectral en el que viajamos. Es una sesación irreal y vagamente desagradable. Alineados en las butacas bajo los módulos de luz y con la claridad indirecta y artificial como tónica, los portillos y ventanas no comunican con el exterior, aíslan definitivamente. Tengo que hacer un grandísimo esfuerzo para desentrañar las luces

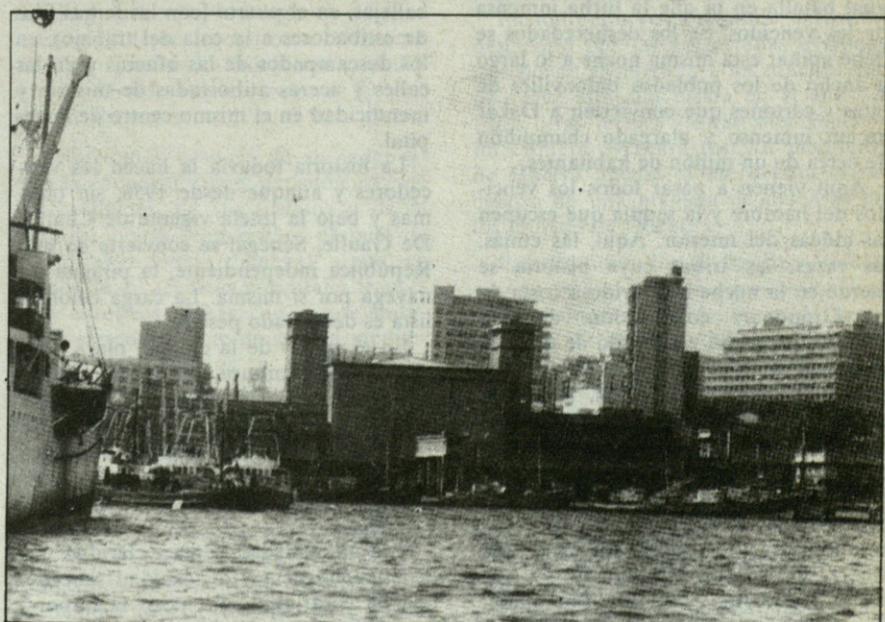
cada vez más cercanas que adivino fuera, con el rostro bien pegado al ventanuco, mientras el ruido de los alerones, la vibración del aparato, nos preparan para el iminente aterrizaje.

Aeropuerto en la noche

Bajar la escalera, pisar firme en el cemento en la cálida noche africana, con la luna de huésped, es una exultante sensación que, desgraciadamente, no da tiempo a gozar demasiado. Es muy tarde y uno no uede quedarse a la cola de los apresurados viajeros que se lanzan sin disimulo a coger posiciones de salida hacia el portón en el que un luminoso «Arrivée» marca el indiscutible norte.

Para empezar, la danza de los pasaportes y visados. Uno, dos, tres, cinco

funcionarios, militares o conserjes (los bancos inculcaron definitivamente el virus de los uniformes y de los formalismos) miran de arriba a abajo el pasaporte, en pasos escalonados e inútiles a lo largo de puertas y pasillos. Y de pronto, los porteadores: los mil y un porteadores, innecesarios, superfluos que viven de los europeos y se reparten su carnaza en mil pedazos: yo te llevo la bolsa, yo la maleta, yo te llevo al taxi... y así al final vas rodeado en la noche por una famélica corte de los milagros cuyo único desquite es avasallarte en una turbamulta de túnicas y variopinto colorido. Lo único claro del remolino de voces, dialectos, argots, sonrisas y ceños fruncidos es que tienes que dar dinero... a todos. Se eleva la discusión y aunque sabes que son gestos teatrales lo importante es apalabrar el taxi desvencijado.



El puerto y los muelles de Dakar.

amarillento, que te llevará al hotel para escapar. En medio de la barahúnda aparece, por fin, el jefe de todo el tinglado. Una amplia túnica azul y un turbante granate afirman su personalidad. Es él, quien nos cambiará los dólares (a su manera, claro está!) y el que pagará posteriormente a taxista, porteadores y merodeantes. Es mucho más práctico que como colofón final te desplume sólo y exclusivamente este dueño de la barraca.

En el taxi que rueda libremente hacia la capital (treinta kilómetros te han asegurado, pero no deben de ser más de quince) uno puede ordenar sus pensamientos. Esta civilización de mendigos y pedigüeños y de europeos que manejan dólares y se alojan en refinados hoteles, es la civilización que los blancos han dejado como herencia en su paso mortal por África. Eso... y las huellas de la trata de esclavos, carne de ébano que aquí, en Senegal, deja de ser un recuerdo para convertirse en doloridas marcas del presente.

Vencedores y vencidos

A un país, a una ciudad radicalmente distinta a nuestro entorno cotidiano, no se la descubre o conoce en esporádicas salidas a campo abierto desde la trinchera del «Teranga», el inmenso hotel de aire acondicionado que alza su mole, cara al centro vital de la ciudad, guardando sus espaldas en el lujo de sus piscinas y de la franja del Atlántico.

La clientela del «Teranga» es la élite de los que pueden pagar quince mil pesetas por una cama y una televisión en la noche. Franceses, americanos, europeos en tránsito, africanos elegantes y exquisitos que hablan inglés con acento de Oxford, son la excrecencia simbólica, los vencedores minoritarios de esta desigual batalla en la que la turba inmensa de los vencidos, de los desheredados se debe apiñar esta misma noche a lo largo y ancho de los poblados bidonvilles de latas y cartones que convierten a Dakar en un inmenso y alargado champiñón de cerca de un millón de habitantes.

Aquí vienen a parar todos los vencidos del hambre y la sequía que escupen las aldeas del interior. Aquí, las etnias, las razas, las tribus cuya historia se pierde en la noche del olvido a costa de la «Grandeur» colonizadora de una Francia que se ha encargado de dejar la impronta definitiva de su dominio. Y si para una mirada superficial, Dakar es un conjunto de villas y rascacielos al borde del Atlántico, una ciudad cosmopolita «casi europea», con bares, restaurantes, cines y hasta una Plaza de la Independencia a la francesa, con sus monumentos a los caídos, sus bancos de piedra y espacios ajardinados y sus calles Gambetta, Pasteur, Pompidou, Carnot o Victor Hugo... para otra mirada más profunda Dakar es el hervi-



La pareja presidencial y el presidente Senghor con De Gaulle.

dero desesperado de la galopante demografía africana que se desborda en las callejas, en el puerto (con las largas filas de estibadores a la cola del trabajo), en los descampados de las afueras y en las calles y aceras atiborradas de miseria y mendicidad en el mismo centro de la capital.

La historia todavía la hacen los vencedores y aunque desde 1958, sin traumas y bajo la tutela vigente de Charles De Gaulle, Senegal se convierte en una República independiente, la piragua no navega por sí misma. La carga colonialista es demasiado pesada.

En el centro de la ciudad, plaza Tascher, una escultura alucinante representa el abrazo de un soldado senegalés y otro francés «unidos en la defensa de la patria». (Más de doscientos mil sene-galeses murieron en la primera guerra europea como carne de cañón de los franceses).

A la ambigüedad y poca claridad de la independencia y africannería senegalesa ha contribuido no poco la importancia desmesurada de la personalidad cultural y humana de su primer presi-



dente Leopold Senghor, padre de la «negritud».

Poeta, intelectual, presidente

Leopold Senghor es la marca de la casa del Senegal moderno. Su triunfo en las elecciones del 17 de junio de 1951 lo lanzó a un protagonismo político que resistiría brillantemente las elecciones del 63, 68, 73 y 78 como líder indiscutible.

De raza serer y de religión católica, en un país con mayoría wolof y un 85 por cien de religión mahometana, Senghor, condiscípulo de Pompidou en los bancos del Liceo Luis el Grande de París, profesor de francés en Tours, espíritu poético y exquisito, es el máscara de proa como presidente de la República, de un Senegal a la imagen y semejanza de los europeos. Y eso a pesar de la vocación de apóstol negro, o de la negritud, de Senghor. Un Senghor empeñado en acabar con la imagen paternalista del «buen negro»: «Quiero arrancar todos los anuncios de la sonrisa Banania, de los muros de Francia».

Decía que Senghor presenta la «negritud» como un combate, como un racismo «antirracista». Pone en relieve los valores de la civilización del mundo negro: don de la emoción, ritmo, calor humano, misticismo, arte simbólico, espíritu comunitario. Toda esa característica manera de «vivir y actuar en negro», cuya dignidad hay que restaurar.

Pero en realidad este presidente-poeta está cazado en su propia trampa cultural. Casado con una normanda y muy relacionado con la familia y las tierras de su esposa, Senghor nunca podrá ser el especimen de Senegal sino todo lo más su adelantado, un adelantado ambiguo, «mestizo» como él mismo se confiesa, y empeñado en convertir a Senegal en la Grecia de África, en el mismo momento en que la sequía y el hambre azota definitivamente al país.

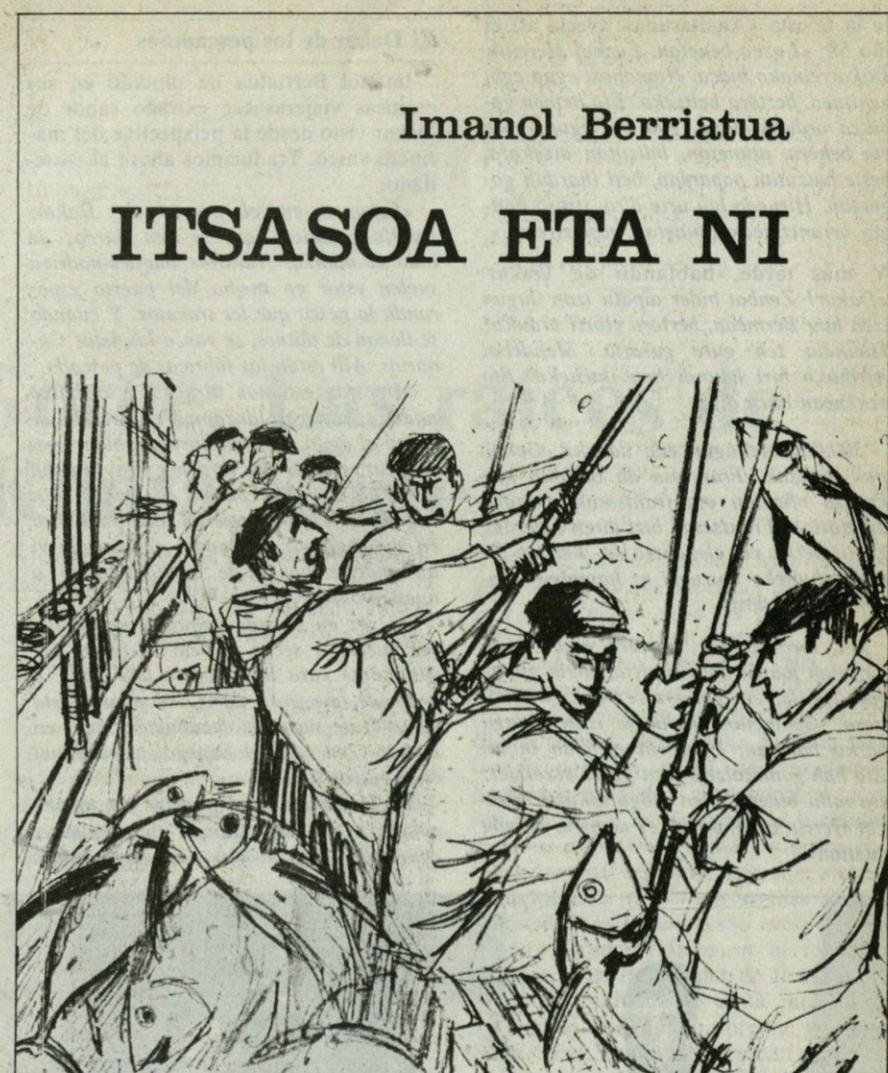
Peregrino infatigable de la paz y del diálogo entre los pueblos, Senghor ha sabido dar a Senegal, a través de coloquios, conferencias y visitas oficiales, un peso internacional, al tiempo que convertía a Dakar en lugar de encuentros e intercambios, en un islote de cultura y tolerancia en un África desgarrada por los fundamentalismos. Cine, pintura, escultura, tapicería, teatro, literatura, danza... Senegal brilla por toda una política cultural fundada en las propias raíces y en la abertura de los demás.

La otra cara

Hay algo que suena a falso, sin embargo, en los planteamientos senghorianos cuando se sale del hotel «Teranga» a la mañana. (Te despiertas. Miras por la ventana y contemplas desde arriba la ciudad. Abajo merodean los taxis, los mendigos y sobre la acera, postrados sobre un tapiz, practican sus oraciones con ritmicos gestos paralelos los musulmanes). Se sale del hotel y de su aire acondicionado, y te das de brúces con la tumultuosa Medina, un caos de callejas convertidas en mercado abierto, en el que el abigarrado colorido de los tendores apenas logra camuflar la miseria de las barracas de planchas y botes de conserva extendidas en inmensos barrios a la mayor honra y gloria del tomate y la Coca Cola como mejor expresión aparente.

El gran Dakar, cerca de un millón de habitantes de los que más de la mitad se han venido a asentar después de 1960, es la cabeza monstruosa de un país de cinco millones de habitantes, que se debate entre el azote de la sequía y la pérdida de su identidad.

Esos campesinos del interior que liquidaron todas sus pertenencias para conseguir el traslado semiclandestino a un arrabal de París, en el que malviven sin trabajo, o simplemente aquí, en las barriadas de Dakar, son el símbolo de la



El libro de Imanol Berriatua.

miseria africana, la real, la que en vano intenta camuflar la elitista cultura de la negritud de Leopoldo Senghor.

El «presidente» se retiró en 1980, pero dejó bien atados los hilos con su delfín Abdou Diouf, elegido con un 83 por cien de los votos.

Veinte años después de su independencia, Senegal sigue dependiendo de sus cachuetes, de sus fosfatos y de la falta de lluvias. Veinte años después de su independencia Senegal sigue en manos de los técnicos y capitales franceses y europeos. Dakar, con su aire ambiguo y desconcertante de ciudad mediterránea de negocios y cubo de las basuras del lumpen del interior, resume con sus contrastes el drama de un África deformada y viciada por la zarpa del capitalismo.

Sólo un socialismo decidido y consecuente podría levantar a estos pueblos en los que la lucha por el pan y la cultura jamás podrían fijarse en manos de los colaboradores extranjeros o en la maníaca arbitrariedad del dictador de turno.

Imanol Berriatua

ITSASOA ETA NI

Imanol Berriatua
Itzasoak eta ni
Donibane Lohizune
1984
160 páginas
12.000 ejemplares

«Donibane Lohizune

de la revista «Anaitasuna». Decía así el año 58: «Luzea benetan, Euskal Herritik Dakarreinoko bidea. Hamabost egun egin genituen, bertora heltzeko. Eta hemen gabilza ordutik hona, gau eta egun, gor eta behera, atunetan, batzutan aizkara, beste batzutan poparean, beti ihardun goren. Hiruedo lau urte dira, itsaso hon tan arrantzaleak atunetan hasi zirela...».

Y más tarde, hablando de Dakar: «Dakar! Zenbat bider aipatu izan dugun izen hau Bermeon, bertora etorri orduko! Haundia zen gure guraria. Mendebal Afrikako hiri haundi hau ikusteko. Eta azkenean ikusi digu.

300.000 bizilagun edo dazkak. Gehienak, beltzak. Frantsesa da bertoko hizkuntza ofiziala; eta frantsesak, bertoko agintariak. Frantsesak bizi diren alderdia, guztiz berria eta elegantea da. Beltzen artean, ehoneko laurogei ta hamabost mometarrak dira.

Gu, arrantzaleok, portura gatozenean, gutxitán joaten gara herriira. Bizia guztiz garestia da; eta gainera, ez dakigu frantsesa. Gehinetan, nahiago izaten dugu barku barruan, egon eta ez joan inora. Eta han gomutatzan gara geure etxekoez; eta mila bider esaten diogu elkarri, Euskal Herria bezalakorik ez dagoela mundu guztian».

El Dakar de los pescadores

Imanol Berriatua ha pintado en sus crónicas viajeras ese extraño sabor de Dakar visto desde la perspectiva del marinero vasco. Traducimos ahora al castellano:

«Estamos en el puerto de Dakar. Puerto grande. Aquí se ven barcos de todo el mundo. Nuestros buques-nodriza suelen estar en medio del puerto esperando la pesca que les traemos. Y cuando se llenan de atunes, se van a las Islas Canarias. Allí están las fábricas de pescado.

Mientras estamos atracados al barco nodriza, a veces lanzamos el aparejo de mano al agua, y pican bastante bien: pescadillas, txitxarros, verdeles. Hay mucha pesca en el propio puerto de Dakar. Los negros suelen andar de un lado para otro en sus txalupas, pescando; el otro día vi un enorme banco de anchoas junto a nuestro barco.

De vez en cuando vamos a un muelle del puerto a secar la red. Siempre hay sitio como para secar una o dos redes; a pesar de que gran parte del puerto está cubierto de sacos de cacahuetes. Aquí en Dakar y en todo el Senegal el cacahuete es la mayor riqueza.

En las calles de Dakar se ve mucho pobre; y cuando estamos en el puerto, comiendo, los chavales nos vienen como

moscas, a pedirnos un poco de comer. A nosotros, gracias a Dios, no nos ha faltado de nada todavía, a pesar de que los recorridos de aquí son muy duros».

Y el Dakar de Monzón

Recordábamos en la primera entrega la aventura alucinante de un pueñado de vascos, encabezados por Telesforo Monzón, zarandeados por el Atlántico y por las arenas del desierto marroquí, y que en esta misma rada de Dakar, contemplaban desde el «Alsina», la estampa de los muelles, de la catedral y de la mezquita, bajo el sol constante y africano.

Aquí pasaron semana, tras semana, soñando en algún país americano como lejana y provisional tierra de promisión, ante el embate fascista que arrasaba a Europa y que se había apoderado de Euskadi con uñas y garras.

Dakar fue un episodio más en el peregrinar de aquellos vascos. Hace unos meses, el 23 de febrero, otros vascos repetían al cabo de muchos años parecido peregrinaje. En medio de la noche y escoltados por la Policía francesa llegaban a Dakar, rumbo a Cabo Verde, Tomás Linaza y Endika Iztueta. Cuarenta años después tomaban el relevo de Telesforo Monzón.



Telesforo Monzón, en la huelga de hambre de Baiona con los refugiados.

Isla de Gorée: Las raíces de Kunta Kinte

Gorée, visto desde los muelles o desde el noveno piso del Hotel Teranga es una isla pequeña que reverbera a tres kilómetros escasos, aquí en la mar, antes de que el Atlántico se abra en su inmensa intensidad de abanico azul. Gorée ayudaba a los bermeanos a enfilar el puerto y los muelles de Dakar. Gorée podía haber sido solamente eso: un pequeño islote continuación natural de la punta más extrema del continente africano en su balconada a América. Gorée podía haber sido el perfil extremo de la punta de lanza de Senegal, si no fuera porque Gorée tiene una densa, una sobrecojedora historia.

Un pasado de sangre y lágrimas

En su propia isla hemos conocido a Joseph Ndyaye, el restaurador de las casas de esclavos, guía, cicerone y fiscal

viviente y tenaz de la denuncia permanente que constituye Gorée. Habla el mismo Ndyaye en un pequeño folleto escrito con pasión y hasta rabia del corazón:

«En este islote de diez hectáreas se volcaron muchas naciones europeas para comerciar con la carne de ébano. Gorée es el patrimonio de millones de seres que, durante tres siglos y sin respiro alguno, fueron cazados y degradados bajo la tortura y la humillación. Esta isla, que nuestros antepasados consideraban sagrada y mágica, fue hollada, sin embargo, en 1444 por el navegante portugués Denis Dias. En 1536 y bajo la batuta de estos mismos colonizadores portugueses se iniciaría el abominable comercio de negros esclavos. La isla pasaría de las manos portuguesas a las holandesas, a las inglesas y finalmente a las francesas.

»Gorée, un nombre manchado de sangre y lágrimas que evoca un pasado trágico como punto clave del transporte de esclavos negros a las Américas.

»Muchos otros lugares en África han visto pasar y desfilar a los esclavos: Sierra Leona, Costa de Oro, Golfo de Benín, Biafra, Costa de Gabón, litorales del Congo con las radas de Mayumba, Loanga y Cabinda... pero pocos lugares han conservado tan fielmente la huella de la época como Gorée: cada paso por las calles arenosas recuerda todavía el drama de los millones de esclavos negros».

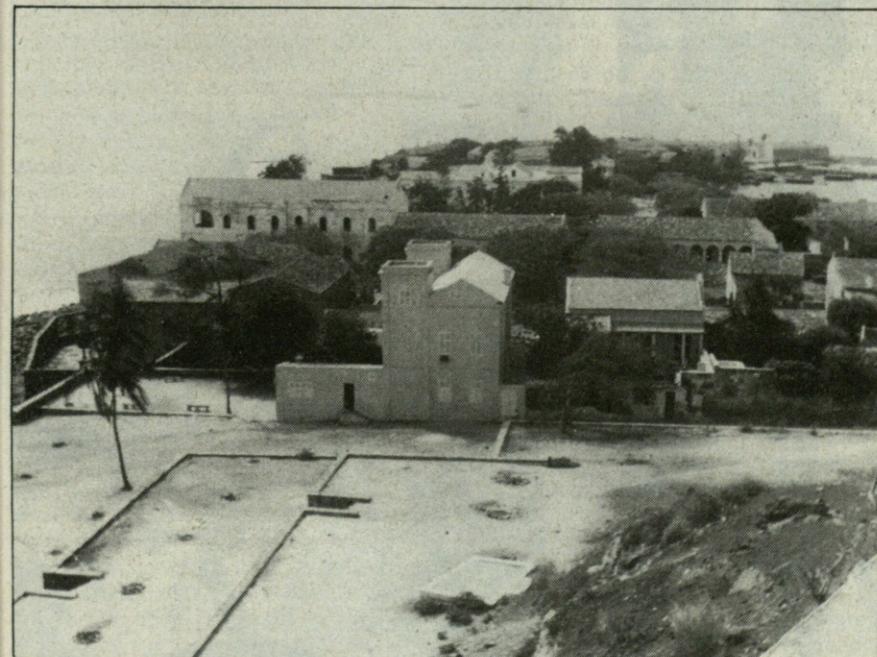
Son esas estremecedoras evocaciones, mientras contemplamos en la mañana cálida el recorte cercano de la isla, las que nos deciden a la visita ineludible por más que el tiempo apremie y la salida a Cabo Verde tenga su cita a media tarde en el aeropuerto de Dakar.

La misma suerte de nuestros compatriotas vascos, deportados en las islas y a los que esperamos ver mañana, nos sensibiliza más aún respecto al drama histórico de las deportaciones en masa de tribus, pueblos y etnias de África arrastrados y encadenados a miles de millas de sus tierras por los civilizadores blancos.

La travesía

Nos han informado bien en el hotel. Dentro de media hora sale la «chalupa» del embarcadero de Gorée. Bajamos hacia los muelles. En el embarcadero y alrededor de los turistas pululan los incansables vendedores de baratijas, empeñados en ofrecer «desinteresados» regalos convertidos posteriormente en arma de doble filo.

Hay un chiringuito junto a las taquillas de los billetes y nos adentramos en él para tomar una cerveza, que el calor aprieta. Sirve un negro pero la dueña, la patrona, es una francesa madura y frescachona que bien pudiera regentar un bistró o un burdel en el mismo Marsella. Nos toma por italianos y cuando le



La isla, calcinada bajo el sol africano, es un conjunto de recuerdos galantes y siniestros.

decimos que somos vascos se empeña en convertirnos en españoles. En cuanto pagamos se desinteresa del tema. Es el arquetipo de los negociantes que Francia ha exportado a lo largo y ancho de la costa africana: Argelia, Casablanca, Abidjan, Dakar.

Franceses atrincherados en su vida marginal, conservadores, derechistas, pragmáticos, que siguen recibiendo de la Metrópoli los huevos de Pascua o el pino navideño, y que cultivan su acento parisén o marseillés con mimo, para marcar mejor la diferencia con el criollo negro de un país que, a su pesar, no es suyo y en el que los europeos apenas significan un dos por ciento de la población.

Pero no hay que perder la «chalupa», una barcaza de hierro devencijada y herumbrosa a la que tomamos por asalto el centenar de turistas surgidos en un instante del acotado enrejado —curiosa y multicolor sala de espera sobre el muelle—.

La «chalupa» desatracá con rapidez mientras desde el muelle cobran y desatan los chicotes con la más absoluta de las despreocupaciones. Felizmente los pasajeros no tienen la menor sospecha del riesgo que corren. Hay que hablar de esos turistas. Les traicionan las cámaras y los teleobjetivos y el aire desenfadado y deportivo. Son turistas, no cabe duda... pero turistas muy especiales. Negros y negras de Alabama, de Georgia, de Austin, de Louisvile. Son ellos los que abarrotan la chalupa. Y su turismo es más que otra cosa peregrinación; es la vuelta a las raíces, a su Meca,

a su Roma sagrada, allá donde se conserva la huella de los primeros y más crueles desgarros.

Las compañías de viajes, los Tours operators de Arkansas o Tennessee hacen al agosto a cuenta de los miles y miles de americanos que buscan en Gorée el cruel rastro de una esclavitud de la que algún antepasado logró sobrevivir.

Casi me obsesiona mirando a estas gentes. No cabe duda de que se trata de amas de casa, alguna oficinista, chóferes, comerciantes de pequeñas ciudades sureñas de Estados Unidos y un grupo de estudiantes de High School. Seguramente han reunido unos ahorros y han decidido buscarse unas vacaciones memorables. Y están aquí, rumbo a Gorée inquietos y emocionados, disparando ya sus cámaras ante la silueta de la isla todavía lejana: apuntando al recorte de los ocreos y siniestros edificios que en confusa perspectiva ellos ya tenían en el corazón porque la Saga de Kunta Kinte la han mamado y sufrido, más que en los libros, en los relatos de los abuelos.

Una isla distinta

La llegada al embarcadero de Gorée es una sinfonía de cuerpos de atletas negros que bracean y jueguetean con el casco de nuestra chalupa con la misma sabia inconsciencia de los peces de superficie. Y una vez en tierra, amarillenta y ocre con las callejas abiertas al mar tal como las vio Truffaut en «Adela H», hay que darse prisa para aprovechar la breve hora de que disponemos. Hubiera sido bonito, sin embargo, tomarse con

calma el día y vagar por las calles y reovecos de Gorée...

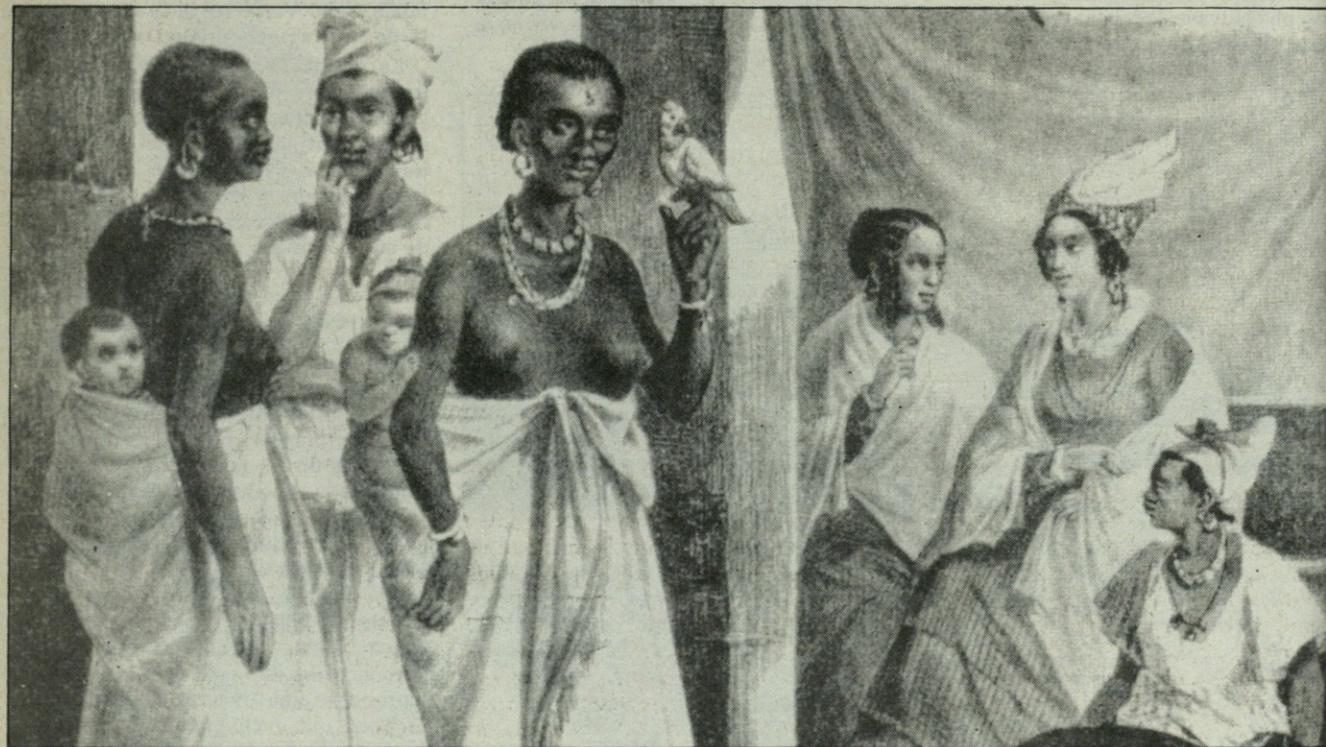
Se diría una capital de las Antillas francesas. Tal vez sea la luminosidad atlántica pero es también el aire de sus casas, los tejados planos, los balcones con balaustradas, las líneas horizontales, los arcos y los frontones triangulares y sobre todo la mar azul e intensa por los portillos de un patio interior o sobre una tapia cuarteadas lo que le da carácter.

La Gorée de las «signares»

París cultiva sobre todo una imagen muy determinada de Gorée. Es la Gorée galante y sentimental de las «signares», la de Chevalier de Bouffers que en 1875 acepta el puesto de gobernador de Senegal y vive en Gorée como un exiliado y escribe a su lejana amante de París, Eleonore de Sabran: «*Las gentes de este lugar me hacen todo tipo de obsequios, entre ellos el vino de palma que sacan del árbol, mejor que el vino de Arbois. También es cierto que sólo sabe bien el primer día. Es como el placer: pero no hablo de ese placer del que tu eres manantial y hartura. Oh, hermosa palmera mía. ¿Cuándo podré saciar me con tu vino?*».

La contestación de su lejano amor otorga a Bouffers todo un salvoconducto sentimental que comienza con estos versos: «*Sé constante conmigo aunque no me seas fiel: y acuérdate de mí cuando estés en los brazos de tu bella...*».

Y es que en esta Gorée de finales del siglo XVIII se imponen las fiestas galantes y la institución de las «signares».



Un antiguo grabado con una goreana y sus sirvientas.

«Signare» era un auténtico título. La palabra venía del portugués «senhora» y servía para distinguir a una mulata casada al estilo del país (a la moda terra). Es decir: se trataba de una unión provisional válida únicamente durante la estancia en África del marido europeo que podía, por otra parte, tener su esposa legítima en su país. Este matrimonio exótico daba lugar a todo un ceremonial y tuvo su vigencia hasta 1830. Banquetes, bailes y fiestas se celebraban durante toda una semana en la isla con motivo de estas bodas. Se celebraba asimismo, otro ritual de despedida cuando el esposo partía para Europa. Las «signare» acabaron convirtiéndose en una casta de privilegiadas. En 1767 —dicen los documentos— Cathy Louette, la mujer más rica de Gorée y «signare» del capitán Aussenac poseía 25 escalvos machos y 43 esclavas domésticas.

Pero hablando de esclavos, hay que enfrentarse de una vez con lo que nos lleva a Gorée: el recuerdo tenebroso de un pasado de ignominia.

Muelle de embarque de carne negra

Por su posición geográfica y su fácil defensa que permite el mejor control de las mercancías que jalonan el litoral oeste africano, pronto se convierte Gorée en almacén de esclavos, asentándose como uno de los polos del tráfico triangular Europa, África, América, Europa en el sentido de los vientos dominantes. Salen los barcos de Europa cargados de pacotilla, sedas, armas, caballos, y en Gorée recogen el oro, el marfil y sobre todo los esclavos que conducen a las Américas donde los barcos cargarán el azúcar, el café, el tabaco y el ron para Europa.

Alex Haley, en su famosa saga llevada a la televisión «Raíces», encuentra en los archivos de Maryland un inventario de la carga del buque «Lord Logonnier»: 3.265 colmillos de elefante, 3.700 libras de cera de abeja, 800 libras de algodón bruto, 32 onzas de oro de Gambia y «noventayochos negros» esclavos sanos de primera clase, entre los que se encuentra el esclavo Kunta Kinte.

La casa de los esclavos

Hemos llegado en la «chalupa» a Gorée y estamos ya ante la casa de los esclavos, uno de los edificios que el celo de Josep Ndyaye ha conseguido conservar como el más preciado monumento de la isla. Es un edificio sólido y robusto de doble planta... elemental y contundente doble planta. La de arriba la de los señores, con salas cortesanas de madera y artesonado y ventanas abiertas al mar. La de abajo, un lugubre panal de mazmorras con pequeñas aspilleras por las que apenas se filtra la luz y una puerta estrecha y luminosa sobre el



El látigo de los europeos contra los esclavos.

acantilado. Por allí embarcaban de uno en uno los negros esclavos para su viaje infernal a las Américas.

Recorremos con un estremecimiento las humedas mazmorras. Imaginamos los cantos y gemidos, los gritos de muerte y de dolor. Allí en Gorée eran arrancados los hijos de los padres, las madres de los niños. Clasificados por pesos y salud, allí se hacinaban los supervivientes de las masacres del interior. Allí en las mazmorras, se masacraba a razas enteras mientras en el piso superior una sociedad más civilizada, la de los blancos, bailaba saraos o cerraba tratos con empolvados capitanes de barco holandeses. Así se consumaba una de las más espantosas tragedias a contabilizar en el «debe» del Occidente y Europa.

Es un paseo alucinante, deambular sin rumbo por las estancias fantasmales de los europeos, sabiendo la podredumbre y la miseria de las mazmorras abajo. Y luego está esa puerta increíble abierta al Atlántico. Nos tocó contemplar un espectáculo estremecedor. Apoyada en la espalda de un hombre también negro, una mujer, seguramente americana de algún estado del Sur, sollozaba violentamente con la mirada perdida en el mar.

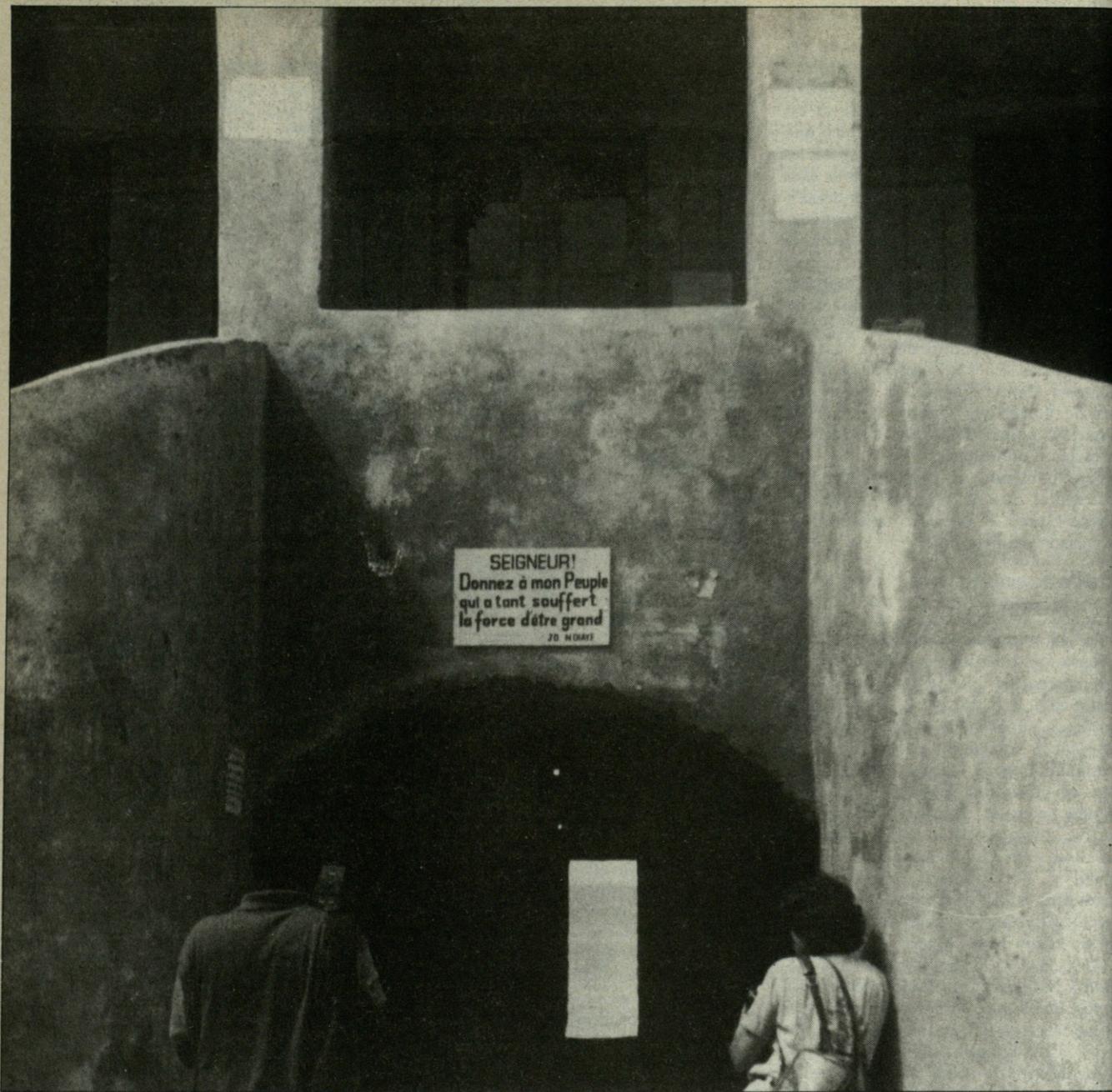
Más de diez minutos bloquearon así el portillo infamante y patético en el que miles y miles de esclavos dieron su último paso en tierra africana antes de salir para su ciego destino. ¿En qué pensaba aquella mujer americana?

Es aquí donde se comprende de un golpe la rebeldía y hasta el odio negro, aquí donde se capta los sonidos sincopados del jazz de los Spirituals, aquí donde pesa como un sopapo toda la crueldad y la miseria de los «conquistadores blancos», de los hipócritas valores cristianos de Occidente.

Símbolo de la lucha y la libertad

Y para recordarlo Joseph Ndyaye, al que saludamos solícito y atento en «su casa», se ha encargado de llenar las paredes con textos emocionantes escritos a mano, de los que entresacamos algunos de los que más nos impresionaron:

«Sólo los que han vivido entre estos muros, han conocido el precio de la libertad», «La historia ha sido para el hombre negro más que para nadie, la travesía de un proceloso océano: la lucha del hombre le ha dejado irremediables y profundas heridas». «Eran arrancados de su tierra



Al fondo, el portillo donde se embarcaban los esclavos. «Señor. Da a mi pueblo, que ha sufrido tanto, la fuerza de ser grande».

como las raíces del tiempo». «Ojalá África sea capaz de no rehusar jamás a los otros, lo que el mundo le rehusó: la libertad».

«África madre, cuántos de tus hijos han gemido el adiós en el silencio de las angustias? A partir de esta casa tú no tienes ya tu nombre. Eres un número y una matrícula». «Oh, Gorée, cuántas carabelas han lanzado el ancla en tu corazón?». «Este santuario africano, que es la Casa de los Esclavos fue la capital del sufrimiento y de las lágrimas». «El pasado de esta isla histórica ha servido de trampolin para la revolución africana». «Pido que nadie sufra jamás el dominio de un tirano».

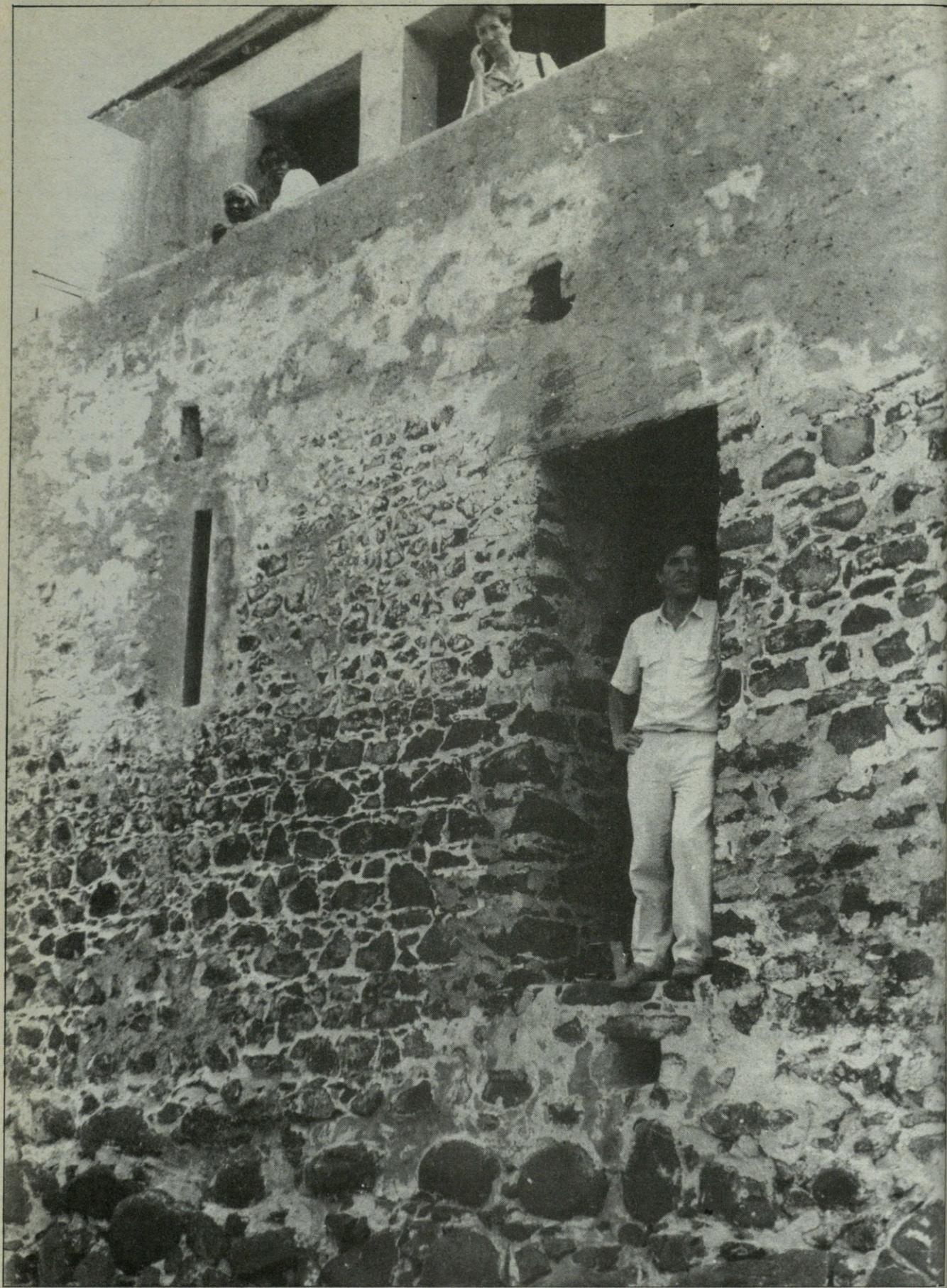
Josep Ndyaye nos ha explicado que en esta casa se amontonaban cotidianamente de 150 a 200 esclavos, hombres, mujeres y niños, a los que se les mantenía en mazmorras separadas. Salián de Gorée con un número y una matrícula y no con sus nombres africanos. Ya en las plantaciones americanas optaban normalmente por el nombre de sus patrones blancos. Cada raza, como si se tratase de animales, tenía su especialidad. Los Yorubas, por ejemplo, eran considerados como buenos reproductores. Los mejores reproductores estaban etiquetados como «piezas de la India». Se trataba de un negro de entre quince a veinte años, vigoroso, sin defectos, con las piernas bien derechas, ojos limpios y

con toda la dentadura. Y Josep Ndyaye nos enseña, para finalizar, los únicos instrumentos reales que quedan de aquellos tiempos tremendos: las cadenas y los cepos de los esclavos.

El alma se encoje en esta visita a Gorée. La vuelta en la chalupa —los mismos turistas que a la ida posaban alegres ante nuestras cámaras— tiene ahora una gravedad inesperada. Es el peso de los tremundos fantasmas evocados por la casa de los esclavos. Y aquí, en la bahía de Dakar, mientras nos acercamos a los muelles, vuelvo a recordar al «Alsina», fondeado en estas aguas y con la carga de un puñado de vascos arrancados de su tierra.



En el portillo que da a la mar, los sollozos de los que recuerdan sus terribles raíces.



Por ese agujero rectangular salían los esclavos para América.

Cabo Verde: Los solitarios de San Vicente

Hace cerca de cuarenta años, el mismo destino revanchista puso en idéntico trance a sus abuelos. Ambos estuvieron en el mismo barco-prisión franquista junto a los muelles de Zorroza. Tal vez no llegaron a dirigirse la palabra; tal vez fueron grandes amigos. Lo que nunca hubieran podido imaginar es que sus nietos se iban a conocer años más tarde, escoltados por gendarmes y esposados, y al pie de un avión que les llevaba al exilio de Cabo Verde.

Tomás Linaza y Endika Iztueta se mueven como tigres enjaulados la tarde del 25 de junio. Ni siquiera tienen ánimos para realizar el habitual paseo de cinco kilómetros a Mindelo. Todo son cábalas disparatadas. La soledad es una tenaza que acaba distorsionando cualquier esquema racional. Los dos deportados esperaban nuestra llegada... y nosotros no hemos aparecido. ¿Ha sido prohibida tal vez nuestra visita? ¿Ha

surgido algún contratiempo de última hora? ¿La amabilidad de las autoridades caboverdianas tendrá gato encerrado y es sólo la tapadera de una represión mucho más compleja de lo que parece?

Esos y muchos más interrogantes atormentaban a Tomás y Endika a medida que iban pasando las horas de una jornada que, a lo largo de la última semana, habían esperado con impaciencia.

Y sin embargo, las cosas eran más sencillas: un simple retraso.

La ruta de los bucaneros

Cuando uno se lanza en la aventura africana de las comunicaciones, hay que estar siempre preparado para lo peor. Y lo peor es perder un empalme, sufrir un considerable retraso, o simplemente quedarse colgado en un perdido aeropuerto.

Cuatro horas de retraso en la salida

del avión de Dakar a Praia —capital de Cabo Verde— iban a destrozar por completo el plan previsto. Tendríamos que pasar noche en Praia, al perder el avión que une a la capital con San Vicente.

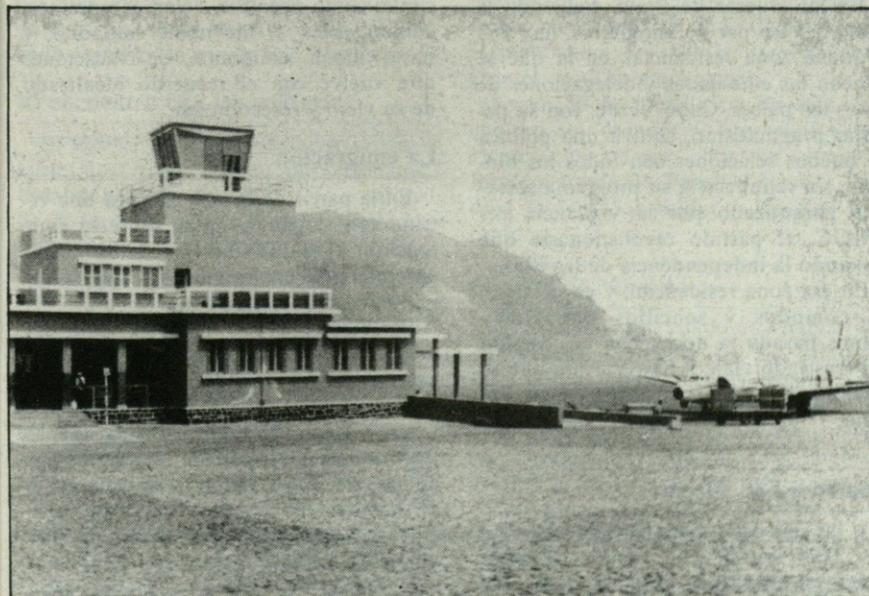
En todo ello íbamos pensando, envueltos en la calma del Atlántico, rumbo ya a las islas de Cabo Verde, tras la agobiante y nerviosa espera en el aeropuerto de Dakar.

Sobrevolamos el Atlántico por la ruta de los bucaneros. Las calas de las islas de Cabo Verde fueron en su día refugio de corsarios y piratas que imponían la ley de sus banderas negras y calaveras en las extensas aguas que ahora se despliegan bajo el zumbido de nuestro aparato.

Algo más de quinientos kilómetros separa la punta más occidental de África (el aeropuerto de Dakar) de este rosario de islas a las que ahora nos dirigimos. Diez puntos diminutos en la geografía del Atlántico, diez puntos que configuran una especie de rueda salteada, restos volcánicos de la atormentada leyenda de la Atlántida.

Praia la capital

Mientras desciende el avión, se recorta con nitidez el perfil descocuyulado de la isla de Santiago. Praia es la capital, y capital del archipiélago. Allá vamos. El aterrizaje del Havro 748 de las líneas de Cabo Verde —con los colores nacionales, verde, rojo y amarillo sobre la carlinga— es perfecto. La primera sorpresa llega cuando, con el avión parado, nos invitan a no movernos de los asientos. La azafata, una vistosa criolla, va regando con un spray los asientos y los viajeros. Es una precaución contra las pequeñas moscas y mosquitos que trasladan en sus patas las terribles epidemias africanas. Sin pasar la aduana todavía, los pasajeros iremos desfilando uno por uno ante un sanitario que tomará —un pinchazo en la



El aeropuerto de San Vicente, un tinglado batido en medio de los vientos y las montañas volcánicas.



La pesca es la casi exclusiva riqueza de unas islas perdidas en la inmensidad atlántica.

yema de los dedos— muestras de sangre. Carteles en portugués explican esta campaña de salud. La sencillez y casi pobreza del edificio del aeropuerto, contrasta con este despliegue organizativo. Todo un adelanto de lo que en conjunto va a ser la impresión global de un país que se llama Cabo Verde: la más extrema pobreza, y el más hermoso esfuerzo humano por vivir como pueblo independiente.

Praia, capital, tiene el aspecto desordenado y pobre de alguna aldea más poblada de Centroamérica o de algunas islas antillanas. Impresiona, sobre todo, la tierra cenicienta y volcánica, y el contorno seco y pelado. Pero ya dentro, la viveza de los colores, la animación de las callejas y el movimiento humano, hacen olvidar la sed y el hambre de estas islas de lava. ¿Veinte mil? ¿Treinta mil habitantes? Las peladas lomas se pueblan con chozas, y es difícil hacer un cálculo en este desconcertante paisaje humano.

Praia es la capital administrativa, y eso se nota en el centro, donde se asientan los sobrios y escasos edificios oficiales, junto a la plaza grande en la que las acacias y el movimiento ciudadano se acentúa con caracteres de oasis. Allí mismo, en un contrafuerte que domina la costa, se asienta el Gobierno, flanqueado por cuatro tanquetas más que simbólicas.

La pesca

Abajo, en la playa de arena negra y cobriza, mientras cae la tarde, hemos tenido la ocasión de contemplar uno de

los episodios cotidianos que marcan la vida de Praia: la llegada a la arena de unas barcazas que reparten el pescado. Se arremolina junto al agua un numeroso grupo alborotado de hombres y mujeres que se distribuyen bulliciosos los despojos del pescado. Allí no se ve dinero, ni ofertas. Simplemente se reparte, en medio de la algarabía, el común botín que ofrecen las aguas: la pesca. Y es que la pesca es el casi único tesoro de estas islas áridas y sedentarias. El Gobierno de Cabo Verde tendrá que proteger y desarrollar esta riqueza natural que rodea a sus desoladas islas.

En las afueras de Praia, siguiendo la costa, y a un par de kilómetros, hay una pequeña zona residencial, en la que se alinean las embajadas y delegaciones de todos los países. Cabo Verde, con su peculiar pragmatismo, cultiva una política de buenas relaciones con todos los bloques, sin renunciar a su programa socialista garantizado por la vigilancia del PAIGC, el partido revolucionario que comandó la independencia de las islas.

En esa zona residencial, y en un hotel de cómodos y sencillos bungalows, hemos pasado la noche con la obsesión del frustrado viaje a San Vicente que se concretará a primeras horas de la mañana.

Rumbo a San Vicente

A las seis de la mañana estamos ya en pie. Hay que ir con tiempo al aeropuerto —Amílcar Cabral se llama, en memoria del héroe de la independencia—, y asegurar el salto a esa deseada

isla de San Vicente. En ella, mientras tanto, Tomás y Endika han pasado una mala noche. Nadie les ha comunicado nada, y los nervios les han jugado la mala pasada de acumular, en delirante pesadilla, las peores hipótesis de nuestra espantada de última hora.

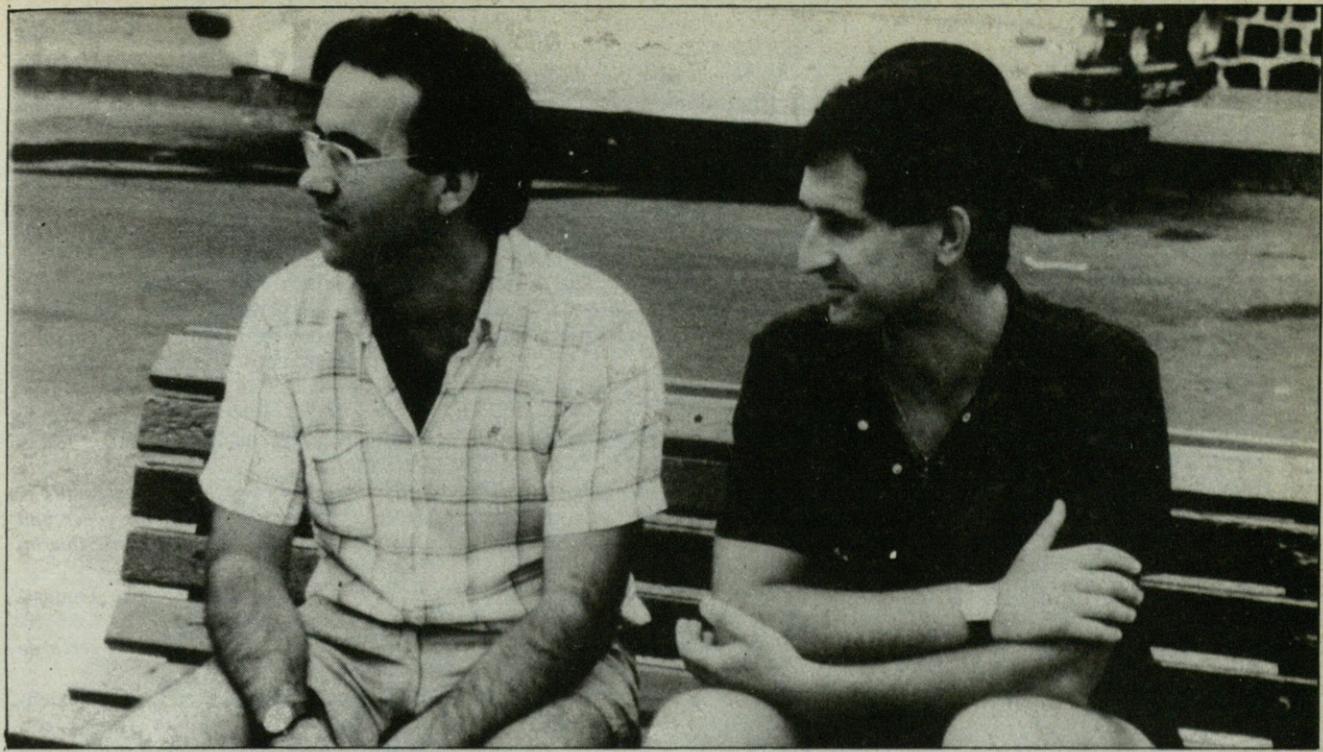
La abarrotada y animada salida de espera del aeropuerto se convierte mientras tanto en un apasionante laboratorio de sociología, en el que intento desentrañar esa otra vida, preocupaciones, inquietudes que mueven a una multitud de viajeros dispuestos a volar a las islas —Maio, Fogo, San Felipe, Sal o San Vicente, como nosotros—. Son campesinos, comerciantes, el inevitable soldadito, y hasta algún emigrante de vacaciones que vuelve con el recuerdo idealizado de su viejo y reseco hogar.

La emigración

En la pared de la sala campea una vitrina con slogans y datos sobre la emigración. Y es que Cabo Verde no puede entenderse ni explicarse sin el capital fenómeno de la emigración.

Posiblemente sea el único país del mundo que tiene más gente fuera, en el exterior, que dentro de sus propias fronteras.

Cabo Verde, en todas sus islas, apenas llega a una población de trescientos mil habitantes. En la emigración, solamente en los Estados Unidos, hay doscientos cincuenta mil caboverdianos. Cuarenta mil en Angola, cuarenta mil en Portugal. Veinticinco mil en Senegal. Diez mil en Holanda. Diez mil en Italia. Dos mil en el Estado español...



Sentados en un banco de la plaza de Mindelo, Tomás y Endika con la mirada perdida en un punto lejano ¿Euskadi?

Esta tremenda sangría es, sin embargo, una de las garantías en las que se asienta el avance de este pueblo. La emigración caboverdiana no reniega de su país. Por el contrario, con sus divisas, con el sudor de su trabajo, apoyan decididamente a los suyos que quedaron en las islas. Confían en el Gobierno de Praia y empujan decisivamente con su dinero al desarrollo de Cabo Verde.

Pero estamos ya llegando a la isla de San Vicente. Hace una hora que hemos despegado de Praia. Descendemos ya y nos asombramos, junto a la costa, la impresionante altura de las montañas volcánicas por entre las que nos deslizamos para tomar tierra en el, por fin, alcanzado objetivo: la isla de San Vicente.

El encuentro con los solitarios

El viento, un viento asolador y constante, nos recibe con su impresionante bocanada, nada más salir a la escalera. Y luego el paisaje lunar y desolado. (*«Esto es el culo del mundo»*, le dijo Endika a Tomás cuando tomaban tierra en este mismo aeropuerto).

Mientras yo me preocupo del control de los equipajes, Elkoro se lía en el exterior con los taxistas. «—Buscamos a los vascos. —¿Pescadores? —preguntan los taxistas—. —No, políticos». E, inmediatamente, un taxista asegura: «—Ya sé. En la colina. Yo les llevo».

Son diez kilómetros por una carretera de pavés, atravesando un paisaje atormentado, en el que se aprecian los esfuerzos por una difícil repoblación forestal y agrícola poco más que simbólica.

Y llegando ya a Mindelo, la capital —bahía abierta y muelles en perspectiva con mercantes y pesqueros atracados— torcemos hacia el interior, por unas colinas en las que las acacias arrasadas por el viento intentan comer el terreno a la arena.

Primero vemos un sencillo edificio moderno de una planta y con patios —una escuela de náutica—. Detrás, en la ladera, en una especie de bungalows, al parecer antiguas residencias de oficiales portugueses, está nuestro destino final.

El desvencijado taxi amarillo que nos conduce, frena de golpe. Sentado en el mismo suelo, en el patio de entrada, la figura inconfundible de Endika Iztueta, el santurzano. «—¡Tomás! —grita hacia el interior— !Ya están aquí!».

Es un 26 de junio a media mañana, con un sol cegador y brumoso, y un viento que aplasta. Por fin estamos frente a frente de Tomás Linaza y Endika Iztueta, los solitarios de San Vicente.

El hotel de Mindelo

Hay mucho, demasiado que hablar en este primer momento de los saludos. Pero el taxi espera fuera y Mindelo, la ciudad, queda a cinco o seis kilómetros, demasiados para ir cargados con maletas. Descargamos pues, lo más imprescindible, y decidimos bajar los cuatro en el taxi, para instalarnos en el hotel.

—¿Estáis solos en la casa? ¿No tenéis vigilantes?

—Estamos solos. Al atardecer suele pasar un oficial, que vive aquí al lado, para ver si necesitamos algo. A la mañana, a pri-

mera hora, viene una mujer del campo que prepara las comidas.

Bajamos pues, en el taxi; Tomás y Endika locuaces, y explicándonos el camino que casi todos los días realizan a pie. La carretera es un trabajo artesanal, un pavés minucioso, trabajado piedra a piedra a base de brazos y sudores.

Y estamos ya en Mindelo, un pueblo de calles blancas y encaladas con mayor empaque que Praia; un pueblo con aire criollo y colonial, en el que su puerto —el verdadero puerto de Cabo Verde—, es una ventana de cruces en el Atlántico. Un barco-fábrica de pesca ruso y un par de mercantes destacan abajo, en la línea de atraque.

El taxi nos deja en el Hotel Portogrande, un edificio familiar y hasta coqueto, situado en la misma plaza central del pueblo, la única que, en esta tierra sedienta, presume de una fuente con surtidores de agua, aunque el agua sea salada y de mar.

En este mismo Hotel estuvieron alojados Tomás y Endika durante el primer mes. Tomás dice que le recuerda al Hotel de «Casablanca» de Humphrey Bogart (aventureros, algún hombre de negocios europeo, gentes de paso, clandestinos..).

Pasaje para Tobruk

Van desgranando Tomás y Endika los recuerdos de aquella noche del 23 de febrero en que se consumó la anunciada deportación, adivinada ya desde el momento en que eran trasladados de Iparralde, Tomás al Pas de Calais y Endika a Evreux. Después, una semana de ru-

mores y malos presagios (deportaciones o incluso extrañamiento a Madrid), fuertemente vigilados en un hotel discreto de provincias. Y la alegría de la visita de los familiares con las últimas filtraciones (se hablaba de deportaciones a África o a América).

Aquel día en Madrid, Felipe González recibía al ministro de Exteriores de Cabo Verde, Pedro Pires. Era el 23 de febrero (aniversario del tejerazo). «¡Prepárense para un largo viaje!». Y se montó de golpe el espectacular despliegue policial en la salida de los hoteles. Los furgones atravesaron París. Catorce policías de escolta. Rumbo a lo desconocido. Para Tomás, no. Un comisario «progre» se le había acercado poco antes de la movida, y le había comentado bajando la voz: «Creo que os llevan a Cabo Verde. Contigo irá Iztueta».

En el momento de coincidir los dos, en un despacho de la PAF, en el aeropuerto Charles De Gaulle, Endika y Tomás, que no se conocían, se miran con recelo hasta verse las esposas y darse cuenta de que son los dos deportados.

—¿Pudisteis hablar entre los dos?

—Estábamos muy vigilados, pero yo pude comentarle a Endika lo que me habían dicho de Cabo Verde.

—Eso me animó algo, porque teníamos miedo de que nos llevasen a España.

—Al anochecer la cosa se animó, y nos dijeron que había que salir.

—Fue entonces cuando nos dejaron llamar por teléfono al abogado.

—Nos quitaron las esposas justamente al pasar por el detector de metales.

Tomás y Endika suben al aparato de la «Air Africa» acompañados por dos policías cada uno. Tras el despegue pueden ya sentarse juntos. Tomás es de León, y Endika de Santurtzi. A pesar del cansancio de la jornada tienen muchas noticias y temores que comunicarse.

—El avión se llenó en la escala de Burdeos.

—Alrededor de las cinco o seis de la mañana llegábamos a Dakar.

—Bajamos con todos, siempre escoltados por nuestros «txakurras», pero en vez de salir por la puerta general nos metieron en una pequeña sala lateral.

—Había dos o tres soldados o policías sengaleses con uniforme caqui.

—Estuvimos allí unas tres horas.

—Apareció el cónsul francés, que nos dio la mano. Luego llegarían tres funcionarios de Cabo Verde con los que se pusieron de acuerdo.

La llegada

En la mañana del 25 de febrero, la comitiva se ponía en marcha de nuevo.

Un «Twin Otter» de veinte plazas haría la última travesía.

—Creo que lo primero que vimos fue la isla de Sal. Nos impresionó las planicies relucientes brillando blancas al sol.

—La llegada a San Vicente fue impresionante. El paisaje —ya lo habéis visto— era aterrador.

—¿Dónde nos han traído? Esto es el culo del mundo —dijo Endika—.

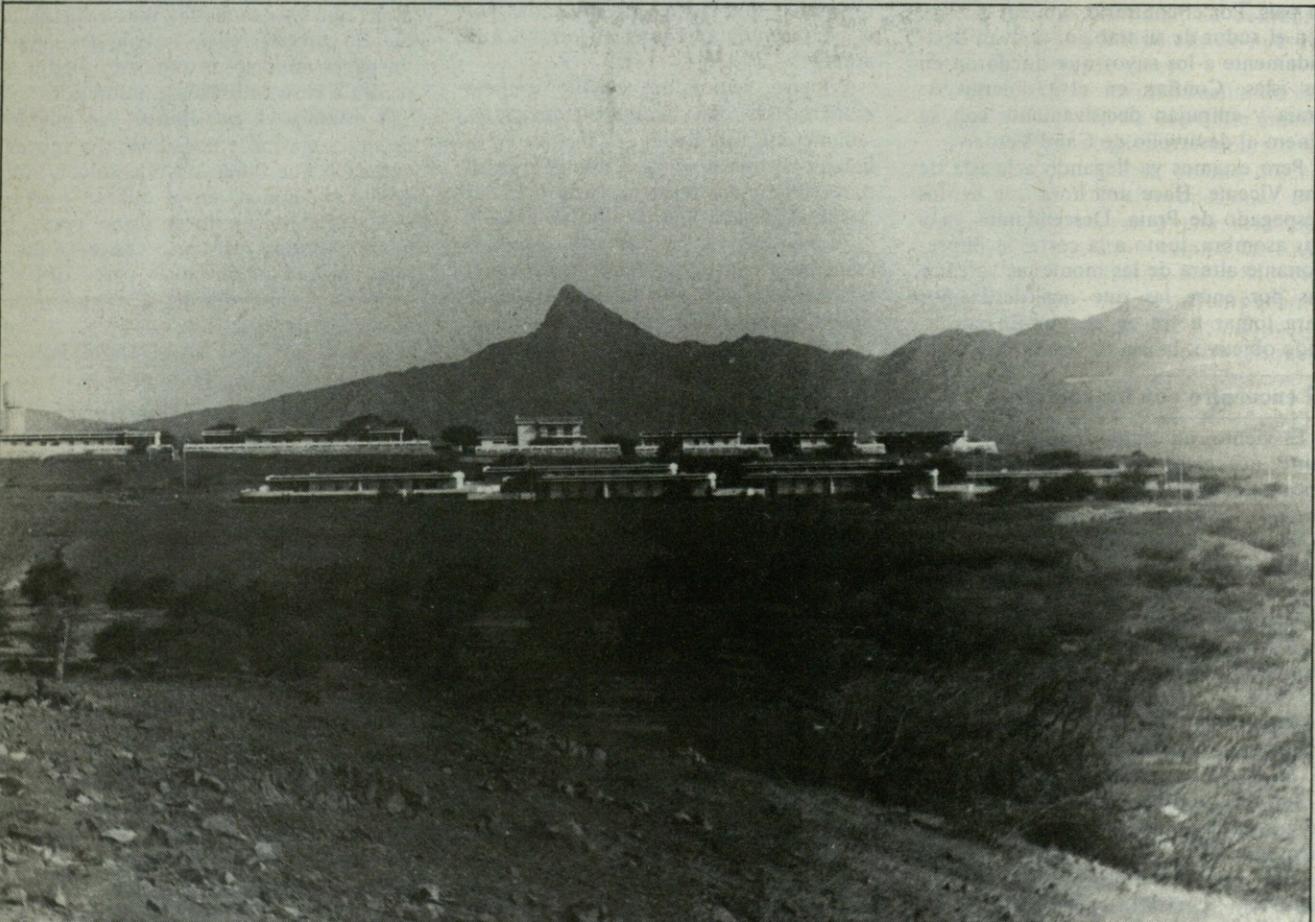
A la bajada del avión los franceses se retiraron. Esperando en la escalera, otra vez un cónsul francés y los consabidos saludos. Pero Francia ya había dejado de pintar. Un comandante y un teniente de las Fuerzas de Cabo Verde asumían la recepción. Cordial y respetuosa.

—Nos trajeron en un coche hasta aquí, el Hotel Portogrande. Decidimos coger una habitación para los dos. Nos inscribieron con nombres falsos.

—Yo era Ramiro Ortega —dice Tomás— y éste era Juan Rodríguez.

—Aquí, en este hotel, estuvimos cerca de un mes.

Por fin pueden comentar las incidencias de aquel pasaje para Tobruk con otros compatriotas. Estamos aquí, en el hotel Portogrande, distendidos y felices, tomando unas cervezas frescas y vasos de agua fría mineral, mientras las hélices de los ventiladores se mueven y orientan bajo los altos techos.



En esta colina, y en uno de los bungalows, antiguas residencias de oficiales portugueses, viven los deportados vascos.

Cabo Verde: La sombra de Amílcar Cabral es alargada

El socialismo, un socialismo que desde luego tiene que ver mucho más con la Cuba de Castro que con las socialdemocracias europeas, es la marca y señal del proceso político de Cabo Verde.

Hay, sin embargo, una extraña fisura entre esa aparente declaración de principios y la presunta colaboración en un «trabajo sucio» con los Gobiernos de Felipe y Mitterrand, con la aceptación de los deportados vascos en territorio isleño.

Esas incógnitas y contradicciones bailaban en la cabeza de Tomás y Endika cuando, en la mañana del 24 de febrero, veinticuatro horas todavía de su llegada a la isla, eran invitados para entrevistarse con el ministro del Interior.

El recuerdo de la guerrilla

El comandante Julio Carvalho, ministro del Interior, es uno más de los muchos caboverdianos que hace diez años luchaban en la selva de Guinea Bissau contra el colonialismo imperialista de los portugueses. Luchaban por la independencia de Guinea y Cabo Verde y aceptaban el pulso abierto con Lisboa porque sabían que tenían la razón y el pueblo detrás. No les importaba demasiado los calificativos de los militares portugueses. Sabían que eran llamados terroristas y subversivos, pero seguían su camino. Estaba cercano el final.

Tomás y Endika nos cuentan ahora la entrevista con Carvalho. Media hora cordial y respetuosa. Un estrechón de manos camarada. Conversación distendida y un buen café por medio.

Carvalho les habla de la dura historia de la revolución de Cabo Verde; los recuerdos del héroe Amílcar Cabral, asesinado por la PIDE; los problemas del partido PAIGC con los hermanos de Guinea...

Escuchaban atentos Tomás y Endika, sobre todo cuando Carvalho explicaba



Los soldados de la revolución de Cabral.

el asunto de los vascos: «Se trata de un problema de humanidad y hasta de solidaridad. No ha habido contrapartidas económicas. Ustedes estarán libres dentro de la isla de San Vicente. Queremos que se integren, que entiendan nuestros problemas. Ustedes estarán aquí como invitados. No será por mucho tiempo. Seis meses, tal vez. Más de un año aquí, contra su voluntad, podría ser represión. Y nosotros tenemos todavía la memoria viva de la represión portuguesa. Ahí están los recuerdos del campo de concentración de Terrafal, convertido ahora en escuela y proyecto de futuro...».

«Son ustedes jóvenes. Muy jóvenes, como lo éramos nosotros. Tienen todavía mucha historia y mucho futuro por delante».

«Conocemos sus problemas, el problema vasco, e incluso estaríamos dis-

puestos a hacer una labor mediadora, aunque sabemos que es muy difícil y que Madrid no quiere oír hablar del asunto».

Endika y Tomás salieron un tanto confusos y hasta desconcertados de la entrevista con el ministro.

No había duda de que existían aspectos muy positivos y favorables, pero las palabras chocaban con algunas realidades también irrefutables.

«¿Qué hacia en aquellos momentos el ministro de Exteriores, Pedro Pires, antiguo guerrillero, dándose del brazo con Felipe González en Madrid?».

«Era cierto que el mismísimo general Sáenz de Santamaría había estado unas semanas antes en Mindelo, en la isla de San Vicente, visitando las instalaciones que se preparaban para los vascos?».

«¿Quién pagaba su estancia y los gastos de alojamiento, en un país de ex-

tremada y dramática pobreza?».

La duda es libre

De todo ello hablamos y discutimos esta noche, la primera de nuestra llegada a San Vicente. A media tarde hemos subido a la colina y ahora, después de cenar, discutimos y analizamos las dudas que atenazan a los vizcainos. Hace apenas una hora que ha venido a saludarnos el oficial encargado de las relaciones con la casa, y nos ha transmitido que el comandante de Seguridad de Mindelo tendría mucho gusto en saludarnos y en hablar con nosotros, para mañana mismo.

Se anima la discusión con el problema de la independencia política de los países acosados. Hablamos de Nicaragua y de las desafortunadas declaraciones de Ernesto Cardenal, e incluso de Borge sobre Euskadi. Linaza contrapone la claridad de Fidel Castro cuando se niega a dar su opinión sobre el «terrorismo vasco».

— «Nosotros no podemos pedir que se defiendan a nuestro favor públicamente. Sabemos los problemas de política exterior que tienen. Pero al menos que actúen como Fidel. Con el silencio y la reserva ante el tema».

Todo ello viene a cuento a propósito de la actitud de un país como Cabo Verde, heredero del talante revolucionario y socialista de Amílcar Cabral, y sin embargo enzarzado en este confuso asunto de la recepción de deportados vascos.

— «Yo ya no sé qué pensar —dice Endika dubitativamente—. Por una parte parecen gente maja y no cabe duda de que están haciendo y construyendo un pueblo. Que aquí no hay corrupción. Que los mandos y cuadros parecen que tienen las ideas claras. Pero es que de vez en cuando te encuentras con detalles que parece que lo echan todo abajo».

Los peros del pragmatismo

Por encima de las declaraciones y los principios, el Gobierno de Praia es eminentemente pragmático. Saben que tienen que levantar a un pueblo sin recursos naturales, azotado por la pobreza y la sequía, y prioritan entonces las buenas relaciones y las ayudas —todas— mientras no comprometen su independencia política. Es un difícil juego en el que tal vez se manchen las manos en algún momento, pero es el juego que ellos mismos han decidido jugar con conocimiento de causa.

Se da así la paradoja de un Gobierno socialista revolucionario que permite el aterrizaje y aprovisionamiento de los aviones comerciales sudafricanos en la isla de Sal (son los dólares y ranes de Sudáfrica los que garantizan la conservación del mejor aeropuerto internacio-

nal de las islas), y al mismo tiempo niegan a la URSS, con la que mantienen excelentes relaciones, el permiso para instalar una base naval pesquera. Aceptan gustosamente la llegada de los asesores y técnicos cubanos, pero en el mismo momento coquetean con el embajador americano a cuenta de un importante empréstito.

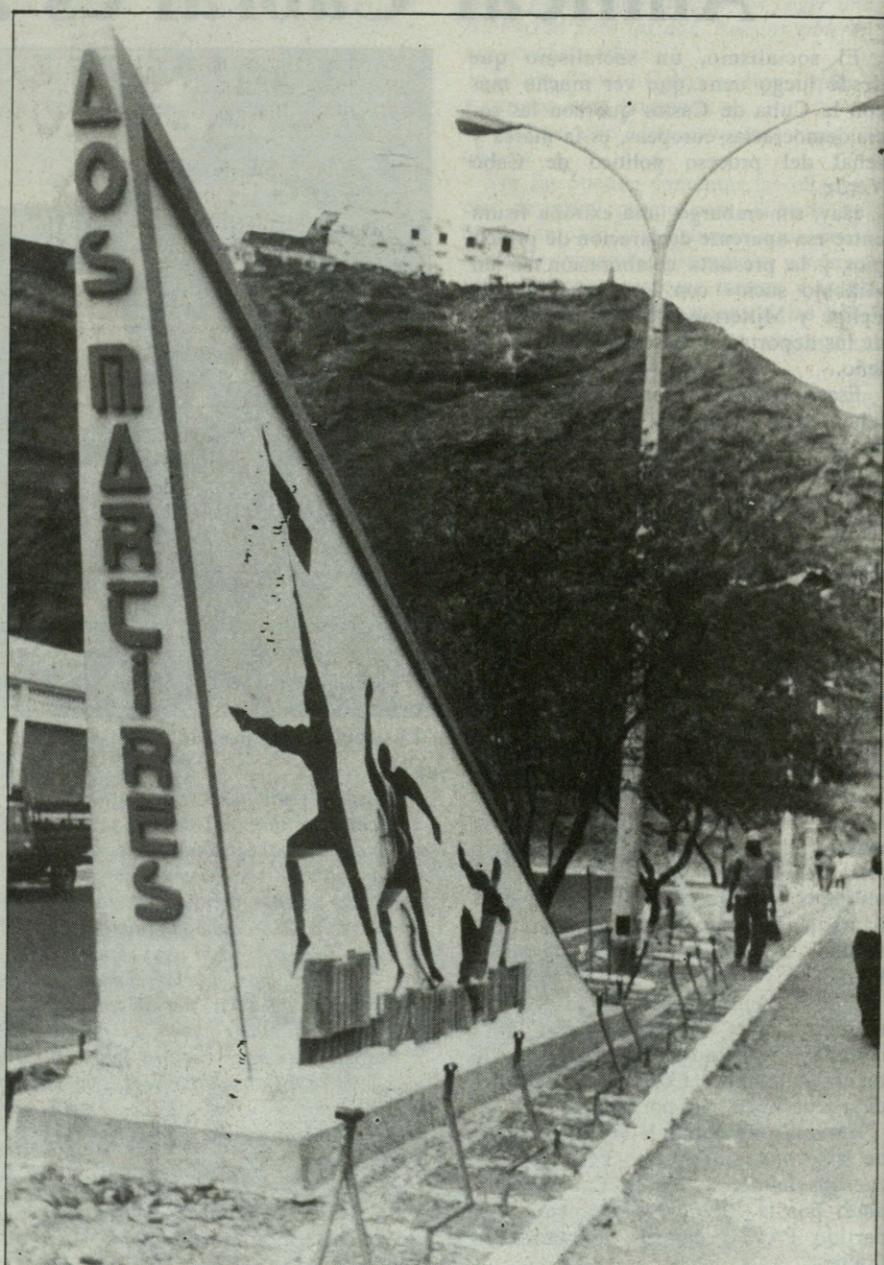
Y es en este juego ambiguo en el que no acaban de ver claro Endika y Tomás. Es difícil, de todas formas, calibrar las necesidades y urgencias de un pueblo que quiere vivir en libertad pero que necesita las materias primas, y hasta el agua para beber. Tal vez es en ese contexto donde haya que entender el pragmatismo de los dirigentes de Praia.

Se rompe la baraja

Un desgraciado incidente iba a envenenar, de todas formas, los primeros pasos en la isla de Tomás y Endika.

Tras las primeras dudas y discusiones habían llegado a convencerse de que merecía la pena apostar por Cabo Verde. Hablaron con el oficial y comentaron su simpatía por el proceso de reconstrucción del pueblo. Se brindaban a trabajar en las labores voluntarias del campo, en la repoblación forestal, cuya campaña se llevaba a cabo en aquellos días.

Tomás y Endika comenzaron, pues, el trabajo. Lo hicieron un día. Al siguiente, el mazazo. A sus manos llegaba un periódico de Praia, «Tribuna» (órgano de



El monumento, en el centro de Mindelo, recuerda la sangre derramada por los mártires de la Independencia, una independencia lograda hace diez años.

información del sector urbano del PAICV). En páginas centrales un artículo encabezado con este titular: «¿Cuáles son las raíces de ETA?». El artículo comenzaba así: «Cabo Verde ha prestado recientemente una desinteresada ayuda al Reino Unido (?) de España, decidiendo acoger en su territorio a ocho militantes vascos de ETA. Pero, ¿cuál es la raíz del problema vasco que el valiente gesto del Gobierno de Cabo Verde intenta ayudar a resolver?».

El artículo en cuestión, escrito desde una óptica claramente madrileña y centralista, y defensora a ultranza de la política de Felipe, cayó como una losa sobre los deportados.

Inmediatamente dejaron de trabajar: «¿Qué va a ser esto?», decía Tomás. «Les vamos a echar una mano para que después nos den por el culo?».

Endika y Tomás, que protestaron energicamente por el artículo, iban a recibir posteriormente explicaciones y disculpas hasta del propio comandante de Mindelo, que, por cierto, volvió a repetirnoslas a nosotros en la entrevista que tuvimos con él.

El daño estaba hecho, sin embargo, y a partir de ese momento la desconfianza y los recelos de Endika y Tomás no acabarían de despejarse del todo.

La sombra de Amílcar Cabral

Mindelo, Praia y Cabo Verde entero vivía a nuestra llegada la exaltación patriótica de los preparativos para el décimo aniversario de la independencia. Un ambiente contagioso y activo que tuvimos oportunidad de palpar por las plazas y calles. Desgraciadamente, noso-

tros no podíamos esperar al día 5 de julio, la gran jornada para la que se preparaban todas las conmemoraciones. Y bien que lo sentimos.

Algo estaba claro, sin embargo. Cabo Verde es un pueblo joven y en marcha, y sus dirigentes, el presidente Aristides Pereira por ejemplo, son los hombres de la guerrilla y de la lucha de liberación nacional.

La historia de opresión y de dominio colonial de las islas de Cabo Verde, en las que el pasado de esclavitud y de hambres mortales ha dejado una huella irreparable, se empieza a romper cuando en 1956 Amílcar Cabral, un guineano de origen caboverdiano, funda con otros compañeros (entre los que se encuentra Aristides Pereira) el PAIGC (Partido Africano de Independencia de Guinea y Cabo Verde).

Es el comienzo de la lucha armada, de la clandestinidad, de las conversaciones y de las alianzas con los pueblos en lucha.

El 20 de enero de 1973 la PIDE portuguesa, con la colaboración de un par de guineanos, asesinaba en Conakry a Amílcar Cabral. Era un golpe mortal para la revolución, pero ésta era ya imparable. La acción política y militar aceleraban la proclamación de la República de Guinea Bissau en el territorio librado de Boe el 24 de septiembre del mismo año del 73.

La caída del fascismo en Portugal, con la revolución de los claveles, abre paso para los acuerdos de cara a la independencia de Cabo Verde. Esta es proclamada en Praia el 5 de julio de 1975.

Independencia con sangre

La independencia de Cabo Verde, volcada ahora en el esfuerzo por la construcción del país, ha dejado girones en los últimos años.

Ovidio Martins, un escritor de Praia, escribía en los años difíciles: «La libertad de Cabo Verde será obra de los propios caboverdianos. Si todos los medios son legítimos en la lucha por la libertad (en el sentido de no dejar a un lado a ninguno que pueda servir para acelerar su conquista), la prioridad absoluta tiene que darse a la lucha armada de las masas. El desencadenamiento de esta lucha armada no puede ser diferido todos los años, con el pretexto de que todavía no se encuentran suficientemente preparadas las masas caboverdianas. Nosotros, los caboverdianos, tenemos que reconocer que no podemos quedarnos a la espera de que nos vengan a liberar, por muy amigo que sea el pueblo que quiera hacerlo. ¡Sería un suicidio! Todos sabemos (la historia lo enseña todos los días) que la libertad es algo que se conquista, no que se ofrece».

Es el mismo Ovidio Martins, quien hablando de los últimos coletazos del fascismo portugués en Cabo Verde, escribía: «Las Fuerzas Armadas portuguesas dejaron de pelear en Guinea Bissau, dejaron de pelear en Mozambique, dejaron de pelear en Angola... porque fueron obligadas a ello; porque fueron vencidas por la fuerza de las armas de los combatientes de la libertad africana».

«¿Qué extraña valentía es esa que lleva a los gloriosos soldados portugueses (cubiertos de flores y recibidos como libertadores, y con razón, en su tierra) a por-



HONRA A MEMORIA
DE
AMÍLCAR CABRAL

El aeropuerto de Praia recuerda la memoria de Amílcar Cabral.



José Luis Elkoro, en una de las entrevistas políticas realizadas: en este caso con el comandante Carlos Fortes.

tarse como bestias feroces, sedientas de sangre en Cabo Verde, ante un pueblo desarmado?

«¿O será que los soldados portugueses son hijos del pueblo en Portugal e hijos de puta en los territorios que todavía dominan?

«Esos días de septiembre marcarán en la historia un ejemplo de hasta dónde puede llegar los coletazos del moribundo colonialismo-fascismo. En filas cerradas de a cincuenta o a cien, las gloriosas Fuerzas Armadas portuguesas arrasaron las casas y las personas de la isla de San Vicente.

«Batidos en toda África los hijos del pueblo (?) portugués, desencadenaron su furia y su impotencia contra los caboverdianos, cuyo único error había sido el no levantarse a tiempo con las armas para reclamar la independencia nacional».

Una entrevista clarificadora

El comandante Carlos Manuel Fortes nos recibe en un pequeño despacho con vistas al puerto y a los muelles. El

comandante Carlos Manuel Fortes es el encargado de la Seguridad de la isla, y quiere dejar claro, desde un primer momento, que nos considera camaradas y amigos. Le presento a José Luis como parlamentario vasco de Herri Batasuna, tras explicar lo que significa en cifras su representatividad. Hablamos de historia, historia de las luchas de Cabo Verde y Euskadi.

El comandante Fortes coincide en que tenemos un lenguaje común. Hablando de «terrorismos» y «terroristas», nos aclara que no dejan de ser expresiones que se clarifican a la luz de la filosofía marxista y de las coordenadas de la lucha de clases. «Para el que manda y sojuzga, siempre será 'terrorista' el que lucha por la libertad». Hablamos largo y tendido. El ha estado en Cuba y nos regala como recuerdo un libro con el relato del asalto al cuartel de Montcada.

Nos explica el «pragmatismo» caboverdiano, los difíciles equilibrios. Nos reitera las excusas por el malhadado artículo de «Tribuna». «Se han tomado

medidas para que no vuelva a repetirse un fallo de ese calibre».

El cálido apretón de manos con el que rubrica nuestra larga entrevista —más de una hora—, es, además, la an tesala para nuevos encuentros que él mismo se encargará de preparar. Hablaremos así con el secretario del Partido (el PAICV) en San Vicente. Un detalle de la actividad y dedicación de estos cuadros: la entrevista será ya las siete de la mañana!

Hay otro importante encuentro en Praia con el director del Ministerio del Interior, e incluso nos prepararon otra visita a Julio Carvalho, el ministro, que no pudo celebrarse ante la premura del tiempo y la coincidencia de las alborotadas vísperas del aniversario de la independencia con la llegada de personalidades de todos los países.

Interesantes y reveladores encuentros, que nos dan la otra dimensión de estas islas, la dimensión que les quiso dar Amílcar Cabral, cuya sombra, por lo visto, todavía perdura.

Cabo Verde: Las horas y los días de los deportados

El sol aprieta desde la mañana. Pero tampoco es el excesivo calor la dominante. Es el extraño agobio del viento húmedo del Atlántico y del simoun sahariano con la arena en suspensión.

No se duerme bien. Además, en la plaza, la animación y el ruido se mantiene hasta la madrugada.

Por lo demás, nos hemos organizado bien. Para las nueve de la mañana, y después de desayunar, Tomás y Endika bajan ya de la colina. Empezamos el día, tranquilos y distendidos, dispuestos a pasear, a charlar y aprovechar la semana que, la falta de comunicaciones con Dakar, nos brinda Cabo Verde como inesperado regalo de vacaciones.

Tomás y Endika quieren saber cosas de Euskadi. Es verdad que reciben EGIN y «Punto y Hora», pero necesitan detalles, necesitan el sabor directo de los improvisados mensajeros en los que nos hemos convertido José Luis y yo. Pero es al atardecer, en la casa, cenando y en la sobremesa, cuando enlazamos las interminables tertulias.

Ahora la mañana invita a mezclarse con las gentes que pueblan las calles.

Solos entre el tumulto

La estampa de Tomás y Endika, paseando solos por las pobladas aceras, debe formar parte ya de la fisonomía de Mindelo. Desde luego la gente los conoce. A Endika, sobre todo, le siguen y saludan las gentes del lumpen que saben que siempre le pueden sacar un cigarrillo de «Ducados». También los crios les saludan al paso, y a veces entablan pintorescos diálogos en un idioma imposible. Esto no es Dakar. Aquí no es el atraco continuo de los mendigos, de los pedigüeños o de los ladrones. Es todo un síntoma de un país que, en medio de su extremada pobreza, ha recobrado una dignidad que el colonialismo había intentado hacer desaparecer de la geografía africana.



Con José Luis Elkoro, por los muelles de Mindelo.

Tomás y Endika comentan, sin embargo, que a pesar del carácter abierto y acogedor de las gentes de Mindelo, ellos siguen considerándose algo distinto.

—*No es sólo la barrera de la lengua. Es todo: las costumbres, las inquietudes, los planteamientos. Al fin y al cabo, nosotros no dejamos de ser unos deportados políticos, en medio de una población que, lógicamente, no tiene por qué entender nuestros problemas. Los suyos —el hambre, el analfabetismo, la supervivencia, la construcción del socialismo— son, en cierto modo, mucho más acutantes y tangibles.*

El hecho es que los dos vascos mantienen una imperceptible pero consciente distancia con las gentes que les rodean.

Nos lo comentaban así dos periodistas

cooperantes —chileno y angolano— con los que hemos coincidido en el hotel: «*Nosotros ya sabemos quiénes son pero preferimos respetar su intimidad*».

Es también, en parte, la queja de algunos españoles relacionados con la pesca que merodean por el hotel: «*Son buenos chicos, pero muy cerrados. Son jóvenes y no deja de ser extraño que no les guste divertirse*».

La guardia no se baja

Tomás y Endika, sin embargo, lo tienen claro. «*Tenemos una responsabilidad. Pertenecemos a una organización, nos debemos a ella y tampoco se trata de dar una imagen que pueda ser mal interpretada. Claro que nos gusta divertirnos. Esa no es la cuestión. El hecho es que noso-*

tros somos unos deportados políticos en un país extraño, y lo más importante para nosotros es que se aclaren las posiciones y las situaciones».

No bajan la guardia, y por ello precisamente no acaban de volcarse con la pequeña colonia hispano-parlante, un santanderino jefe de máquinas de un barco, dos pescadores canarios, y, sobre todo, un armador donostiarra-canario extrovertido, simpático y generoso, que intenta con insistencia llevarlos a su terreno. Y no es que no lo necesiten. A menudo, sentados en un velador del Portogrande, charlan de lo humano y de lo divino, sobre todo con Naval, el mentado armador, hombre de gran cultura y experiencia. Un hombre que juega limpio, porque pone por delante sus planteamientos conservadores y de derechas.

Pero Tomás y Endika han decidido no bajar la guardia.

Un fraile salesiano vasco

Hay además otro personaje en el entorno de los deportados. Enrique es de Zorroza, salesiano, da clase en el colegio de Mindelo, y está a punto de ser ordenado sacerdote. No es precisamente un cura de izquierdas, pero tiene una especial sensibilidad humana al entorno social y, desde luego, es un hombre de diálogo. Enrique se ve muy a menudo con Tomás y Endika. Más de una vez los sube a la colina en el coche —un «Renault» destaladado pero sólido— y se queda en distendida tertulia en la casa, saboreando uno de los buenos cafés que sabe hacer Endika.

Enrique, a lo largo de los días en que hemos estado, ha sido además un buen compañero, y gracias a él hemos subido a lo alto de la montaña y hemos podido darnos el único chapuzón de la semana en la playa de las Gatas. Es un buen amigo y, a pesar de una trayectoria de lejanías y ambientes de la tierra en que nació, Enrique sigue siendo un vasco de convicciones.

Estirar las piernas

Tomás y Endika tienen el peligro de quedarse enteramente aislados en lo alto de la colina. Al fin y al cabo tienen allí sus libros, su radio y hasta una pequeña huerta. Pegada a la tapia del patio cultivan con mimo una parcela en la que el padre de Linaza, en su visita de hace un par de meses, plantó cebollas, maíz, remolachas, zanahoria, perejil y hasta melones. Con el privilegio de disponer de unos bidones de agua, pueden permitirse el lujo de cultivar una de las pocas huertas de Cabo Verde.

El problema, ellos lo ven claro, es no cerrarse totalmente en la colina. Se han impuesto, pues, casi por obligación, el bajar a Mindelo, los seis kilómetros de carretera, todos los días.

En Mindelo, el puerto es un tornasol en el que gradualmente van cambiando las proas y los pabellones. Tiene su aliciente adivinar las banderas y el perfume lejano de una matrícula de Polonia, de Argentina o de la URSS.

Y luego están los mercados, el de frutas, el de pescado y el de carnes. Con sus olores penetrantes y la barahunda exótica de las campesinas negras y criollas, el mercado es un lugar de encuentros y de vida al que se asoman de vez en cuando Tomás y Endika. Comprar unos buenos filetes de atún, para comerlos en paz y armonía esta noche, es un buen pretexto. Y es que hay que buscar pretextos y forzar las situaciones para estirar las piernas y no amuermarse en la colina.

José Luis les ha comprado una caña de pescar y están ilusionados con el nuevo oficio que estrenarán en cuanto los dejemos solos.

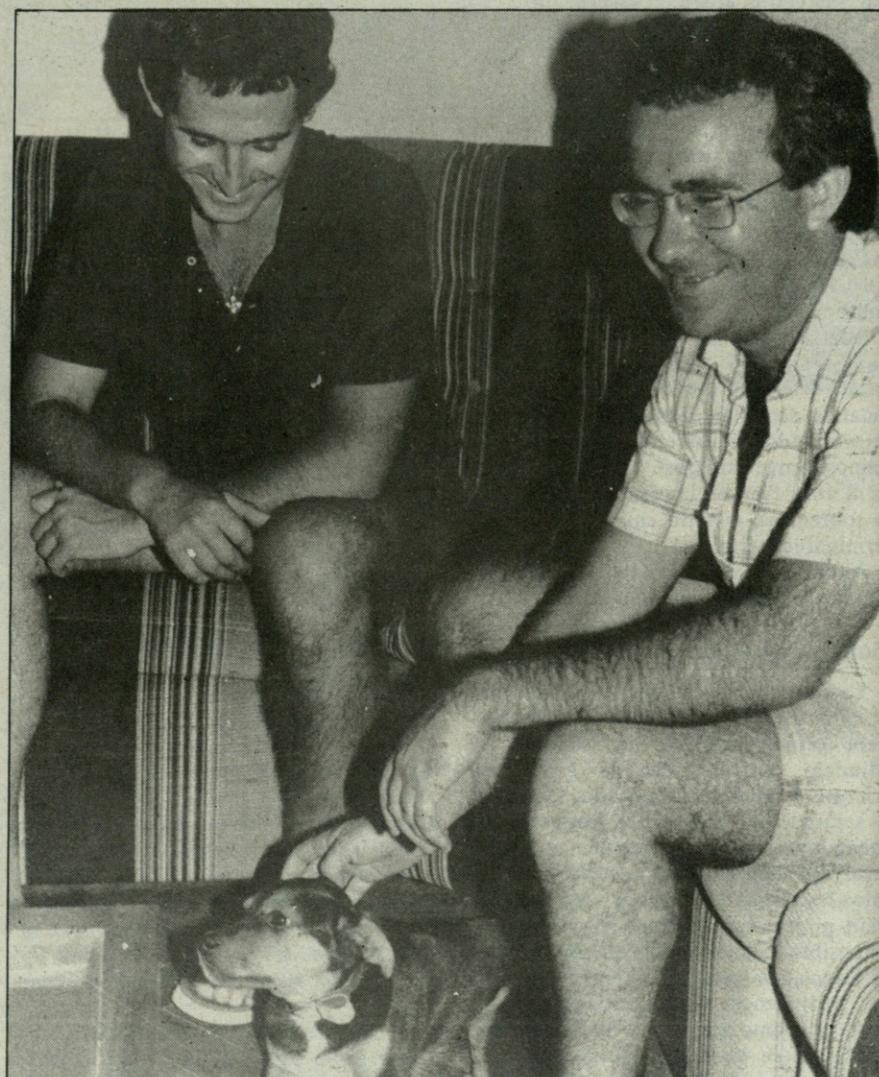
A mediodía no solemos comer en el hotel. Lo hacemos, en cambio, los cuatro, en un chiringuito escondido en un

callejón sin salida en el corazón de Mindelo.

A Tomás y Endika les gustan los ojos verdes, profundos y misteriosos de la chiquilla criolla que sirve la mesa. A nosotros también, pero es que, además, se come bien en el pequeño chamizo. Siempre con un poco de miedo, esa es la verdad, a la intoxicación y a las vandas desconocidas e inesperadas. Yo, por si acaso, aseguro sistemáticamente mi ración de arroz.

La casa de la colina

La vida de Tomás y Endika, de todas formas, se encierra fundamentalmente entre los muros blancos y encalados de esa casa-bungalow que los portugueses construyeron, en los últimos años del colonialismo, como zona residencial de oficiales y militares. La casa, extensa y de una planta, tiene una mayor capacidad. Esperaban a ocho deportados en abril, se dice machaconamente.



Con el pequeño «Romanoff», un can menudo y cobardica.

La casa es un remanso a la tarde, cuando volvemos cansados de pasear por Mindelo bajo el imperio de sol y del viento. Les recibe el escuálido «Romañoff», un perrillo cobardica y zalamero, que es el juguete de la casa, y a la vez el saco de los cariñosos golpes. «Romañoff» es todo menos un perro guardián o centinela. Se asusta con los ruidos y aúlla de miedo ante los pequeños bichos, lagartos o cucarachas, que le acosan sin piedad.

Al hilo de los recuerdos

Estos atardeceres tranquilos, pendientes solamente de no perder el parte de Radio Exterior, se saldan en tertulia distendida y abierta, discusiones políticas, intercambios de puntos de vista.

Tomás y Endika recuerdan nítidamente su Lemona y Santurtzi, y echan de menos a sus mozas, y Endika también a su crío de cinco años. Esperan para pronto la visita familiar, pero, mientras tanto, sueñan y recuerdan.

Y sobre todo preguntan y preguntan. Quieren saber versiones e interpretaciones de la vida política, de la lucha de Euskadi. Intentan cubrir la distancia con una mejor información.

Dos compromisos militantes

Los dos andan por el filo de la treintena. Veintiocho y veintinueve años. Son muchos años de pelea. Endika es un bilbaíno de nacimiento pero santurzano de corazón, que a los catorce años admiraba en el colegio a Méndez Villada «Poeta», que luego caería acorralado en una playa de Hondarribia. Fue su ejemplo y su amistad la que le llevaría a una militancia gradual alternada con su trabajo eventual de estibador en los muelles santurzanos. El tiempo y los compromisos le llevarían a la clandestinidad y al exilio en Iparralde el año 81.

A Endika lo detuvieron en la calle, en Hendaia, un día de febrero de este año. Lo llevaron a una comisaría de la muga de Behobia. Le amenazaban con pasarlo

a la otra parte. Luego le hicieron firmar una orden de expulsión y asignación. Lo llevaron al norte de Francia, junto a la frontera belga, en Evreux. Sólo estuvo una semana. Después llegó el viaje en la noche a Cabo Verde.

Linaza, Tomás, tiene también una larga historia de lucha. Va desgranando sus historias, con «Romanoff» acurrucado en sus piernas.

Sobre todo arratiano

Tomás se enzarza conmigo en el recuerdo del macizo del Gorbea, que él conoce como la palma de la mano. Al fin y al cabo tenemos historias y geografías comunes, que para algo nos queda todavía a los de casa el caserío de la abuela en Ugarte, entre Areatza y Artea.

Lemoa es la puerta de Arratia, y Tomás se siente sobre todo arratiano. Recuerda —niño todavía— los años con los pasionistas de Euba, con los que recobró su euskara y la pasión por una lengua marginada en el mismo caserío. Luego vendría el juicio de Burgos y la concienciación política.

— *Mis padres no me hablaban de política. Habían sufrido la represión y posiblemente tenían miedo por mí.*

Es el mismo padre de Linaza el que, años más tarde, saltará a la palestra de los titulares con el rostro desfigurado por las torturas policiales. Tomás Linaza, padre e hijo, se identificarán en el mismo compromiso del riesgo y el testimonio.

En el año 77 —ha dejado ya los estudios de mecánica en Atxuri y los pinitos de futbolista en los juveniles de Lemona— Tomás se embarca en la clan destinidad.

A partir de ahí su historia será como un Guadiana, con fugaces apariciones en las manos de la Policía francesa. En 1978 será retenido en comisaría durante 72 horas por encontrarse sin papeles legales.

La aventura mexicana

Tomás no es demasiado locuaz. Hay, sin embargo, una rocambolesca historia en su haber, que arranca un par de semanas después del «Tejerazo», que ahora quiere recordar. El 11 de marzo sale de Orly con destino a México, vía Houston.

— *Yo creo que fui todo el viaje vigilado por policías.*

Al descender el día 12 en el aeropuerto de México, es detenido.

— *Primero con buenos modales, me dijeron que me tenían que someter a una comprobación de rutina. Una hora más tarde cambiaba ya el tono, y comprendí que pensaban que tenían en sus manos a un pez gordo. Me encapucharon y me metieron en algún edificio de la Policía a unos veinte minutos del aeropuerto. Allí*



Endika y Tomás posan ante una pintada del PAIGC, el partido revolucionario que dirige la política de Cabo Verde.



En la plaza, ante la fachada del Hotel Portogrande, Elkoro habla con Alfredo, mientras asienten interesados Linaza e Iztueta.

me iban a tener una semana, que recordaré toda mi vida.

»Me interrogó primero un coronel, que debía ser el jefe de todos. Querían saber el motivo de mi viaje y por qué llevaba pasaporte falso. Yo les comenté que estaba fichado y que buscaba trabajo y tranquilidad. Me dieron una manta de ostias y me pasaron a un sótano.

»Casi todo el tiempo me tenían encapuchado en los interrogatorios. Por las voces yo creo que había algún txakurra español. Me colocaban unos cables en las manos y me decían que el aparato detectaba las mentiras. Por las noches me tenían sin dormir, de pie o de rodillas con una escoba debajo de las rodillas, y encapuchado.

»A las tardes me llevaban delante de un comandante. Me llegaron a enseñar fotos de personas rematadas y que según ellos eran revolucionarios de la Liga Comunista 23 de Febrero.

»Lo curioso es que me preguntaban sobre el secuestro de Quini y me decían que había venido a hacerle un atentado a Suárez, que estaba en Panamá.

»Me dieron unas palizas tremendas, golpes en el pecho, en el estómago y en la cabeza, mientras yo seguía encapuchado y con las manos atadas.

»Luego empezaron con las corrientes eléctricas. Me las ponían en la espalda a

la altura de los riñones, en brazos y piernas. Era muy duro aquello. Luego en el culo con una barra.

»El día que me empezaron a poner hielo y a intentar bajarla la hinchazón de los golpes, me di cuenta de que la cosa iba a parar.

»Me pusieron en el avión, por fin, el día 22. Tenía miedo de que me llevasen a Madrid. En París me cogió la Policía francesa, me llevaron al Juzgado... y a la cárcel.

»Fue entonces cuando se montó la movida de mi extradición. Los tribunales la concedieron, pero París, ante la presión popular, no se atrevió a dar el paso. Me llevaron a la isla de Yeu. Posteriormente me deportarían a Perigueux. De allí me escapé».

El 28 de septiembre del 84, Tomás era detenido en una calle de Biarritz con un arma en la mano (era la ofensiva del GAL y había que estar preparado). Un tribunal de Baiona le condenaba a seis meses de cárcel, que cumplió en la misma prisión de la capital de Laburdi. El 17 de febrero, a la salida de la cárcel, era recogido por los CRS y trasladado, bajo vigilancia, al Paso de Calais, en un avión de la Air France. Una semana más tarde, Cabo Verde sería el lejano destino final de Tomás y de su compañero Endika.

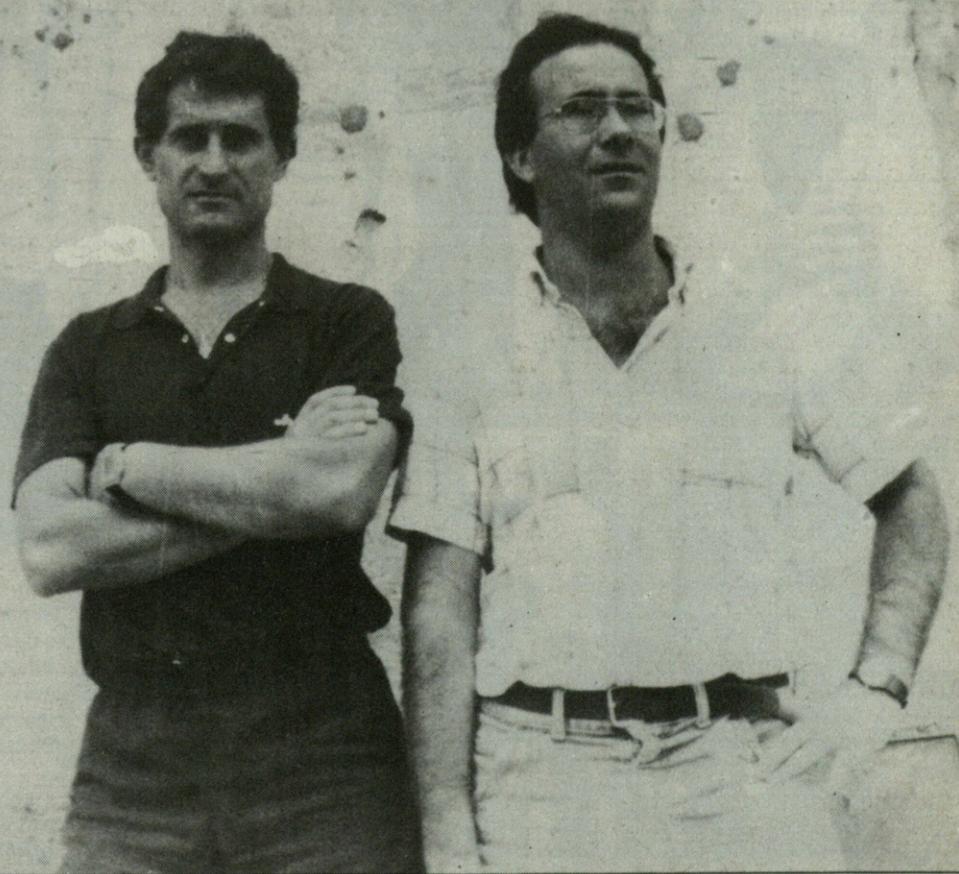
Rompiendo las distancias

Tomás y Endika analizan y discuten todas las noticias y hasta dan la vuelta a los comentarios de Radio Exterior que aquí se escucha aceptablemente. La radio es el hilo umbilical con una realidad distorsionada. Mejor si no existiera a veces.

Esta noche, por ejemplo, no he podido dormir. Estoy desolado. La radio, casi furtivamente, nos ha sorprendido con la noticia captada entrecortadamente: «Un recluso de Alcalá Meco... ahorcado... desangrado... Jose Ramón Goikoetxea...».

Tiene que ser Joserra. Compañero caillido de la cárcel de Nanclares. Rabiosamente enfrentado a los «arrepentimientos». Lo recuerdo todavía de esta primavera cuando le fui a visitar a Alcalá, y su ilusión por la lucha en la calle. Y se me presenta también la imagen de Mabel, la compañera fiel que nunca fallaba en Nanclares. Estoy desconcertado. No entiendo nada, y los datos perdidos de la radio tampoco nos ayudan a clarificar el espantoso suceso. Lo comentamos desde todos los puntos de vista hasta muy tarde. Luego, de bajada ya en el hotel, no he podido pegar ojo en toda la noche. Tengo una especie de ahogo en el estómago... o, tal vez, en el mismo corazón.

RUA
PATRICE LUMUMBA



Linaza e Iztueta bajo el símbolo de Patricio Lumumba.



A la puerta del mercado de Mindelo.

De San Vicente a Lomé por los aereopuertos de África

Africa es una inmensidad jalona por cabezas de puente que son los aeropuertos. Esta será la imagen que nos quedará como balance del trayecto de Cabo Verde a Togo.

Las últimas horas de San Vicente tienen el agrio dulce recuerdo de un Tomás y Endika, forzados a su soledad, pero con muchas más razones para seguir en la brecha.

Tomás nos dice: —«Lo importante es saber que estás haciendo lo que tienes que hacer al servicio de la liberación de nuestro pueblo».

La noche del domingo hemos celebrado la despedida con una buena cena. La radio de fondo retransmitía la final de Copa con el Athletic. No son demasiado forofos a pesar de su confesado atletismo. El pinchazo de los de Clemente, en ese caso, nos hubiera amargado la velada. Acogemos, pues, la derrota con filosofía. —«No es que me alegre, pero tampoco me apetece demasiado el show del recibimiento en la ría. En cierto modo es una manera de desviar al pueblo de sus luchas y objetivos», dice Endika. Y todos nos resignamos con un aparente buen humor que intenta camuflar la tristeza del inminente adiós.

La pesadilla de un aeropuerto

Tomás y Endika han decidido no acompañarnos al aeropuerto. Es mejor. No hay por qué alargar los adioses. La despedida ha sido en la misma plaza junto al hotel Portogrande, con el taxi ya en marcha. Cuando doblábamos junto a la fuente les hemos podido ver por última vez rompiendo el desamparo de su imagen con los puños cerrados, levantados a guisa de saludo luchador de despedida.

Estamos otra vez en las colas y agobios de un aeropuerto. El de San Vicente es poco más que una casamata, repleta con el variopinto mundo que intenta tomar al asalto el próximo avión

a Praia. Nosotros también estamos en lista de espera. Hay un grupo de deportistas de Mali, Camerún y Guinea que han debido estar participando en algún torneo en Mindelo, con motivo del aniversario de la Independencia. Deben de ser tenistas a juzgar por la abundancia de raquetas enfundadas que llevan. Por su estilo atlético y estilizado más bien se les tomaría por aleros de un equipo de basket.

Total: que no hay sitio en el primer avión y tendremos que resignarnos a volver a Mindelo porque la verdadera salida no será hasta mediodía, dentro de tres horas. No tenemos estómago para volver a repetir la despedida de Tomás y Endika. Nos refugiamos pues en el Portogrande hasta la hora de la verdadera salida.

Horas más tarde, por fin sentados en el avión, San Vicente va quedando atrás como una mancha perdida en el Atlántico. Apenas hablamos rumiando los recuerdos de estos días pasados en Mindelo. Llevamos casi media hora de vuelo y de pronto sucede algo increíble. La azafata sale de la cabina y avisa: «Por razones técnicas volvemos a San Vicente». El tiempo es claro y no acabamos de entender la situación. ¿Será el tren de aterrizaje? ¿Algún peligroso fallo de motor? A pesar de todo descendemos y posamos sin problemas en San Vicente. Inmediatamente nos aseguran que volvemos a salir dentro de media hora y, ¡en el mismo avión! ¡Nuestro aparato iba a falta de combustible y no había garantías de poder llegar a Praia por falta de gasolina!



El avión para Dakar, de la línea de Cabo Verde, dispuesto a salir. José Luis Elkoro, en la cola.

Partido internacional de fútbol

Aeropuerto de Praia. Hay que pasar la noche en la capital porque el avión no saldrá hasta mañana temprano para Dakar. Otra vez con las maletas hacia el hotel. Vamos en un taxi con el chofer muy atento a la retransmisión de un partido de fútbol por la radio del coche. Juegan los equipos de Cabo Verde y Guinea Bissau, la tradicional rivalidad. Han terminado empatados y están en la prórroga. Es una retransmisión apasionada y altisonante. Podría muy bien ser una final europea con el Benfica de protagonista.

Nos lleva el taxista, —yo creo que a propósito—, a las inmediaciones del estadio. Y justamente cuando nos acercamos estalla la algarabía en el campo y el histerismo del locutor en la radio: —«Gooooool! Ha marcado gol la selección de Cabo Verde». El taxista nos pide permiso. Aparca en doble fila junto a la puerta del campo y nos invita a entrar dejando maletas y bultos en banda.

Las puertas están abiertas y llegamos todavía a tiempo de asistir a un espectáculo único de colorido y pasión. El espectáculo está en las gradas, en los rostros congestionados, en los colores chillones de camisas y túnicas.

Abajo, en el rectángulo de polvo y arena, el juego es menos apasionante. Son jugadores de planta rectilínea y atlética, auténticas gacelas negras, pero el nivel técnico no parece demasiado elevado. Más o menos como un Tercera División de los nuestros.

Lo importante, sin embargo, es la fiesta del pueblo. Apenas nos da tiempo de seguirla con el pitido final porque el taxista va a reanudar el viaje, definitivamente satisfecho con el triunfo de su equipo.

Los últimos interrogantes

El último recuerdo consciente de Cabo Verde es el aeropuerto «Amílcar Cabral». Todo un símbolo para el que va al continente. Al fin y al cabo Amílcar repartió su vida y su corazón entre la tierra firme de Guinea Bissau y esta isla de Santiago en la que vivieron sus padres.

En la monótona andadura del aparato sobre el Atlántico vamos hilando las sensaciones de estos días. Los recuerdos y las frases de Tomás y Endika y la sensación de haber topado con un pueblo joven y valiente, el de Cabo Verde, dispuesto a luchar contra la adversidad.

¿Por qué se han prestado entonces al juego de Mitterrand y Felipe? Por otra parte, las impresiones directas con los dirigentes del PAICV y del Gobierno no han podido ser más satisfactorias.

En mis manos tengo un pequeño folleto con los puntos de la Constitución de Cabo Verde: «La República de Cabo



Ha terminado el partido y la selección de Guinea Bissau muestra su decepción.

Verde es un estado de democracia nacional revolucionaria, fundada en la unidad nacional y en la efectiva participación popular en el desempeño, control y dirección de las actividades públicas y orientado a la construcción de una sociedad libre de la explotación del hombre por el hombre», y después: «La República de Cabo Verde defiende el derecho de los pueblos a la autodeterminación y a la independencia, apoya la lucha de los pueblos contra el colonialismo, el imperialismo y las restantes formas de opresión y explotación...».

Pero también guardo aquí un recorte del «EGIN» del 22 de febrero —justo cuando trasladaban a Endika y Tomás a las islas— con un comentario de Norbait sobre la visita del ministro caboverdiano Pedro Pires: «Sabemos de sus problemas y de sus proyectos para erradicar la sed y el hambre de su pueblo, por el que tanto ha luchado desde siempre. Queremos creer, no obstante, en su limpia trayectoria y, sobre todo, en su memoria revolucionaria. Rodríguez Pires debe recordar, pues al fin y al cabo ha sido toda su vida, los combates y luchas realizados hasta conseguir la ansiada libertad para su país. Sus ideas independentistas son similares a las que hoy de-

fienden millares de jóvenes en otros lugares del mundo. Ideas que se combaten con armas, mentiras y deportaciones, iguales a las que Pires conoció. Si militares que ni por la sed, ni por el hambre, ni por el dinero, debe olvidar».

Y otra vez en el aire, este aire cargado de sol y bruma atlántica africana, quedan colgadas las interrogantes que siguen atormentando a Endika y Tomás.

Mientras tanto vamos descendiendo, ya está a la vista el aeropuerto de Dakar, en la punta más occidental del continente.

Lista de espera

El aeropuerto de Dakar es un caos. Hay que estar dos horas antes de la salida de los vuelos pero no es ninguna tontería llegar con una hora más de reserva. Y es que aquí, en el tumulto de las taquillas y mostradores, puede pasar cualquier cosa. Por ejemplo que te digan que tienes anulados los viajes a Togo a pesar de que en tu billete luzca un esplendoroso y rotundo Okey. Y te condenan al infernal suplicio de la lista de espera, aguantando el equipaje propio en medio del caos, viendo cómo te pasan y repasan con sus bultos y cacha-

rrería, santones musulmanes, wolofs arrogantes con su túnica larguísima, diolas, toukoulers del Río Senegal y algún blanco misionero o un europeo en viaje de negocios.

Ves correr los minutos y hasta las horas y te caen por todo el cuerpo gruesas gotas de sudor que el batir de las hélices, en el techo, no consiguen detener. Porque no es sólo el calor insopportable sino sobre todo los nervios lo que desata el chorro de tus grasas y de tu higrometría. Protestas, reclamas, suplicas, y cuando estás ya a punto de aceptar la catástrofe y empiezas a planificar con el compañero la vuelta directa a París a la tarde —Togo está ya a cinco días del próximo avión y no hay dinero ni tiempo para aguantar la espera—, el hombre del mostrador te da los últimos billetes y aunque te cobra cinco mil pesetas más de sobrepeso —los equipajes siguen pesando igual que en Bilbao—, estás a punto de abrazarle cuando te da el ticket y sales corriendo para la cola de la aduana. Y allí rellenas, nerviosamente, los papeles y contestas las preguntas de los policías, tendiendo a abreviar y no haces comentario alguno cuando el uniformado te dice que él también ha estudiado un año de periodismo en la universidad y que le gusta viajar a España. Ahora la obsesión es llegar al avión y sentarse en la butaca. Y corremos, corremos los dos por la pista con nuestras bolsas en ristre. Ya

han retirado la escalerilla trasera de los pasajeros y tenemos que hacerlo por delante, por la de los pilotos, sudorosos pero definitivamente felices cuando nos vemos dentro del aparato.

Bamako y Abidjan

Decididamente tomamos el rumbo que lleva al corazón de África. Vamos hacia el interior, a mucha altura sobre la planicie —se interponen a menudo agrupaciones algodonosas de nubes— y me vuelco en la ventanilla, intentando descifrar el paisaje que a medida que vamos avanzando, va lentamente cambiando.

Las arenas de Dakar y los grandes espacios desiertos de Senegal, comienzan ya a teñirse algunas pinceladas verdes a medida que vamos entrando en el Mali. Los árboles, la tierra roja, las chozas circulares de paja, asoman bajo las nubes. El infinito zig-zag de un río de chocolate, el Niger, abruma a la imaginación sobre las dimensiones reales de un continente africano apenas entrevisto.

Malí es un país

Malí es un país, tres veces mayor que el Estado español y con una población de unos ocho millones de habitantes, situado en la región desértica del Sahel y al que salva el curso de los ríos Niger y Senegal. El descenso hacia Bamako, la

capital de Malí, se anuncia por el verdor más intenso, el apunte de las zonas residenciales, el fulgor de espejos de los bidonvilles y la marca menos achocolatada de un inmenso río, cruzado por varios puentes y que debe dar carácter a la ciudad.

La parada en la estación de tránsito apenas sirve para desperezar el cuerpo, habituado ya a las butacas del avión, y para curiosear en los habituales bazares para turistas con figurillas de marfil o sandalias de cuero repujado como principal aliciente.

La travesía se reanuda rumbo a Abidjan, saliendo ahora del interior hacia la costa, una costa que se anuncia brumosa y que, acostumbrados al duro paisaje senegalés de Dakar, se nos antoja un paraíso de verdor, con playas, y selvas ahora sí, claramente ecuatoriales.

Abidjan: El poder de los nombres

Abidjan, con cerca de millón y medio de habitantes, es una de las grandes capitales africanas y es la capital de Costa de Marfil, un país en el que el café es el rey y el verdadero monarca Félix Houphuet-Boigny, que en 1957 era elegido para la Asamblea Nacional Francesa y que desde 1960 se mantiene como presidente del país.

Ahora el rumbo ya es directo. Siguiendo el recorte de la costa del Golfo de Guinea en menos de una hora llega-



Los presidentes de Togo y de Costa de Marfil, a la llegada del último en el aeropuerto de Lomé.

Au sortir de l'Ere coloniale, les nouveaux chefs africains se sont trouvés devant la double nécessité de légitimer leur pouvoir, et d'en énoncer les modalités d'exercice.

Yacouba Konaté, l'un des philosophes les plus modernes de la Nouvelle génération, écrit dans la première partie de son essai inédit (AFRICA 172) que l'Etat-nation africain s'énonce en se dénonçant: il s'énonce comme de l'Etat - nation (II) africain en se dénonçant comme colonial.

La nation réconcilie les tribus et les classes. Par l'adoption d'une langue officielle, elle vise la compréhension, l'unité et la solidarité. Aussi son pouvoir trouve-t-il son efficacité dans la centralisation et non dans la dispersion et l'éclatement propre au repas sorcier. Et même si la balkanisation de l'Afrique entérinée par les proclamations



fondeur à partir duquel s'ouvre une ère nouvelle" (10). Ainsi dans le même temps où elles trouvent le tissu du mensonge colonial, les indépendances sillonnent et irriguent les territoires pour asperger les mémoires de mythes. Le mythe fondateur qui embarque ainsi la Côte d'Ivoire vers son avenir, donne à nouveau la ressemblance avec le passé "et par

¿A dónde va Africa? El artículo de Yacouba Konata.

remos a Lomé, la capital de Togo. Antes sobrevolaremos la franja de Ghana, en este rompecabezas de nombres en que se ha convertido África. Precisamente y mientras volamos, voy leyendo un apasionante artículo en el mensual para los países francófonos «Africa», una de las revistas de mayor tirada del continente, en el que el filósofo Yacouba Konate analiza esos cambios de nombres bajo el prisma de los problemas de los Estado-Nación que Konate interpreta con gran profundidad: «El Estado-Nación en África es una producción de conceptos que se imponen como nuevos mitos y que intentan transformar en sagas y odiseas la toma de poder que acaban de efectuar. La relación del africano con sus palabras y conceptos es muy importante. La palabra llega incluso a enmarcarse en una dimensión mágica. Toda toma de posesión, toda voluntad de asunción, tiende a legitimarse en una diarrea verbal o conceptual. El Congo Belga se convierte en Zaire con Mobutu en el poder. Tombalbaye transforma Fort Lamy en Ndjamena... La nación negra africana dominante se lanza pues, a este campo de los conceptos y palabras: Estado-nación, partido único, presidente vitalicio, comité militar, padre de la nación... y otras que revelan toda una estrategia (Sekou Touré es el estratega de la revolución guineana), o acenos redentores (Nkrumah se hacia llamar, el Redentor), o términos marinos (Eyadéma es el gran timonel), o el simple y puro paternalismo («Cuántos jefes de estado de África negra son los padres fundadores del Estado, del partido o de la nación?»).

Voy leyendo el artículo de Konate mientras descendemos ya sobre Lomé, la capital de Togo, única capital de nación en el mundo que tiene la frontera con otro país en sus calles. (La frontera con Ghana es una simple barrera al final de una avenida).

La cumbre de la CEDEAO

El aterrizaje en el aeropuerto de Lomé, punto clave para nuestro recorrido tras la huella de los deportados vascos, iba a tener un difícil y sonado comienzo.

Nuestro avión es desviado a un lateral de las pistas. En ese mismo momento se apreciaba la llegada de otro aparato. Aquella noche, precisamente, se abría en Lomé la Octava cumbre de Jefes de Estado de la CEDEAO (Países de África Occidental) y estaban llegando, a lo largo de la tarde, las distintas delegaciones. Los jefes de Estado de Mali, Nigeria, Sierra Leona, Costa de Marfil, Senegal, Guinea, Gambia, Benín, Niger, Burkina Faso, y las representaciones de Ghana, Guinea Bissau, Mauritania y Cabo Verde constituirían la importante reunión. Tendríamos que esperar más de una hora, secuestrados dentro del avión, mientras fuera se desarrollaban las ceremonias de recibimiento. Por la ventanilla apenas llegábamos a distinguir a los soldados en parada militar y a los grupos folklóricos —vistoso colorido de las túnicas chillonas togolenses— dando la bienvenida al presidente de Sierra Leona. Por cierto, aprovechando el viaje de Lansana Conte, presidente de Gui-

nea, algunos de sus subditos aprovecharían para dar un golpe de estado, que no llegaría a cuajar y se saldría con algunas detenciones y fusilamientos. A propósito de estos viajes de los jefes africanos, el mismo escritor Yacouba Konaté interpretaba que estos viajes «tienen una dimensión específica de la práctica política en la estrategia del Estado-Nación. Cada vez que el «padre de la nación» sale al extranjero, en realidad está jugando al ausente para poder aparecer luego con más esplendor y con más eficacia política». No se qué pensaría de estas reflexiones el presidente de Guinea. Lo único cierto es que esta cumbre de la CEDEAO nos retrasa otra hora y acaba de ponernos definitivamente nerviosos. ¿Nos dejarán desembarcar en Lomé? ¿Nos reexpedirán en el primer avión de vuelta? Y entonces vuelven a asaltarnos todas las dudas y las sombras que nos invadían en Dakar, cuando hacíamos apuestas sobre las probabilidades de poder realizar nuestro encuentro en Lomé con los deportados. Teníamos un visado por 48 horas para Togo, y detrás la difícil experiencia de Christianne Fandó, la abogada de Iparralde que necesitó cuatro días de gestiones en los ministerios de Lomé para conseguir los permisos para entrevistarse con los cuatro vascos.

De sargento a general

En la salida del avión nos hemos quedado en la cola de los pasajeros. Las formalidades no son demasiado minuciosas pero mientras aguardamos en las ventanillas, la procesión va por dentro. Los policías, sin embargo, parecen que están con la preocupación y la mente en otra parte. Es natural. La llegada de una docena de jefes de estado, y delegaciones, hace pasar mucho más desapercibida la presencia de dos periodistas más. Al fin y al cabo es lógica la llegada de reporteros para estas jornadas.

En el paso de aduanas apenas un registro simbólico, pero eso sí, una atenta mirada a los librillos. Ese curioso interés cultural no deja de llamarnos la atención. La explicación la encontrariamos después, cuando nos hablaron de un libro editado en Francia y que con el título «De sargento a general», recoge las peripecias de la vida del dictador de Togo, el general Eyadéma. Se comenta que las penas para aquellos a los que se les encuentre el mencionado libro pueden ir desde varios años de cárcel... hasta el fusilamiento.

Algo de eso sabemos, los que hemos pasado por el negro túnel del franquismo. Algo, mucho, de la clandestinidad y peligrosidad de la letra impresa.

El caño es que hemos pasado todas las barreras que nos limitan con Togo y con Lomé. La suerte está ya en nuestras manos.

Togo: Pulgarcito en la cueva del lobo

Nuestro clavo ardiendo eran Lourdes y Ana. Esa era nuestra baza. Sabíamos que estaban avisadas y confiábamos en su presencia en el aeropuerto. Ellas nos orientarían. Lourdes y Ana son las compañeras de Galdós «Historias» y Luciano Eizagirre. Efectivamente, estaban allí. Nos reconocieron inmediatamente. Sus expresivos saludos en euskara a través de la barrera aduanera fue la mejor inyección de moral para empezar la aventura en Togo.

Los ángeles de Charlie

Que nos perdonen Ana y Lourdes por compararles con las muchachas de la serie americana, pero de alguna manera habrá que calificar la providencial ayuda de la navarra y de la guipuzcoana.

Ellas, desde el primer momento, serán las que tomen la iniciativa y las que nos irán desatando la, para nosotros, complicada trama togoleña.

Lourdes y Ana están en Togo desde primeros de año. Se liaron la manta a la cabeza y vinieron a compartir con Luciano y Jose Miguel el sol inclemente del destierro. Ana para venir tuvo que dejar a la hija con los abuelos. Gracias a ellas el cerrado círculo de los cuatro deportados se abre de alguna forma al exterior, aunque sea a este mismo aeropuerto de Lomé, donde su presencia ha sido para nosotros algo más que un milagro.

Barreras en la ciudad

Está ya casi anocheciendo y el desvencijado taxi nos lleva a través de los animados arrabales de Lomé —casas bajas de adobe y latas, calzada bacheada y terrosa—, hacia el centro de la ciudad. Ana y Lourdes ya lo preveían. Los accesos están cortados. Es la movida de la cumbre africana. Barreras y poli-



Ana y Lourdes, de Goziueta y Hernani, se convirtieron en guías providenciales que facilitaron nuestros pasos en la jungla de Lomé.

cías impiden el paso. Nosotros tenemos la reserva en el Hotel Sofitel «Dos de Febrero» allí donde se alojan la mayoría de las delegaciones llegadas para la reunión de CEDAO.

Nos echan para atrás, sin embargo Lourdes y Ana deciden inmediatamente: «—Iremos a otro hotel, uno que hay a las afueras de la ciudad, el 'Hotel de la Paix'. De esta forma, y por añadidura, quedamos justificadamente fuera del control de la policía que nos tiene registrados en el hotel «Dos de Febrero».

El plan de Lourdes y Ana es muy sencillo y práctico: «—No hay tiempo de andar con permisos y entrevistas en el Ministerio. El avión de vuelta lo tenéis para mañana a la tarde, y hay que correr. Lo mejor es arriesgarse e ir a la casa por la cara. El terreno está prepa-

rado, ya os explicaremos. Los cuatro os esperan como agua de mayo. Hay que ir para allá».

Por el camino, en un taxi que conduce ahora un tipo extrovertido y alborotador —se enzarza a gritos con los ciclistas—, nos van dando más detalles del plan: «—Hoy sólo hay dos guardias, en vez de los tres y cuatro de otros días. Les hemos dado parte de la cena y sobre todo vino, que les sienta como un cañón. A ver si surte efecto la 'receta'».

El viaje hasta el barrio residencial donde viven los deportados es toda una aventura. Las barreras policiales se han ido multiplicando por todas las calles y hay que redoblar los intentos, retrocesos, atajos y rodeos para conseguir, al cabo de casi una hora, llegar ante otras barreras bien características y que ahora están levantadas. Son las que marcan

los confines del recinto residencial (para europeos, cooperantes, diplomáticos...) por donde, en teoría, tienen cierta libertad de movimiento los cuatro deportados.

La casa del ogro

Paramos con el taxi cien metros antes de la casa. Dejamos las maletas en la calzada. Es de noche y, para evitar la luz de las farolas, nos ocultamos en el claroscuro de un árbol esperando novedades. Ana y Lourdes van por delante a reconocer el terreno. Son cuatro o cinco minutos de tensión, que a nosotros nos parece una eternidad. De pronto, y en la misma calzada, adelante, vemos una silueta que nos hace grandes gestos para que nos acerquemos. «—Es Historias—, me dice Elkoro que lo ha reconocido.

Vamos corriendo hasta encontrarnos con el cálido abrazo del donostiarra. «—No hay cuidado. Los guardianes están durmiendo. Vamos para casa». Efectivamente. Haciéndonos a un lado para no tropezar con los cuerpos tendidos en el suelo, a la puerta misma de entrada, alcanzamos la mansión prohibida y deseada. El ogro estaba dormido, y pulgarcito ni siquiera tuvo que ponerte de puntillas para sorprenderle.

Cuatro Robinsones

Al alegría es desbordante y total. A Luciano, Gotzon, «Pastelero» e «Histo-

rias» se les nota la euforia. A nosotros también. Los negros presentimientos alimentados a lo largo de todo nuestro viaje no se han ratificado. Lo refrendan los abrazos y los saludos con los cuatro deportados. Se ha cumplido el más difícil objetivo de nuestro viaje. Es un gran momento.

Ahí están los cuatro Robinsones. Ellos son las figuras casi mitificadas de unos juicios de extradición angustiosos y dramáticos, con imágenes de puños en alto en la sala e justicia, que quedarán para la historia de Euskadi. Son los huelguistas de Frenes, los que movilizaron a medio Euskadi en el último verano —firmas, manifestaciones, huelgas, barricadas— y están aquí, conscientes de que Elkoro, sobre todo, trae la solidaridad y el saludo de miles de vascos que han comenzado a conocer de repente los detalles de una nueva geografía del exilio, y que a través de los mares, los montes y los desiertos saben que en Togo o en Cabo Verde o en lejanos países de América, hay compatriotas a los que no se puede dejar abandonados a su suerte.

La fuerza de los símbolos

Abrimos las bolsas cargadas de paquetes, recados, libros y encargos. Es una bocanada de Euskadi lo que traemos entre las manos. Quieren saber. Quieren saber los detalles, las cosas, las personas. En esos primeros momentos nos arrebataron atropelladamente las

palabras para transmitir mensajes y saludos. Para algo nos reunimos con las familias antes de salir de Euskadi.

En la casa llama la atención lo primero, un enorme panel de colores superpuestos, pintado en el lienzo de la pared de la sala, en el que el simbolismo de la lucha vasca es evidente. Lo han hecho ellos mismos. Un bello trabajo artístico. Y es allí donde sacamos nuestras primeras fotos.

Luciano Izagirre Mariskal, de Trintxerpe; Patxi Alberdi Begiristain, de Hernani; Gotzon Castrillo Alkalde, de Ondarreta; Jose Miguel Galdos Oronoz, de Donostia, posan para nuestra cámara, pero sobre todo posan como un símbolo bajo otro símbolo; el de la lucha indomable de un pueblo, dispuesto a resistir cárcel, exilios y deportaciones, sin renunciar a su ideal.

En la misma sala, y desde el Aberri Eguna de este año, preside además la estancia una gran ikurriña. Es el poder de los símbolos, unos símbolos que se imponen incluso aquí, en el corazón de África.

Qué cena la de aquel día

La noche es todavía joven y los guardianes deben dormir a pierna suelta. La cena está prácticamente preparada, y no vamos a añorar a Arzac ni a Argiñano, sobre todo con el vino de Rioja «Paternina» y con el delicioso queso de Idiazabal que ha aparecido en uno de los pa-



La mesa, bien pudiera ser la de cualquier sociedad de Hernani o Donostia, a cinco mil kilómetros de distancia.

quetes. Poco va a durar el queso, pero merece la pena consumirlo es esa inesperada velada togoleña. Es como si estuviéramos en alguna sociedad de Hernani o de Donostia, sólo que a miles de millas de distancia, y con el pegajoso calor tropical como inoportuno huesped... y los guardianes durmiendo a la puerta.

La cena, el café, las copas y los puros son un pretexto para la tertulia interminablemente cálida. Luciano conserva la calma y deriva sin querer al análisis político, mientras Gotzon pone la sordina del comentario aislado, e «Historias» se embala en los recuerdos certeros. Patxi Alberdi, por su parte, es feliz saboreando el puro y la copa, feliz de la compañía de amigos que le traen noticias de la mujer y la hija.

Huelga de hambre a morir

Al filo de los platos y del queso de Idiazabal, surge avasallador el recuerdo de la huelga de Fresnes.

«Yo estaba convencido de que la palmeábamos», dice «Historias».

«—Aquellos fueron terribles», asegura Luciano. «—Llegamos hasta el final. Yo perdí treinta kilos», recuerda Gotzon Castrillo.

«—Estábamos descojonados», remacha Alberdi.

La increíble resistencia y fuerza de voluntad de los huelguistas de hambre y sed, sólo se explica porque se sabían respaldados por el pueblo.

«—Ya no nos podíamos mover y lo veíamos todo como en nebulosa, pero cuando nos venían los de casa y nos contaban la solidaridad y las movilizaciones de Euskadi, nos dábamos cuenta de que aquello tenía un sentido... y seguimos en la brecha».

Cuatro semanas de una huelga total dejan a la fuerza su huella en los cuerpos. Sobre todo si a ello se añade una recuperación «sui generis» en un hospital de Togo, y la posterior estancia en un clima insalubre como el que aquí se vive.

Larga es la noche

Sentados alrededor de la mesa recuerdan ahora la interminable noche de su traslado a Togo. Era el 23 de septiembre.

«—Casi no nos dábamos cuenta. Estábamos muy débiles. Algunos con suero».

«—Nos metieron en un avión «Caravelle» ministerial, habilitado como enfermería. Pasamos directamente de las ambulancias al interior con ocho policías y un médico jefe que debía ser especialista en lo de huelgas de hambre. El avión estaba preparado con todo, hasta una bomba de cobalto».

«—Fue una travesía larga y sólo para-

mos para repostar en algún lugar de África, tal vez el desierto. No sabemos si sería Argelia o el Tchad. En el tiempo que estuvimos parados apagaron las luces y corrieron las cortinas de las ventanillas.

«—La llegada a Lomé fue de pena, nos dejaron tirados como perros, sin dar explicaciones. Nos metieron en ambulancias y al Hospital de Lomé».

La broma de las dietas

«—En el hospital se encargaba de nosotros un médico militar francés; un coronel que, por lo visto, sabía más de cuartel que de medicinas».

«—La recuperación, si así puede llamarse, fue de caballos».

«—Aquella misma tarde nos metieron una tortilla francesa con aceite hasta los cojones, un trozo de pan y leche concentrada».

«—El médico nos dijo que la mejor dieta la dictaba el propio cuerpo. Si una cosa sienta mal, se deja de comer y en paz».

«—Al día siguiente de llegar nos metieron ya con el régimen habitual de alimentación. Cinco comidas al día. A las siete de la mañana el desayuno. A las diez el almuerzo. A las doce la comida. A las cuatro la merienda y a las seis y media la cena».

«—Nos daban de todo. Patatas fritas. Hígado frito. Aceites. Vinagretas...»

«—Agarramos unas cagaleras tremendas. Lo echabamos todo según comíamos.

Estábamos doblados pero comíamos porque teníamos hambre».

«—Al cabo de unos días nos hicieron algunos análisis de sangre. Esperábamos entonces que nos dirían cómo estábamos realmente. El médico se limitó a indicarnos que parecía que teníamos falta de potasio y que para eso lo mejor era comer dos o tres plátanos al día».

«—Al cuarto día nos ofrecían vino en las comidas. Parece increíble».

«—El médico aquél tenía que saber lo que era una recuperación de una huelga pero no hacía ni puto caso. Las cagaderas y los desarreglos los tuvimos que ir superando nosotros mismos. Veinticuatro días estuvimos en el Hospital».

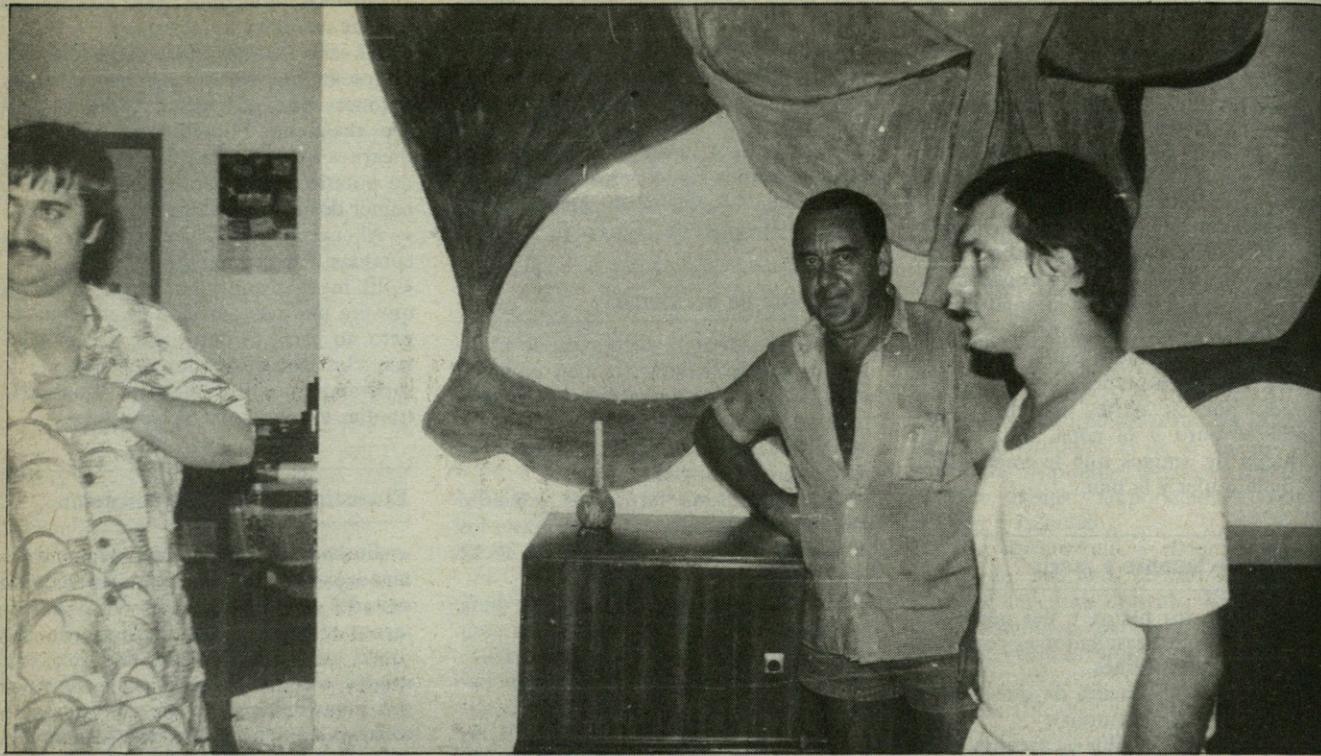
El castigo de la incomunicación

«—Euskadi quedaba muy lejos. Pero más lejos todavía nos lo ponían las dificultades de comunicación. Vino a visitarnos el ministro del Interior y la ministra de Sanidad. Nos trataron con mucha cortesía pero no nos solucionaron absolutamente nada. Lo más que conseguimos es que nos dejaran mandar un telegrama a las familias.

«—La primera comunicación telefónica fue de puro churro. Llamaron algunos familiares de Euskadi (no sé cómo consiguieron el teléfono del hospital) y uno de los txakurras nos pasó la llamada. Al parecer habían llamado ya otras veces, pero en el hospital los médi-



José Luis Elkoro les debe de estar diciendo algo muy interesante a Lourdes, Alberdi y Luciano.



Luciano Izagirre y Alberdi están satisfechos del lienzo de pintura con el que han decorado la sala. Es el símbolo de su lucha.

cos o los policías daban largas y más largas, y al final cortaban».

«—Luego, cuando nos dimos cuenta de lo que hacían, procurábamos pasear cerca del teléfono, a la hora que pensábamos que podían llamar, para que los txakurras no siguiesen con el vacile; un vacile que nosotros sabíamos demasiado bien lo que les costaba en pesetas y nervios a los de casa».

Llega la prensa

«—Estando todavía en el hospital nos vinieron unos reporteros de 'Antena Dos', el canal francés de Televisión».

«—Nos pusimos negros porque no sabíamos si merecía la pena decirlo todo, la situación real en la que estábamos, o callarnos por miedo a las represalias. Estaba allí, delante, el ministro del Interior. Uno de los reporteros le preguntó al ministro a ver cómo estábamos. Para el ministro todo iba estupendamente, pero Luciano estaba en aquel mismo momento con suero. El periodista tuvo que decirle: —Usted comprenderá que nosotros tenemos que decir lo que estamos viendo, y si este señor está con suero será por algo».

«—Yo creo que aquellos periodistas eran majos pero tampoco nos atrevíamos a contar las cosas. Pensamos que se dieron cuenta de todo. Nos dijeron que si algún día estábamos dispuestos a hablar que se lo dijéramos, que ellos venían de Francia».

«—Peor fue lo del periodista de 'Cambio 16'. El tío se vino desde Madrid y como le fallaban los permisos y tampoco no-

sotros queríamos hablar con él, se montó un reportaje a base de comprometer incluso a un fraile español majo que se relacionaba con nosotros. Creo que anduvo merodeando con teleobjetivo cerca de la casa, pero al final se tuvo que inventar toda una aventura en la que hablaba de nosotros lanzando lo de la jaula de oro que sacó 'Cambio 16'».

Solidaridad

No cabe duda que el verdadero alimento que mantiene en la distancia a los cuatro deportados de Togo es la solidaridad de su pueblo. Como oro en paño —lo muestran con orgullo— nos enseñan los centenares de tarjetas y cartas recibidas en la huelga de Fresnes. El aislamiento epistolar al que les tienen sometidos lo superan con la convicción de que en Euskadi no han sido olvidados.

En la larga tertulia de esta cena inolvidable, quieren noticias de Orereta, de Trintxerpe, de Hernani, del casco viejo de Donostia. En la época de las fiestas y tienen un recuerdo emocionado al «Jaia bai, borroka ere bai». «—Que se diviertan. Nosotros también lo hacíamos cuando se podía. Lo importante es estar vivo y seguir adelante».

«Historias» nos habla de los amigos del rugby, de la cuadrilla de lo viejo. Es cuando entonces nos enteramos, varios días después, del atentado del GAL que ha costado la vida a Santos, el «entrañable Santos» al que todos conocían y tenían por amigo.

Retirada estratégica

La tertulia se ha ido alargando y son ya pasadas las doce. Pulgarcito tiene que dejar la casa del ogro. Cuando estábamos en plana cena y en la mayor de las euforias, por la ventana baja pasó una sombra de uno de los guardianes que, por lo visto, se había despertado ya. Le saludamos con efusivo y sonoro «Bon soir». Sin duda se han dado cuenta ya de la presencia de los nuevos huéspedes. Hay que jugar pues, la baza de la naturalidad. Decidimos que hay que saludarles directamente con un «Hasta mañana», que será la mejor garantía de poder volver al día siguiente.

Están otra vez durmiendo en el suelo, a la puerta de casa. Los despertamos.

En la semioscuridad, nuestros saludos deben de formar parte de sus propios sueños: «Bon soir nos amis, nous sommes des pretres missionaires et demain nous reviendrons. A demain nos amis». Nos sonríen, nos saludan y siguen durmiendo en el mejor de los sueños. La estrategia nos ha salido redonda. Ahora sólo falta encontrar un taxi en la noche. Hay suertecilla, y en la misma zona residencial, mientras nos acercamos a las barreras, acertamos con un taxista que acaba de traer a algún blanco a su casa. Media hora más tarde estamos ya en nuestra habitación del «Hotel de la Paix», restregándonos todavía los ojos por nuestra buena estrella, que nos ha permitido colarnos milagrosamente en la casa del ogro.

Togo: El limitado universo de las tortugas

A las ocho de la mañana estamos ya en danza. Puntuales a la cita nos reunimos con Lourdes y Ana en el hall del hotel. Se trata de ganar tiempo para poder volver cuanto antes a la «casa del ogro». Lo primero es asegurar el billete de vuelta para esta noche. En las oficinas de «Air Africa» nos va a tocar lidiar de nuevo el toro de las reservas. En los ordenadores aparecen anulados nuestros viajes. Más de una hora nos costará garantizar la seguridad de los billetes. Lo que ya no podemos arreglar es la pérdida de la maleta de Elkoro que, puesta en circulación en el aeropuerto de Dakar, no llegó anoche a la consigna de Lomé (escribo esto el 5 de agosto y todavía sigue sin aparecerle el equipaje a Jose Luis). Es el desesperante tributo

que hay que pagar a la rapidez de los desplazamientos en África.

Las Nana Benz

Todavía nos da el tiempo para dar una pequeña vuelta por el centro de Lomé. Ana y Lourdes dirigen nuestros pasos que buscan los famosos mercados tologeses, allá donde las «Nana Benz» reinan en su imperio de paños y sedas.

Las «Nana Benz» son una auténtica institución en Togo. Son ellas las que dominan el mercado de tejidos. Ruidosas, expansivas y decididas han impuesto su iniciativa comercial hasta situarse en unos niveles de alta competitividad. Manejan la mercancía artesanal, pero también en sus estante-

rías se aprecia el «Made in Holland» de pañuelos y túnicas al estilo togolés. Merece la pena darse una vuelta por este mercado único. Además, Ana y Lourdes son capaces de regtear con las «Nana Benz» y entonces el espectáculo es un fascinante duelo de risas, contramarchas y súbitos enfados que se salda al final con una buena compra y con unas fotos de confraternización en las que no se sabe qué admirar más, si los bellos colores de los tejidos y vestidos o la risa y la belleza de las divertidísimas «Nana Benz».

Pulgarcito vuelve a las andadas

«Lo importante es sonreír, saludar y mostrar naturalidad» —nos vuelven a recordar nuestras providenciales guías, en el taxi que nos conduce a media mañana a la «casa del ogro».

No hay ningún problema. Continúa la misma guardia de anoche. Pasean a la puerta de la casa. Nos acercamos con grandes gestos de amistad: «Bon jour, nos amis. Voilà que nous sommes tres contentes et nous avons un grand plaisir d'être ici dans la maison». Grandes apretones de mano rubrican nuestra andanada que nos conducirá directamente al encuentro de los cuatro compañeros.

Y sin embargo, hace apenas un mes, unos misioneros de verdad, guipuzcoanos que hicieron el viaje desde Ghana para visitar a sus compatriotas deportados, no pudieron ni acercarse a la casa y tuvieron que contentarse con saludarles en euskara en el otro extremo de la barra de una especie de bar (dentro de la zona residencial), en el que al fin pudieron concertar una cita de encuentro.

— «Había uno, de Azpeitia, que casi lloraba de rabia por no podernos dar la mano y hablar con tranquilidad».

— «Los guardianes se pusieron en medio y no hubo manera de entablar una conversación normal».

Por lo visto nuestro aspecto de misio-



El patio-jardín en el que se mueven las tortugas.



En el reino de las Nana Bez, Ana y Lourdes se desenvuelven muy a gusto.

nero debe de ser mucho más convincente que el de aquellos curas vascos.

Encerrados con un solo juguete

Luciano, Gotzon, «Historias» y Alberdi están de muy buen humor. Les ha dado tiempo de leer las cartas, los mensajes y hasta de oír la cinta grabada por los familiares.

Aprovechamos para sacarles unas fotos en la puerta del patio-jardín, mientras Luciano busca afanosamente en la tierra el rastro perdido de la tortuga, una tortuga que aparece y desaparece en el suelo como los topes, pero que respeta el límite convenido de las tapias de la casa. La tortuga se ha convertido así en un juguete que distrae a los encerrados. La tortuga, imagen y simbolo de la aparente libertad de movimientos de unos hombres que saben que su universo está cerrado con un, no por invisible menos implacable, muro de separación y aislamiento.

Salidas con cuentagotas

La agotadora reclusión de los deportados, apenas si se rompe con esporádicas y controladas salidas de hora y media a la capital, que los vascos han conseguido a base de machacar a las instancias oficiales con peticiones y escritos.

Tengo aquí, en la mano, una lista de las peticiones y las salidas conseguidas a lo largo de los diez meses de estancia en Togo:

- 23-02-85. Petición. Nada.
- 26-02-85. Petición. Salida el 28 de 10 a 12.
- 5-03-85. Petición. Nada.
- 11-03-85. Petición. Nada.
- 18-03-85. Petición. Nada.
- 26-03-85. Petición. Nada.
- 1-04-85. Petición. Salida el 3 de 10 h. a 12 h.
- 8-04-85. Petición. Nada.
- 15-04-85. Petición. Nada.
- 23-04-85. Petición. Salida el 24 de 10 h. a 12 h.
- 30-04-85. Petición. Salida el 4 de 10 h. a 12,30 h.
- 7-05-85. Petición. Salida el 11 de 10 h. a 12 h.
- 13-05-85. Petición. Nada.
- 22-05-85. Petición. Salida el 23 de 10 h. a 12 h.
- 28-05-85. Petición. Salida el 1 de 3 h. a 5 h.
- 3-06-85. Petición. Salida el 8 de 10 h. a 12,30 h.
- 13-06-85. Petición. Nada.
- 17-06-85. Petición. Nada.
- 24-06-85. Petición. Nada.
- 1-07-85. Petición. Nada.

En una furgoneta, vigilados siempre por cuatro guardianes armados, Lu-

ciano, Gotzon, Alberdi e «Historias» han podido conocer de algún modo el centro de la ciudad e incluso alguna vez han ido a la playa. Un peculiar turismo a punta de pistola, y que sin embargo es reclamado por los vascos como garantía de no volverse locos en la que un periodista de «Cambio 16» llamó «jaula dorada».

Pliego de descargas

Comentamos ahora un significativo escrito firmado por los cuatro deportados, que puntualiza bastante la situación real en la que viven. Dice así: «Desde que llegamos a Lomé el 23 de agosto del 84, tanto las autoridades como la gente en general nos han tratado bien, sobre todo en el aspecto material y dentro de sus posibilidades. Togo no es un país grande ni rico que se pueda permitir gastos extras por nuestra estancia. En ese sentido no tenemos ninguna queja.

El verdadero problema es nuestra situación jurídico-administrativa.

Sobre nosotros pesa una gran incertidumbre, al no poseer ninguna clase de estatuto, ni papel alguno que pueda acreditar nuestra personalidad y estancia en este país. No sabemos ni cómo, ni hasta cuándo, ni en qué condiciones estamos en Togo, ni qué puede ser mañana de nosotros o a dónde nos pueden mandar.

Nuestra vida cotidiana, aparte de ser muy monótona porque no tenemos posibilidades de salir del recinto del barrio, y estar vigilados veinticuatro sobre veinticuatro horas por tres o cuatro policías dentro del recinto de la casa, se nos hace más duro al no tener posibilidad de comunicarnos con nuestras familias. No tenemos buzón postal de correos, ni teléfono para comunicarnos con la familia y tampoco disponemos de juegos o lecturas para pasar el tiempo, lo que acaba por producir una fatiga física y psíquica.

No comprendemos cómo un país que se hace llamar de asilo, como Francia, nos sacó del hospital en aquellas condiciones y en el momento de aterrizar en Lomé nos echó casi a patadas del avión para limpiarse las manos después de dejarnos en aquellas condiciones.

Tampoco entendemos cómo el Gobierno francés ha podido tomar las medidas que emplea contra la comunidad de refugiados vascos, llegando a la extradición de tres de nuestros compañeros, basándose en informaciones, arrancadas bajo torturas por la Policía española, que luego se han visto que no tenían fundamento alguno. Dos de los extraditados han sido absueltos, y el tercero condenado sin pruebas como ha podido ver todo el mundo.

Tampoco se comprende nuestra deportación cuando los cuatro estábamos con permiso de residencia y de trabajo

en Francia, e incluso uno de nosotros, Gotzon Castrillo, con el estatuto de refugiado, concedido para más irri durante nuestra estancia en Togo.

Exigimos la anulación de las expulsiones y la vuelta a Iparralde en las mismas condiciones que reclamábamos cuando pedimos en su día el asilo político».

Un cocinero bretón

Lo más alucinante de este forzado encierro de nuestros compatriotas en Togo son los detalles: la vajilla marcada con el escudo presidencial, la posibilidad de jugar al tenis con los «blancos», pero sobre todo la comida. Todos los días a media mañana, desplazan hasta aquí en un coche oficial a un cocinero del mejor hotel de Lomé, (el «Dos de Febrero»), para que haga la comida a los deportados. Algo totalmente inaudito y casi increíble. Y sin embargo tiene su explicación. Por lo visto, en este país de Togo, los envenenamientos —sobre todo políticos— deben de estar a la orden del día.

Al parecer, el Gobierno francés y togoleño se han puesto de acuerdo en garantizar de esta forma la vida de los deportados vascos. Y así se llega a esta delirante situación, que el cocinero, un bretón calmoso y simpático, asume con resignada filosofía. El se encarga de hacer la provisión de víveres y también de preparar las comidas, en lo que indudablemente es un maestro. Y si no, que lo digan los guardianes que anoché se pusieron las botas, apurando las sobras.

La ley de la selva

La historia de los envenenamientos viene a situar, de todas formas, el verdadero suelo que pisamos. En África no se juega. Hay que andar con pies de plomo. El espectáculo de los guardianes con sus pistolones no acaba de ser demasiado tranquilizador. Sobre todo cuando se enmarca la historia de un Togo, en el que los fosfatos constituyen el cebo y el fondo de un pacto entre el capitalismo europeo y las veleidades de un dictador como el general Eyedema.

Togo es uno de los países más pequeños de África y las tutelas y disputas de los europeos —alemanes, ingleses, franceses— por su territorio, apenas si han dejado la memoria del predominio francés que se refleja en la lengua y en los restos del colonialismo parisense.

El 30 de agosto de 1956 se proclama la república autónoma de Togo, etapa transitoria con un primer ministro, Nicolás Grunitzky, diputado de Togo en la Asamblea Nacional francesa.

El 27 de abril de 1960 será proclamada la independencia de Togo, con un presidente, Sylvanus Olympio, elegido por un 97 por cien de los votos. Demasiados para una oposición siempre presente.

Tres años después, el 13 de enero de 1963, los militares nordistas dan un golpe de Estado y acaban con la vida de Sylvanus cuando intentaba refugiarse en una embajada. La vuelta de Nicolás Grunitzky tampoco parece amansar del todo a los militares que, cuatro años más tarde, vuelven a repetir el golpe de Estado. Es el momento del irresistible ascenso del sargento Eyedema que, convertido en general, legitimará su poder con un referéndum muy especial en 1972.

Eyedema, dueño y señor del Togo actual, tiene en sus manos las suerte de los cuatro deportados vascos.

La visita del papa

En este decidido contexto dictatorial, se anuncia ahora la visita del Papa a Togo, un Togo en el que los católicos no llegan al veinticinco por ciento, pero que al conjuro de las consignas del general Edayema se volcarán en Lomé para aclamar al «gran hechicero blanco».

Por de pronto —comentaban los deportados— se está construyendo una lujosísima vivienda para que sirva de residencia de una noche al Jerarca de Roma. Al fin y al cabo, todo es bueno si sirve para la mayor honra y gloria de un régimen autocrático, en el que el pueblo

juega de comparsa para dar colorido a la fiesta de los grandes, sean papas o generales.

Recordamos ahora en la tertulia, el espectacular paso por Loyola de Woigt y coincidimos todos en que su viaje a Togo hará redoblar las medidas de vigilancia y represión en el entorno de los deportados.

Círculos concéntricos

El cerrado y agobiante marco en el que están encerrados los cuatro vascos nos lleva inevitablemente a buscar paralelismos con las cárceles y prisiones, Fresnes, Baiona... o Herrera de la Mancha, donde por cierto está un hermano de Luciano Izagirre.

No hay unanimidad total, pero en general todos parecen inclinarse a que la deportación tiene un número menor de aspectos negativos que la cárcel. Está, eso sí, la incertidumbre y, aquí en Togo, el matiz de encierro casi total. Pero también esa incertidumbre da pábulo a todas las esperanzas. Es claro que, para todos, esta situación es provisional e insostenible a largo plazo. Estas no son las condenas arrojadas como losas en Herrera o Alcalá. Sin embargo, es una cárcel. Lo demuestran los vigilantes armados, los límites establecidos, la frustrante sensación de topar contra una pared,



Izagirre, Castrillo, Galdos, Alberdi, Ana y Lourdes.

aunque sólo sea una barrera móvil y una carretera animada por el paso de los coches como invisible tope.

Las horas contadas

Mientras comemos, mientras apuramos el café y hasta fumamos un simbólico puro de la paz, se nos escapan las últimas horas de un encuentro que hasta el último momento estuvo en el aire.

Saltamos de un tema al otro con el obsesivo afán de no dejar nada en la recámara. Esta misma noche estaremos volando de vuelta a casa y el plazo se habrá cerrado inexorablemente.

Hay muchos encargos que hacer, muchos mensajes que transmitir, y al mismo tiempo, nosotros necesitamos que nos hablen de sus cosas y de sus problemas. Pero priva un pudor instintivo en los cuatro para no descubrir la trama de sus preocupaciones, el agobio de un clima que va minando la resistencia física de los cuerpos, las crisis de convivencia —como en la cárcel— propias de toda sociedad reducida y aislada.

Ana y Lourdes son más rotundas a la hora de definir la atmósfera y los matices de este peculiar destierro, agravado

además por incalificables matices repressivos.

En el pequeño círculo de los deportados, la presencia de las dos mujeres es, ya lo hemos dicho, un importante factor positivo que, en cierto modo, ha venido a aliviar la durísima situación de los primeros meses.

Nos dicen, por otra parte, que cuentan también con la presencia bastante asidua de algún fraile español, de una monja zuberotarra y otra navarra que, en un plano humano, se comportan admirablemente.

— ¡Quién me iba a decir a mí, que iba a agradecer la visita de unos curas y monjas! suelta con sorna uno de los cuatro.

Las barreras del adios

El tiempo no da para más. A media tarde hay que levantar la tienda. Nos lo tomamos con calma. —«Mejor si nos vamos acercando hacia las barreras», dice alguno.

Nos ponemos en marcha, en curiosa procesión de blancos, escoltados a cinco metros por dos atletas de color, en los que justamente algún iniciado podría adivinar su personalidad de policías ar-

mados. —«Otras veces van en plan de exhibición, mostrando bien las pistolas y los uniformes» -dice Lourdes. Hoy, sin embargo, son dos paisanos gentiles y despreocupados que, ante nuestro buen aspecto de misioneros con todos los permisos en regla, no dudarán en posar en grupo con sus vigilados ante las mismas barreras de la prohibición.

Pero ya estamos allí, en ese territorio de nadie. Son los abrazos de la despedida, las últimas recomendaciones, los últimos gritos de ánimo. «Decírselos a todos que, a pesar de todo, tenemos la moral muy alta. Que la lucha sigue adelante».

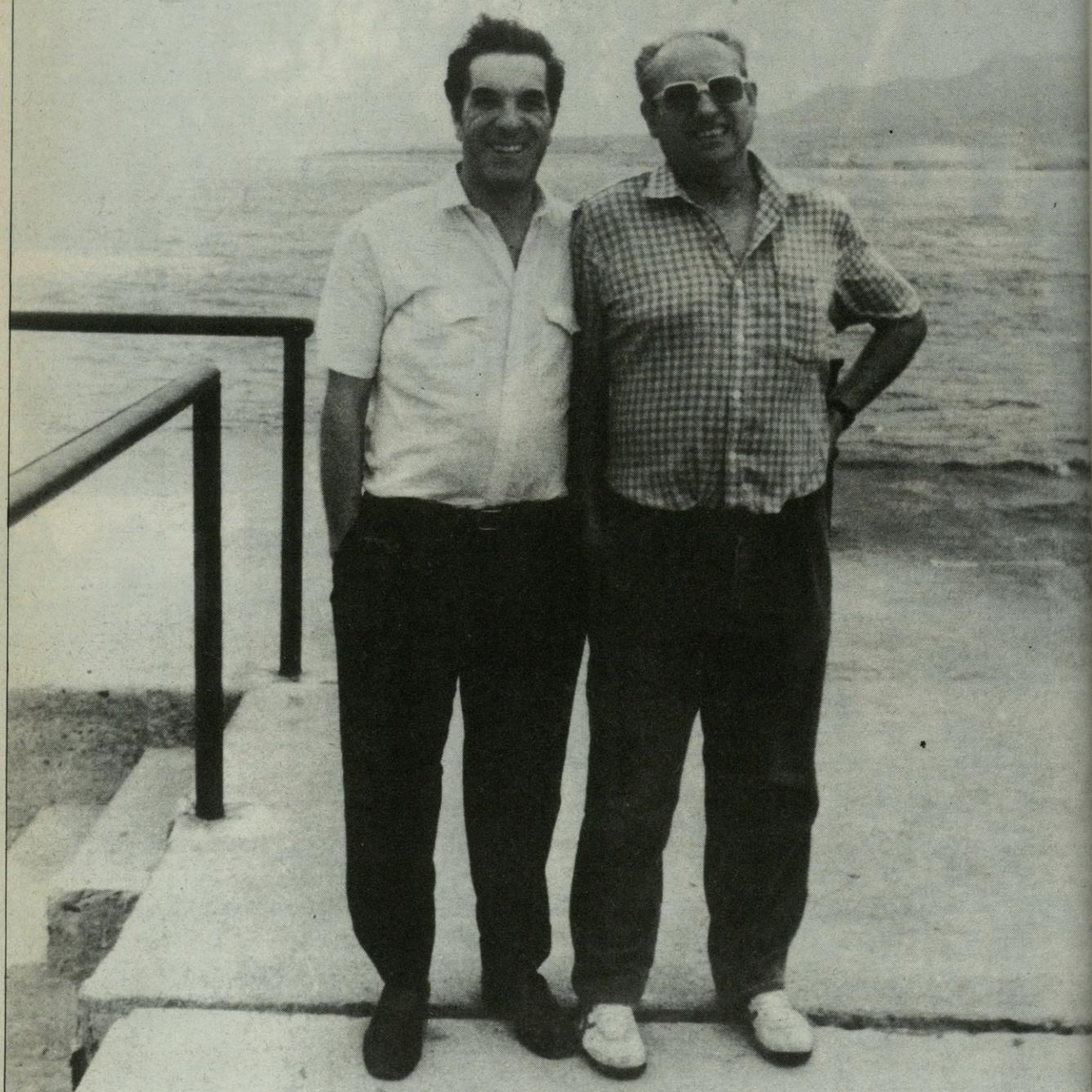
La carretera es la muga, y nosotros, con Ana y Lourdes, pasamos la muga. Enfrente, mientras se disparan por la calzada los coches y los vehículos, los cuatro vascos se sientan a esperar nuestra partida —algún taxi libre que nos pueda llevar-. Esa espera, separados por una línea de asfalto de diez metros es auténticamente insopportable. El cielo se compadece y nos envía un taxi que nos llevará al aeropuerto. Atrás, junto a las barreras y al arcén de la carretera, se van empequeñeciendo las cuatro siluetas de cuatro deportados vascos, desterrados en las afueras de Lomé, capital de un perdido país africano.



El stop de las barreras marca el límite de los desplazamientos de Alberdi, Izagirre, Castrillo y Galdós (por este orden en la foto).



Dos de los guardianes de los deportados fotografiados junto a la barrera.



Un viaje inolvidable tras la ruta de los nuevos exilios para Elkoro y Erauskin.

Pájaros y aviones que siempre vuelven a casa

Lourdes y Ana no nos dejarán hasta el último momento. Intentarán —inútilmente, como nosotros— recuperar en el caos de las consignas y oficinas, la extrañada maleta de José Luis Elkoro. La borrosa imagen de las dos muchachas será la última visión que retendremos de este aeropuerto de Lomé en el que, como en los otros de la serie, sufriremos igualmente el stress de las prisas del último minuto.

Ana y Lourdes, asumiendo humana y políticamente la suerte de Luciano y José Miguel nos dejarán el testimonio contundente de la valiente naturalidad con la que en nuestro pueblo se arrastran las situaciones difíciles. ¡Un testimonio admirable!

«Air Africa»

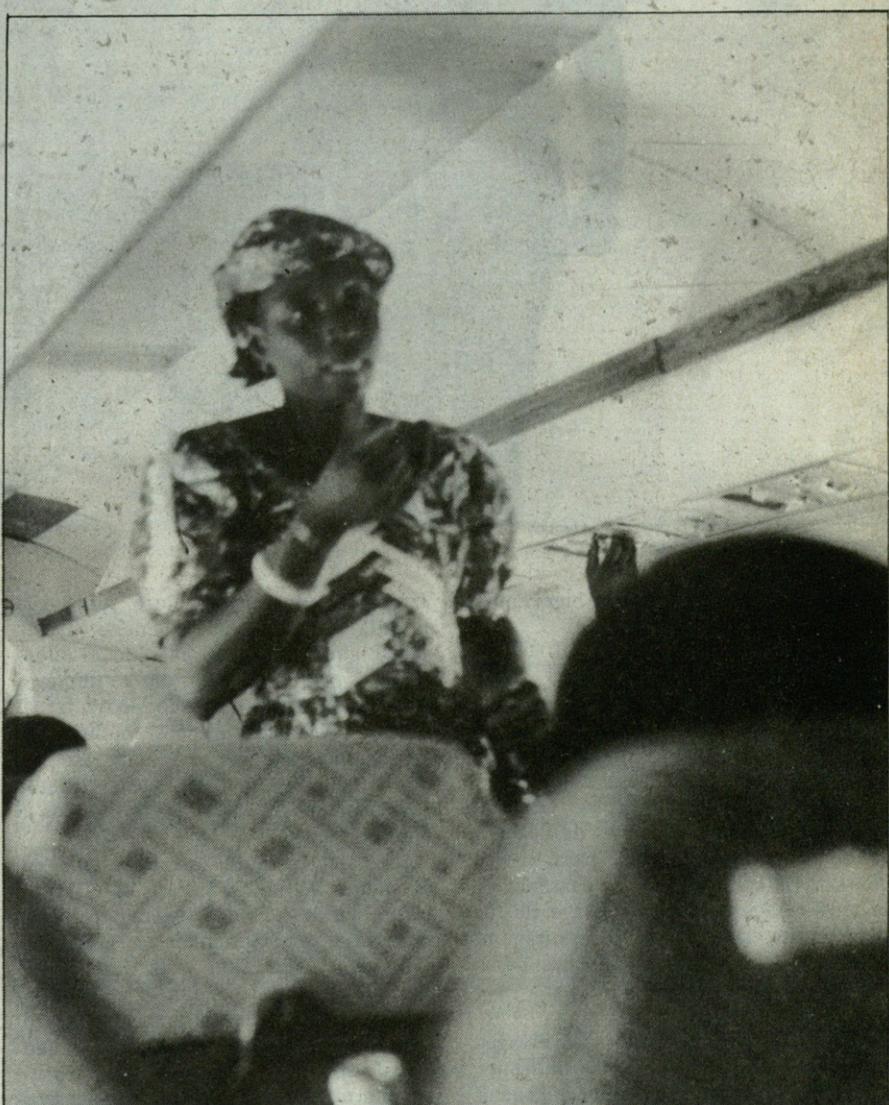
Despegamos en la noche del aeropuerto de Lomé. Al igual que hace días sobre Dakar, las luces brillan abajo y hay que adivinar en la oscuridad el movimiento y la vida de una ciudad africana. Como Lomé en este mismo momento, muchas otras capitales se agazapan en la noche bajo los aviones de «Air Africa», todo un inmenso continente en una semivela, preanuncio de un futuro cuajado de incógnitas. Los gobernantes que ahora mismo se mueven abajo en el Hotel «Dos de Febrero», a punto de concluir ya la cumbre de la CEDEAO, podrían desvelarnos algunas de esas incógnitas. Pero tal vez ni ellos mismos saben a dónde va África. Desgraciadamente tal vez sepan mucho más del asunto en los despachos de París, de Bonn, de Londres y sobre todo de Washington.

Africa, a despecho del verbalismo de muchos de sus gobernantes, tiene todavía un largo camino que recorrer para buscarse un sitio en el mundo, sin renunciar a su personalidad y a sus raíces. El modelo no está precisamente en la refinada sociedad de Ciudad del Cabo o de Johanesburgo. Sus campos de tenis,

sus hoteles y sus playas están construidos sobre las tumbas de los negros masacrados en Soweto y Durban. Sudáfrica como punto de mira es la última reliquia del más absoluto fascismo. Los tí-

midos faros de la reconstrucción africana en cambio pasan por Argelia, Angola o Cabo Verde.

El avión de «Air Africa» ha tomado ya altura, y una bella azafata vestida a



La azafata de «Air Africa», imagen de un continente en busca de su identidad.



Paseando por Mindelo.

la usanza togoleña nos da la bienvenida en el aparato.

Tiempo de balances

La noche va a ser larga. Sobre todo a partir de la parada en Abidjan, el vuelo tomará aliento y no descansará hasta llegar al corazón de Europa. Ginebra será el único descanso antes de llegar a París. Hay tiempo, pues, para el recuerdo y la contabilidad. El cansancio y la tensión acumulada a lo largo de los días agota la deseada comunicación. José Luis y yo tenemos muchas cosas que comentar y recordar, pero nos pude la fatiga.

A caballo entre el sueño y las divagaciones se van acumulando las imágenes de los últimos días. De pronto me suena nítidamente la confidencia de Endika

Iztueta en un paseo solitario, junto a la aislada colina de su residencia: «Hasta llegar aquí, nunca había oido el silencio». Y otra vez contemplo el implacable paisaje reseco de Cabo Verde, las sierras volcánicas de los montes, la sensación angustiosa de encontrarse en el fin del mundo. Y es que se trataba precisamente de enviar a estos vascos al fin del mundo.

La patata caliente que les estalla en las manos a Madrid y París es el «problema vasco». Este problema, resuelto ingenua o maliciosamente a golpe de cárceles, de represión y de deportaciones, se agiganta cuando se toma conciencia del desmesurado esfuerzo económico y diplomático que se han echado sobre las espaldas Felipe y Mitterrand a la hora de enviar a los vascos a la diáspora obligada de las deportacio-

nes.

Flota, sin embargo en el ambiente, una sensación cada vez más acusada de que esta aventura de las deportaciones ha sido un tremendo fiasco para la Moncloa pero sobre todo para el Elíseo.

Caminos cortados

Los especialistas de Interior, la «intelligentsia» madrileña que se enfrenta al problema vasco desde siempre (mucho antes desde luego, que un tal Carrero se empeñase en liquidar tal problema) creyeron haber descubierto la piedra filosofal cuando por fin consiguieron arrancar del Elíseo la promesa de acabar con el «santuario de ETA» en Iparralde.

A costa de un tremendo desgaste político, asumiendo la impopularidad y la



El único árbol de Mindelo.

erosión de una estrategia de mano dura y represiva, acabando con el mito de Francia tierra de asilo, París se lanza al juego, peligroso juego de las cárceles, las deportaciones y hasta las extradiciones.

«Contrólame el santuario de ETA, y yo te aseguro que el problema vasco está liquidado en unos meses», le han susurrado a Mitterrand al oído. Un año después, con vascos deportados en Cabo Verde, Panamá, Togo, Venezuela, Cuba, Ecuador... con vascos asignados a residencia en departamentos franceses... con vascos en las cárceles de Baiona y Pau... con vascos controlados rabiosamente por los gendarmes y rematados por los asesinos fantasmas del GAL... el «problema» se ha agravado y mantiene las más altas cotas de virulencia. ETA se mueve con más fuerza que nunca y sus golpes alcanzan incluso a los puntos

más neurálgicos de la capital de España.

Tras el carrousel de promesas fallidas, la desesperanza comienza a invadir al Elíseo (en Madrid prefieren ponerse la venda y seguir soñando despiertos). Mientras tanto en América y en África los caminos se cierran. Los gobiernos se justifican y hasta se retractan de sus primeras «acogidas» a los deportados y hablan de compromisos o de discutibles hospitalidades o solidaridades. Nadie quiere comprometerse en una vía que no se ve clara. Los caminos están cortados. ¿Este análisis es solamente la cabezada somnolienta de un pasajero que dormita rumbo a Europa a 5.000 pies de altura de los desiertos africanos?

Pájaros y aviones que vuelan

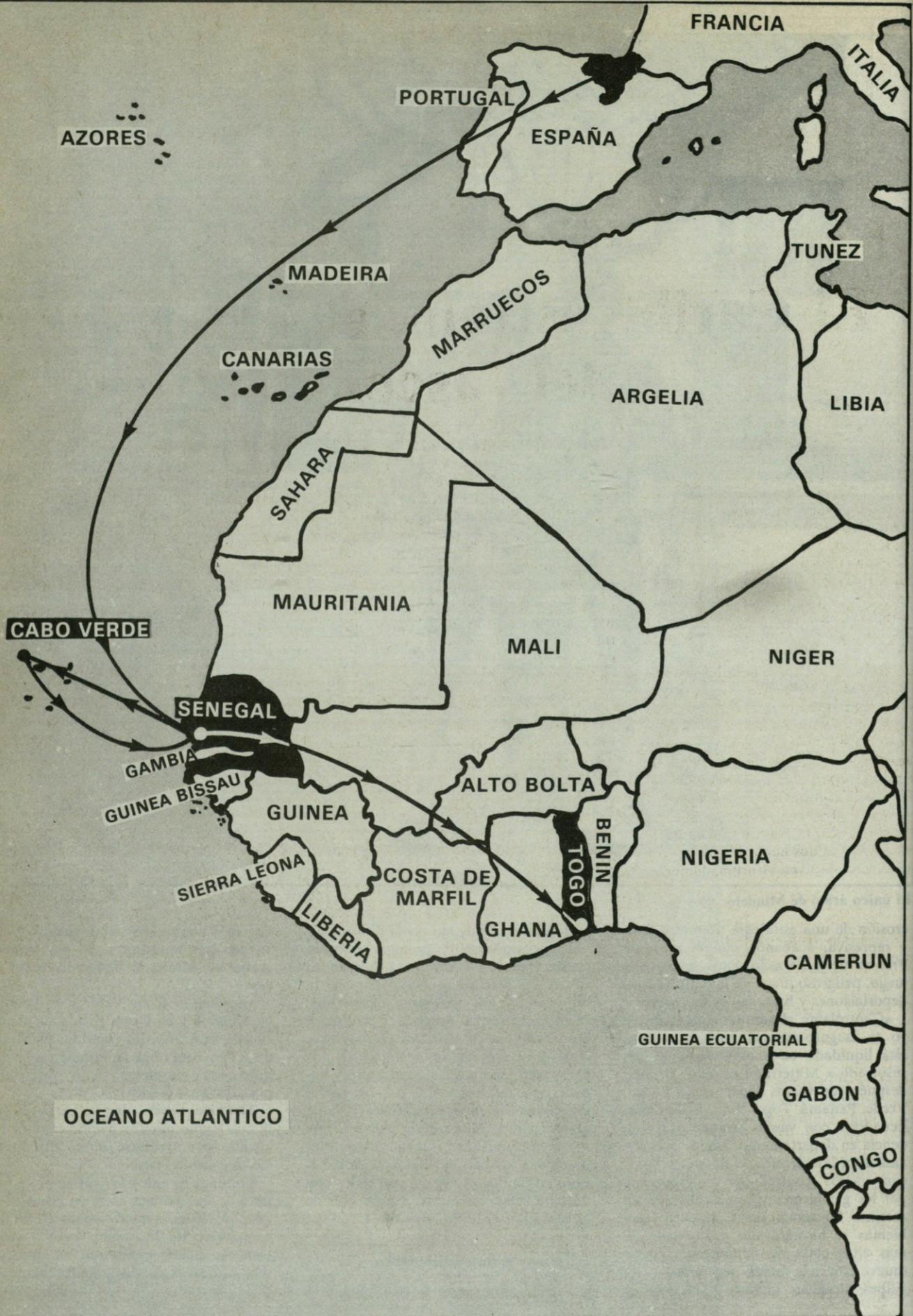
Dentro de unas horas estaremos otra

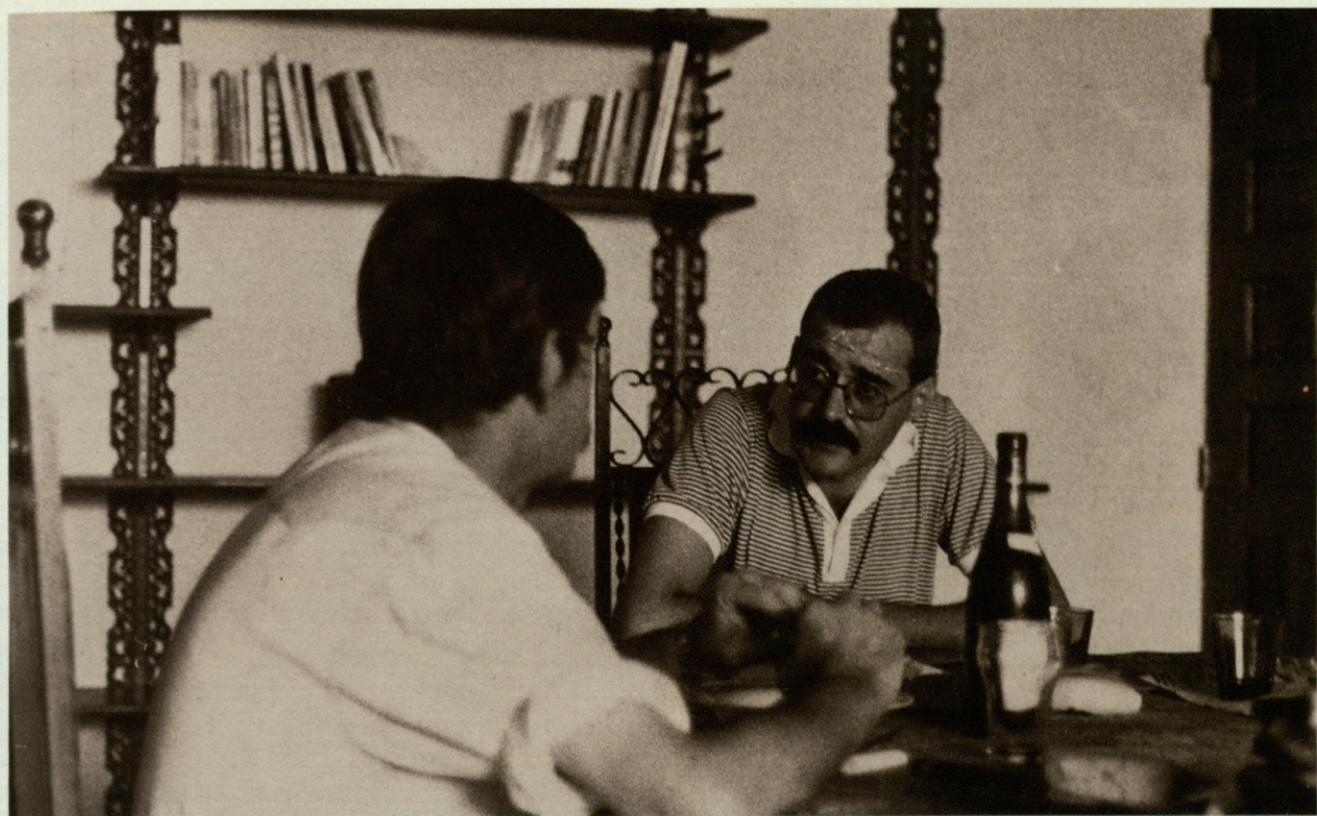
vez en Euskadi. Por más vueltas y revueltas que hayamos dado por la geografía de África, al final volveremos a casa.

Lo saben en Cabo Verde y en Togo, y en Panamá y en Costa Rica y en Venezuela y en Cuba (los capítulos próximos de la serie nos llevarán también a las inquietudes y problemas de los vascos deportados en América).

También saben que la tierra es redonda y que nuestro pueblo seguirá luchando por asentarse libre, allí donde sus mayores reposan.

La tierra es redonda y al final los pájaros y los aviones siempre vuelven a casa. A veces, a morir como el último compañero de Itsasondo, pero a veces —en eso siguen esperando los deportados— a pasear por las grandes alamedas de la libertad.





Eugenio Etxeberri y Jon Idigoras y, en el centro de la mesa, la botella de vino que le llevara Santi Brouard.



La inesperada cena en la guarida de Lomé, alrededor de José Luis Elkoro. Para los deportados de Togo, una cena inolvidable.



Antxon Etxebeste y Jon Idigoras en una calle del Santo Domingo viejo.



El grupo de los de Togo, posando en las barreras que marcan el lím



El grupo panameño de deportados con Jon Idigoras, a la puerta de su —es un decir— casa



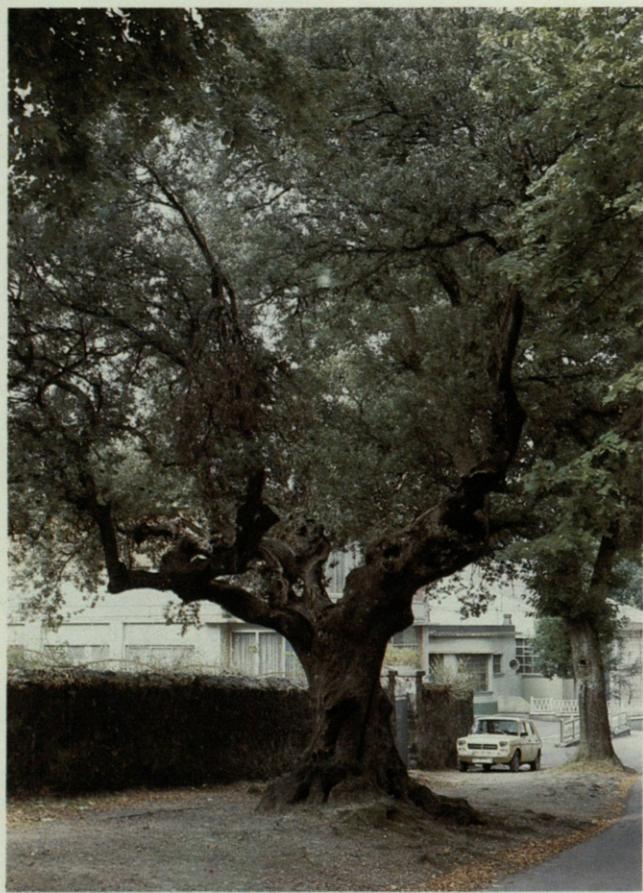
lím desplazamientos.



Una foto, en el hall del «Habana Libre», que necesita pocos comentarios: al hijo de Urtiaga le dan la mano su padre y Carlos Ibarguren.



sta interior del penal en el que está Goyo Jiménez en Costa Rica.



Este es el árbol, en Xenein, que prometimos visitar al pelotari marquínés.



Vista exterior de la Nunciatura en Paitilla, ciudad de Panamá, residencia del pasitarra monseñor Laboa.



Costa Rica: En el penal. De izquierda a derecha Idigoras, Goyo Jiménez, el director de la cárcel y el ministro de Justicia costarricense.

El Caribe estrena el «deporte del vasco»

No es nada fácil «aterrizar» en Euskadi tras veinte días de subir y bajar aviones, pasar controles y más controles, aprender nuevos nombres, nuevos cambios y monedas, mudarnos de hotel antes de terminar de saber a qué lado del ascensor queda tu habitación de turno. Hoy, víspera de San Ignacio, fecha que todo el mundo parece haber elegido para enmarcar los grandes aniversarios de este pueblo, iniciamos un relato, sin saber muy bien lo que dará de sí.

Como paso previo, y para contar con la tranquilidad suficiente, nos aseguramos de que nuestro rollos fotográficos no han sido velados durante estos días. Aunque antes de pasar por ese marco misterioso o de colocar nuestra bolsa en la cinta transportadora que introduce los bolsos en la caja oscura preguntábamos si nuestros rollos fotográficos iban a sufrir daño, lo diverso de la respuesta en cada aeropuerto nos había dejado con la angustia de lo peor. Afortunadamente no ha sido así.

Los problemas comienzan en Sondika

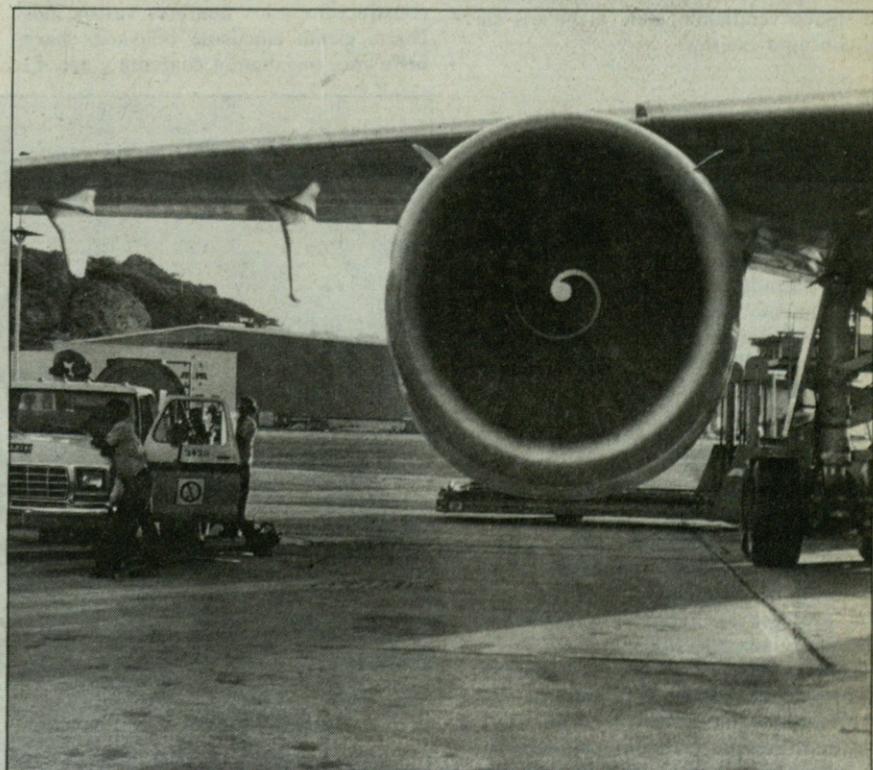
El vuelo que debía salir de Bilbao a las dos de la tarde surge un retraso por motivos insuficientemente explicados, que entre los pasajeros se atribuye a que desde Madrid está saliendo a París el Rey Juan Carlos, en ese mismo momento. Una empleada de Iberia se limita a comentarnos que se trata de un retraso por motivos de seguridad y nos tranquiliza diciéndonos que todos los vuelos, también los que parten de Madrid, han sido retrasados, por lo que no ve dificultades para que hagamos la conexión con el vuelo que sale hacia Santo Domingo, primera escala prevista de nuestro complicado viaje a cinco países.

Sin embargo, el vuelo 949 de Iberia

salió de Madrid, contra todo pronóstico, a su hora, las 16.30 y nosotros nos quedamos en tierra. El siguiente vuelo hacia Santo Domingo partía dos días después, por lo que intentamos viajar esa misma madrugada a través de Puerto Rico, en un vuelo en el que, finalmente, no embarcó nadie que estuviera, como nosotros, en lista de espera. Eran las cuatro de la madrugada del 9 de julio cuando tomamos la decisión de modificar nuestra ruta, viajando primero a Caracas, en un avión que salía a las dos de la tarde, justamente un día completo después de cuando teníamos que haber partido de Sondika.

A pesar de nuestro enfado, nada nos hacía prever entonces que los vuelos, las conexiones y los aeropuertos se iban a convertir en nuestro peor enemigo, y que las sorpresas no acabaría ahí.

Las interminables horas que debimos consumir en Barajas nos sirvieron para comprobar, una vez más, lo caro que es comer mal en el aeropuerto, que la capilla, a pesar de los temores que muchos tienen en viajar en avión, tiene pocos clientes, y que las películas que se proyectan en sus cines son horribles. Entre una de «guerra» para todos los públicos y otra que se anunciaba como pornográfica, Jon y yo decidimos ence-



Las conexiones y los aeropuertos, nuestro mayor enemigo.

rrarnos en la porno: la sala estaba ocupada por nosotros dos y un policía nacional que debió entrar sin pagar y que sólo estuvo veinte minutos. Supuestamente, el filme era una muestra oriental de sadomasoquismo, y la copia viejísima. Si hoy podemos recordar que lo vimos es porque, todavía entonces, anotábamos todo lo que pudiera servir para llenar unos reportajes que se presumían largos.

El día más largo

El «Costa Canaria», un DC-10 de Iberia, al mando del comandante Olaya, nos sacó de Madrid el martes 9 de julio, rumbo a Caracas. La diferencia horaria nos haría vivir ese primer día más largo en un vuelo casi vacío, con un pasaje indefinible, en el que el único niño fue objeto de esmerada atención.

El poco trabajo de la tripulación colaboró a que todos estuviéramos especialmente bien atendidos, mientras nos explicaban que «normalmente viene más lleno». Dos intrascendentes películas de un bigamo que quiere a su mujer por igual y que se ponen de acuerdo para dar a luz sus respectivos hijos al mismo tiempo, y una policiaca norteamericana con un detective negro de protagonista ayudan a que hagamos un vuelo entre adormilados y sobrealmimentados.

La revista que Iberia reparte a sus viajeros nos recuerda la imagen de fuetes, sanotes y comilonas que todavía sigue proyectando de los vascos. Los típicos tópicos sobre vasquitos y vascotes se siguen vendiendo bien, al menos en su consumo exterior.

Entrar en Venezuela

A pesar de que Venezuela no vive sus días más prósperos, lo que podremos comprobar en cuanto tomemos el taxi que nos conducirá desde el aeropuerto de Maiquetía-Simón Bolívar hasta Caracas, la entrada en este país sigue siendo relativamente difícil. Se requiere una visa, a solicitar en el Consulado que este país tiene en Bilbao, garantizando que no se va a aprovechar el pretexto de viajar como turista para quedarse a trabajar.

La República de Venezuela sigue siendo, en especial para el resto de países latinoamericanos y también para los tradicionales emigrantes peninsulares, isleños de Canarias y Azores, italianos, libaneses, chinos etc., un país tentador que, tradicionalmente, ha tenido que proteger su emigración mediante una controlada selección.

Todavía hoy, casi nadie en Venezuela se atreve a cuantificar el número de extranjeros indocumentados o en situación irregular, aunque el boom petrolero se haya acabado y aunque el país atraviese momentos difíciles, sobre todo en

comparación con otros conocidos y recurrentes.

Por 150 bolívares taxi e información

Tras ocho años de ausencia de un país en el que viví nueve y que llegué a conocer y amar profundamente, la primera impresión nos sirve para comprobar que las obras del nuevo aeropuerto están ya concluidas y que ha transcurrido el suficiente tiempo para que algunas letras estén ya protegidas por andamio y en vías de recomposición.

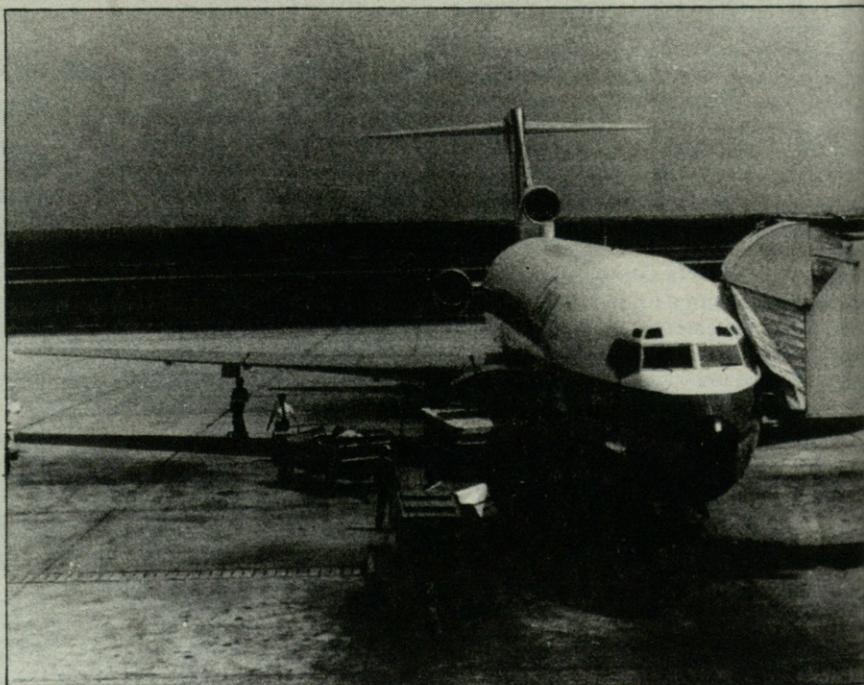
Desde el avión, mientras aterrizábamos, he podido mostrarle a Jon la central eléctrica de Arrecifes en la que hace unos años se produjo una gran catástrofe y en la que murieron varios cientos de personas, entre ellos un vasco, jefe de los bomberos del Litoral. Desde el cielo se ve todo recomposto y en activo, y nada hace suponer lo que pasó. Le muestro, también, la pequeña playa que frecuentábamos no pocos vascos muy cerca del aeropuerto: estamos sobre el litoral más próximo a Caracas, sobre el puerto de La Guaira y a media hora de autopista de Caracas, a la que se sube tras cruzar tres túneles construidos en tiempos de Pérez Jiménez. La capital, que se extiende a lo largo de lo que fue un paradisiaco valle junto al río Guaire, a los pies del omnipresente monte Ávila, se encuentra a novecientos metros de altura, lo que le permite gozar de un privilegiado clima.

El taxi hasta el hotel, en la zona de Las Mercedes, donde más se nota la construcción y los nombres vascos, nos cuesta ciento cincuenta bolívares; hace ocho años pagábamos cuarenta y dos. El

taxista nos dice que todo se ha multiplicado por cuatro en estos años, cuando le comentamos en qué época habíamos vivido nosotros. Es joven y no concienció la época de la dictadura. Nos habla de los dos partidos políticos, Acción Democrática -Socialdemócrata y en el poder- y COPEI, socialcristianos, que se alternan en el Gobierno, como dos partidos muy parecidos. Nos dice, también, que la izquierda está muy dividida, cuando no «burocratizada» y que no representan ninguna alternativa válida.

Pocos kilómetros necesitamos para comprobar que, a pesar de autopistas, distribuidores y vías rápidas, el tráfico sigue siendo un problema en la ciudad. Nuestra entrada en Las Mercedes está precedida por un embotellamiento, clásico ya. Jon se asombra de cómo se conduce y de que no hay choques y accidentes a cada momento. Llevar un «carro» en Caracas es una obra increíble de destreza y reflejos. Un no redactado y generalmente asumido código preside todas las maniobras. Cuando, finalmente, algún pequeño encontronazo se produce, el que primero metió el morro es el que lleva la razón.

En estos años de ausencia nuestra, algo ha cambiado sin embargo, en la capital, aunque en este primer contacto no tengamos ocasión de comprobarlo: el metro. Un metro del que los caraqueños se sienten orgullosos con razón, y que sólo está en funcionamiento en alguno de los tramos previstos. El taxista nos adelanta que de él no se desprenden más que ventajas para todos y que ese mundo bajo las calles parece otro país, en el que todo está limpio ordenado y silencioso.



El avión que nos llevó al aeropuerto de Maiquetía.

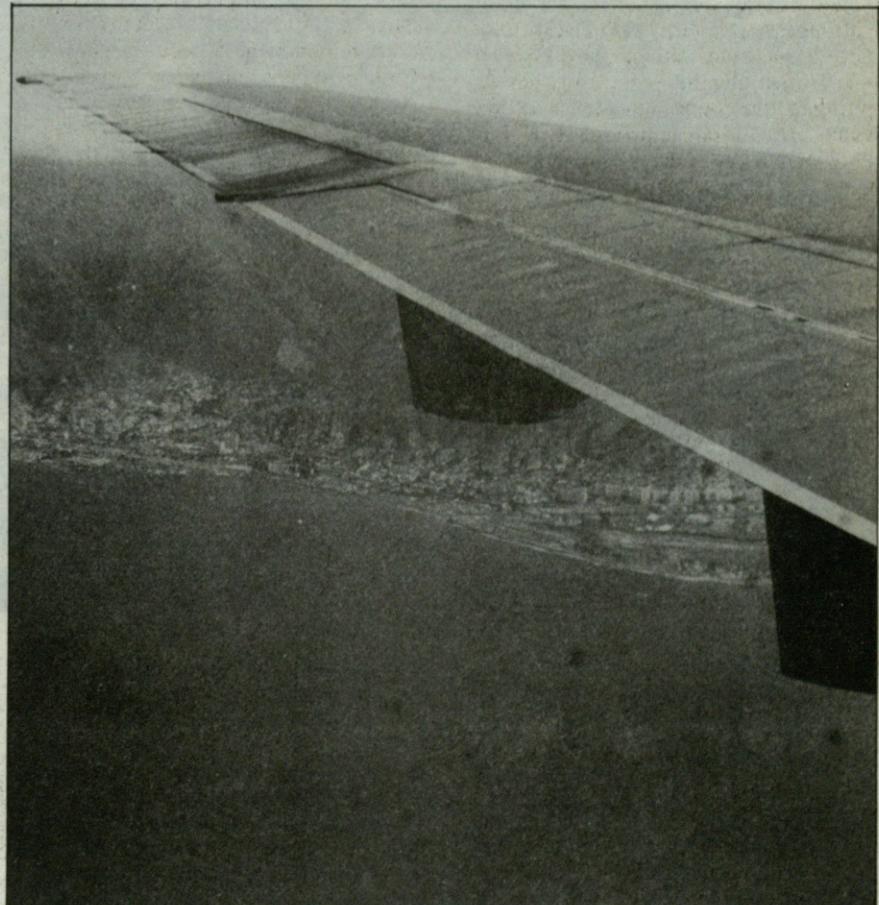
Venezuela, un país para querer

Este es, junto al de «Venezuela suya», el eslogan más aireado en las campañas turísticas institucionales de los últimos años. Arturo Uslar Pietri, uno de los intelectuales más conocidos en el exterior, define geográficamente a este país como «la avanzada de la América del Sur sobre el Caribe y, al mismo tiempo, por un curioso capricho de la naturaleza, la síntesis de todos los grandes rasgos geográficos del Continente: la más extensa ribera sobre el Caribe y, al mismo tiempo, la presencia de las peculiaridades fisiográficas de la masa continental, cordilleras nevadas del sistema andino, y barrera montañosa hacia el norte, llanuras fluviales extensas de vegetación de sabana tropical, grandes ríos que confluyen en el Orinoco, y al Sur de éste una vasta porción del macizo selvático y primitivo de la Guayana. Mar, montaña, llanura y selva, no se combinan de igual manera en ningún otro país americano».

Humboldt, referencia obligada también en este país, se asombró de esta combinación insólita, «la que provocó —dice Uslar—, una evocación de las tres etapas del desarrollo de la civilización, anticipándose a la geografía humana de nuestro tiempo».

La literatura venezolana, la de Rómulo Gallegos y la de Alejo Carpentier, que vivió años de exilio, como tantos otros, en esta geografía, la han incorporado como un protagonista inevitable. A ella está unida, también desde sus inicios historiados, la figura terrible, temible y fascinante de nuestro/su tirano Aguirre. En este pobre país, para las pautas del momento, surgió el Libertador de América, el Simón Bolívar de todos.

Entrado el siglo XX, el petróleo marcará definitivamente su historia. El país rural y modesto que era se convirtió, de la noche a la mañana, en otro conformado por gentes de aluvión en pos de la riqueza fácil. Caracas creció, en medio



Primera vista del litoral venezolano bajo el ala del DC-10 que se dispone a aterrizar.

siglo, treinta veces y en su crecimiento no era ajeno el aflujo incontrolado de marginales y campesinos de la propia Venezuela y de países vecinos, que se asentaron sobre los cerros que rodean la ciudad, cada vez más arriba y más miserable, en chabolas que aquí toman el nombre de «ranchos» y que todavía hoy proporcionan la primera gran sorpresa al visitante desprevenido.

También Jon sufrió este choque, mientras subíamos a Caracas. La única

manera de no sentirlo es si se llega de noche, cuando esos «ranchitos» parecen parte de un nacimiento iluminado, como cursíamente se empeñan en describirlos cuantos sólo han conocido Caracas de noche y en automóvil.

Fríos datos de un país caliente

Superficie, 916.490 km². Población, 18.600.000 habitantes, en 1984. Caracas, la capital, 2.407.700 habitantes. Ciuda-



El valle de Caracas, en una vista tomada desde el omnipresente Monte Ávila.

des más importantes: Maracaibo, Valencia, Barquisimeto, Maracay, San Cristóbal, Ciudad Guayana, Ciudad Bolívar. Moneda nacional: el bolívar, que se divide en 100 céntimos. Circular monedas de 5 céntimos, 10, 25 y 50, todas de acero, cobre, cuproníquel o níquel, aunque hasta hace poco todavía subsistían preciosas monedas de plata en curso ordinario. A la moneda de 25 céntimos se le llama «medio» y a la de 50, «real», lo que no deja de confundir al principio. Existen billetes de 10, 20, 50, 100 y 500 bolívares.

La Fiesta Nacional, el 5 de julio, conmemora el día que se sacudieron a España. El PIB per cápita fue en 1981 de 4.643 dólares y, en 1982, de 4.613. La hora oficial: GMT menos cuatro horas. Los colores de su bandera, como la de otros países bolivarianos, amarillo, azul y rojo, con siete estrellas en la barra central.

La distribución racial de Venezuela fue alterada por la llegada, después de la Segunda Guerra Mundial, de casi un millón de inmigrantes europeos, entre ellos algunos centenares de vascos, que recibieron por parte del Gobierno una acogida especial por su condición de exiliados políticos. Posteriormente llegaron otros muchos, hasta un número que nadie se atrevé a cifrar, pero que deben significar, incluyendo a hijos y nietos allí nacidos, algunas decenas de miles.

El grupo de población más numeroso es el mestizo. Sobreviven, más mal que bien, algunos pueblos amerindios en las tierras altas de Guayana y en las selvas al oeste del lago Maracaibo. Como en otros países caribeños, la población negra tiene su mayor presencia en la costa.

La mayor parte de la población original correspondía a las familias étnicas de caribes y araucos. A los primeros

pertenecían las tribus de los teques, záparos, jiraras y motilones, los famosos motilones que se encontraron los hermanos Pinzones y a los que, como todo el mundo sabe, les cortaron... la retirada. Entre los araucos se conocen los pueblos de achaguas, salivas, chaimas y caiquéticos. En la cordillera andina y en sus valles próximos habitaban los timotocuicas, en el valle central los teques y los caracas, de donde toma el nombre la capital, y se conoce también la existencia de pariajotos, cumanagotos, palenques, guaiqueries y mucuchies, todo sea escrito con precaución, pues la literatura al respecto no es ni abundante, ni desinteresada ni totalmente fiable, y sujetos siempre a la corrección del otro gran Barandiaran, Daniel, sobrino de Don Joxe Miguel y, como éste, concienzudo investigador y tal vez el hombre que más sabe de los indios venezolanos, si el adjetivo puede ser utilizado.

El Metro, una nueva medida para Caracas

Nuestro primer día en Caracas, el miércoles 10 de julio, lo comenzamos asegurando nuestros siguientes vuelos y reconstruyendo un itinerario alterado desde el principio por la tardía salida de Bilbo. A Jon le empieza a entrar ya la característica morriña de quienes han tenido la suerte de no desvincularse de su pueblo en minúsculas: que estábamos en Sanfermines lo habíamos recordado los dos más de una vez, pero él comienza a comentarme ya que hoy es San Cristóbal, que pronto empiezan las fiestas de Zornotza, que en este momento los de su cuadrilla estarán... Aquí comete el único fallo de su particular recuento del tiempo, al no tomar en consideración las horas de diferencia entre hemisferios. Por lo demás, cada día de nuestros veinte días de viajar y dormir «juntos» merecerá por su parte una adecuada situación calendaria con Zornotza como epicentro.

Hoy hemos tenido la oportunidad de conocer la Caracas del metro. Y comprobamos que el orgullo de nuestro taxista era justificado. Un suelo impecable, unos vagones antisépticos, unas estaciones limpias y refrigeradas nos hacen sentirnos en otro mundo, con ciudadanos de otra galaxia.

Una metropolitana enhalecada

La salida del metro por cerca de La Candelaria, tradicional lugar de encuentro de emigrantes y de vendedores —buhoneros— ambulantes, nos devuelve a la Caracas de siempre, la que habíamos conocido e imaginado durante estos años de ausencia. Con alguna particularidad sorprendente: los policías municipales, los de Metropolitana, han incorporado a su uniforme un liviano chaleco antibalas que pregonan inseguridad ciudadana y violencia hamponil. La metropolitana que recordábamos era una policía amable y popular que llevaba el colt más como adorno y ocupación de

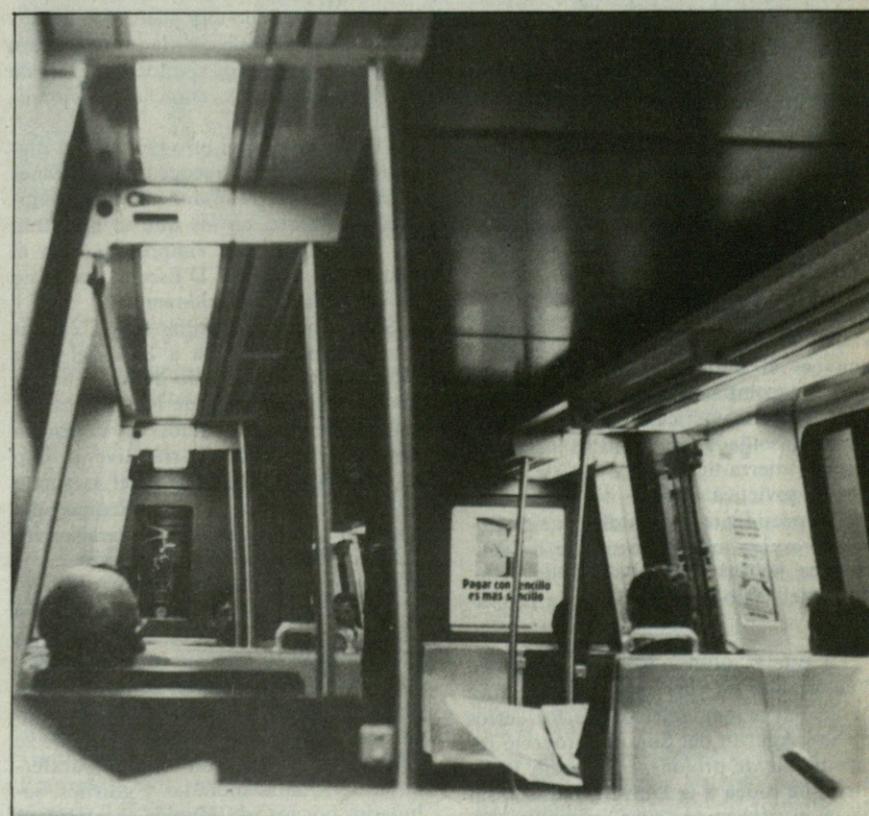
las manos, que como arma defensiva. No nos imaginamos a Apascasio, el popular ordenador del tráfico de la esquina de Sociedad, el negrito más saludador de la Caracas de hace diez años, todo manos para el adiós y sonrisas de reconocimiento, con un chaleco antibalas, así sea el liviano que ahora portan sus compañeros.

Nos explican que ha habido varias muertes, que se atribuyen a la mafia de la droga, una asociación que se repetirá en el resto de países y que habla del incremento de su tráfico en estos últimos

años. A medida que recorremos calles comprobamos qué no son sólo los municipales los que las custodian y que cerca de bancos y casas de cambio vigila la Guardia Nacional y el Ejército. También las condiciones económicas más duras que vive el país tendrán algo que ver en el cambio.

El petróleo pesa

Los diarios de la mañana abren sus primeras con el omnipresente petróleo: «Venezuela mantendrá mientras pueda



Un metro para enorgullecerse.



Las autopistas que suben de La Guaira a Caracas.

los precios de sus crudos pesados», dice «El Universal». El país no será el primero en iniciar la baja de precios dentro de la organización, la OPEP. Nos dicen también las primeras páginas, que el precio del dólar se colocó ayer, al cierre, en 14,05. No podemos menos de recordar aquella larga etapa en la que se compraban a 4,50 bolívares.

Los periódicos nos acercan también al síndrome Nicaragua, otra constante de cuantos países recorreremos en este viaje: «Misiles 'Katyuska' en Nicaragua» es el titular de una información que se acompaña con una foto de la agencia norteamericana «AP» que presenta a soldados sandinistas cargando misiles «tierra-tierra» BM-21, de fabricación soviética. El pie de foto añade que el presidente Ortega dijo que el Gobierno espera un incremento de las actividades bélicas antes del 19 de julio, fecha del sexto aniversario de la revolución.

La estelar última página, la que en Venezuela siempre ha vendido más, habla de la remodelación de los cerros de San Agustín del Sur, del proyecto interminable de prolongar el Jardín Botánico que rodea a la Universidad Central hasta el Helicoide, cuya estructura levantó el dictador Pérez Jiménez y con el

que nunca se supo qué hacer. La «remodelación» presupone la reubicación —imposible— de los cientos de miles de pobladores de los «ranchitos» circundantes.

«El Nacional», el otro grande del periodismo caraqueño, recoge declaraciones de los prelados reunidos en su II Asamblea Ordinaria, en las que se muestran en desacuerdo, por «impropio», con el ayuno del canciller D'Escoto. Estos no han cambiado, reflexionamos.

Sus páginas amarillas-rojas, en las que echamos en falta a Ezequiel Díaz Silva, el más consentido de los periodistas de la crónica roja de los últimos decenios, de los tres autos de detención por el asesinato de Ibarra Riverol, uno de sus grandes escándalos, del asesinato de un taxista en Quinta Crespo, del robo en una joyería de El Paraíso: los chalecos antibalas no son casuales.

El más joven de los diarios caraqueños, «El Diario de Caracas», tan carca o más que sus antecesores, a pesar de la joven dirección de nuestro ex-compañero Rodolfo, publica en su primera página una excelente foto a color con el título de «Renovando la fe», en la que se ven cuatro obispos con toda su parafernalia de sotanas moradas y gorritos, saludados por los tres últimos ex-presidentes de Venezuela: Caldera, Carlos

Andrés Pérez y Herrera Campins. También en este Estado no confesional la Iglesia Católica es mucha iglesia y nadie osa desmarcarse.

La siguiente escala, en Panamá

Decidimos hoy continuar cuanto antes a Panamá y regresar a Venezuela la próxima semana, para dar una conferencia en el Centro Vasco de Caracas y reunirnos con la prensa local, además de continuar conversando con nuestros compatriotas deportados, exiliados o emigrados.

A nuestro regreso, el 19 de julio, los periódicos siguen hablando de ajustes de precio en el petróleo y de Nicaragua. Una serie que concluye Mario Vargas Llosa sobre el Sandinismo no parece haber suficientemente satisfecho a los dueños de «El Universal» y en su última entrega, la XI, se acompaña con algunas «precisiones necesarias» del aventajado discípulo de Revel que es Carlos Rangel, bajo el título de «Vargas Llosa y Nicaragua». No es casual que Rangel apoye sus precisiones en opiniones de Xabier Domingo. Sí, el del Grupo 16, que las internacionales también funcionan entre estos profesionales encargados de desenmascarar al comunismo internacional.

Vuelos pagados y acompañados

Casi todos los deportados tienen en común que volaron por primera vez a cuenta del Gobierno francés, o el español, por mucho que la propaganda interesada les haya presentado como terroristas entrenados en lejanos países a los que hubiera habido que acceder en avión. Los primeros en llegar a Caracas fueron José Gastón, un navarro de casi cincuenta años a quien sus amigos recuerdan con una gran boina que ahora ha decidido colgar, y Sebastián Horcajo. Eran los últimos días del mes de abril del 84 y procedían de la cárcel de Baiona, a donde habían sido conducidos tras su detención en Iparralde por haber tratado declarar la identidad de un sospechoso que resultó ser un policía francés. Sebastián sería posteriormente detenido en Madrid y acusado de una —a demostrar— jefatura de infraestructura de ETA militar en la capital del reino.

Los viajes serían en todos los casos muy similares: cada uno con dos policías franceses, sin esposar, en vuelo regular de «Air France», por aquello, tal vez, de que no hubiera fuga de divisas, y sin tiempo para nada. Tras una escala en la colonia antillana de los franceses, aterrizaje en Maiquetía, donde los policías venezolanos de la DISIP, aunque luego fueran a continuar vuelo a otros países, como en el caso de los deportados de Panamá, Cuba y República Dominicana, procedían a la primera ficha y el primer interrogatorio.

En estos casos, policías franceses y venezolanos se disputaban al cliente, a los que los galos terminaban por ceder, así fuera por unas horas. En el vuelo, los franceses, algunas veces policías que trabajan en Iparralde, les animaban a consumir cuanto quisieran y les acompañaban hasta la puerta del retrete del avión, como temiendo que su preso escapara por el agujero de la taza. Tal vez no conocían que los excrementos humanos de los pasajeros se conservan a



Amaiketako caraqueño en casa amiga: algunos sólo bebían agua.

bordo hasta llegar a tierra, y que el agujero, muy diferente a los de su SNCF y del «Gernikatxu», no tenían salida a la vía.

Segunda remesa

La segunda tanda de deportados con destino a Venezuela estuvo compuesta por Juan Cruz Sáenz Treku, Jon, un lezotarra de 25 años, y por Jesús —Txe-txu— Urteaga, azkoitiarra de 26. Llegaban a Venezuela el 10 de mayo de 1984. Jon había estado antes en confinamiento, cerca de París, y en la cárcel. También él conoció las delicias de «Air France» y esos vinos sin corcho que se ofrecen a sus pasajeros.

Txetxu había estado dos meses en la cárcel, había sido luego trasladado a un

hotel de Peronne —tómese la ortografía con todas las reservas debidas a una pronunciación del Urola— donde permaneció diez días y de allí fue sacado para su viaje a Caracas.

Se repitió con ellos el ritual de los dos policías, la ficha en el aeropuerto —en esta ocasión ante un representante de la Embajada francesa— y la puesta en libertad a las puertas del mismo, con una citación para comparecer a la Policía en la ciudad y sin un duro, ni un bolívar, por supuesto. Uno de ellos, afortunadamente, conocía ya Caracas, de una estancia anterior y, aunque no era de la costa, no se perdía en tierra ni en mar.

Ambos están de acuerdo en que el trato podía calificarse de formalmente respetuoso, pero amenazante. Era la Brigada de Contrainteligencia, a nivel de

inspectores, la que se encargaba de sus interrogatorios, en las frecuentes visitas que debieron hacer en esa y otras épocas a la central de Los Chaguaramos. En la actualidad tienen documentación como extranjeros transeúntes, que les permite hacer una vida «normal» y trabajar.

Si algo diferencia el comportamiento policial-gubernamental de Venezuela respecto del de Panamá y República Dominicana, es que en este país siempre se aceptó a los deportados para estancias indefinidas, y nunca estuvieron presos o indocumentados, bajo el pretexto de que su estancia era provisional o en tránsito hacia no se sabe a qué lugar.

Llegan dos más

Los dos siguientes deportados serían trasladados el 24 de mayo del mismo año. Eran esta vez José Ignacio Arruti, azpeitiarra de 24 años, detenido en Biarritz, en plena calle, con papeles en regla y un permiso de estancia —recepmissé— de seis meses. Y con él, José Lorenzo Ayestarán. Habían estado previamente diez días en confinamiento. Reconocen éstos que llegaron a Maiquetía bastante alegres, porque habían decidido aprovechar la «generosa» invitación de los policías y aligerar las reservas de la compañía francesa de aviación.

Los trámites iniciales y el proceso que seguiría eran ya similares a los anteriores y casi rutinarios para aquellos policías venezolanos que estaban convirtiéndose en auténticos expertos del «deporte» vasco. Los interrogatorios, por repetitivos, cada vez más rutinarios.

Y dos más

Maria Angeles Artola, azpeitiarra de 27 años, fue la primera mujer, y hasta ahora la única, deportada. Le acompañaba Eugenio Barrutia Bengoa, de Arrasate, 29 años. Miren había sido detenida en la estación de Baiona, cuando esperaba a Eugenio. Trasladados a Evreux, cerca de París, permanecieron aquí ocho días y luego siguieron la misma suerte que los anteriores.

Los policías franceses, aquejados tal vez de ese famoso síndrome, pero al revés, trataron de ser corteses, muy «polis» ellos, y les alargaron la mano a la hora de dejarlos en el aeropuerto. La pareja de deportados les mandaron a freír vientos pero con «c», lo que fue visto y oido por los venezolanos, que celebraron el lance y procedieron luego a pedir, a los cortados franceses, sus respectivos papeles, de paso que les recordaban que allí no podían estar armados.

Los franceses, pese a que los venezolanos habían olvidado su condición de colegas, decidieron quedarse algunos

días de vacaciones en Caracas, pues fueron vistos más tarde por los refugiados. Reconocieron entre ellos, en una ocasión, al «Gordo» de Hendaya. Sus vacaciones pagadas las aprovechaban, al parecer, para comprar regalitos a sus mujeres y, según propia explicación —no pedida, desde luego—, para llevarse a algunos colegas venezolanos que irían a especializarse en fronteras.

En eso llegó... el Papa

En dos ocasiones han sentido persecución policial los refugiados políticos vascos deportados a Venezuela: cuando el Papa llegó a ese país, y cuando detuvieron en Madrid a Horcajo. En la primera ocasión les prohibieron abandonar sus casas, les registraron concienzudamente sus domicilios, se llevaron fotos, periódicos, direcciones y, entre éstas, la de un viejo gadarrífido afincado en Caracas desde hace 40 años que se había ofrecido a buscarles trabajo, y que, casualmente, vivía en frente de donde debía alojarse Su Santidad. «Punto y Hora» y «Cambio 16» fueron en esa ocasión decomisados por «antidemocráticos».

El recuerdo de Santos

Los vascos con los que coincidimos en el Centro Vasco de Caracas con motivo de la conferencia que Jon y yo dimos en nuestra segunda visita a Venezuela y que conocían a Santos, «Aitite», nos rogaron encarecidamente que reflejáramos en nuestro relato su emocionado recuerdo hacia el bondadoso amigo muerto por el GAL en Iparralde. Santos había vivido en esta ciudad durante varios años, y era recordado como un gran patriota, un inmejorable amigo y una persona excepcional. Todos los ausentes fueron recordados, pero lo reciente de la muerte de «Aitite» hacía que el suyo fuera especialmente entrañable.

El apretado y complicado programa que nos esperaba hizo que en Venezuela quedaran mil y una cosas por hacer, y que muchos de los vascos allí residentes nos hicieran prometer una vuelta rápida, que, en aquellos momentos de emoción, no podíamos negar. Nos quedamos con las ganas de ver a tanta gente conocida que allí vive, y con la impresión de que, en efecto, había que volver.

REPUBLICA DE VENEZUELA
MINISTERIO DE RELACIONES INTERIORES
DIRECCION GENERAL SECTORIAL DE LOS SERVICIOS DE INTELLIGENCE Y PREVENCION

BOLETA DE CITACION

No. 31/5/85

Se hace saber al (a) ciudadano (a) ANGELA ACEVEDO MARIA DE LOS ANGELES,
titular de la Cédula de Identidad NP 131.026.152, domiciliado
(a) en CALLE LOS CARIBES QDA. INGENIERO EL LIANITO,
que deberá comparecer por ante la DIV. GENERAL DE CONTRAINTELLIGENCIA,
de este Despacho, situado en AV. LA POLINA KM. LAS BRISAS LOS CHAGUARAMOS,
el dia 31/ MAYO/85, a las 14:00 HORAS,
horas, en relación con INVESTIGACION DE DELITOS EN ESTE DESTACHO.
Firmará al pie de la presente boleta en señal de haber sido citado (a).
Lugar y fecha CARACAS, 15 de MAYO de 1.985.

Nolasco Pecantebarre en Dosis Maraca
S/1 X



Firma y sello del Jefe de la Dependencia citante

Art. 239 del Código Penal: «Todo individuo que llamado por la autoridad judicial en calidad de testigo, experto, médico, cirujano, o intérprete se excuse de comparecer sin motivo justificado, será castigado con prisión de quince días a tres meses...».

Art. 485 del Código Penal: «El que hubiere desobedecido una orden legalmente expedida por la autoridad competente o no haya observado alguna medida legalmente dictada por dicha autoridad en interés de la justicia o de la seguridad o salubridad públicas, será castigado con arresto de cinco a treinta días o multa de veinte a ciento cincuenta bolívares...».

J. A. G.
Firma del citado

Lugar y fecha de la citacion CARACAS, 15 de MAYO de 1.985.

J. A. G.
Firma del funcionario que practicó la citación

La DISIP se ocupa de su control.

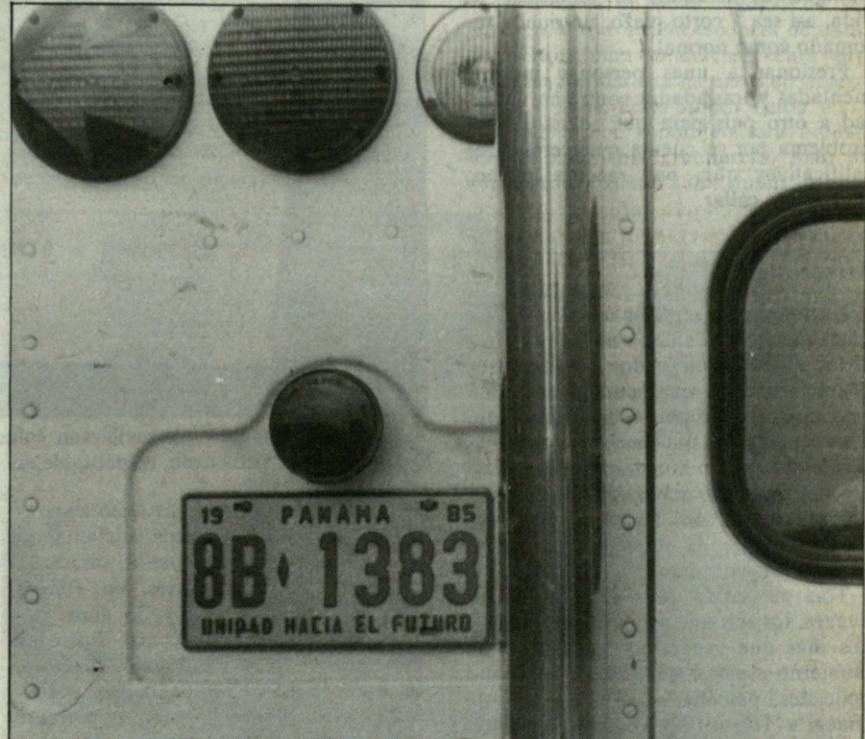
Panamá, un país de tránsito a ninguna parte

Nuestra entrada a Panamá no representó ningún problema, y si lo hacemos constar es porque sí tendríamos dificultades —menores— en República Dominicana y Costa Rica. El nuevo aeropuerto, que lleva el nombre de Omar Torrijos en honor del general muerto en 1984 en accidente de aviación, llamado antes de Tocumen, se encuentra a media hora larga de coche de la ciudad de Panamá. Todo él es una tienda en la que se ofrecen a buenos precios cámaras fotográficas, radios, televisores, videos, relojes y demás, en una profusión que recuerda a las islas Canarias.

Una vez en el hotel nos pusimos en contacto con el domicilio de los seis deportados que actualmente viven en esta República. Nuestra primera sorpresa se produjo entonces, cuando ellos mismos se sorprendieron de que nuestra llegada coincidiera con una nota que acababan de recibir, esa misma mañana, del mayor de las Fuerzas de Defensa, antes Guardia Nacional, que se ocupa de su custodia, en la que les prohibía la salida los días 11 y 12 de julio, jueves y viernes, porque se esperaban disturbios estudiantiles.

Interpretando que una cosa era que no salieran y otra que nosotros fuéramos donde ellos estaban, allí nos presentamos Jon y yo, a ver lo que pasaba. Nuestro escaso tiempo no nos permitía dudar en la interpretación, y las ganas de verles, tampoco. También ellos debían haber previsto que reaccionaríamos así, pues cerca de su domicilio estaban ya a nuestra espera, cuando el taxi nos acercó. Les acompañaba un miembro de las Fuerzas de Defensa relajado, que mataba el tiempo viendo la televisión.

Tras los primeros saludos y la entrega de los regalos enviados por sus familiares, otra sorpresa: había entre estos un vestido hindú de mujer que, evidentemente, no era fácil de justificar. Nadie se hacía responsable de él, a pesar de las explicaciones que Jon les sugería y que



Hasta las matrículas tienen su encanto: «Unidad hacia el futuro».

provocaban el cachondeo generalizado.

Recordamos con ellos lo que había sucedido unas horas antes en una de las bolsas de Idigoras, cuando la aduana panameña procedía al registro. Observó Jon que sus paquetes habían sido revisados con anterioridad y que estaban abiertos, mostrando objetos cuya existencia desconocía. Cuando ya reclamaba en alta voz, dirigiéndose a mí pero como para ser oído, que le habían metido algo en el bolso de viaje, se percató de que el vestido envolvía un pequeño transformador en el que estaba el nombre de uno de los deportados. Callóse pues e hizome un gesto de asombro por la revisión, tal vez, en el aeropuerto de salida, en Caracas.

Nadie se hacía responsable del vestido, sin embargo, y allí se lo dejamos, por si les venía bien en algún ligue. Sólo días después, cuando Gregorio Jiménez nos preguntara en Costa Rica por el vestido que le había encargado a su hermana para una compañera salvadoreña presa en San José, hallaríamos una explicación para el que quedó en Panamá entre seis varones sin compromiso ni otras aficiones.

Situación irregular

Los seis deportados de Panamá viven en una situación que, para calificarla con benignidad, se puede considerar como irregular, pues ni son ni están ni

pueden demostrarlo. Al contrario que en Venezuela, ninguno de los deportados de Panamá ha tenido nunca papel alguno que les permitiera demostrar quién era, ni mucho menos un permiso de estancia que les autorizara a trabajar. La explicación, si hay alguna, podría buscarse en que este Gobierno nunca tuvo intención, a pesar de que fue el primero en llegar a acuerdos con franceses y españoles, de aceptar a nuestros compatriotas por tiempo indefinido.

La misma ubicación estratégica de Panamá hace que también lo sea para rentables tráficos de mercancías ilegales, por lo que es fácil comprender que no es el lugar más seguro del mundo, si bien tampoco el más inseguro, desde luego. Vivir aquí sin ningún papel, con el riesgo frecuente de una redada, no es precisamente cómodo. Estar más de un año comiendo la sopa boba, sin poder trabajar, ni estudiar, ni planificar tu vida, así sea a corto plazo, no puede ser tomado como normal.

Presionar a unas personas indocumentadas y trasladadas contra su voluntad a otro país para que solucionen el problema por su cuenta merecería otros calificativos que, por razones obvias, preferimos callar.

Arrepentidos

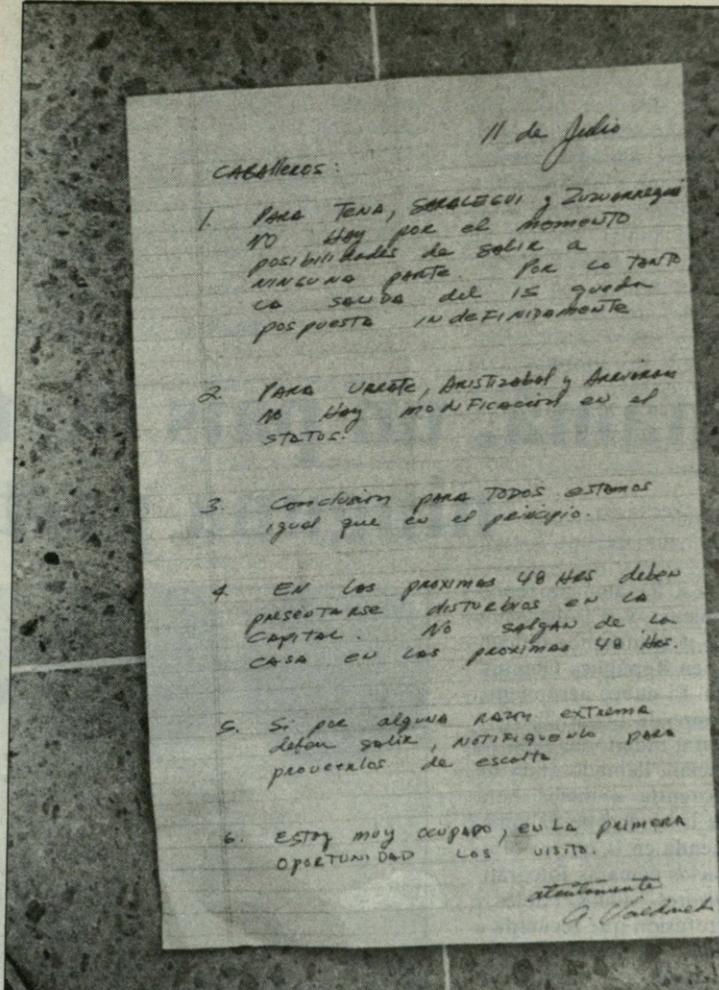
No fueron los actuales seis deportados que vegetan en Panamá ni los primeros ni los únicos aquí traídos. El «deporte» se inició con los que actualmente están en Cuba, que aceptaron ser trasladados a ese país con la condición, precisamente, de que no hubiera nuevos deportados a Panamá, que su partida no significara dejar un hueco para otros. Evidentemente, la promesa que se les hizo no fue cumplida.

Tras su salida fueron llegando los nuevos, los seis que actualmente están, y dos más que aceptaron las ofertas del Gobierno español y de los responsables policiales panameños. El regreso de Otaegi a Tolosa, vía Madrid, fue explicado por sus ex-compañeros por la acogida a las medidas de reinserción, que ellos calificaban, por supuesto, menos benévolamente. La partida de Zurutuza ha sido más reciente y menos clara, según explican los deportados.

No es difícil suponer que todas estas circunstancias hubieran hecho flaquear ya a personas menos sólidas que las que hoy siguen en Panamá y están dispuestas a continuar, como refugiados políticos y trabajando, salvo que los devuelvan al país de origen, de donde fueron sacados a la fuerza, es decir, al Estado francés.

Quiénes, cuándo y cómo

El por qué fueron traídos lo tendrían que explicar los Gobiernos socialistas de



Este es el documento que recibieron coincidiendo con nuestra llegada a Panamá. Lo firma el mayor Valdonedo, responsable del grupo.

Mitterrand y González. El resto trataremos de explicarlo nosotros, adelantando que los seis son guipuzcoanos, casados y con hijos varios de ellos, en edades comprendidas entre 27 y 35 años. Alguno es vecino del vasco más ilustre de Panamá, el Nuncio de su Santidad, Monseñor José Sebastián Laboa, prácticamente el único valedor importante con el que el grupo cuenta.

Los otros vascos que también «tocan» Panamá, si bien lo que de verdad tocan son sus aguas, son los casi ciento cincuenta pescadores de Bermeo y Ondarroa que pescan atún por estos mares, y entre los que recientemente se produjo un accidente en el que murió un bermeano, San Nicolás, y perdió la mano derecha un ondarrés, Etxebarria Ituarte.

Quedan más vascos, afincados desde hace tiempo como religiosos o emigrantes, algunos de ellos bien situados, por lo que llegamos a oír, si bien los deportados todavía no han tenido ocasión de conocerlos. No existe en este país una colonia organizada, si bien Garaikoeitia llegó a visitarlo y a reunir un grupo con esa ocasión.

Asensio Urriete, el primero que acepta

«confesarse» conmigo, tiene 29 años y es de Urretxu. Fue embarcado en París el 12 de junio del 84, en plena borrachera deportadora. La Policía francesa lo detuvo el 29 de mayo en su puesto de trabajo, la cooperativa Denek de Baigorri, tal vez para «castigarlo» porque unos días antes el GAL había dado muerte a un compañero de trabajo y herido gravemente a otro: Goikoetxea y Zugarramurdi.

Pasó luego por hoteles de diferentes departamentos y fue enviado a Panamá con Zurutuza, vía «Air France», en compañía de dos policías. Cinco horas estuvieron de tránsito en Venezuela, para llegar a este país el 13 de junio de 1984. Los anteriores inquilinos estaban ya en Cuba.

Primero fueron ubicados al cuartel de Tinajitas, donde estuvieron un mes sin salir, en un cuarto con varias literas, al que luego fueron trasladados otros tres. El siguiente mes lo pasaron en una casa de Playa Gorgona, en compañía de una docena de guardias, hasta que fueron devueltos nuevamente al cuartel de Tinajitas, luego a otra casa, en dos grupos y casas separadas, tres meses después a

la actual, todos juntos, ... menos los dos que se han ido.

Trabajaba Asensio de ajustador en Troquelaría Vascongada, de Santa Lucía, y mientras me cuenta estas cosas recuerda que las fiestas de su barrio, Santa Bárbara, son, como en tantos otros sitios de Euskadi, por San Juan. Escribe versos —en euskara, por supuesto— que los va recopilando en un cuaderno. La familia y la política son su temática preferida. Asensio habla un rico euskara, cuyo cultivo inició nada menos que con Txikia, Eustakio Mendiababal, allá por el 67-68, cuando tenía 11 años, en el convento de Lazkao.

Le gusta el monte y también en esta afición contó con la colaboración de Eustakio, a quien recuerda sonriente, cantando con buen oído y buena voz. «Tenía una voz fina, me dice, del estilo de la de Lazkao-Txiki».

Ramón Zuzuarregi —imaginense los problemas de los panameños para pronunciarlo— tiene 28 años y es de Oretaria, donde frecuentaba el Comité Antinuclear y otros organismos populares, hasta el día en que se exilió.

Lo detuvieron en Hendaia el 12 de junio del año pasado. Está casado y tienen una hija —Uhaina— de ocho meses. Su compañera, de «nacionalidad» francesa, es andereño en Iparralde. Ese día bajó a comprar el pan. El PAF le vino por detrás, corriendo —así lo explica él— y entre tres le metieron, a empujones y patadas, en un coche.

A las diez de la mañana estaba en la comisaría de Hendaia. A las 12,30-13,30 le enviaron al macizo central, confinado. Permaneció aquí cuatro días, luego nueve en Limoges, hasta el 24 de junio. La última semana pudo estar con su mujer. Un domingo, el 24, le dijeron: «Hay viaje. Vas confinado a otro sitio. Tu esposa no puede acompañarte». Media hora después le explicaban a ésta que lo llevaban a París y de allí a América.

A las 6,30 de la tarde entraba en la comisaría del aeropuerto Charles De Gaulle de París, a donde llegaron luego Tena y Arriaran. Pocos minutos antes de las once de la noche les dejaron llamar a casa para comunicar que los llevaban a Panamá. A partir de ahí, como en los otros casos, «Air France» para todos, escala en Martinica y Caracas.

Al aeropuerto venezolano Simón Bolívar-Maiquetía llegaron, en tránsito, de madrugada. Media hora después, fueron llamados por los policías venezolanos, cuenta Ramón, y les hicieron dos fotos a cada uno. A los policías franceses les obligaban a permanecer fuera, entre tanto. Luego vino un agregado de la Embajada francesa.

Los venezolanos les explicaron que esas fotos eran para que no se les ocurriera ir a Venezuela. Desde Caracas llegaron a Panamá vía «Air Panamá», en

un vuelo que imaginamos coincidía con el realizado posteriormente por nosotros. Les estaba esperando un montón de policías, que hicieron un círculo y preguntaron quiénes eran los guardias y quiénes los «ladrones»: para ellos eran igualmente sospechosos los flics franceses y los refugiados vascos.

Les trasladaron luego a Tinajitas, donde ya estaban los dos primeros y les recibió un cartel que decía: «Bienvenidos al hogar de los Tigres, su cuartel».

Julián Tena es bergarés, tiene 34 años y está casado desde hace quince. Trabajaba en Tornillería Hersa hasta que se exilió y, en Iparralde, en las vias, haciendo tejados, en lo que «salía». Fue detenido en Hendaia portando un arma de cuarta categoría. Andaban esos días así por autoprotección, a causa del GAL. Era el 12 de abril de 1984, a las doce del mediodía.

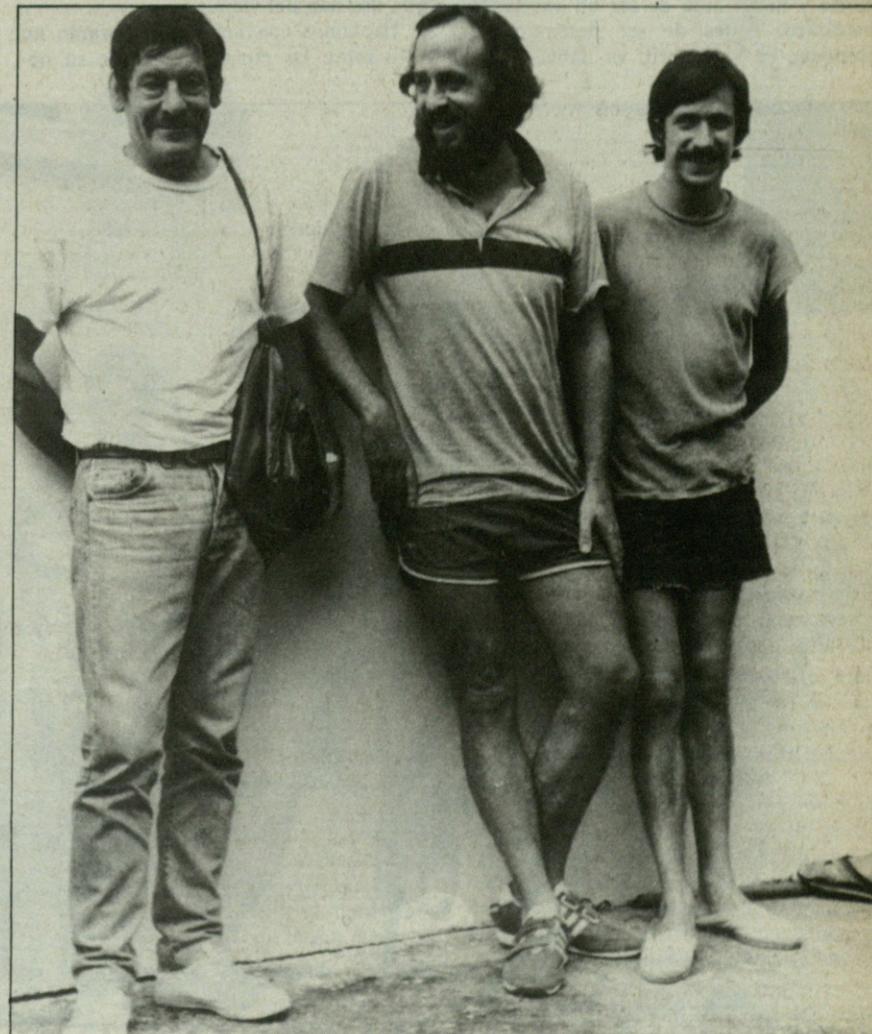
Tras permanecer dos horas en la comisaría de Hendaia fue conducido a su casa, que fue registrada. Luego pasó al Juez de Baiona, juzgado el mismo día y condenado a dos meses de cumplimiento firme. Al salir de la cárcel de Baiona le estaban esperando cuatro po-

licias. Le condujeron primeramente en avión a París y luego en coche a Le Chêne, en la frontera con Bélgica. Estuvo vigilado por cinco policías en un hotel durante 13 días, hasta su traslado a Panamá el 25 de junio.

En Caracas sufrió el mismo trato que sus compañeros y en Panamá, recuerda Julián, fueron visitados por alguien que se presentó como el embajador de esa República en París, que les dijo: «Debeis estarnos agradecidos, porque si no hubiésemos sido enviados a España, etc., etc.». Ya en este primer momento se les trasmitió la idea de que estaban en tránsito, hasta que apareciera un nuevo destino: hace de eso más de un año.

Juan Carlos Arriaran, bergarés de San Prudencio y de 35 años, fue detenido en Hendaia el 3 de abril de 1984, a las 10 de la mañana y en el registro de su coche encontraron una escopeta de caza que llevaba para su defensa. Para entonces en Hendaia ya habían sido muertos por el GAL Peru, Stein y Leiba.

Permaneció 48 horas en esta población, el 5 de abril compareció ante el juez, que le condenó a dos meses de pri-



Jon Idigoras con Koldo Saralegi y Juan Carlos Arriaran.

sión firme. Fue trasladado posteriormente a un pueblo próximo a la frontera con Suiza, donde tuvo ocasión de ver a sus familiares en dos oportunidades. Más tarde le trasladaron a otro punto del Estado francés situado junto a Alemania. Aquí permaneció 24 horas. Todavía conocería otros dos lugares de confinamiento, hasta que el 24 de junio lo embarcaron para Panamá.

Las vicisitudes del viaje, a esta hora de las «confesiones», empezaba a ser repetitiva. Me comentaba Juan Carlos que antes del exilio trabajaba en una tornillería de Bergara, que le gustaba mucho el monte, que era de un caserío de San Prudencio. Sí, de San Prudencio. La gran humanidad de Arriaran se compadece armónicamente con su enorme envergadura física. Y su excelente apetito, como tendríamos ocasión de comprobar cuando, el sábado 13 de julio, una vez concluido su encierro de dos días, fuimos, todos juntos, a cenar.

El tolosarra Koldo Saralegi, de 28 años, forma parte de una familia de once hermanos y, como en tantas familias numerosas, se acuerda de cada uno de ellos con detalle y cariño. No tiene padre y tiene fama de ser un excelente mecánico. Antes de ser detenido en Hendaia, el 3 de abril, ya había cono-

cido prisión en Euskadi sur, y también en el norte, si bien por períodos breves.

De los cuatro meses a que fue condenado en Iparralde por portar una escopeta, cumplió tres, uno con Otaegi y los otros, solo. Salio de la cárcel de Baiona el 7 de julio, la fecha más fácil de retener, por aquello de San Fermín. Recuerda que al salir de la «Maison d'arrêt» de Baiona fue introducido a golpes en un vehículo que le trasladó a las afueras de Lyon, para una brevísima estancia de 24 horas.

Echa en falta la posibilidad de ir al monte, una afición ampliamente compartida por casi todos los deportados. Las selvas tropicales no permiten las excursiones de nuestras amables montañas. También él conoció los diversos alojamientos de sus compañeros en Panamá.

Juan José Aristizabal, de 36 años, es de Trintxerpe, de Pasai San Pedro. Está casado y tiene dos hijos, Ibon y Aitzol, de doce y seis años. La esperada visita de su compañera e hijos para fechas próximas está en el aire, pues lo que hasta hace poco se autorizaba sin mayores problemas ahora resulta difícil y se trata desde su responsable policial de que desistan del viaje.

Habíamos conversado ya durante un rato sobre las circunstancias de su de-

portación cuando a una pregunta nuestra de si quería añadir algo o de si le había sucedido algo especial, que sus compañeros no hubieran relatado, nos dijo, en euskara: «Sí. Hoy se ha muerto mi aita».

Todo lo demás, que le habían expulsado el 23 de julio, que había estado diez días cerca de París, que el 1 de agosto le habían introducido en el avión de París, dejaba de tener importancia. La sencillez y hondura con que nos había comunicado el fallecimiento de su padre —«Bueno, ya llevaba un tiempo enfermo...»— nos había afectado profundamente.

Consciente de la razón de nuestra visita, trataba no obstante de ampliar datos «que nos pudieran servir». Uno de los dos policías que le acompañó en el avión decía estar casado con una vasca y conocer algo de euskara. En el viaje, sin embargo, casi no hablaron. Le acompañaban hasta el propio water y aprovecharon la ocasión para animarle al arrepentimiento diciéndole: «Yo estuve con Goiburu. Y tú podrías hacer lo mismo. ¿Por qué no?».

Hoy, 12 de julio de 1985, se ha muerto el padre de Juan José. Tenía 66 años. Es lo más importante de cuanto ha sucedido entre nosotros.



El equipo que resiste en Panamá, fotografiado a la puerta de «su» casa.

Un ondarrés en el Hospital Paitilla

Los propios deportados nos recordaron que en Panamá había un vasco al que había que visitar y, puesto que conocían nuestra intención de entrevistarnos con el Nuncio, nos dijeron que podríamos hacer ambas cosas al mismo tiempo. Joseba Andoni Etxebarria Ituarte, pescador ondarrés herido de gravedad en un accidente de trabajo en alta mar, se repone de sus heridas y aprende a valerse con una sola mano, en el Hospital Paitilla, próximo a la nunciatura.

Monseñor Laboa se ofreció a acompañarnos, el viernes 12 de julio, al hospital, como hacía frecuentemente para saludar al ondarrés y a su compañero panameño Adam Mudarra, hospitalizado en la habitación contigua y luchando por salvar su ojo derecho.

En la habitación 405 nos encontramos a un joven de 25 años animoso, junto a su no menos animosa madre, que había viajado en cuanto tuvo conocimiento del accidente. En esta primera visita estaban, además, el armador hondarribitarrá Elduayen, que lo había contratado, y luego aparecería un capitán ondarrés.

Joseba Andoni es el segundo de tres hermanos. Ha perdido su mano derecha, tiene un tímpano roto y metralla en pecho y abdomen. Está pendiente de varias operaciones, algunas de ellas a ser realizadas en los Estados Unidos, por lo que su regreso a Ondarroa se ve todavía lejano. Joseba prefirió que no le hicieran fotos y respetamos su deseo.

De repente, la habitación se llenó de euskara vizcaíno, que imaginamos monseñor Laboa seguiría con dificultad. El de Jon era perfectamente contestado por los ondarreses, y el de los ondarreses, por el zornotzarra. Para mí era una ocasión excelente de comunicarme en el primer dialecto que había oído en mi infancia: no en vano todos mis ascendientes maternos son ondarreses y tengo apellidos inequívocos para demostrarlo.



El Nuncio nos pidió que le mandáramos esta foto de Mudarra y su señora en el hospital.

Madre e hijo nos hablaban con naturalidad de lo bien que se estaba reposando Joseba y nos preguntaban si ya le habíamos visitado a su compañero.

Más tarde comentaría con Jon, que había viajado en la parte trasera del coche oficial del Vaticano, con bandera y chófer incluido, que se le veía bien en «carro» diplomático, desde mi puesto de copiloto.

A Mudarra le acompañaba su esposa, que en seguida presentó un crucifijo a monseñor para que se lo bendijera, a lo que el pasaitarra accedió con naturalidad y simpatía, como todo lo que hace.

Un rescate complicado

Allí supimos que el rescate de los heridos había sido complicado y que en él

había intervenido un Hércules de las Fuerzas Armadas norteamericanas. En primera instancia, y para los primeros auxilios, tres sanitarios habían saltado en paracaídas junto al barco en alta mar. Luego, una vez éste en la isla de Galápagos, el mismo avión trasladó a los heridos hasta Panamá, donde actualmente se reponen.

Ganar un salario en la mar, a muchas millas de casa y de puerto, puede tener estos riesgos añadidos. Nos hubiera gustado coincidir con algunos de las decenas de pescadores vascos que faenan en la región, pero esos días, once, doce y trece de julio, no había nadie en puerto.

Lo kitsch en versión tropical

El día siguiente, sábado, era el que

nuestros compatriotas podían aprovechar para estar en la calle con nosotros. Llenamos la mañana con las últimas gestiones y quedamos citados a la tarde para pasear, cenar juntos y conocer «Panamá la nuit».

Nuestro afán aventurero nos hizo dar, de día, con el monumento kitsch más acabado del que nunca hubiéramos tenido conocimiento. No todos los días se toma un trago en un restaurante, cervecería, bailongo y muchas cosas más de la desproporción de «La Cascada», que tiene su precedente, y probablemente la misma paternidad artística, en el «Hotel Ideal» que descubriríamos ya de madrugada.

«La Cascada» estaba definida ya en los folletos turísticos, también lo comprobaríamos luego para nuestra decepción de descubridores de lugares exóticos, como «la respuesta de Panamá

a Disney World». «El espíritu del viajero más saciado, dice el folleto en cuestión, se elevará al visitar La Cascada, en donde podrá satisfacer tanto la vista como el paladar. Encontrará humor y belleza en las esculturas de animales —no todos los días se cena con un alce—. Aun los carteles que aparecen por el establecimiento son interesantes para leerlos». «Aun cuando la fauna es ficticia, prosigue, la flora es gloriosamente real».

El nombre de «La Cascada» le viene de un salto gigante —como todo, artificial, cursi, grotesco hasta la sorpresa, real de puro irreal, macondiano— al frente del cual hay una piscina cruzada por puentes de hierro forjado y surcada por patos... de goma.

Lo mejor de aquel abigarrado mundo de animales artificiales, esculturas en azul y blanco, plantas sobre barricas,

una parra de la que la gerencia se muestra especialmente orgullosa y unas higueras con higos auténticos, algunos maduros cuando los visitamos, «iguales que los nuestros», que decía uno de nuestros acompañantes.

El servicio, a cargo de camareras paquidisismas entre sí, mirada triste evocadora de penosos trabajos, vestidas de igualísimos vestidos rojos, se mantiene «supereficientes» a través de un sistema de timbres y lucecitas. «En su nicho privado, dice la propaganda, usted aprieta un timbre. Lejos, donde esperan las mesas, se prende un número en un tablero grande y sale una joven vestida de rojo a través del bosque, a servirle. La gerencia se encarga de manejar el lugar, en base a una serie de pensamientos que suman 41».

Los pensamientos son «filosóficos», como el de «el mejor juego, el trabajo;



El autobús impone su presencia en las calles de la ciudad de Panamá.

la mejor ciudad, donde usted tiene éxito, éxito nunca es final, y fracaso nunca es fatal—El coraje es el que cuenta...». Según el folleto, y para no aburrir, tras el Canal, «La cascada es el segundo lugar a visitar». Sólo añadir que el sitio debe tener ya unos años y bastantes trotes, y que encima está envejecido. Se encuentra cerca del puerto donde suelen aparcar nuestros pescadores, allí donde los patos de goma, aburridos de estar panza arriba, en la piscina, han intentado coger vuelo por la cascada.

Esa noche, tras la cena, al menos copiosa y con buen Rioja, nos tomaríamos unos tragos en el «Hotel Ideal», padre de esta cascada y refugio de noctámbulos en busca de amor. A la salida de este tramoresco hotel de cartón piedra nos adentraríamos en la noche panameña, de ocho en fondo, para mezclarnos con

los gringos recién llegados a desfogar sus angustias contenidas en arriesgadas misiones de colaboración militar con los países hermanos.

Las insinuaciones de las amigas de guerreros cansados terminaban para nosotros en cuanto les informábamos de que, desgraciadamente, nuestro barco salía dentro de media hora.

Las chivas: unos museos volantes

Otro aspecto del «arte» panameño está reflejado en sus autobuses, omnipresentes en la ciudad. Las anteriores chivas, de las que algún vestigio queda, han sido sustituidas por potentes buses de fabricación norteamericana y carrocerías idénticas. No son idénticos, sin embargo, los dibujos, los adornos, los lemas que todos los autobuses de Panamá muestran y que pueden ser inter-

pretados como un reflejo de la personalidad de su conductor.

Un taxista nos comentaba que los autobuseros, en muchos casos dueños de su vehículo, gastaban en decorarlo hasta dos mil dólares y que había auténticos especialistas decoradores, con un amplísimo catálogo-muestrario para satisfacer el gusto más individual.

Panamá, como otros países de la zona, está sufriendo una campaña anticomunista descarada que también en los buses —y en los taxis y en los coches particulares— tiene su reflejo. El lema de «No al comunismo» era uno de los más frecuentes, junto a los de «La verdad os hará libres», «Amor de hermanos», etc., etc., y otros de similar influencia lírico-religiosa.

Los autobuses van, por otra parte, adornados de cintas de colores, imágenes de santos, vírgenes y fetiches, zapati-



Panamá, una ciudad de aire norteamericano.



La ciudad se ha llenado de altos edificios, y de bancos.

tos de niños, fotos de boxeadores —el deporte, junto al hipismo, que más glorias ha proporcionado al país— y cualquier cosa que el chófer haya encontrado digna de ser exhibida. Uno no puede menos de preguntarse cómo se puede conducir a través de esa maraña, a tal velocidad y con la música —salsa, merengue y similares— a tope, hasta el aislamiento. Concluimos, finalmente, que tal vez sea el aislamiento lo que se busca, y que la conducción, el cobro, las aperturas y cierres de puerta se convierten en automáticas.

De nuestra estancia anterior en Panamá, hace ya casi veinte años, recordamos sus «chivas», unos autobuses, profusamente adornados, como los actuales, con menos posibilidades de aislarse en música y sin ventanas, en un país en el que el «invierno» (ahora mismo, por ejemplo y hasta finales de año, porque estamos en la época húmeda y no, desde luego, porque haga menos calor) es

largo y lluvioso, frecuentemente, torrencialmente lluvioso.

Nos sugería alguien por aquí que el ritmo, marcha y movimiento de estos autobuses era imposible sin estímulos —estimulantes— de otro tipo, lo que no tuvimos ocasión de comprobar, ni siquiera de intuir.

Made in USA

También en el Estado español, y todavía, se vivió la época en que para fortalecer los argumentos de compra se decía del producto que «era importado». Igual que los alemanes, pero al revés. En Panamá, esto se traduce en una frase, que es la que pone el broche final de las cuñas publicitarias: «... Y está hecho en Estados Unidos!». El no va más. La influencia del gran hermano-padre del norte es atosigante y se refleja también en medios de comunicación —televisora, diario— totalmente en inglés, sin referirnos a esas millas de so-

beranía que los norteamericanos controlan a ambos lados del canal.

Para terminar estas pinceladas sobre la ciudad, pues del interior no vimos nada, lo que siempre es distorsionante y más si se tiene en cuenta que las gentes del campo siempre son mejores que las «urbanizadas», es imprescindible hacer alguna referencia a ese peaje del que casi nadie se libra —que se lo pregunten, entre otros, a Juan Mari Bandrés, que fue robado cuando salía de la peluquería— y que se concreta en robos, tiros, estafillas, de las que casi nadie se libra.

Estábamos orgullosísimos nosotros de habernos librado de ellos, cuando el domingo nos acercamos al aeropuerto para confirmar el vuelo del día siguiente, por COPA, hacia República Dominicana, en cuya capital, Santo Domingo, está deportado Eugenio Etxebeste, sin prever que la salida no iba a ser tan sencilla y que nuestro peaje sería cobrado en otro punto del Caribe.

Panamá, un estratégico país

A las 10 de la mañana del 11 de julio, y tras pagar la inevitable «tasa aeroportuaria», salimos de Caracas hacia Panamá en un cascado 727-100 de «Air Panamá» que llevaba pintadas en su lomo las banderas de seis países, entre ellos Haití y Estados Unidos. Como novedad, y como para que lo tuviéramos muy presente, esos chalecos salvavidas de las demostraciones que se suponen están bajo el asiento, se encontraban bien a la vista, como el mismo bote que deberíamos abordar en caso de amerizaje.

En el avión no había más mujeres que una azafata y una pasajera. El resto parecía compuesto por hombres de negocios, de variados negocios. Cuando estábamos a punto de aterrizar en el aero-

puerto Omar Torrijos, la tripulación nos dio la bienvenida en nombre del Gobierno panameño.

La primera visión de esta estrechísima República nos hace sentirnos por primera vez en tierras tropicales, con sus grandes selvas, sus lagos y unas playas larguísimas con apariencia de no holladas. Es el istmo de Panamá. El punto de encuentro de los dos grandes océanos, hermanados, o separados de otra forma, por el Canal por antonomasia.

Desde tiempos de la colonia, la cintura espigada del istmo constituyó el paso obligado del comercio de uno a otro mar. La omnipresencia de los yanquis en casi todos los pueblos de América Latina es en este presencia colonial, a pesar de los tratados Torrijos-Carter,

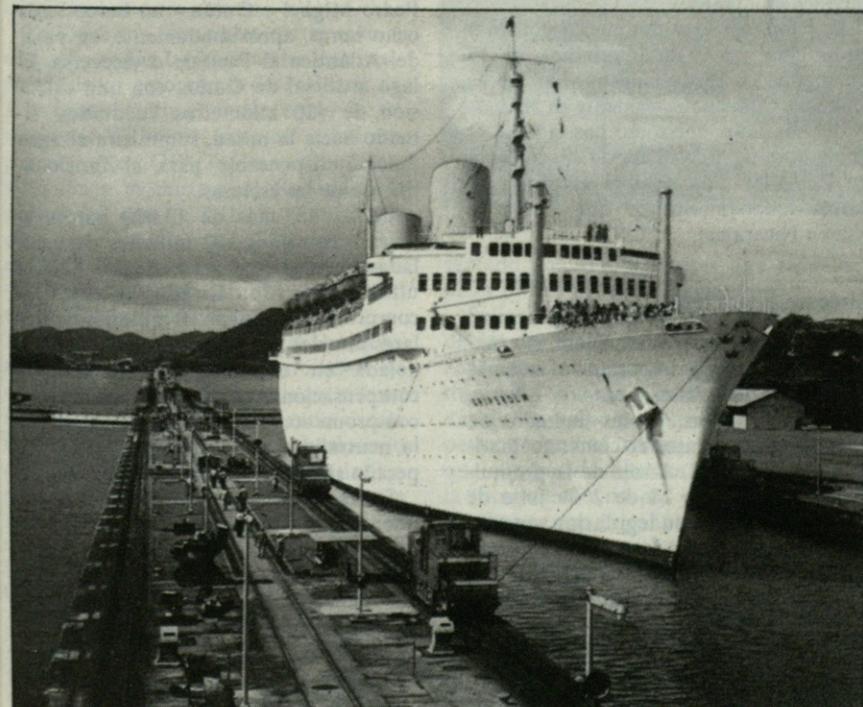
tal como lo reflejara el general cuando dijo que «seguiremos bajo el paraguas del Pentágono».

Sin embargo, y si puede aplicarse el término, la «independencia» de este país tiene mucho que ver con su canal. Su separación de Colombia, que se celebra como la fiesta nacional cada 23 de noviembre, fue alejada por los intereses foráneos que lo construyan.

En 1850, por el tratado Clayton-Bulwer, se preconiza la erección de un paso internacional entre océanos. Fernando de Lesseps, en 1879, crea una compañía al efecto, que lo inicia cuatro años después, hasta su bancarrota en 1892. En 1903, Colombia y Estados Unidos firman un tratado por el que «se ceden» al segundo las obras del canal. Posteriormente, los colombianos quieren revocarlo, contra la voluntad de los panameños. La municipalidad de Panamá elabora un acta de independencia y designa una Junta Provisional de Gobierno, que otorgará a los Estados Unidos la construcción y la soberanía de una faja de terreno denominada Zona del Canal de Panamá, cinco millas por cada margen. Paga por ello diez millones de dólares y se compromete a un arrendamiento anual de 250.000 dólares. En 1914 concluye la obra del canal.

En adelante, toda la vida política y económica de Panamá estará íntimamente vinculada a esta situación, hasta que en 1977 la población panameña ratifica por plebiscito el Tratado firmado por los presidentes Carter y Torrijos, por el que se estipula que la soberanía sobre el canal y la Zona corresponden a Panamá y se establece un período de transición paulatina que concluirá en el año 2000. El Senado norteamericano incluye un protocolo por el que, en caso de amenaza a las instalaciones, Estados Unidos pueda ordenar la actuación de sus fuerzas armadas «en defensa de la vía».

En nuestros contactos con taxistas y



Dos barcos para las esclusas de Gatún.



El recuerdo colonial.

camareros pudimos comprobar que esta fecha del 2000 es sentida por muchos más como una amenaza que como el día grande de la liberación.

Algunos datos para situarnos

Superficie: 77.082 kilómetros cuadrados. Población: 2.100.000 habitantes, en 1982. Ciudades principales: Ciudad de Panamá, la capital, sobre el Pacífico, de 457.000 habitantes, Colón, en el Atlántico, 68.000, y David, 45.000.

Moneda nacional, el balboa, que sólo circula en monedas de 1, 5, 10, 25 y 50 céntimos, y de 1 y 100 balboas. No se emiten billetes, y billetes y monedas estadounidenses circulan libremente. Su PIB per cápita es de 1.999 dólares —en 1981— y de 2.120 en 1982. La hora oficial: GMT menos cinco horas.

La República de Panamá se divide en tres vastas regiones: una al norte y dos al sur, separada la primera de las otras dos por la cordillera que deriva de los Andes, y formada por una faja angosta de terreno entre la misma cordillera y el Atlántico. La mayor parte de su superficie consiste en montañas bajas y colinas cubiertas de espesas selvas. Sólo en el extremo occidental y en las cercanías del

Golfo de San Blas existen verdaderas cadenas montañosas.

Su población está compuesta por un 5 de mulatos, un 10 de amerindios, un 15 de negros, un 18 de blancos y un 52 de mestizos. Su actual presidente es Nicolás Ardito Barletta, que tomó posesión el 11 de octubre de 1984. Una de sus islas, la de Contadora, da nombre al grupo de países latinoamericanos que busca la paz en Nicaragua.

Sistema financiero

Panamá es un centro financiero internacional de primera importancia, además de uno de los países, junto a Liberia, que más banderas, de las llamadas de conveniencia, alquila al comercio marítimo internacional. A raíz de la promulgación del decreto 28 de 2 de julio de 1970, que reformó la legislación anterior y creó la Comisión Nacional Bancaria, fue establecido en el país un régimen bancario liberal y atrayente, que conjugaba tres factores: vinculación de la moneda nacional al dólar, inexistencia de controles cambiarios sobre las transacciones de capital, lo cual permite el libre movimiento de los recursos, y legisla-

ción fiscal que fomenta el desarrollo de la actividad comercial internacional, al eximir totalmente de gravámenes impositivos las utilidades generadas por estas operaciones.

Al turista desprevenido, los menos podría sorprender la abundancia y opulencia de bancos de todas las nacionalidades que aquí tienen asiento, en grandes edificios de reciente construcción. Esta es la explicación. Entre los más próximos a nosotros, el Banco de Bilbao, el Banco de Santander y el Banco Español de Crédito.

Ya hemos adelantado que Panamá cuenta con una numerosa «flota mercante de complacencia», barcos registrados aquí, pero que no son propiedad de panameños, debido a la estratégica posición geográfica del país y a la liberalidad de las leyes que regulan la matriculación de naves. En 1982, las cifras de la Marina Mercante Panameña arrojaban el siguiente saldo en el servicio interior: Pesca, 482, con 29.619 toneladas; pasajeros y carga, 63 y 3.191 toneladas; Carga, 80, y 6.149 toneladas; otros, 71, y 2.786 toneladas.

Naves del servicio exterior registradas en Panamá: Carga, 4.407 y 25.865.026 toneladas; Tanque, 471 embarcaciones y 8.421.292 toneladas; Pasajeros y carga 43 y 149.666 toneladas; Recreo, 3.447, 200.462 toneladas; Pesca, 693, 277.386 toneladas; otros, 2.250, para 3.285.924 toneladas.

El Canal

El tráfico de 82 kilómetros entre océanos comenzó en 1914. Gracias a un sistema triple de esclusas —Miraflores, Pedro Miguel y Gatún— un barco tarda ocho horas, aproximadamente, en pasar del Atlántico al Pacífico o viceversa. El lago artificial de Gatún, con una extensión de 420 kilómetros cuadrados, situado hacia la mitad, suministra el agua dulce indispensable para el funcionamiento de las esclusas.

Cada año, más de 13.000 barcos lo cruzan, con unos 182 millones de toneladas de carga en sus bodegas. Tras el último acuerdo, Estados Unidos se comprometió a pagar 10 millones de dólares anuales y 30 centavos por cada tonelada en tránsito, en concepto de compensaciones económicas. Panamá se comprometió, por su parte, a mantener la neutralidad del canal, una vez recuperada su jurisdicción sobre él.

Se ha dicho, con razón, que Panamá tiene padre —Estados Unidos— y madre —España—, y un extraño parentesco, no exento de cierta mala conciencia, con Colombia. Este país fue el primero que accedió a la colaboración con España y Francia para deportar vascos. También la presencia francesa —no olvidar a Lesseps— es importante en este peculiar país.

Así nos dejaron tirados en Curazao, camino de Santo Domingo

La última recomendación de nuestra agencia de viajes se refería a la conveniencia de comprobar y confirmar, veinticuatro horas antes, en cada punto, la salida del vuelo siguiente, y más en un caso como el nuestro, en el que los países a visitar eran tantos y el tiempo tan escaso.

Por eso que nos despedimos de nuestros compatriotas en la madrugada del sábado al domingo, y el 14 de julio lo destinamos a tomar notas, recordar cosas y preparar la siguiente escala, que debía realizarse el lunes, 15, en vuelo directo de COPA a Santo Domingo. Decímos que debía realizarse, porque nuestra gestión en el aeropuerto dio como resultado que la compañía panameña había decidido, un mes antes, alterarlo y trasladarlo a otro día. Pueden ustedes imaginarse nuestro cabreo.

En todos los terminales del mundo, y en los de todas las compañías con sede en el mismo aeropuerto de Panamá, seguía apareciendo el vuelo como lo teníamos en el billete, pero eso a los responsables de COPA les importaba poco, y perdónen el chiste fácil. Se limitaban a decirnos que ya habían pasado una comunicación a las compañías con sede en Panamá y que si necesitaban tanto tiempo para comunicarlo al exterior no era problema de ellos.

Siguiendo con nuestras gestiones averiguamos que existía la posibilidad de viajar el lunes a Santo Domingo, si bien más tarde, en KLM y haciendo escala en Curazao, para combinar con el vuelo de ALM que llegaba a la noche a la República Dominicana. No lo dudamos, e hicimos el cambio.

Pasamos el domingo en la piscina del hotel —por primera y única vez— con jóvenes y saludables oficiales gringos de ambos性, que retozaban en el agua y en la tierra, entre masajes, aceites y cremas, como buenos hermanos. La piscina disponía de un bar al que se tenía acceso desde el agua y en cuya barra se podía beber mientras se permanecía



La llegada a Curazao.

sentado en unos taburetes que surgían de la propia piscina. ¡Demasiado!

Salimos pues el lunes 15, en el vuelo de las 14:30 de KLM, hacia Curazao, con intención de estar en nuestro destino a las 9.30 de la noche. Creo recordar que el vuelo fue bastante movido, a pesar de que el avión era más grande que otros que habíamos usado ya y que la tranquilidad no nos ganaba del todo ni siquiera con la confianza que pudiera ofrecer el estar en manos de centroeuropeos.

Hicimos escala en Aruba y rápidamente, pues la distancia entre estas islas es mínima, llegamos a Curazao. Al pasar el primer control ya nos adelantaron lo peor: el avión de ALM ya ha salido. Tenían que haber hecho la conexión en Aruba y no aquí. A la pre-

gunta nuestra por la nueva conexión, otro jarro de agua fría: Dentro de dos días.

No concluirían ahí nuestros sinsabores. Cuando convencimos por fin a los representantes de KLM en la isla de la chapuza que nos habían hecho y de que sólo ellos eran responsables de ella, nos dirigimos en busca de nuestros equipajes, para irnos luego al hotel que habían dispuesto para nosotros por cuenta de la compañía. Dos de las maletas están ya esperándonos. La tercera, una bolsa en la que Jon llevaba algunos efectos personales y regalos para Etxebeste y Goyo Jiménez, no aparecería nunca, a pesar de que los empleados del aeropuerto nos dijeron que habían vaciado el avión.

Nos hospedamos en tropical Hotel Las Palmas de la zona playera de esta

babilica isla, con la resignación de quien no puede ir nadando hasta el siguiente objetivo. Entre tanto, seguimos cambiando de hora en cada país, hora que en Curazao coincide con la de Venezuela, el más próximo país continental.

La presencia de Venezuela era evidente por todas partes, en esta isla de encuentro, mezclas, diversidad de lenguas y suma de todas. Su televisión se veía perfectamente y se oían casi todas las emisoras de radio. Los anuncios, los menús, todo estaba escrito también en castellano, en atención ciertamente a las frecuentes visitas de los venezolanos.

¿Juntas o separadas?

En la recepción de este hotel es donde, al decir que deseábamos alojarnos en una habitación con dos camas, como lo estábamos haciendo todo el tiempo, la muchacha que nos atendía nos preguntó si las queríamos juntas o separadas. Dejo imaginar a cada quien la escena, aquella noche de mala uva, llena de contrariedades.

Como, finalmente, uno se resigna a lo inevitable, tratamos, al día siguiente, de sacarle el máximo jugo a esa escalera inesperada e imprevista en la que, por añadidura, nada podíamos hacer, como no fuera confirmar el vuelo siguiente, cosa que hicimos a primera hora del martes 16, día de El Carmen, fiestas de Amorebieta, como Jon se encargó de recordarme con insistencia.

Confirmamos, pues, nuestro vuelo de VIASA, línea venezolana de aviación, también para el viernes 19, día que debíamos regresar de Santo Domingo a Caracas, y nos dedicamos a hacer turismo en la isla. Para terminar de situarnos nos encontramos con que el barco de Vacaciones en el mar entraba esa mañana a este puerto.

Nos sentimos en otro mundo. A nuestro alrededor se habla de todo, pero especialmente papiamento, una mezcla de inglés, holandés, francés, castellano y algo más. Hace un día precioso y nos olvidamos del enfado de ayer y hasta de la maleta que falta, pues estamos seguros de que nos está esperando mañana en el aeropuerto cuando vayamos a embarcar o nos la traerán al hotel, como también nos han prometido. Finalmente, y hasta hoy, la maleta no aparecerá. Pero eso lo sabríamos mucho después.

Países Bajos

Las Antillas Holandesas forman parte autónoma del Reino de los Países Bajos y se componen de seis islas: Aruba, Bonaire, Curazao, Saba, San Eustacio y San Martín. Curazao es la capital. Todas tienen su propio gobierno insular, por lo que nos explicaron, si bien quedamos sin saber lo que significa exactamente.

La Cámara Legislativa con sede en Willemstad es elegida por el pueblo de las seis islas, cada cuatro años. Todas ellas tienen, además, un gobernador nombrado directamente por la Reina de Holanda como representante de la Corona.

La isla de Curazao, en la que nos han arrojado muy a nuestro pesar, fue descubierta en 1499 por Alonso de Ojeda y conquistada por los holandeses en 1634. Ingleses y franceses intentaron apoderarse de ella, lo que los primeros lo consiguieron en 1800, para tener que cederla de nuevo a los holandeses dos años después. Los ingleses no se daban por vencidos: aparecieron de nuevo en 1807 y se retiraron definitivamente en 1815, tras el Tratado de París que restablecía para Holanda la posesión de la isla.

La economía de Curazao tiene mucho que ver con dos circunstancias: el turismo y el petróleo que, proveniente de la cercana costa venezolana, se refina aquí, gracias a unos acuerdos entre aquel país y la Shell que actualmente están en revisión. El comercio, si bien no tiene la importancia de cuando esto estaba lleno de piratas, sigue siendo un renglón prioritario de su economía.

Para satisfacción de la persona que le encargó monedas de los diversos países a Jon, también en esta isla nos topamos con otras diferentes: el florín antillano se divide en cien centavos. Existen monedas de 1 centavo, 2 1/2 centavos, 5 centavos (representados por una moneda niquelada de forma cuadrada), 10 centavos y 25 centavos. Hay monedas de un florín y de 2 1/2 florines. La deno-

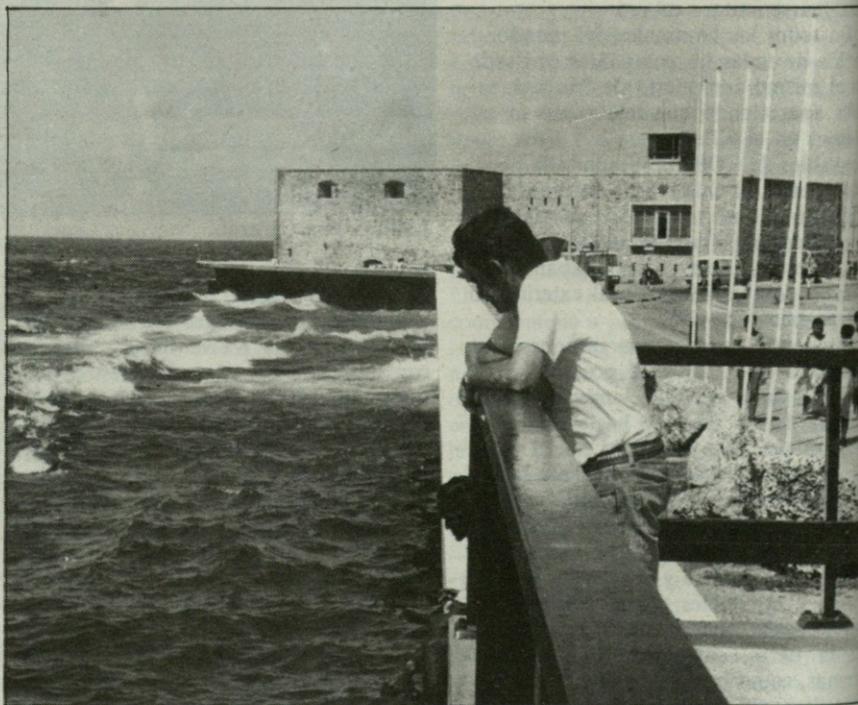
minación de los billetes es 1, 2 1/2, 5, 10, 25, 50, 100 y 250 florines.

Piratas hasta en la sopa

Al pasear por esta isla lo que más sorprende es no encontrarse algún pirata por las calles. No decepciona en ningún sentido de los que pueden ser llevados desde nuestra Europa. Tiene todo: palmeras, calas y gargantas misteriosas, puentes y pontones viejos, fortificaciones, cañones, negros auténticos, mujeres de llamativos colores, nombres extraños. Pero están, además, en su proporción de mezcla justos y en un revoltijo que añade misterio y exotismo.

Si no fuera por la maleta que nos perdieron, o a pesar de ello, tendríamos que estar agradecidos a los de KLM por habernos tirado en esta isla de 165.526 habitantes, situada a 12 grados de altitud septentrional y a 68 de longitud occidental; a 35 millas marítimas de la costa norte de Venezuela, a 42, a este, de Aruba y a 30, al oeste, de Bonaire.

Dicen los folletos turísticos, además —y eso, por aquí, debe ser noticia— que no está ubicada dentro de la zona de huracanes, que tiene una superficie de 472 kilómetros cuadrados, una longitud de 62 kilómetros y un ancho que varía de 4 a 14 kms. Su punto más alto es el cerro San Cristóforo —Christoffelberg— con 372 metros sobre el nivel del mar. Desde luego, tienen problemas de agua de ahí que se nos recomendara no bañarnos demasiado y no se sirva agua, menos que se solicite, en las mesas. El vino está carísimo, y a Jon no le gusta la cerveza. Esa ventaja que le llevo.



Al fondo el fortín que controlaba la entrada a la ciudad.

La policía dominicana quiso poner un sello en el aire

Salimos el miércoles 17 de julio –¿qué día de las fiestas de tu pueblo era hoy, Jon?– a las 11.30 de la mañana, rumbo a Santo Domingo, en un vuelo de VIASA que utiliza para este servicio aviones de Aeropostal, línea de vuelos internos venezolanos. Mientras aguardamos en el aeropuerto de Curazao a que llegue nuestro avión, que procede de Caracas, coincidimos en un grupo de teatro –así lo imaginamos nosotros– de españoles que vienen de otros países de latinoamérica y van rumbo de República Dominicana, como nosotros.

En ese momento no le damos mayor importancia al hecho, que luego cobrará alguna, como no sea el de que su observación nos sirve para matar un tiempo previamente muerto. Hemos coincidido también a la hora de pesar nuestros equipajes y hemos estado a punto de intervenir cuando parecía que les iban a cobrar exceso, puesto que a nosotros nos sobraban kilos, lo que finalmente no es necesario.

El grupo es heterogéneo. No es fácil de emparejarlos —fuerza de la costumbre— a pesar de que hay tantas mujeres como hombres. Está claro quién es el jefe, y no sólo por la edad y la dignidad que de él se desprende, sino porque es el que maneja el dinero. Tienen aspecto de grupo progre en gira progre. Aunque no la vayamos a buscar, terminaremos por enterarnos del nombre de uno de ellos, el más joven.

Todos juntos en unión

Al mismo tiempo que nuestro vuelo llegan varios más a Santo Domingo, por lo que se forman largas colas para pasar el control policial. Casi por reflejo nos situamos detrás de la troupe española, por aquello de que nuestros pasaportes también lo son y porque así puede ser mejor. En efecto, pasamos el control de la policía que revisa nuestros documentos, sin problema y con toda discreción. Puede ser oportuno indicar que nuestra



La tromba de agua cayó nada más llegar nosotros e inundó las calles.

visita tenía que ser conocida por las «autoridades» locales, pues la habíamos anunciado ya en tres ocasiones, que se iban modificando a medida que las compañías aéreas disponían por nosotros.

Entramos, pues, y nos dirigimos a la cinta transportadora de donde casi siempre surgen tus maletas. Aquí estábamos —la cosa iba lenta y luego podríamos intuir por qué— cuando surgió, azorada y de mal humor, la policía que había hecho el control. «Azurmendi e Idigoras, acompañénme». «Mire, que estamos esperando nuestras maletas». «No importa. Denme sus pasaportes y siégueme». Para añadir luego: «Dónde

¿Está su compañero Montero Aparicio?

No teníamos nosotros ningún compañero conocido a la vista. Llegamos a pensar que se estaba refiriendo a Montero, el abogado, a quien supusieran también de viaje, pero el segundo apellido no encajaba. No nos creía la moza que nosotros andábamos en pareja y no «a trois», pero, ante nuestra insistencia, prefirió asegurar la pareja, aunque se le escapara el tercer hombre.

escaparía el tercer hombre.

Y allí fuimos tras ella, preparando nuestros carnets de personas importantes y aforadas, aunque poco convencidos de que le fueran a impresionar. Ni siquiera temíamos por las maletas, que podrían entre tanto comenzar a dar

vueltas en la cinta. Así debió ser y, no sabemos si en ese momento o antes, en este aeropuerto es donde yo pagué mi peaje, en especie, cuando me levantaron mi grabador, un precioso National que me había traído hace bastantes años de Venezuela, y un cinturón, de cuero, el último grito, cuando mi mujer me lo compró en Allende de Las Arenas, hace tres años. El quinqui podía estar desfasado, pero tampoco «iba por nota».

Para poner un sello

Entró la doña en una oficina siniestra, como todas éstas, y nos dejó a nosotros

en la puerta, esperando. «La cosa no debe ser grave, cuando nos dejan fuera, pensamos». Pero nunca se sabe y, además, de República Dominicana no conocíamos mucho. Aguardamos allí como buenos chicos y como quien nada tiene que ocultar, hasta que la funcionaria salió, nos devolvió los pasaportes con cara de pocos amigos y nos dijo que era para poner un sello, sello que debió estamparlo en el aire, que en los pasaportes, no.

Tampoco era cuestión de alargar aquello, mientras nuestras maletas se paseaban solas. A la cinta fuimos, pues, y junto a ella averiguamos quién era el

otro sospechoso al que también había que ponerle un sello: la funcionaria siguió buscando y dio con el grupo teatral. Uno de ellos debía ser el tal Montero, y a él se llevó, entre las caras de asombro de todos ellos. Habrá que suponer que, simulando, eran mejores que nosotros, por aquello de la profesión, y que el tal Montero alguna deudilla podía tener con la Justicia: tendría pasado rojo.

Luego le vimos, también a él, libre, dando no sabemos qué explicaciones a su familia. Si algún día lee esto comprenderá que nosotros pudimos tener la culpa, aunque también pudo ser al revés. Nunca se sabe con estos artistas.

Todo amabilidad

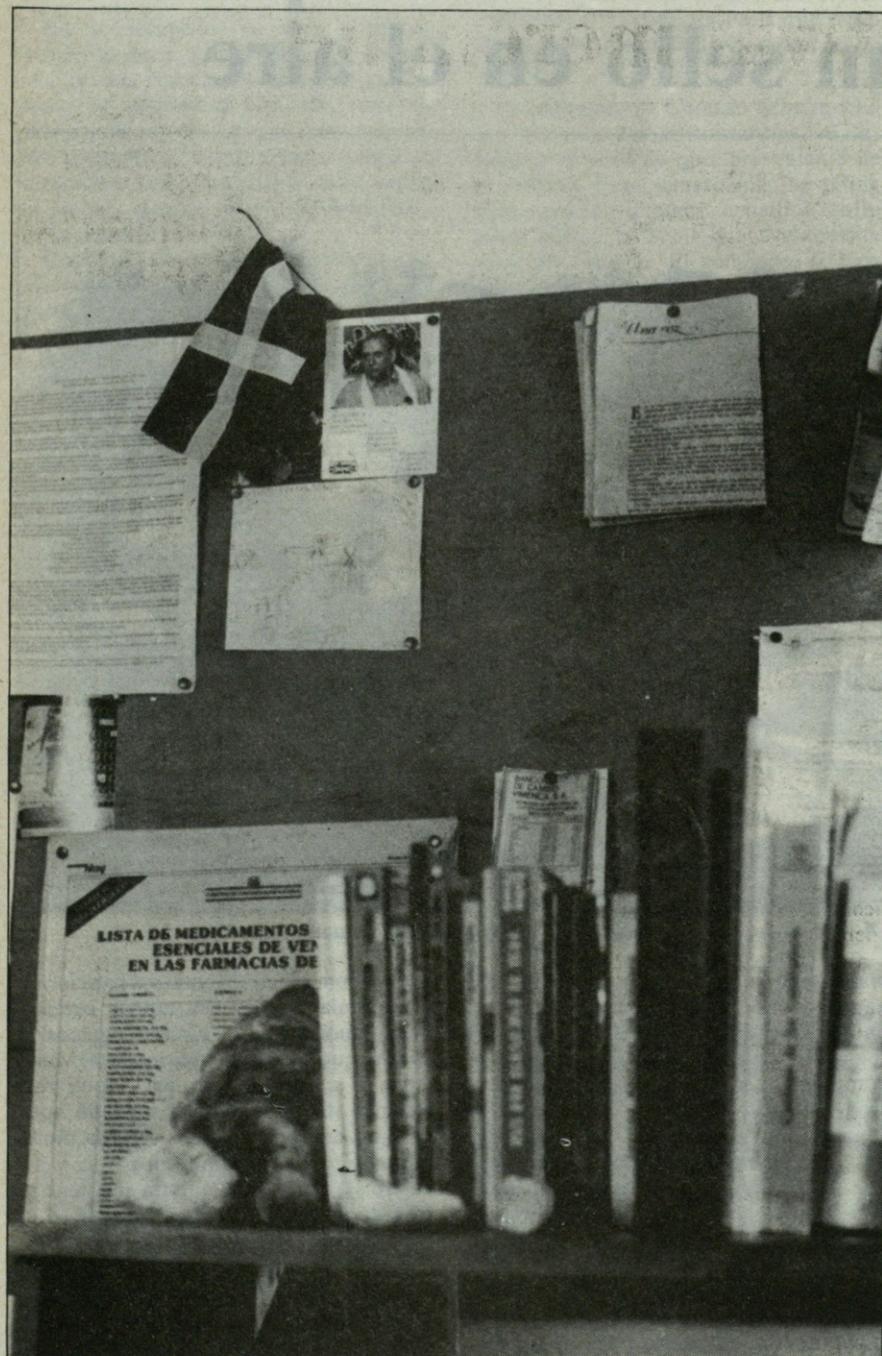
La salida fue espectacular: cuatro jóvenes se ofrecieron a llevarnos dos maletas, encontrarnos taxi, darnos información y protegernos de desaprensivos. Y la verdad es que se portaron como caballeros: no nos timaron, nos libraron de otros pedigüeños que por allí flotaban con el gesto inequívoco de que estábamos bajo su protección, y nos llevaron al hotel por el camino más corto y a un precio razonable.

El chófer no fumaba, pero su mamá sí. Por eso que, cuando Jon, que a estas alturas ya se había quemado casi todos los Ducados que llevaba para los deportados, le ofreció un cigarro, éste respondió que no, que él no, pero que si le dábamos una cajetilla para su mamá —que es una «viciosa»—, encantado. Se quedó por supuesto, sin cigarrillo y sin cajetilla.

El coche era más viejo de lo previsible, hubo que ponerle gasolina en el camino, pero andaba. Una tormenta tropical saludó nuestra llegada. ¡Y bien recibida que era! Etxebeste nos explicaría luego que con ocasión de la visita de un familiar había sucedido lo mismo y que el país lo necesitaba, por lo que estaba dispuesto a negociar con el gobierno una visita vasca cada vez que necesitaran agua.

Comimos a las cuatro de la tarde. Nos atendió un camarero que, prontamente, se ofreció a nosotros para lo que quisieramos —lo que siempre quiere decir lo mismo, es decir, si quieres acostarte con «jebas»— y nos dio los primeros datos sobre el país, mientras comíamos un plato combinado y aguardábamos la llamada de la persona que tenía que venir en nuestra busca para llevarnos al domicilio de Eugenio Etxebeste.

Un rayo cayó a poca distancia y la lluvia alejó de la piscina a toda la clientela de italianos que en ella se bañaba. ¿Qué hacían unos italianos allí en pleno verano europeo? Ellos sabrán. Lo cierto es que la isla, compartida con Haití, la primera descubierta por Colón, es muy turística, y que no falta el europeo.



Fue Santi uno de los primeros en visitarle.

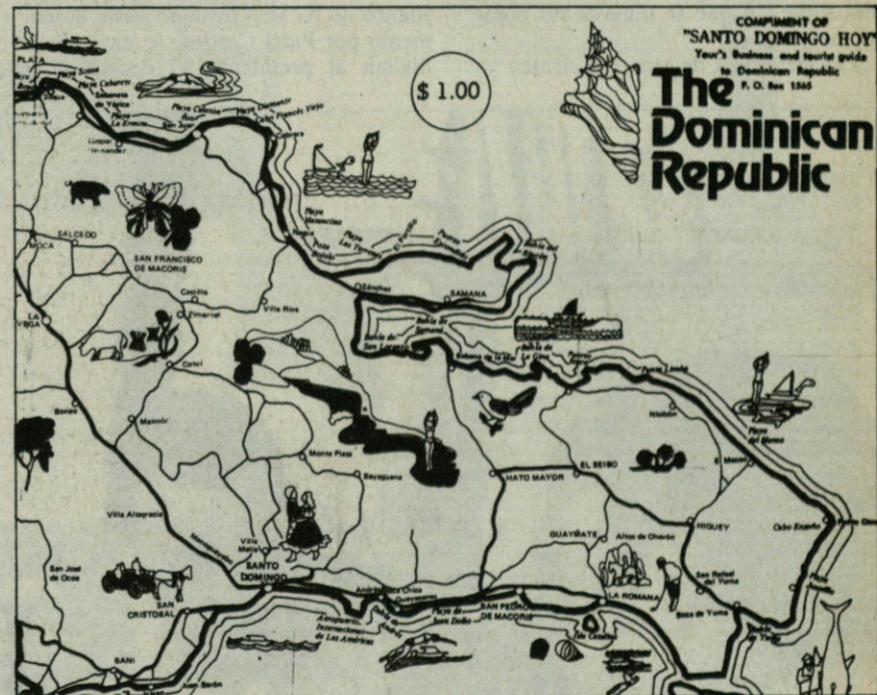
Llegamos a tiempo para asistir al festival merengue

Nuestro hotel se llama La Hispaniola, versión preferida por el mundo científico y anglosajón para denominar al país, como hemos dicho. El responsable de Etxebeste, previamente avisado por teléfono, nos viene a buscar a nuestra habitación. Es un hombre joven y educado, que en su vehículo nos conduce a la casa donde está recluido nuestro compatriota y en la que varios miembros de seguridad le acompañan, dentro y fuera de la misma.

Nos encontramos con un hombre joven y alto, que encaja perfectamente en el estereotipo del intelectual, del sabio distraído, más próximo al investigador y al científico que al militante revolucionario. Tras los primeros saludos, sus guardianes se retiran para que podamos hablar con tranquilidad y quedamos citados para más tarde con el mismo militar que nos ha conducido hasta él.

Estas primeras horas que restan del día 17 de julio las empleamos en hablar sin orden ni concierto, normal con quien se encuentra aislado de su pueblo desde hace un año. Sería difícil recordar, por ello mismo, su contenido. Nos habla de su situación y nos muestra recortes de periódicos locales en los que se da cuenta de la llegada, el 10 de agosto del pasado año, del coronel Andrés Cassinello, presentado en esas versiones como «Jefe de la Guardia Civil Española», que había viajado a la República «para sostener un encuentro con las autoridades de Seguridad». La información de «Listín Diario», un matutino, el más importante, al que se le acreditan 60.000 ejemplares de tirada, informa de que «Cassinello sostuvo ayer un encuentro con el director general del Departamento Nacional de Investigaciones (DNI), capitán de navío abogado Cefeo Bonilla».

En la misma subsección, bajo el título de Aeronoticias, se da cuenta, también, de que «Las autoridades de los servicios de seguridad en el Aeropuerto Las



República Dominicana.

Américas permanecen en estado de alerta con el fin de evitar que personas fichadas internacionalmente como delincuentes, terroristas y falsificadores ingresen en el territorio dominicano».

Habla también del ciudadano vasco al que el Gobierno Dominicano «había decidido darle refugio, a solicitud del Presidente de España, Felipe González». «Oficiales del Departamento Nacional de Investigaciones (DNI), sigue la noticia, junto a oficiales de los diferentes servicios de seguridad militar de las Fuerzas Armadas, son los que tienen a su cargo el control absoluto del terrorista vasco, quien tiene un largo historial terrorista». Como se puede observar, la reseña mezcla conceptos como el de ciudadano vasco al que se ha decidido dar refugio político, con los de «terrorista vasco de largo historial».

El mismo periódico, cinco días más tarde, titulaba en la localidad de Montehermoso una información con «Presidente afirma refugiado deberá acogerse a Leyes», para escribir en el cuerpo de la misma: «El Presidente Salvador Jorge Blanco dijo ayer aquí que ciudadano español Eugenio Echebeste, dirigente de la organización separatista vasca ETA, y refugiado por el Gobierno dominicano, deberá acogerse a las leyes del país para poder permanecer en territorio dominicano».

«Declaró el mandatario que Echebeste hará vida normal en la República Dominicana, y señaló que el refugio en su favor le fue concedido porque el jefe del gobierno español, Felipe González, así me lo solicitó desde una isla de Venezuela, donde se encontraba en viaje privado».

Por esos días, ahora hace un año, Felipe González disfrutaba de la hospitalidad del Gobierno venezolano y de los favores de Gustavo Cisneros, el mismo que posteriormente compraría Galerías Preciados. Da la impresión de que la gestión se decidió sobre la marcha, ante la negativa venezolana de recibir a más deportados.

El 18 de julio

Este día de resonancias nada ambiguas nos saludó en el hotel, esperando a que nos vinieran a buscar para visitar de nuevo al refugiado vasco. Unos primeros contactos con las emisoras de radio, de un tono que nos recordaba al empleado por las radios populares de Venezuela, nos mostró que los expresidentes Bosch y Balaguer siguen siendo los ejes sobre los que se mueven no pocas de sus noticias.

Las elecciones de mayo se sienten ya

en unos informativos en los que se dice, por ejemplo, que el Procurador afirma que Balaguer propició riquezas sucias, a lo que éste contesta calificando al Procurador de «baboso». Luego oímos una cuña institucional, del propio Poder Judicial, en la que se explica la división de poderes tradicional en una democracia: «El Gobierno es esencialmente civil... se divide en tres poderes, etc.» Parece que la paga el Colegio de Abogados.

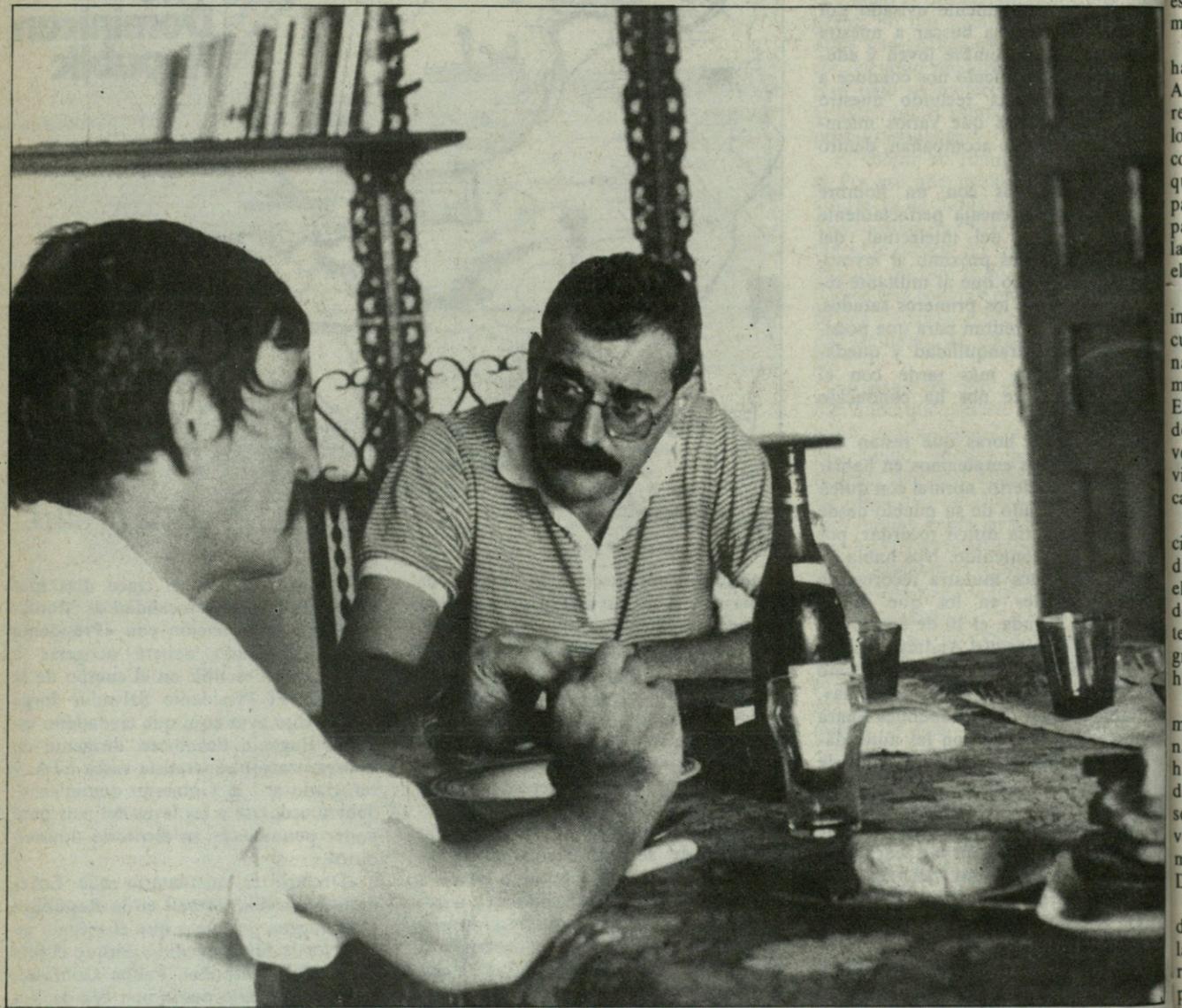
Hablan los informativos, así mismo, de la visita que el presidente prepara a Argentina, Uruguay, Ecuador. De los huracanes, uno de los cuales, el «David», causó en 1979 3.000 muertos y más de mil millones de pérdidas. De la deuda externa latinoamericana, para cuya discusión Fidel prepara una magna reunión en La Habana. «El doctor Jorge Blanco no ha sido invitado hasta el momento por Fidel Castro», se dice. «Si le invitan al presidente, él decidirá», se

añade. «Se está acercando el 'Ana' e la primer ciclón del año». No pasará dañada, afortunadamente.

La botella de Santi

Hoy, jueves, le tendremos a Eugenio de anfitrión. Nos ha prometido una comida a la que Jon no ha puesto buena cara: las aficiones vegetarianas del cocinero no le hacen prever nada bueno. Finalmente, la comida consta del siguiente menú: foie de Las Landas que le manda hace un mes un familiar, croquetas de yuca y cebolla, crema de puerros, plátano frito y ensalada de tomate, a lo que se une el Camembert que nosotros compramos en Curazao, que luego no se empezaría. Todo ello, acompañado de la botella de vino, un Rioja del 70, que sus padres le habían hecho llegar con Santi Brouard en su visita de hace ya varios meses.

La botella estaba esperando una ocasión de éstas y nos lleva a recordar a



La botella de Santi presidió nuestra conversación y nos acercó a los ausentes.

e tantos compatriotas que se van quedando en el camino y, muy especialmente, al mismo Santi y a Galdeano. Una botella de vino siempre ha sido mucho más que una botella de vino: ésta lo era por muchos motivos. Confieso que su contenido se había amontillado ligeramente, pero nos la bebimos hasta la última gota, con un ritual que nos trasladó a Euskadi, a la cocina de un hogar vasco.

Si las croquetas fueron bastante bien asimiladas por el zornotzarra, no puedo decir lo mismo ni de la crema de puerros —una crema espesa, hecha con mimo— ni del plátano frito. Este plátano, a no confundir con el cambur o guineo, que es lo que nosotros llamamos plátano y que ya sirvió de dura prueba a dos guerniqueses en Caracas hace unos años, es mucho más grande y sólo se puede comer frito o al horno. Son las famosas «tajadas» que acompaña los platos criollos de todos estos países. Cuando está maduro es dulzón. Cuando está duro se llama «tostón» y tiene menos sabor.

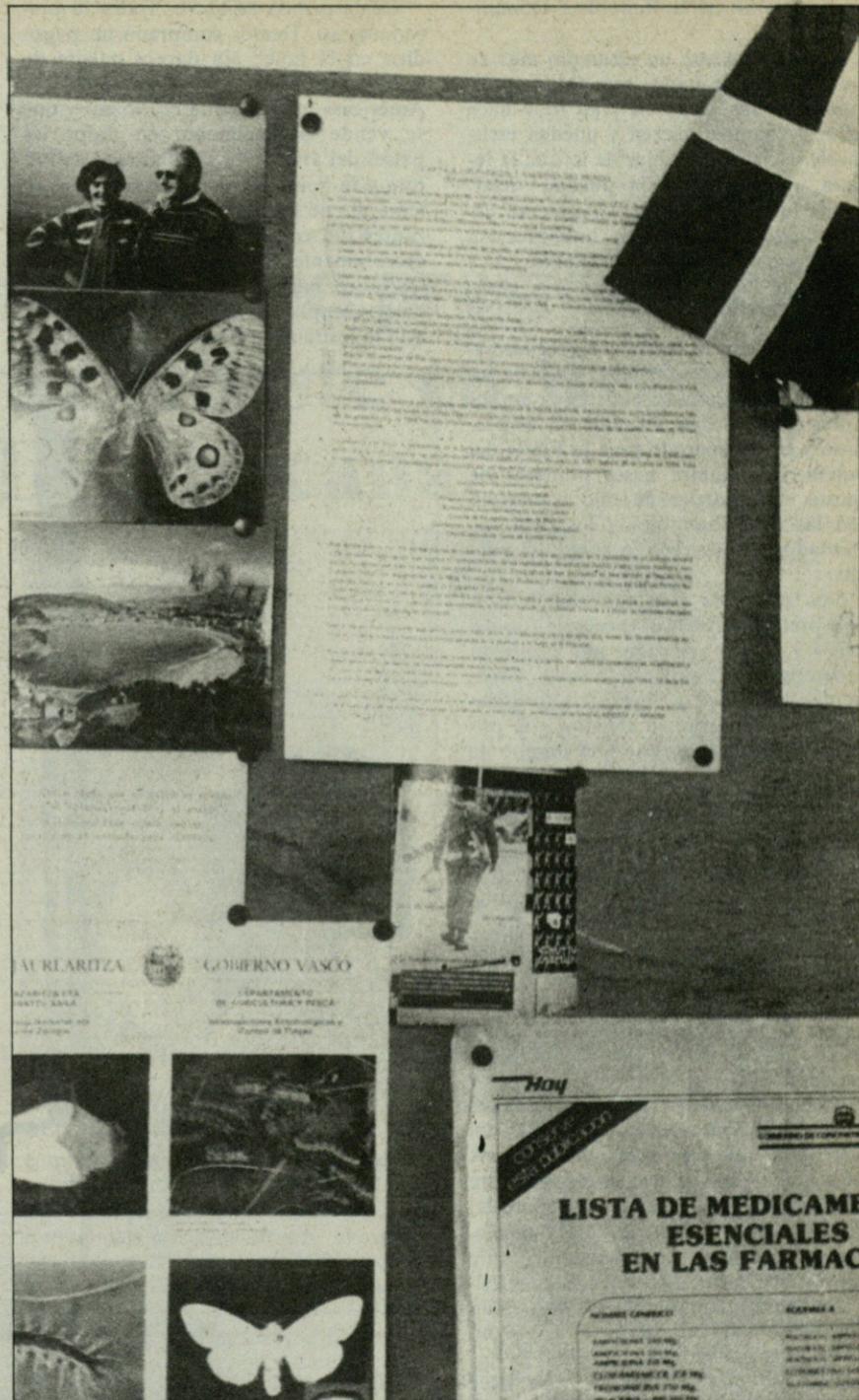
La frugal pero exquisita comida nos hace sentirnos obligados a invitarle a Antxon a una cena, esta noche, en un restaurante en el que podamos comer los «fruits de mer» de la isla, cena que compartiríamos con el jefe de seguridad, que había quedado citado con nosotros para darnos una vuelta por la ciudad, y para lo que quisiéramos. Ya hemos adelantado que Antxon no puede salir, por el momento, más que acompañado.

La sobremesa es larga y la temática inevitable. Preguntas y repreguntas, recuerdos y pronósticos se van desgranando a lo largo de toda la tarde, en un minucioso repaso de lo que pasa en Euskadi y de lo que él nos puede contar de la República Dominicana, en la que ve tantas posibilidades de desarrollar su vieja afición de «mariposólogo», como cachondamente califica Jon.

Pero Eugenio ha descubierto otra afición, que le ocupa varias horas de su día: los ordenadores. Un «Timex» con el que se pudo hacer, y al que pronto denominamos la «querida», unido a su televisor, le permite preparar unos programa-videojuegos para los que tiene ya hasta comprador.

Su disciplinada vida la organiza con método: se levanta temprano, hace gimnasia, prepara el desayuno, limpia su habitación, lee, se sienta ante el ordenador, prepara la comida, no echa siesta, se sienta ante el ordenador, estudia, lee, ve una hora de televisión local o norteamericana, cena, se acuesta temprano. Día tras día, mes tras mes.

Tiene un gran poster con las necesidades vitamínico-proteínicas-calóricas en la pared, cuyas indicaciones sigue con rigor. Es, junto a la ikurriña, un enorme puzzle en cuyo montaje destinó 75 horas, affiches y fotos de lugares y per-



Están claros cuáles son sus amores.

sonas queridas, toda la decoración de la vivienda. El puzzle lo compró en diciembre en 14 pesos y ahora cuesta 42: la inflación es enorme, nos dice.

Nos habla del país. De su historia, del excelente zoológico y botánico con que cuenta. De sus medios de comunicación. De que el piropo es mutuo —las mujeres también piorean a los hombres, aunque a nosotros no nos ha pioreado nadie y sí hemos recibido proposiciones mucho más inequívocas— de que «en términos de naturaleza no hay fronteras» y de que «hubiera venido a la Re-

pública sólo por ver los millones de mariposas juntas que vi en una excursión que hice hacia la frontera de Haití».

Se lanza luego por disgracias sobre el saber popular y lo difícil que es encontrar científicos auténticamente divulgadores. «Cousteau, tal vez sí», añade. Pero Antxon, como todos los deportados, a pesar de que no está dispuesto a perder el tiempo que le obligan a vivir en esta isla, quiere volver a Euskadi, de donde le sacaron a la fuerza, como refugiado político. Y, mientras tanto, que se le reconozca, como se prometió, ese

mismo status en la República Dominicana.

Antxon se siente un elemento más de un pueblo que lucha por el reconocimiento de sus derechos, y así se lo hace saber a cuantos quieren y pueden escucharle. No quiere hablar de lo que la lejanía y la desconexión puedan viciar. Desde luego, oye Radio Exterior de España todos los días, en una preciosa radio que le mandaron sus aitakos.

Una cena nada vegetariana

Salimos, con el mayor y otro guardia, a conocer algo de la ciudad. En cada semáforo, nos asaltan vendedores ambulantes de todo tipo. El malecón es precioso y está preparado para la Fiesta del Bolero, que durará hasta primeros de agosto. Los hoteles de lujo contrastan con las casas humildes y los bien alimentados turistas, con la gente del pueblo.

Nos sentamos a tomar una cerveza —yo prefiero probar el excelente ron del país— y se nos aproxima una orquesta: debemos tener aspecto de turistas. Recorremos la ciudad antigua, sus fortificaciones sobre el río, la catedral —la primera del Nuevo Mundo— el Parque de Colón, el mausoleo, la avenida George Washington, el puerto.

Muchas son las cosas que nos quedan por ver cuando vamos a cenar a un lugar cuya especialidad son pescados y mariscos. El menú, con cerveza, pues el vino es carísimo, langosta, langostinos, carite, mero, a precios razonables, para nuestra moneda, y de muy buena calidad: cenamos mejor que en Panamá, donde el cocinero aquél, gallego, des trozó la langosta empanándola y cubriendola con queso.

Regresamos al hotel, lleno de turistas y de gentes que vienen al festival del merengue que comienza mañana. A todo esto la maleta que se perdió entre Panamá y Curazao sigue sin aparecer. En el hotel, y en la casa de Eugenio, hemos visto velas, y no precisamente de adorno: los cortes de luz son frecuentes.

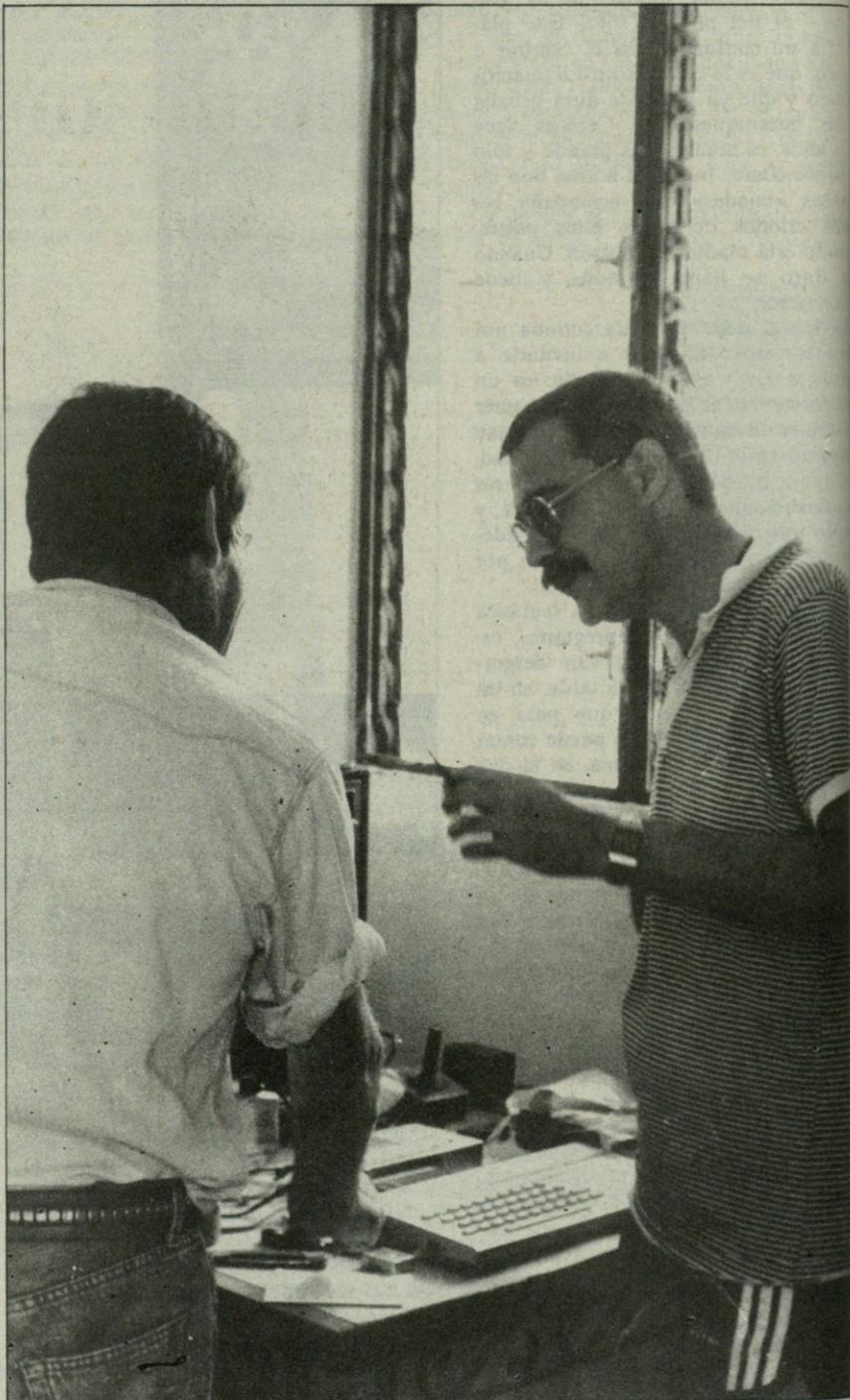
Las fiestas del pueblo de Jon están hoy en lo mejor. Cada día es así, según mi compañero de viaje. Tenemos la impresión de que salimos de casa hace años. Y mañana a la mañana pasaremos un momento por casa de Antxon para despedirnos.

Hoy, 19 de julio, viernes, temprano, el mayor ha venido a buscarnos para acercarnos a casa de Eugenio y, luego, al aeropuerto. Le hablamos a éste de lo que nos hubiera gustado plantearle a su jefe, que se encuentra de viaje en el extranjero, preparando la visita del presidente a varios países, y al que no hemos podido, por ello, entrevistar. El mayor nos confiesa que le hubiera gustado conocernos, a los tres, en otras circunstancias. El cumple con su deber. Lo mejor que puede, para todos, nos confiesa.

La despedida es breve. Todos lo preferimos así. Hemos comprado un periódico en el hotel, sin darnos cuenta de que no es local: es el «Diario de Las Américas», que se edita en Miami y que se vende puntualmente en todos los países del área. «Por la Libertad, la Cultura y la Solidaridad Hemisférica» es su lema. Es de los que debe ganar simpatizantes del comunismo, a fuerza de ser groseramente anticomunista. La noticia que abre, bajo una foto con un pie que dice «Amplia sonrisa presidencial» y que muestra a un Reagan en zapatillas y

bata: «Comenzó el sistema digestivo del presidente a volver a la normalidad».

La prensa local informaba, en sus páginas, que «No darán subsidios a los beldos para alza de sueldos», que la pequeña empresa aboga por un mayor respaldo oficial, que se afirma que hay corrupción en los visados para viajar a Venezuela. Y, el «festival merengue abre hoy, a las 5 de la tarde, con desfile en el que participarán cerca de 50 grupos folklóricos y bandas de música».



Le explica Antxon a Jon para qué sirve todo aquello.

Una gestión entre presidentes dejó a Etxebeste en Rep. Dominicana

La presencia de Eugenio Etxebeste en la República Dominicana despertó gran interés ante la prensa local, por efecto de la malintencionada propaganda de la que su persona iba precedida. Para un país de menos de 50.000 kilómetros cuadrados y poco más de seis millones de habitantes, encontrarse con que están alojando a un «peligroso dirigente de una sanguinaria organización terrorista de un viejo enclave europeo», no podía ser de otra manera.

El paso de días, semanas y meses sin que sucediera nada malo por la presencia de este extraño inquilino, fue tranquilizando a los periodistas locales y a los residentes españoles que, en un primer momento, e inflamados de fervor patriótico, maquinaron tenebrosas acciones contra el enemigo vasco. La tranquilidad sólo fue rota en un par de ocasiones con ocasión de la visita papal y por una casi obligada referencia de fin de año sobre los hechos más resaltantes ofrecida por un periódico local.

Por su seguridad, y por la de quienes allí le enviaron también —habrá que suponer— Etxebeste está vigilado-protegido día y noche, por un equipo de miembros de la seguridad al mando de un mayor, que es la persona que vino a buscarnos al hotel para conducirnos luego al domicilio de Eugenio.

Refugiado político

Llevaba «Antxon» camino de Caracas cuando fue embarcado en el avión de «Air France» que le servía para conocer por primera vez los placeres del vuelo. Placentero y tranquilo debió ser, comparado con las carreras y velocidades de las que le habían hecho víctima los policías franceses que le trasladaron al aeropuerto. Una vez ya en territorio venezolano, hubieron de improvisar otro lugar de deportación para el donostiarra, pues el Gobierno local sentía saturado su cupo de deportados.

Parece que fue González en persona



El presidente Jorge Blanco.

el que hizo una gestión telefónica de urgencia ante su amigo Salvador Jorge Blanco, presidente socialdemócrata de la República Dominicana, en el cargo desde el 16 de agosto de 1982, después de que el anterior presidente, Antonio Guzmán, se suicidara. Y como favor personal a Felipe fue acogido Etxebeste, que llegó así a Santo Domingo, y a quien el propio Salvador Jorge Blanco reconoció su carácter de refugiado político en prontas declaraciones a la prensa local.

Sin embargo, la promesa presidencial no se ha materializado todavía en una documentación que así lo acredite y que le permita hacer una vida normal de trabajo, estudio e investigación, como es su deseo. En mayo próximo, por otra parte, se celebrarán elecciones para la presidencia, por lo que el actual Gobierno debería clarificar la situación del refugiado vasco con suficiente anterioridad, y de acuerdo a la calificación que hizo en su día el ciudadano presidente.

La Española

La República Dominicana ocupa 48.440 kilómetros cuadrados de una isla que tiene 76.190 y que la comparte con Haití. Hablan los pobladores de la primera el castellano —«aunque muy empobrecido», dice Juan Bosch— y un dialecto de origen francés y africano llamado «creole», o el francés los más cultos, los que habitan la segunda.

La isla fue bautizada por Cristóbal Colón con el nombre de La Española, y a mediados del siglo XVII se le conocía con el de Santo Domingo, por extensión del de la ciudad que había fundado Bartolomé Colón para asiento de las autoridades españolas. La porción occidental pasaría a llamarse Saint-Domingue cuando se estableció allí la colonia francesa, que en los albores del siglo XIX iba a transformarse en la República de Haití.

Del nombre de Santo Domingo sal-

dria el gentilicio de dominicano, y de él, a su vez, el de República Dominicana, al hacerse independiente, en febrero de 1844, la población de la parte oriental de la isla. Esta independencia no lo fue de los españoles, sino de los haitianos, que habían constituido un Estado en la porción occidental de la isla a partir de la rebelión de los esclavos que habían sido de los colonos franceses.

En esta isla se fundaron los primeros establecimientos occidentales del Nuevo Mundo bajo el nombre de La Española. Pasó luego a llamarse Santo Domingo —y Saint Domingue su parte occidental—. Santo Domingo quedó transformado en República de Haití, y Santo Domingo en República Dominicana; si bien el Estado que tomó este último nombre volvería a ser conocido con la denominación de Santo Domingo cuando, en marzo de 1861, ese Estado quedó disuelto, y el territorio y los habitantes que lo formaban volvieron a ser parte del Reino de España con la denominación de Provincia.

En 1865 las Cortes EspaÑolas aprobaron la evacuación de la isla y el renacido Estado volvería a llamarse República Dominicana. Ese Estado sería aniquilado durante ocho años —1916 a 1924— por decisión del Gobierno norteamericano, encabezado en 1916 por el presidente demócrata Woodrow Wilson, aunque el país seguiría llamándose República Dominicana. En este tiempo sería gobernado por oficiales de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, que decidieron denominar a la isla Hispaniola, nombre con la que se le conoce en el mundo de los cartógrafos, los geólogos, los botánicos y otros científicos de habla inglesa.

La sombra de Rafael Leónidas Trujillo

La República fue gobernada por Trujillo durante 31 años, hasta su muerte violenta en 1961. Durante su mandato se produce la desaparición, en Nueva York, del secretario de José Antonio Aguirre, Jesús Galíndez, que había sido preceptor de sus hijos, y a quien todos coinciden en señalar como asesinado por orden de Trujillo.

A Trujillo le sucede Balaguer. En 1962, un golpe de Estado le derroca. Un contragolpe de oficiales de aviación repone a Balaguer, quien dimite y es sucedido por Rafael Filiberto Bonelly. Las elecciones presidenciales otorgan el poder a Juan Bosch. En 1963, un golpe de Estado le derroca y es sustituido por un triunvirato. Estados Unidos reconoce al nuevo Gobierno. En 1965 estalla un movimiento en favor de Bosch. Una guerra civil enfrenta a las fuerzas del coronel Caamaño, partidarias de Bosch, y a las del general Imbert Barrera, favorables a la Junta. Tropas norteamericanas invaden la República y combaten a



El primer hospital de las Américas: San Nicolás de Bari.

Caamaño y los suyos. El coronel resultaría muerto en 1973 cuando desembarcó en la isla con un grupo guerrillero.

Un millón de emigrantes

Se calcula en un millón el número de dominicanos emigrados a los Estados Unidos, que es, junto a Venezuela, el gran objetivo de quienes necesitan abandonar la isla en busca de mejores condiciones de vida.

La capital, Santo Domingo, cuenta con 1.331.400 habitantes, muy alejada en su población del resto de las ciudades más importantes, como Santiago, La Vega, San Cristóbal, San Pedro de Macorís y La Romana, entre menos de 300 y algo más de 50 mil habitantes.

La moneda nacional es el peso dominicano, que circula en monedas de 1, 5, 10, 25 y 50 centavos, y en un peso. Los billetes tienen valores de 1, 5, 10, 20, 50, 100, 500 y 1.000 pesos. Su PIB per cápita era, en 1982, de 1.372 dólares, y de 1.441 en 1983. La hora oficial, GMT

menos cuatro horas.

La densidad demográfica es de 105 h/km². La tasa de natalidad, de 35% ha la fertilidad de 4,7 hijos, en datos del 1982. La tasa de mortalidad: 9% y la mortalidad infantil de 4,7%. La esperanza de vida: 61 años.

La mayor parte de su población es constituida por mulatos —un 73%—, con un 16% de blancos y un 11% de negros. Lucayos, taínos, ciguayos y caribes picanaban esta isla de gran belleza y fertilidad que llamaban Quisqueya (*«madre de todas las tierras»*) o Haití.

A la llegada de los españoles, el naciente mayoritario estaba compuesto por los tainos, pertenecientes a la cultura arauca y con un nivel de civilización situado en la Edad de los Metales. Agricultores, pescadores y cazadores pacíficos, tejían sus vestidos, eran buenos alfareros, conocían el tabaco, que les mascaban, y fabricaban sus brazaletes de oro, metal muy abundante en la isla. Adoraban al Sol y la Luna.

La policía costarricense se interesa por nosotros

Salimos con toda puntualidad de Santo Domingo hacia Caracas a las 13 horas del viernes 19 de julio, previo pago de veinte dólares cada uno por «gastos de aeropuerto», tasa que se ha peligrosamente generalizado y que en estancias tan cortas y variadas como la nuestra puede llevarte un dineral. Una vez en la zona de pasajeros comprobamos además que nada se puede consumir o comprar en pesos dominicanos, por lo que nos quedamos con más de los calculados. Es el día nacional de Colombia y el VI aniversario del triunfo del sandinismo.

Volamos en un avión de Aeropostal contratado por VIASA, que hace escala en Curazao y que nos deposita en el aeropuerto Simón Bolívar de Maiquetía con toda felicidad. Nos espera una conferencia en el Centro Vasco de Caracas y, mañana sábado, reuniones con los deportados, con otros exiliados vascos, con medios de comunicación venezolanos. Muy poco tiempo para tantas cosas y para las que hubiéramos podido hacer. Pero tenemos que salir, sin falta, el domingo 21 de julio para Costa Rica, a primerísima hora: debemos estar en el aeropuerto a las siete de la mañana, lo que equivale a decir que tenemos que levantarnos a las cinco. Tranquilizamos y nos tranquilizamos diciendo que podemos volver en otoño, en un viaje dedicado exclusivamente a Venezuela, donde, realmente, las posibilidades políticas e informativas son grandes.

Cuando el domingo 21 aguardamos el avión que nos conducirá a Costa Rica con escalas en Maracaibo, Barranquilla y Panamá, un zarauztarra que se dirige a Barranquilla, a trabajar, reconoce a Jon y se nos acerca. Es ingeniero y cuenta con permanecer allí unos pocos años. Está llegando de Madrid y ha hecho escala en Caracas.

Volamos en LACSA, Lineas Aéreas Costarricenses, en un Boeing 727-200. La primera escala la realizamos en Ma-



«Un país libre —welcome—»: hay que saber leer.

racaibo a las diez, durante quince minutos. Hemos sobrevolado la entrada del lago y hemos visto el famoso puente de Maracaibo, el más grande del mundo cuando se construyó. Le expliqué a Jon que un barco capitaneado por un vasco, de Algorta, si bien en ese momento la responsabilidad era del práctico, chocó

hace años contra uno de sus pilares y provocó el derrumbe de parte de la estructura del puente: los coches que circulaban sobre él y hasta alguien se percató, iban cayendo al mar desde una altura enorme, ante la impotencia y desesperación de los tripulantes del barco. La tragedia se recordará siempre en la

ciudad. No hace falta decir que Maracaibo sugiere a todo el mundo, con razón, petróleo y torres sobre el lago para su extracción. En Maracaibo hay una colonia importante de vascos y son miles los marinos nuestros que han surcado estas aguas, estos muelles y estos bares.

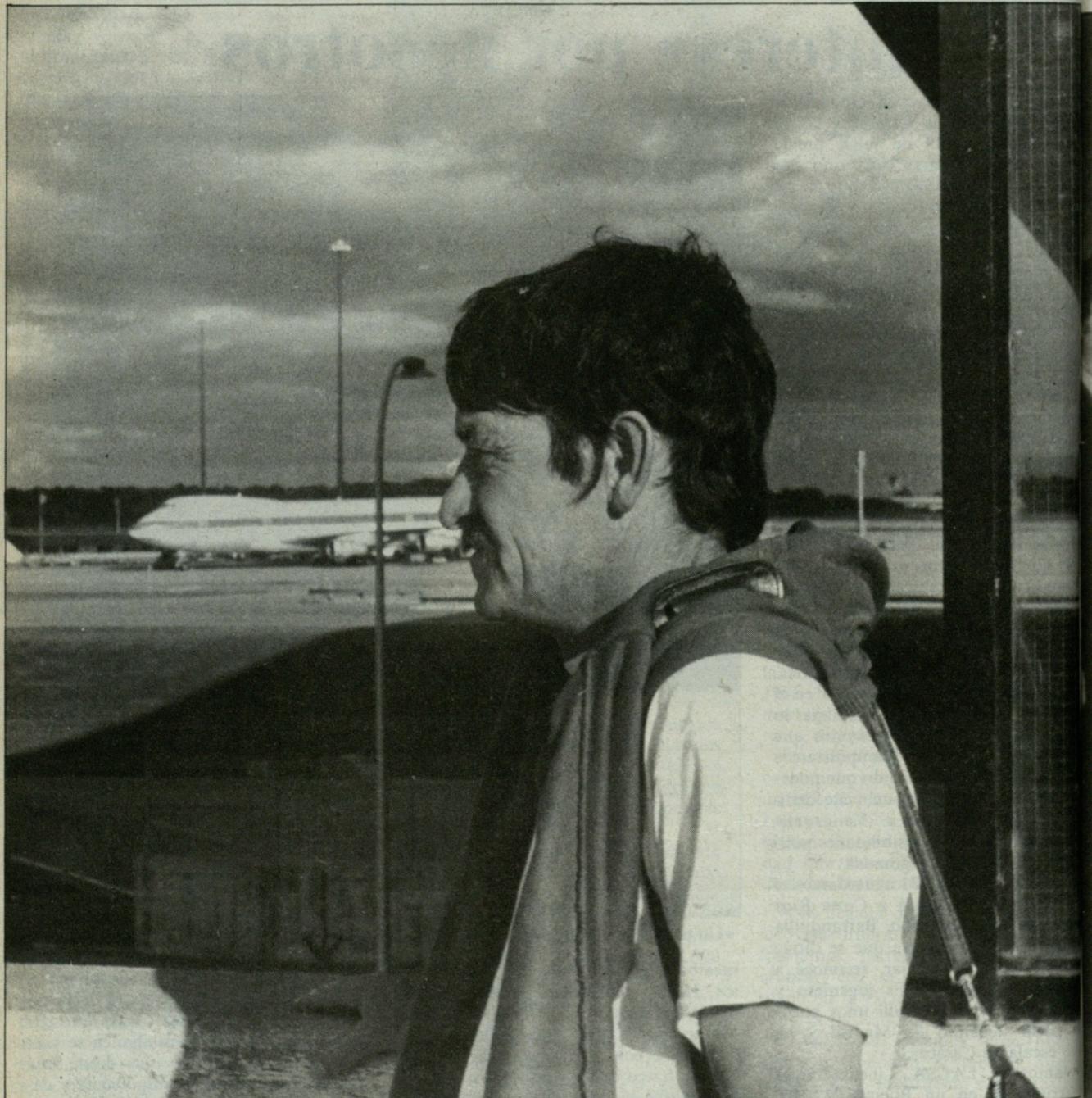
Jon renueva su cervezo-fobia

Jon está indisposto. Cuando se emplea la palabra referida a un varón, ya se sabe que se quiere decir que tiene diarrea. Le echa la culpa a las cervezas que bebió ayer, qué bebimos todos, por supuesto, y que sólo a él parecen ha-

berle hecho daño. Tenemos la tentación de pensar que la identificación que tiene con el vino le lleva a menospreciar todos sus sucedáneos. Es cierto que en Venezuela se bebe muy fría la cerveza, como debe ser, por otra parte, le decimos. Es más, para beber cerveza fría, en cualquier tascón de cualquier punto hasta el más perdido, hay que ir a Venezuela. Otras cosas podrán no funcionar tan bien, pero la cerveza y en su punto, no falla nunca en ese país.

Divisamos nieve en la cordillera de los Andes antes de descender sobre Barranquilla, una ciudad costeña de Colombia de casi un millón de habitantes,

en el mar de Las Antillas, con saber la café y cumbia. Las proximidades y mismo aeropuerto de Barranquilla son muy bonitos. Viene en el avión un grupo de muchachas que regresa de Europa y aplauden la maniobra de aterrizaje del comandante Wilfredo Quesada Apuntilla Jon que éste se merecía ovación y vuelta al ruedo, como los de Ibáñez. Ya habíamos observado la costumbre de premiar con ovación sin indiferencia las acciones de los pilotos en otros aeropuertos, lo que nos lleva a comentar la tensión disfrazada que cada pasajero lleva en los aviones y que encuentra su válvula de escape en cuantos



Jon ha calculado en 62 las horas «muertas» vividas en los aeropuertos.

er las ruedas de los mismos tocan pista.

Reunión en Contadora

Hoy se reanudan las reuniones del Grupo de Contadora en la isla panameña del mismo nombre que sobrevolaremos dentro de unos minutos, antes de aterrizar en el aeropuerto Omar Torrijos, en una escala de 30' camino de San José de Costa Rica. La prensa que hojeamos habla de esta reunión entre los ministros de Exteriores de México, Colombia, Venezuela y Panamá, indicando que «retornan así a su sede original». Van a tratar de la «reactivación pacificadora del organismo, de la estruc-

tura del acta de Paz y de la acción diplomática a nivel de cada país miembro para la paz regional».

La primera visión de Costa Rica desde el aire nos recuerda las zonas de aproximación de Sondika y contrasta grandemente con los territorios que hemos sobrevolado en días anteriores. Si el aterrizaje en Panamá había sido silencioso, sin ovaciones, en el de Costa Rica éstas se repiten, tras un, en verdad, suave y feliz aterrizaje. Será por aquello de que la mayoría se queda aquí y no tiene que continuar vuelo.

¿Nos estaban esperando?

La escena es de las difíciles de olvi-

dar. Allí estábamos Jon y yo, con nuestras maletas, en una pequeña sala de espera, ante un policía de bigote sentado tras una mesa de madera, junto a una pareja joven de alemanes, un español muy nervioso y un latinoamericano, con sus respectivas maletas. Dos policías más, también de paisano, iban introduciendo de uno en uno a los recluidos en la habitación, a la que habíamos sido conducidos después de pasar todos los trámites habituales de emigración y aduanas, con una discriminación difícil de explicar.

Mientras aguardábamos a ser introdu-



Los cancilleres de Contadora.

Una costa no tan rica

«Ahora una crisis económica brutal nos tiene acongojados y al borde de la ruina total. Ahora sólo pensamos en cómo salir de esta crisis sin quebrar nuestra tradición de democracia progresiva. No sabemos si será posible. Pero todos los habitantes del país (bueno, no todos, ustedes me entienden) estamos enfrentados al problema y confiados en que uno de nosotros va a dar la solución; es decir, en que podremos seguir por el camino que veníamos, mar-

chando hacia adelante y tan convencidos como siempre de que somos totalmente distintos. ¿Distintos a quién? Digamos que a todo el mundo, y eso es lo malo: la convicción que anida en todos nosotros de que somos distintos a todo el mundo puede ser nuestra perdición definitiva. Porque, por si fuera poco, cuando reflexionamos sobre eso de la perdición definitiva, lo que nos viene a la mente como consuelo es que a otro que era distinto a todos, a ET, la

bicicleta le echó a volar». Estas palabras del escritor Alberto Francisco Cañas pueden servirnos para adentrarnos en este país, nada fácil de situar y que no soporta por más tiempo el clisé de que «Costa Rica es la Suiza de Centroamérica», como ya sucedió antes con la otra Suiza de América del Sur, con Uruguay.

Al margen datos objetivos, que también proporcionaremos, y con toda la cautela que una breve estancia obliga a observar, nos atrevemos a decir que en este país se está cociendo algo gordo y que algo huele a podrido en esta Dinamarca empeñada en cerrar los ojos a lo que está pasando en ese país con el que linda por el norte y que se llama Nicaragua. Los que no parecen haber cerrado los ojos son cuantos utilizan este país como otra base para combatir a los sandinistas. El descaro con el que la contra, sus amigos, asesores, financiadores y demás lo usaban era tan grande, que su Gobierno ha tenido que decir al menos un basta, tan bajito que habría que escribirlo con v.

No creemos haber visto visiones ni habernos resentido por el cansancio que a esas fechas ya nos pesaba mucho cuando observábamos en nuestro abarrotado hotel movimientos sospechosos de gringos que secreteaban con latinoamericanos mientras otros vigilaban a cierta distancia. La edad y corpulencia de todos ellos, y esos pequeños detalles que sugieren la conspiración, nos dieron pie a pensar, aunque siempre cabe la posibilidad, desde luego, de que se tratará de simples contrabandistas o de traficantes de drogas que, como ya nos dijeron los policías del aeropuerto, «hay muchos».

No tan pobre

Tiene 50.000 kilómetros de superficie y dos millones y medio de habitantes, de acuerdo a datos del 84. En San José, la capital, viven casi trescientos mil,



Panorámica de la ciudad de San José.

mientras que las otras ciudades más importantes, como Alajuela, Limón —no olvidarse del partido de fútbol y la rivalidad entre estos— Puntarenas y Heredia están entre los 43.000 de la primera y los 30.000 de la última.

Su moneda recibe el nombre de colón costarricense y se subdivide en 100 céntimos. Circularon billetes de 5, 10, 20, 50, 100, 500 y 1.000 colones, y monedas de 5, 10, 25 y 50 céntimos, y de 1, 2, 5, 10 y 20 colones.

Su PIB per cápita era de 1.157 dólares en 1981 y de 1.172 un año después. Hora oficial: GMT menos seis horas.

El relieve del país ofrece una alta meseta central rodeada de montañas de 1.000 metros de altura media, que es donde llegamos y lo que nos llevó a decir que se parecía a Euskadi, y 40 kilómetros de ancho. De esta meseta parte un gran cordón orográfico, dividido en tres cordilleras principales, las de Guanacaste, Central y Talamanca. En las dos primeras están todos los volcanes activos del país.

Tiene 212 kilómetros de costa en el Atlántico y 1.016 en el Pacífico. Está dotada de un extensa red fluvial: en el lago de Nicaragua desembocan numerosos ríos, entre ellos, el Sapoá y el Frio. El río San Juan, por cuyo dorso desagua el lago de Nicaragua en el mar de las Antillas, es el más caudaloso y sirve de larga frontera con Nicaragua.

La población india costarricense no sobrepasa las 5.000 personas, distribuidas por las provincias de Limón, Guanacaste, Puntarenas y San José. La mayor parte de los negros habita la provincia caribeña de Limón y habla dialectos anglojamaicanos, además de su propio «criollo limonense». Blancos y mestizos constituyen el 99,5 por ciento de la población.

Antes de la llegada de los españoles, tres fueron los grupos indios más importantes de la actual Costa Rica: Huétar, Brunka y Chorotega. Cristóbal Colón llegó a las costas de Limón en 1502.

ETA irrumpió en su historia reciente

En mayo de 1982 se produce la victoria electoral del actual presidente, Luis Alberto Monge, candidato del Partido de Liberación Nacional, afiliado a la Internacional Socialista y fundado en 1951 por José Figueres Ferrer, Francisco Orlich y Daniel Oduber. El presidente Monge proclamó en 1983 la neutralidad «perpetua, activa y no armada de Costa Rica», frente a los conflictos bélicos que puedan afectar a otros Estados, en lo que no es difícil adivinar un neutralismo por decreto que podría explicar los «cierres de ojo» a los que nos referimos.

El 1 de octubre de 1983 «las autoridades revelan planes de la organización ETA en Costa Rica, descubiertos tras un atentado frustrado contra líderes anti-

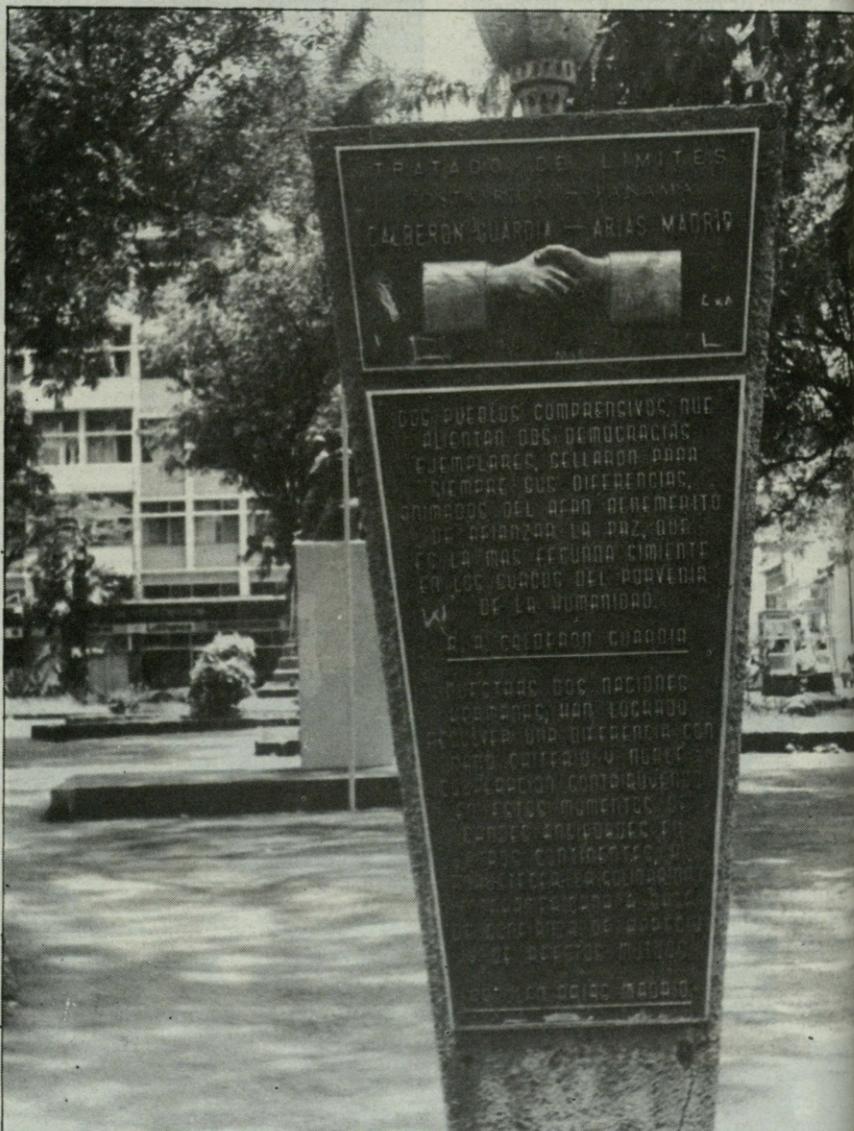
sandinistas residentes en San José». Así ha pasado a las enciclopedias que resumen la historia reciente de Costa Rica el 1 de octubre del 83, cuando Gregorio Jiménez, un tolosarra de 28 años, era detenido y acusado de preparar un atentado contra Edén Pastora.

Cuando de verdad sí se produce un atentado contra el «comandante Cero» es el 30 de mayo de 1984. En él resulta gravemente herido y mueren diez personas, dos de ellos periodistas. Se supone que el comandante trabaja en la zona fronteriza y que sólo viene a Costa Rica a curarse, lo que se repetiría, precisamente, durante nuestra estancia en San José, cuando vino a reponerse de un accidente de helicóptero en el que estuvo a punto de perder la vida.

La presencia de los dirigentes contras en este país es evidente, por otra parte, y se materializa, públicamente, en reuniones, conferencias, ruedas de prensa y

captación de simpatizantes, además de alertar a los costarricenses de los peligros del comunismo. La otra actividad la nunca reconocida, lo fue finalmente cuando varios mercenarios europeos norteamericanos fueron detenidos y castigados que se entrenaban en campamentos situados en Costa Rica bajo la protección de su Guardia Civil. Al verse descubiertos y, de alguna manera, desparados, desvelaron lo que casi todos sabían, pero que oficialmente prefiere disimular.

El 4 de septiembre de 1984, Alfons Robelo, líder de una facción de la Alianza Revolucionaria Democrática (ARDE), anuncia en San José la creación de la Unidad Nicaragüense de Reconciliación Nacional (UNIR). El 4 de noviembre sufre un atentado al hacer explosión una granada cuando aparcaba su coche en una barriada residencial de la capital costarricense.



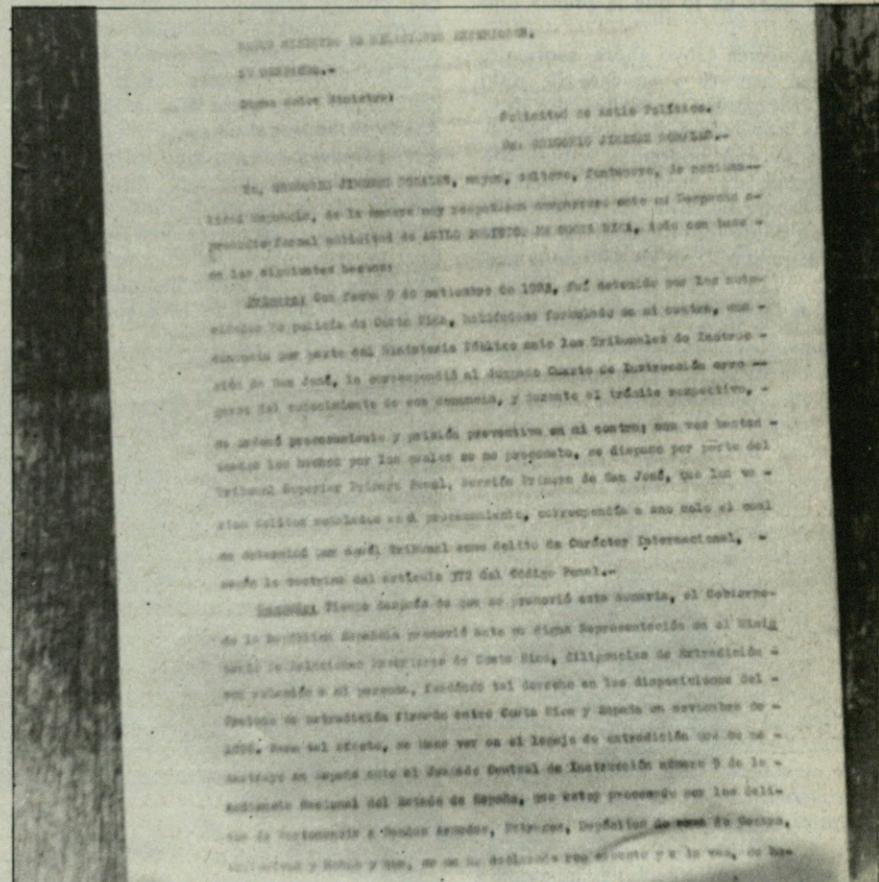
Tratado de límites entre Costa Rica y Panamá.

Liberar a Gregorio, un objetivo compartido

El lunes 22 de julio lo destinamos a ponernos en contacto con la defensa costarricense de Gregorio Jiménez, preso en la cárcel de la Reforma, cerca de la población de Alajuela, para asegurarnos la visita. Su abogado se encuentra fuera, pero un compañero de despacho nos atiende amablemente y se presta a hacer las gestiones necesarias. Destinará todo el día de mañana para trasladarnos en su coche al penal, que se encuentra cerca del aeropuerto Juan Santamaría, a media hora de la capital, como casi todos los aeropuertos, concluimos.

Una vez hecha esta gestión, y como nada más podemos hacer, recorremos la ciudad. Nos topamos con un monumento a Carlos Gardel, que nos sirve para tomarnos unas fotos, y con una exposición de grabados y pinturas del panameño Rubén Contreras, bajo el título de «La madre tierra indígena». En el folleto que explica las obras nos llama la atención un texto que finaliza así: «La cultura de los pueblos indígenas es parte de la herencia cultural de la humanidad. Por la autodeterminación de los pueblos indígenas». Estampamos nuestras firmas en el libro para visitantes que ofrece la sala «Joaquín García Monge» del Teatro Nacional.

«Gente campesina e indígena, sencilla, humilde en su pobreza, con su trabajo diario, duro y colectivo. Quizás la civilización es tan sólo un enemigo más de estos pueblos, que desde un principio han sido golpeados; quisimos cambiarles sus dioses, nos impusimos porque pensamos que lo nuestro era lo mejor y olvidamos que eran tan humanos como nosotros y los tratamos como animales salvajes; ahora desconfian y, con razón, porque les enseñaron a ser puerta para luego cerrarla, a cubrir rostros de vergüenza y a mirar a través de las grietas de sus bohios... Tal vez el tiempo no supo detenerse...» «Quiero creer que sus hijos nacerán con fuerzas para defender



Manuscrito de Gregorio Jiménez del 8 de noviembre del 84, conocida la decisión de extradición.

lo que les pertenece por la naturaleza propia que es la vida. Una cultura que ni el mismo tiempo ha podido olvidar, y la madre tierra indígena trata de dar a conocer condiciones que viven nuestros hermanos indígenas, especialmente los de mi país: Panamá. No tenemos que hacer ningún esfuerzo para solidarizarnos con estas palabras de Rubén Contreras y su particular «ama lur».

En 1984, dentro de los dos más im-

portantes festivales, dedicados al cine italiano y español, fue exhibida en la capital la película «Akelarre» de Pedro Olea. Desde luego, Goyo no la pudo ver.

En la Reforma

A las 8.15 de la mañana del martes 23 de julio estamos ya en La Reforma. Tenemos que esperar en la puerta a que llegue el director. En seguida comienzan

a venir los autobuses del personal civil que trabaja en el centro. Su ubicación podría ser paradisiaca, si no fuera porque alberga una cárcel. En cuanto llega el director, que estaba previamente advertido, nos dejan pasar, tras un superficial cacheo. El cacheo se repite antes de entrar al módulo en el que se encuentra nuestro compatriota.

Ayer tuvimos un primer contacto con el expediente de Gregorio: «que ingresó en Costa Rica el 1 de junio de 1983 proveniente de Nicaragua con un pasaporte falso a nombre de Lorenzo Avila Teijón, que se puso en contacto con el coincidiendo Jorge Chavarri Valverde y otros sujetos de nacionalidad española, que se hizo confeccionar una cédula de identidad costarricense bajo el nombre de Jorge Zúñiga Varela...» No hace falta ser jurista para comprender que allí no hay más que, en todo caso, papeles falsos, y nada de lo que la prensa dijo en su día.

Se nos acerca Goyo ahora, sonriente, con buen aspecto y su cara de niño bueno. «Me parece un sueño», nos dice, mientras nos sentamos en una habitación en la que podremos hablar con tranquilidad. El mismo nos adelanta que se espera la visita del ministro de Justicia y de un representante de los Derechos Humanos. Son las 8,30 de la mañana.

Una de las primeras cosas que aclaran-

mos es el destino del vestido de mujer que había aparecido en la bolsa de Jon y que ha quedado en Panamá: era para una compañera presa, salvadoreña, de la que Goyo se ha telefónicamente enamorado, pues todavía nunca se han podido ver. Nos habla con entusiasmo de ella y de que está aprendiendo euskara, de que está confeccionando una ikurriña para la Mesa Nacional de HB, de que él no había tenido tiempo de tener novias, porque siempre andaba en el monte, y esquiendo y haciendo escalada, y en rollos...

Nos llama poderosamente la atención, y así lo comentamos luego, la sencillez y la bondad que se desprenden de su figura. Nos cuenta que está estudiando, pero que le cuesta mucho, que vive con otros políticos en plan comuna, que el primer año fue muy malo, pero que ahora está muy bien, que juega al fútbol, porque allí es lo que priva, y está haciendo muchos progresos, que sus padres están ahora en el pueblo —un pueblo riojano al que tenemos que ir, porque les va a hacer mucha ilusión y donde su padre, el Chato, tiene una pequeña bodega con un vino estupendo— que les digamos que está muy bien y que se acuerda mucho de ellos.

Sé encuentra en un régimen carcelario que lo denominan «medianocerrado», que tiene derecho a una llamada telefónica por semana, que la emplea casi

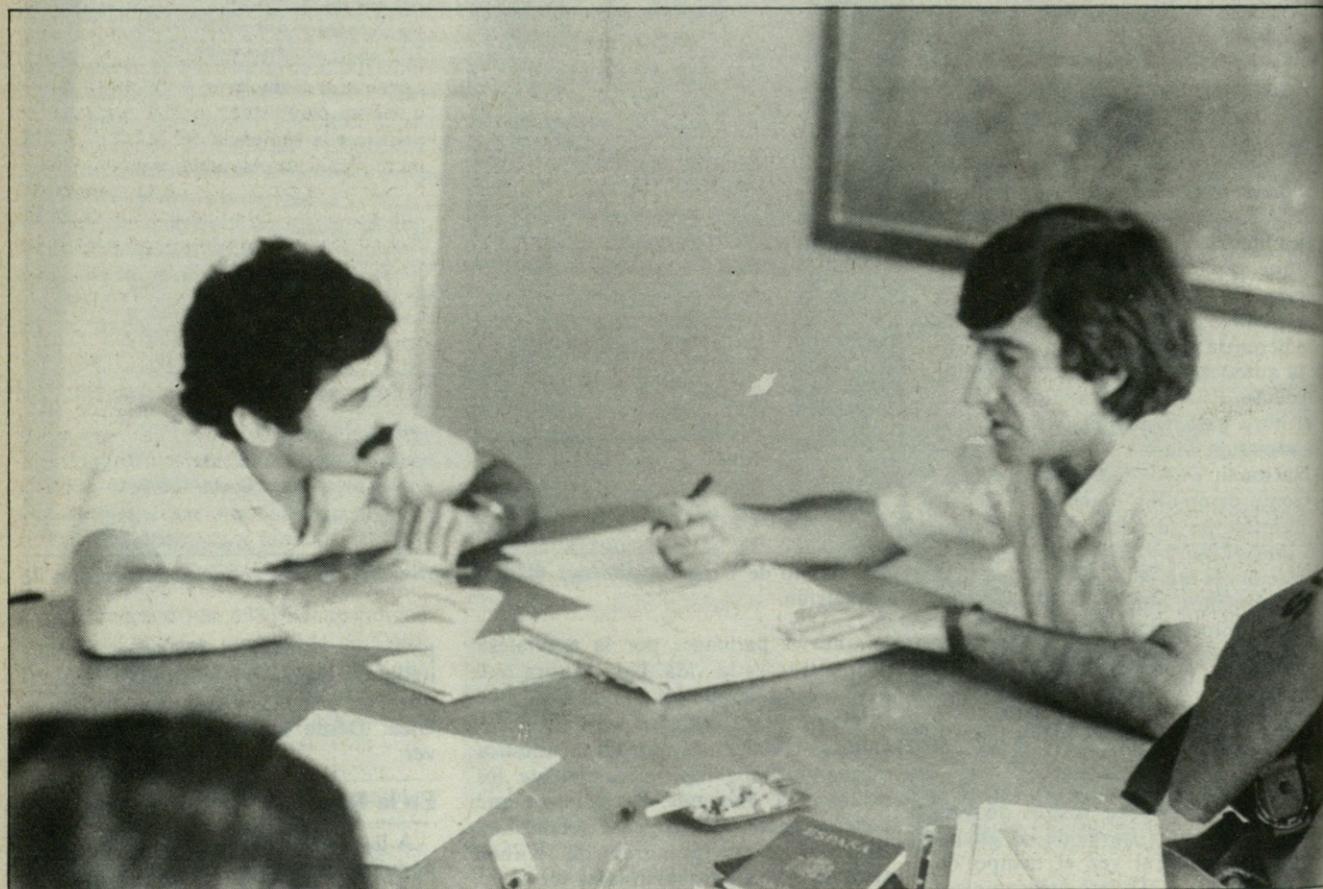
siempre para su salvadoreña, que está en el patio de seis de la mañana a seis de la tarde. Salen a la «plaza» una vez cada quince días, a jugar al fútbol juega de extremo derecha.

Nos pide que le saquemos fotos, que hacemos con profusión, para mandárselas a la chavala, y nos muestra la única que de ella tiene: un recorte de periódico que guarda conunción y que fotografiamos.

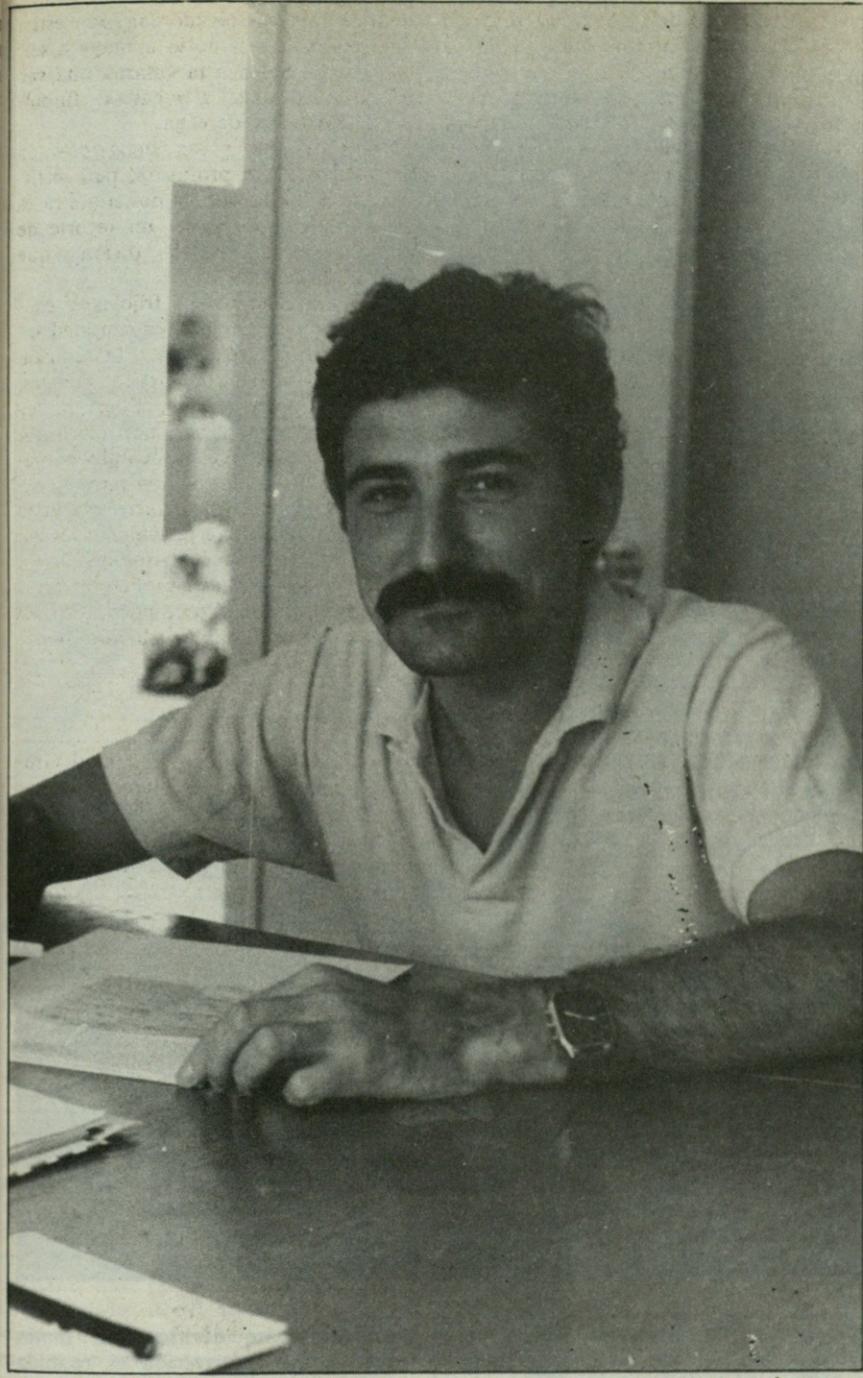
Comen mucho arroz y frijoles. Y chilote, yuca, pasta, papas, en cantidad suficiente. Un huevo a dos a la semana café por la mañana. Compran: tomates, chiles, aguacate, repollo. Cocinan doce veces al día, por turnos. Son cinco, los compañeros. De vez en cuando preparan algún postre: arroz con leche o cajeta de leche. Entre los cinco consumen tres bolsas de leche a la semana: les corresponde cuatro cucharaditas-día a cada uno, de las que él prefiere reservar una para la tarde. Come poco, dice. «A mí, lo que me alimenta es lo vuestro».

Reunión con el ministro

Un funcionario nos pregunta si Gregorio puede salir un momento para hablar con el ministro. Le decimos que también nosotros queremos hablar con él. Sale Goyo y entran pronto todos: el ministro de Justicia, Hugo Alfonso



El anotaba y nosotros anotábamos: los temas eran muchos.



Gregorio Jiménez lleva casi dos años de prisión.

Muñoz Quesada, con la chaqueta en el brazo, el director del Instituto Interamericano de Derechos Humanos, dependiente de la OEA y con sede en San José, el director de la cárcel y periodistas del Canal 7, Televisora de Costa Rica, Teletica, que cubren la visita del ministro al penal.

La entrevista con todos ellos es cordial y tienen mucho interés en preguntarle a Gregorio, ante nosotros, cómo le tratan y cómo se encuentra. Le hablan con respeto y hasta cariño: no da la impresión de que sea porque estamos nosotros presentes. Las cámaras recogen el momento, que luego lo veríamos, por la

noche, en la televisión del hotel. También nosotros tomamos fotos, mientras el director del Instituto Interamericano nos dice que conoce nuestro periódico y que estuvo dando un seminario en Pamplona. De compras en Alajuela. Permanecemos con Gregorio hasta las 11.45, hora en que debe ir a comer, aunque luego nos confesaría que apenas había probado bocado. Comemos en un restaurante cercano al que nos conduce con acierto nuestro abogado, y amigo ya, Marín. Después nos presentamos en Alajuela, para comprarle a Goyo las cosas que nos ha encargado: mudas, calcetines, un pantalón, que sustituyan a lo

que se perdió en la bolsa de marras. Jon se porta como un perfecto amo de sus cosas. Las muchachas del almacén nos miran sorprendidas y nos atienden con mucho cariño.

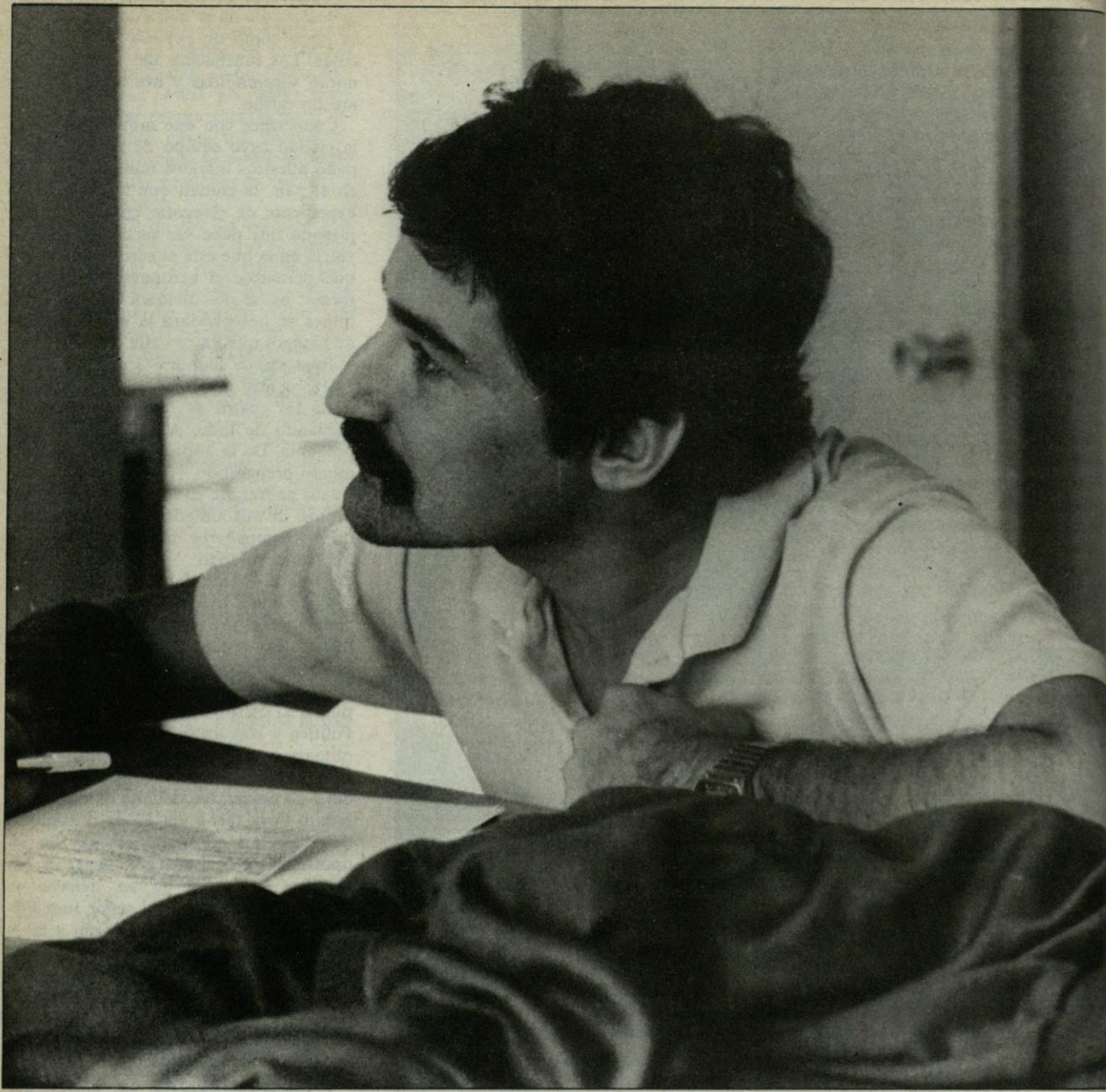
Conocemos con este motivo Alajuela, la ciudad cuyo equipo de fútbol acompañó nuestros ingratos minutos iniciales en el país, la ciudad que aparece en el expediente de Gregorio como sede del juzgado que debe ver su causa, la provincia en la que está el aeropuerto y a la que pertenece el aeropuerto y La Reforma: no se nos olvidará nunca, como nunca se nos olvidará la gran cantidad de mangos que hay en ella.

Regresamos donde Gregorio a las 14.15 y nos autorizan a estar con él hasta las cuatro de la tarde. Seguimos hablando de todo. Ahora es él el que pregunta. Da la impresión de que las ha estado preparando. Nos vuelve a hablar de sus padres, de su hermana, de sus sobrinos, de sus amigos, de su pueblo. Y de sus compañeros de cárcel, con quienes comparte todo.

Llega el momento de la despedida y se nos pone a todos un nudo en la garganta. Cuando miro por última vez hacia atrás le veo entrando en su módulo «mediano-cerrado», aguardando la fecha del juicio, en Alajuela, y la respuesta al escrito en el que solicitó Asilo Político y «revocatoria y nulidad concorrente de la Sentencia dictada por ese Alto Tribunal a las 17 horas 30 minutos del 2 de noviembre del año en curso —el escrito lleva fecha del 12 de noviembre de 1984— y, consecuentemente en su oportunidad declarar con lugar a los mismos para que en su defecto se confirme la sentencia del señor Juez Primera Penal de Alajuela, dictada a las 9 horas 10 minutos del 24 de agosto del año en curso, que declara sin lugar las diligencias de Extradición contra Gregorio Jiménez Morales».

Contra la extradición

Gregorio escribió en ese mismo noviembre, al respecto: «1) La sentencia me ha sorprendido grandemente, porque consideraba que aquí, en Costa Rica, al menos la intelectualidad costarricense, dentro de los cuales se sitúa a los jueces, conocían verdaderamente el problema del Pueblo Vasco (Euskadi), pero veo que eso no es así, porque esta sentencia, que ha declarado con lugar la extradición, totalmente marginó el proceso revolucionario vasco. O sea, el verdadero problema por el cual se me persigue a mí. 2) Con esta sentencia estimo que se ha puesto de nuevo en vigencia en Costa Rica la pena de muerte, la cual, según la historia de este país, se abolió hace más de 100 años; sin embargo, al haber declarado con lugar mi extradición y decidir que se me entregue al Gobierno español, se me ha sentenciado a muerte. 3) Considero que las



A Gregorio le parecía estar soñando.

transacciones de ayuda entre el Gobierno español y el costarricense se hicieron a costa de mi persona y de mi vida; ayuda que no sé si ya se recibió o está por recibir este gobierno, y que también pudiera ser en maquinaria, dinero o cualquier otro tipo de regalía. 4) Mantendré siempre mi conducta de respeto a las leyes y a las autoridades de este país, por lo tanto creo que se está especulando al decir que habrá posibilidad de acciones para recobrar mi libertad. 5) Si mi condición de ciudadano vasco es considerada como hombre de peligro, como terrorista tenebroso y por ello estar decretada mi pena de muerte, aceptaré con resignación tal sacrificio, recordándoles que quedarán con vida 2.700.000 vascos. 6) Quiero agradecer al

pueblo de Costa Rica que de manera directa o indirecta me ha dado su respaldo moral y espero que este país nunca vaya a sufrir como ha sufrido y sufre mi pueblo, el País Vasco». Con la firma autógrafa de Gregorio Jiménez. «Liberen a Gregorio». Nuestro abierto y espontáneo abogado y guía detiene su vehículo para recoger a dos muchachas que encontramos cerca de La Reforma y que, con toda probabilidad, se dirigen, como nosotros, a San José. Una inspección por nuestros rostros y nuestro aspecto animan a las inicialmente recelosas muchachas a subirse al «carro». Una es tica y la otra gringa. Hablamos de todo y de nada, como sucede en estos casos. Nuestro acento nos traiciona como «españoles», lo que prontamente

corregimos para decírles que somos vascos. Nuestra corrección es recibida por ellas sin extrañeza.

Sale el motivo de nuestro viaje a colación. Y sale el tema de Gregorio. Cuando se disponen a bajar, sin aceptar nuestra invitación a «tomar algo» porque temen que les cierran los bancos, donde deben cambiar dinero, o por lo que sea, ya en la calle, una de ellas se nos acerca y nos dice con toda claridad: «Liberen a Gregorio. No dejen que lo envíen a España». Valió la pena la incomodidad del viaje, al menos la mía, a quien tocó compartir el asiento trasero con una tica y una gringa bastante corpulenta. Gregorio no es un desconocido en Costa Rica, con quien se pueda tratar alegremente.

Managua, nueva vía para llegar a Cuba

Nos levantamos a las 5 de la mañana para presentarnos en el aeropuerto con las dos preceptivas horas de antelación, para un vuelo que dura menos de una hora, en un Boeing 727-25 de Aeronica, líneas aéreas nicaragüenses, que nos dejará en Managua para conectar luego con Cubanair de Aviación y aproximarnos a la última escala de nuestro viaje.

Cuando llegamos al aeropuerto ni siquiera han llegado los empleados de la línea aérea, que es atendida por una subsidiaria que da servicio a varias compañías pequeñas. Pero antes han llegado una anciana ciega y su nieto que tienen todo el aspecto de quien ha pasado toda la noche en el aeropuerto. La anciana está sentada sobre una de las cajas de cartón que, reforzadas por cuerdas, contienen sus pertenencias.

Nunca habíamos visto similares equipajes acompañando a viajeros de avión, pero nunca habíamos estado en Costa Rica aguardando vuelo hacia Nicaragua. Una vez abierto el despacho asistimos a otra novedad: la señora ciega y el niño no tienen pasaporte ni billete. Presentan un papel que, en primera instancia, no le dice nada al del mostrador. Luego «que aguarde a que venga...» no sabemos quién. No supimos más de ellos hasta que les vimos en el avión. Consiguieron su objetivo, por tanto.

País en guerra

La primera muestra de que Nicaragua está en guerra la tendremos cuando, una vez superados los controles del propio aeropuerto y de sus funcionarios, vamos a entrar al avión en Aeronica: un joven, casi un muchacho, sonriente y hasta cómplice, nos pasa por un nuevo detector colgado a su espalda, como si de un fumigador se tratara. No tenemos necesidad de decirnos nada, pero le devolvemos la sonrisa con otra asimismo cómplicemente comprensiva.

El avión está casi vacío y el piloto tiene pinta de centroeuropeo. Le había-

mos visto antes comprando alguna frutería en el aeropuerto. Nos sugiere esos pilotos de combate retirados a líneas civiles. Antes de subir del todo ya estamos bajando hacia Managua. Llevamos nuestra cámara fotográfica al cuello cuando descendemos del avión: dos miembros de las fuerzas armadas sandinistas que vigilan al pie de la escalera se dirigen a mí en inglés para decirme que «nada de fotos en el aeropuerto». Aunque comprenda sus razones, he de confesar que me molesta el tono o, tal vez, sólo que me confundan con un gringo y me hablen en inglés. No les debe pasar inadvertido mi enfado cuando les contesto que «si me hablan

en castellano les entenderé mejor». No tienen necesidad de repetir la orden en este idioma. Poco después, en otro control, se volverán a dirigir a nosotros, de nuevo, en inglés. Ni Jon ni yo tenemos especial pinta sajona, pero todo es relativo.

A la sauna durante dos horas

Salimos hacia Cuba con dos horas de retraso y ninguna explicación. Esas dos horas las hemos pasado en una especie de sauna, en la que aguardaba pacientemente un inconfundible rojerío que había asistido al sexto aniversario de la Revolución Popular Sandinista y se diri-

NICARAGUA

UN PAÍS QUE SE DESCUBRE



Descúbralo con
OPERADORA
NACIONAL DE
TURISMO

Nicaragua en tránsito.

gía a Cuba. Entre ellos, vascos, españoles y alemanes eran mayoría. Hasta los niños parecían haber comprendido que no había que protestar, que estaban en tierra amiga a la que se debe solidaridad y comprensión. Nosotros hubiéramos preferido esperar en aquel recinto cerrado como para ser usado con aire acondicionado, si nos hubieran dado alguna explicación, así no fuera verdadera.

El resto, sin embargo, parecía contagiado de ese transcurrir pausado que se ve en los campesinos de lugares calurosos y, sentados unos en los asientos insuficientes o en el suelo, medio tumbados otros, esperaban disciplinadamente, mientras las camisas de todos se iban volviendo transparentes. Las maletas, a todo esto, aguardaban al sol, junto al puntual avión de Cubana en el que debían ser embarcadas. ¿Medidas de seguridad, tal vez? ¿Necesidad de esperar a aquellos chinos que aparecieron desde otra sala y montaron antes que nosotros?

Antes de pasar a la sala de espera hubimos de explicar, una vez más, que éramos vascos. Solamente vascos. Al menos, esta vez los policías sonrieron ante lo que, tal vez, tacharon de «tozudez» e hicieron un gesto de comprensión.

Cuando entré en Cuba

Salimos a las 13 horas en un Ilyushin 62-M impecable, con la esperanza de que nos dieran algo de comer en vuelo,

como así fue. Dos muchachas, una guipuzcoana y otra murciana, completan, junto conmigo, la terna de butacas de nuestro lado. Del otro, tres alemanes inconfundibles, con botas para la guerra. La murciana lleva dos periquitos en una jaula. A ellos se dirige con frecuencia para que no se aburran: se los lleva a su mamá. La guipuzcoana, como yo, saludamos tranquilizados el anuncio de que nos servirán un refrigerio. Tres vizcainas hablan, en los asientos delanteros, con Jon. Esto parece «Air Euskadi».

Llegamos a La Habana a las 5 de la tarde, hora local. Hay dos horas de diferencia con Managua. Dos horas de adelanto.

El Havana Libre

La ortografía es deliberada, pues es la más generalizada en los medios turísticos por influencia, ciertamente, del inglés. Llegamos al hotel sin hacer un trámite previo en el aeropuerto, que los que viajamos por libre, como nosotros, desconocíamos. Nos atiende un joven, al azar, en el mostrador del abarrotado Havana Libre:

Los problemas que hubiéramos podido tener por no haber amarrado lo de nuestra habitación en el propio aeropuerto desaparecen en cuanto lee nuestros apellidos y nos dice: «Donostia, maitia, Koldobika, agur». Ante nuestra cara de sorpresa, nos dice: «Mi padre es de Bergara y yo me apellido Mendiola». Acabáramos. Hemos tropezado con un paisano, justamente, probablemente el

único entre los cientos de empleados que allí trabajan.

Añade que tiene tíos en Bergara. Quedó no ha estado nunca en Euskadi. Su tío le ha dicho que Donostia es preciosos, con una bahía increíble. «Les va a dar una habitación desde la que podrán ver nuestra bahía, para que comparen con la de ustedes. Los trámites los terminan mañana, en una oficina de aquí mismo. La habitación está en el piso 24 y en la mejor posible».

En efecto, encima de ella no está ninguna de las cafeterías del hotel. Es amplia y con un balcón impresionante que da a la impresionante bahía de La Habana. Nos asomamos a ella y comprendemos por qué algunos la añojan tanto y por qué se resistieron abandonarla.

Pronto comenzará a anochecer y la vista va cambiando con la luz. Vemos a fondo la entrada al puerto. A la derecha, la ciudad en la que sobresale una iglesia con su imagen en la punta, como desafiante. A la izquierda, varios hoteles, con sus piscinas en la terraza, y el malecón: un malecón enorme por el que al día siguiente desfilarán carrozas navales. Hemos llegado en víspera de fiesta. Es el 24 de julio, y hasta el domingo aquí no va a trabajar más que el que no tiene más remedio.

Una de espías

El hotel es el ideal para una película de espías. Parece mentira que toda la gente con la que nos hemos encontrado



El matrimonio Urteaga con el niño.

ya y la que no hemos visto todavía pueda alojarse aquí. A pesar de las dimensiones todo funciona a la perfección. Todo el mundo busca y encuentra acomodo.

Empezamos a ver caras familiares, que nos saludan en cuanto nos reconocen, sobre todo a Jon. Es posible que algunos nos reconozcan y no nos saluden, como aquél con cara de «gallego» que se sentó junto a nosotros mientras cenábamos, que pronto bautizamos como «agente de la Embajada».

La imaginación vuela en este medio abigarrado de grupos étnicos disímiles. A la gente se le ve feliz y relajada. Más relajados que nosotros, agotados todavía por sucesivos madrugones y el baño-sauna de Managua. Oímos en la radio, mientras nos duchamos, que «el merengue está sustituyendo a la salsa por intereses comerciales». No lo entendemos muy bien, pero recordamos que en Santo Domingo debe estar a tope el Festival del Merengue. Pasan a continuación un merengue dominicano, que nos confirma que los tiros iban en esa dirección.

Establecemos los contactos para nuestra entrevista con deportados para mañana y nos vamos a la cama. Nos adelantan ya que, dado el escaso tiempo del que disponemos, es probable que no podamos llegar a verlos a todos. Algunos tienen aquí a familiares venidos de visita.

Deuda externa y Festival de la Juventud

La radio nos despierta el día Santiago, con amplios comentarios sobre los dos grandes temas informativos de estos días: la deuda externa y el Festival de la Juventud de Moscú. Radio Rebelde conecta con Radio Caracol de Colombia, a las ocho de la mañana, para informar en directo de la pérdida de un avión que ha caído en La Amazonia.

La deuda externa latinoamericana se empezará a discutir en La Habana a partir del día 30. La emisora conecta con Montevideo, desde donde Liber Segregni, que será uno de los participantes, dice que ha acogido con simpatía la propuesta de Fidel.

Movemos el dial y captamos «Radio Martí», desde donde se acusa a Cuba y Nicaragua de traficar con drogas. Cita también a Fraga —Iribarne, dicen ellos— para usarlo contra Fidel. Se oye un ruido de fondo pero se capta bien.

Gestiones en Cubana

Salimos a dar una vuelta y arreglar nuestro vuelo de salida en Cubana de Aviación. Sólo trabajan los imprescindibles, que nos atienden con parsimonia pero eficazmente. Hoy y mañana, nos dicen, son días feriados: En la calle, ya de regreso al hotel, donde hemos que-



Vista de La Habana tomada desde el piso 24 del Havana Libre, en la que destaca la imagen de la virgen sobre una iglesia.

dado citados con algunos de los deportados, un joven bien vestido se ofrece a cambiarnos dólares en mercado negro. Le ponemos mala cara y sigue como si tal cosa. Luego volverían otros con el mismo tipo de ofertas.

Ayer, la del banco del aeropuerto adonde nos habíamos dirigido a cambiar cien dólares, nos había dicho que no necesitábamos cambiar los cien dólares que le habíamos presentado, que cambiáramos la mitad y que ya era demasiado. No lo entendimos en el momento. Si cuando comprobamos que el resto de nuestros pagos los podíamos —y debíamos— efectuar en dólares, en los lugares previstos para turistas. Cuando reemprendamos vuelo todavía tendremos que devolverle la mayor parte de esos cincuenta cambiados a pesos.

A comer, al Moscú

Por no comer en el Hotel, para no ser espiados por los «agentes» y porque aquella «mesa sueca» de ayer noche no nos había satisfecho demasiado, pedimos a nuestros guías que nos llevan al Moscú, donde nos despachamos con cangrejo ruso y un cochinillo asado, rociados por una botella de vino búlgaro, más que aceptable.

Encontramos a nuestros compatriotas en excelente estado moral y físico. A nuestra pregunta de cómo los tratan nos responden diciendo que nos van a entre-

gar un libro en el que se recoge una entrevista concedida por el comandante Fidel Castro Ruiz, primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros, a Ricardo Utrilla y Marisol Marín, de la Agencia «Efe». La entrevista se efectuó el 13 de febrero de este año de 1985, «Año del Tercer Congreso», y fue sólo parcialmente reproducida en los diarios de aquí.

Decidimos entresacar de ella, pues es muy larga, todo lo que hace referencia a los deportados vascos y a Euskadi, en general. Es la mejor manera de hacernos una idea objetiva de la consideración que nuestros compatriotas deportados a ese país merece a su máxima autoridad.

Por la tarde salimos a pasear por el malecón. Esta vez, acompañados de familiares y de un ex-pelotari marquines que decidió quedarse, cuando se cerraron los frontones de La Habana y el resto de compañeros suyos «eligió la libertad».

De pelotari a técnico de aviación

Hasta no hace muchos años, los pelotaris jubilados que en Markina eran legión, soñaban con encontrar un trabajo, así fuera de guarda, en Esperanza y Cía, S.A., la fábrica de morteros que daba trabajo a más de la mitad de la mano de obra del pueblo. Eran años de contratos

importantes con egipcios y no egipcios, y de visitantes ilustres a «la fábrica», como se la conocía.

Era frecuente la imagen de gente, todavía joven, que había salido a Mallorca y Zaragoza con 16 años, en muchos casos, que habían hecho la mili, voluntarios para hacerla antes y partir a La Habana, Miami, Tampa, Tijuana, etc., etc., como antes habían salido otros a Shangai, Manila..., desempleada, sin oficio ni beneficio, y no todos ricos, matando el tiempo en el Prado.

No faltaba en la Markina de los años cincuenta el pelotari casado con «la japonesa», «la filipina», la cubana, la mexicana. Y estaba «Australia» y tantos americanos, que no necesariamente habían sido pelotaris, pero que encontraban en la salida «fuera» el mejor medio de «mejorar» y retirarse al pueblo.

Creo recordar que «el grande» de La Habana era el frontón que consagraba a los buenos y a los más fuertes. Y era «el grande», porque en esa capital soñada para los pelotaris había otro más pequeño. En estos frontones jugó nuestro marquín afincado en Cuba y él fue tal vez el único que se quedó al triunfo de la revolución. Otros, que se fueron, y que ya eran maduros para empezar en otro sitio, terminaron haciendo lo que se podía.

A nuestro cubano le dieron la oportunidad de aprender y formarse, y hoy es

uno de los cuatro que tienen la responsabilidad de revisar los instrumentos de control de vuelo, el tablero en el que se refleja la salud de los grandes reactores que vuelan por todos los cielos.

Fernando nos habla de todo ello con orgullo y con reconocimiento hacia el país que le dio esta oportunidad. Que le hayan tachado de comunista no le importa, a estas alturas, ni poco ni mucho. Está casado con una vasca que comparte con nosotros el segundo apellido y tiene dos hijos: uno es ingeniero químico y la otra socióloga.

La encina de Xemein

En realidad, Fernando es de Xemein. De en frente a la parroquia y de al lado de «Esperanza». Le preguntamos por la encina que había —y que hay, esperamos— al lado de su casa. Se emociona. Le decimos que también nosotros, como él, necesariamente, hemos pasado horas muertas encaramados a esa encina vieja y llena de posibilidades infantiles.

Ni asiente ni niega cuando le preguntamos si también él meó alguna vez desde ella o se escondió para oír y sorprender a los paseantes. A estas alturas de la conversación, totalmente en un euskara precioso —Markina, como Tolosa, siempre han tenido fama por su buen hablar euskaldun, al margen de teorías más científicas— sólo asiente con la cabeza y con los ojos, unos ojos ex-

pertos y responsables que revisan modernos reactores y que fotografiaron la entrada de Cienfuegos y Fidel, sus primeras declaraciones televisivas, sus primeros paseos triunfales por La Habana.

Nos lleva a su casa y nos muestra sus pelotas, una usada y otra sin estrenar. Le explica a Jon cómo se hacen. Y husmeo por la casa y me apercibo de la cesta que cuelga en la entrada: la última que él usó. Hablamos del cestero de Markina, el padre del fenómeno Orbea. También a él, como a este Fernando, les dieron su pelotazo en la cabeza, cuando los delanteros no llevaban casco. Ya había clasificado yo como delantero antes de que nos lo dijera, por su aspecto y por el tamaño de la cesta. Hay cosas que no se olvidan.

Nos esforzamos por reconstruir Markina. Una Markina que ambos conocemos mejor en su versión de los años cuarenta y cincuenta que en la de hoy. Nos dice que ha vuelto dos veces, con un intervalo de diez años, y que eligió la aviación, entre otras cosas, porque le hacía sentirse más cerca de Markina. Para viajar con más facilidad. Los próximos diez años se cumplen pronto, pero ya no viven sus padres, aunque sí sus hermanos y sobrinos, y le animamos a hacer el viaje de cada diez años. Ni asiente ni niega. Sólo sueña. Y nosotros le prometemos averiguar si la encina sigue allí y si los niños siguen subiendo a ella.



El hijo de Urbiaga —Cuba— de la mano de su padre y Carlos Ibarguren. En segundo plano, Jon Idigoras.

¿Qué pasa con los etarras, comandante?

El 13 de febrero de este año, bautizado en la República de Cuba como el «Año del Tercer Congreso», Fidel Castro concedió una entrevista al director de la agencia española de noticias «Efe», Ricardo Utrilla, y a la periodista de la misma agencia Marisol Martín. En su día, «Efe» proporcionó a sus abonados un resumen de la misma, que fue difundida, entre otros diarios, por este mismo EGIN.

La conversación ocupaba doce apretadas páginas de «Gramma», órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, que lo dio en versión completa y taquigráfica el 21 de febrero, una semana después. Posteriormente, con el título de «Sobre la deuda impagable de América Latina, sus consecuencias imprevisibles y otros temas de interés político e histórico», la Editora Política la hizo pública en un libro de 132 páginas.

Dentro de la «conversación», que es como la denomina «Gramma», hay varias preguntas y respuestas relacionadas con los deportados vascos y con ETA, que recogemos de ella y las transcribimos en su totalidad. Concretamente, lo reproducido ocupa desde las páginas 22 a la 36 del citado libro, y dice así:

RICARDO UTRILLA: ¿Qué pasa con los etarras, comandante? Parece que ya llevan mucho tiempo aquí, ¿no?

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO: Bueno, hace días le expliqué a Cebrán la cuestión de los etarras.

R.U.: Sí, pero pasó por encima, no dio detalles de...

F.C.: Sí, y yo le puedo explicar lo que usted quiera.

Los etarras están aquí a solicitud del Gobierno español. Nosotros no tenemos interés de ninguna clase en vernos involucrados en eso, pero los franceses arrestaron a algunos etarras y los deportaron a distintos países; se suponía que distintos países de América Latina los iban a reci-



Fidel, Fidel...

bir, entre ellos Panamá. Me parece que Panamá se comprometió a tenerlos allí unos días. Ocurrió después que ningún otro país estaba dispuesto a recibir este grupo de etarras. Entonces, tanto los españoles como los panameños nos solicitaron insistenteamente que los recibiéramos. Esto, para nosotros, de todas formas, entraña riesgos, porque, como yo decía, no queremos aparecer ni cómplices, ni carceleros de los etarras.

Los etarras, naturalmente, son gentes que tienen sus ideas; son gentes tenaces, persistentes y militantes. Nosotros no los podemos tener aquí presos. Nosotros no queremos convertirnos en guardianes ni en centinelas de los etarras; tampoco queremos ser cómplices. La posición nuestra es inmisericordia para nada en ese problema de España, es la posición que hemos adoptado y que seguimos rigurosamente. Incluso, los etarras han solicitado contactos con nuestro Partido para exponeles sus posiciones, sus puntos de vista, y

nosotros, acorde con esta política, hemos evitado ese tipo de contacto.

R.U.: ¿Entonces no ha habido contactos entre la ETA y el PCC?

F.C.: No, no ha habido contactos entre la ETA y el PCC, como no sean los contactos realizados cuando ellos iban a venir, que se habló de que vinieran para acá, ya que una de las condiciones que planteamos fue que si venían a Cuba debía ser voluntariamente y no por la fuerza. Se les explicó la situación que había, y que ellos decidieran. Ellos debían decidir libremente. Nosotros no estábamos dispuestos a aceptar los etarras (traídos por la fuerza). Planteamos además, que en ese caso ellos debían comprometerse a permanecer en Cuba seis meses. El Gobierno español quería un compromiso de mayor tiempo. Incluso se habló de dos años, pero nosotros aceptamos proponerles a los etarras sólo seis meses.

R.U.: Que ya han transcurrido largamente, ¿no?

F.C.: Si, han transcurrido los seis meses.

Es decir, hubo compañeros del Gobierno que hablaron con ellos y hay funcionarios que mantienen la atención a ellos en el terreno de sus necesidades prácticas, o de sus trámites legales, o de cualquier tipo; pero lo que no ha habido es contactos de tipo político, discusiones de tipo político con ellos, aunque ellos han planteado sus deseos de exponer sus problemas.

Eso, desde luego, no tendría nada de particular, e incluso no constituye una falta, ni constituye una agresión a España, que nuestro partido escuche la exposición de sus ideas y puntos de vista, pero nosotros, incluso hemos evitado ese tipo de relaciones políticas, para no incurrir en los riesgos de que se nos pretenda implicar en ese problema de España.

Ahora se han cumplido ya los seis meses, efectivamente, pero ellos no han incumplido su compromiso de permanecer un mínimo de seis meses; tampoco los vamos a expulsar del país. Hay una situación de hecho; no vamos a prohibir que salgan, ni mucho menos. Si no tienen otro lugar donde estar, por un elemental sentido de humanidad estarán aquí y serán tratados con todo respeto; cuando quieran marcharse del país, podrán marcharse, es su libertad. Yo no sé lo que ellos piensan en realidad, pero son libres de marcharse del país si lo desean, y si no tienen a donde ir, nosotros no los vamos a expulsar, ni les vamos a negar la hospitalidad que fue concedida, precisamente, a solicitud de otros gobiernos; no fue una iniciativa nuestra. Eso es lo que puedo explicarle con relación a este problema.

MARISOL MARIN.: ¿Había alguna otra condición de ustedes, aparte de la de estar seis meses?

F.C.: Bueno, seis meses, y que vinieran voluntariamente. Es decir, que no los trajeran por la fuerza era la otra condición. El compromiso de estar esos seis meses era el tiempo que les habíamos propuesto. Han pasado ya los seis meses. Les propusimos un breve periodo para que no fueran a pensar que nosotros queríamos tenerlos retenidos aquí. Nosotros les dijimos que los recibíamos con la condición de que ellos aceptaran el compromiso de permanecer seis meses en Cuba.

R.U.: ¿Ellos lo aceptaron?

F.C.: Ellos lo aceptaron, no vinieron aquí por la fuerza, y yo no he tenido noticias desfavorables sobre su comportamiento en Cuba.

No están presos, me imagino que tengan visitas. Aquí vienen muchos españoles; aquí vienen muchos turistas españoles y me imagino que tengan contactos con los españoles. Nósotros, no los andamos vigilando, lo que nos interesa es que respeten las leyes de nuestro país, pero todos nosotros hemos sido perseguidos de alguna manera o de otra, hemos estado exiliados o hemos estado presos, y sabemos lo que hacemos todos en esos casos: si es-

tamos exiliados, tratamos de mantener los contactos, y cuando estamos clandestinos también. Son cosas que no las puede evitar nadie; en realidad, ni es nuestra obligación. No son funciones que nos corresponden a nosotros. Me imagino que en otros países viven algunos de ellos, no sé si por fin México aceptó algunos, si Venezuela aceptó otros.

M.M.: Los están mandando a África. Mandaron los últimos a Togo y Cabo Verde.

F.C.: Si los etarras y también el Gobierno lo solicitan, nosotros no tenemos inconveniente en que estén aquí o vengan aquí en las mismas condiciones que vinieron los otros. En eso no creo que haya problemas insalvables.

R.U.: ¿Recibirían más?

F.C.: Miren, yo no me atrevería a darle una respuesta categórica en este momento. Tendríamos que analizarlo, porque siempre hay riesgos políticos. Si de repente todos los etarras vinieran para Cuba, los enemigos de nuestras relaciones con España van a empezar a intrigar y a decir que nosotros somos cómplices de los etarras, o somos responsables de cualquier cosa que hagan los etarras. En realidad, debemos tener en cuenta que tal cosa se prestaría a una propaganda calumniosa y falsa con nuestro país.

Lo que yo decía: bueno, si no tiene dónde los lleven y fuera necesario y lugar donde se les trate con respeto y debidas consideraciones humanas, condiciones de voluntariedad y compromiso mínimo de estancia, pudiera pensarse en esa solución. No lo estamos ofreciendo, lo digo como una posibilidad mi me dicen: quieren mandar a los etarras y no tienen ningún lugar del mundo donde mandarlos, y los van a mandar Sudáfrica o a cualquier otro lugar por fuerza, yo analizaría otras alternativas. Si, he oido decir que los van a mandar Cabo Verde, yo no sé cuáles serán condiciones en que estarán allí.

El problema no nos conviene a nosotros, pero no les tenemos miedo a los problemas, y la razón por la que tomamos aquella decisión fue por consideración a España, consideración a Panamá y consideración a los etarras también, porque bien con los Gobiernos de Panamá y España tenemos consideraciones políticas con los etarras podemos tener consideraciones humanas.

Pero no tenemos ninguna responsabilidad con este tipo de problemas, y cre que nadie pueda acusarnos, ni podrá acusarnos; si lo hacen, lo harán gratuitamente, como de tantas otras cosas que nos acusan a nosotros, pero no tendremos



En la Revolución, un lema para un pueblo en lucha.

fundamento serio para decir que nos inmiscuimos en asuntos de esta naturaleza en España, porque no pensamos inmiscuirnos.

R.U.: Si le parece, Comandante, pasemos entonces a los temas latinoamericanos y empezar por...

F.C.: No... sí, sí, la respuesta fue un poco extensa, pero usted puede escoger materiales. Quise dar detalles.

Los temas éstos, ya usted sabe lo polémicos que van a ser, se lo imagina, y lo de la OTAN...

R.U.: Sí, el de la OTAN es muy polémico.

F.C.: Yo se lo digo con toda franqueza, ya que usted me lo preguntó.

M.M.: Falta un tema en el apartado de España, que yo creo que es inevitable.

R.U.: ¡Ah! Gutiérrez Menoyo.

F.C.: No se vayan a olvidar de Gutiérrez Menoyo, porque se van a buscar un dolor de cabeza.

R.U.: A mí se me había olvidado.

F.C.: ¿Qué quieren que les diga?

R.U.: Bueno, diciéndolo un poco brutalmente, en España se ha llegado a decir incluso, que usted lo retiene como rehén para un eventual viaje a España o para un viaje de Felipe aquí...

F.C.: Le voy a decir con toda franqueza: lo de Menoyo no tiene nada que ver con

que viaje a España o no viaje a España. Sería absurdo, y estaría contra nuestra dignidad, no le voy a decir solamente contra nuestros principios, contra nuestra dignidad, ponernos a negociar la libertad de alguien con el propósito de hacer una visita o de que me inviten a España.

Ese tipo de acciones que pueden atribuirnos nuestros enemigos, y es lógico que tengan que hacerlo, son completamente ajenas a la historia y al estilo de nuestra Revolución y de mi propio estilo. Si nosotros consideramos que un individuo debe estar cumpliendo una sentencia porque hay razones absolutamente justificadas para ello, ese principio, ese punto de vista no lo cambiamos por nada, ni por todo el dinero del mundo, ni por cien viajes a España, por supuesto.

Más fácil es que nosotros resolvamos un problema de esta naturaleza por razones de consideración con el Gobierno español, de consideración personal con Felipe, puesto que sabemos que atacan a Felipe injustamente, lo presionan, lo tratan de poner en situación embarazosa con motivo del asunto de Menoyo; únicamente por consideraciones personales a Felipe es que nosotros incluso hemos estado dispuestos a discutir el asunto. Y a decir verdad, me gustaría en esta cuestión la posibilidad de dar una prueba de consi-

deración personal a Felipe, como lo hicimos con los etarras que, como le expliqué, fue una prueba de consideración con Felipe, con el Gobierno español, también con el Gobierno de Panamá y, por último, con las personas que han sido objeto de estos arrestos y expulsiones de Francia.

Ahora, hay una razón perfectamente clara por la que nosotros no podemos poner en libertad a Menoyo, y, créame, que con relación a Menoyo nosotros no albergamos el más mínimo espíritu de revancha ni de venganza. Allá en España está Cubela, por ejemplo, que fue arrestado y sancionado hace muchos años por uno de los delitos más serios: por haber sido agente de la CIA y haber introducido en Cuba las armas, de acuerdo con la CIA, para realizar un atentado contra mí, un hecho realmente grave; y hace años ya, más de cinco años que está Cubela en libertad, como muchos otros que, sin que lo haya pedido nadie, les hemos reducido la sanción; los hemos puesto en libertad y están en España o en Estados Unidos o en otros países.

Ahora Menoyo es el jefe de una organización contrarrevolucionaria, Alfa-66, que actúa desde Estados Unidos, desde Miami, que ha realizado infinidad de ataques piratas a nuestras embarcaciones, instalaciones portuarias, que ha filtrado en numerosas ocasiones elementos mercenarios armados en nuestro país para realizar atentados y sabotajes a lo largo de muchos años. Gente vinculada a Alfa-66 fueron responsables del repugnante sabotaje al avión de la línea aérea cubana en Barbados, que costó la vida a más de 70 personas, entre ellos el equipo juvenil nacional de esgrima, y Menoyo es el jefe de esa organización. Puedo tener el deseo personal de tener una consideración con Felipe, pero ¿debo olvidar los intereses de Cuba y los intereses de nuestro pueblo? Cuando Menoyo desembarcó aquí con un grupo de mercenarios armados, procedente de Estados Unidos y en las inmediaciones de la Base Naval de Guantánamo, cometió con ese solo hecho un delito sumamente grave.

Yo le advierto que lo que hizo Menoyo merecía una sanción mucho más alta, sencillamente merecía el fusilamiento; merecía que los tribunales lo hubieran sancionado a la pena capital, porque esos delitos de traición al país, y las cosas que hizo Menoyo contra Cuba y al servicio de una potencia extranjera, son sancionados con las penas más severas. Tenga usted la seguridad de que fue una expresión de generosidad el hecho de que Menoyo, no obstante la gravedad de su traición, no hubiera sido sentenciado a una pena más rigurosa. No hemos sentenciado a un individuo por disidencia política, ideológica, sino a un individuo que desde territorio de Estados Unidos — ¡desde territorio de Estados Unidos! — organizó numerosas acciones contra el país, incluso invadirlo con elementos armados.



Un hotel en La Habana.



Los slogans en las calles de La Habana.

Yo puedo tener deseos de ser amistoso con Felipe y darle pruebas de amistad, pero no a costa de hacer algo que sería difícil de entender por nuestro propio pueblo. Cuando Estados Unidos nos está amenazando a nosotros de agresión, y de modo tal que nos ha obligado a movilizar y preparar a toda la población para defender el país a cualquier costo, sería en verdad una tontería incomprendible, y sin sentido liberar a Menoyo y enviarlo a Estados Unidos a realizar nuevas fechorías contra Cuba. ¿Qué le explicaríamos después a nuestro pueblo cuando Alfa-66 y Menoyo envíen una infiltración que le cueste la vida a un miliciano, a un obrero, a un soldado cubano? En tanto existan peligros de agresión contra nuestro país por parte de Estados Unidos, no podemos darnos el lujo de poner en libertad a Menoyo, excepto que haya cumplido su sanción.

Creo que el pueblo español, al que se trata de engañar y manipular burdamente con este tema, puede entender perfectamente nuestra posición. ¿Qué dirían los españoles si yo le planteara al Gobierno español que pusiera en libertad a los etarras que están presos? Ya que vamos a hablar de este tema, vamos a hablar con amplitud. ¿Qué dirían?

R.U.: Porque fueran de origen cubano... F.C.: ¿Qué diría el Gobierno español si nosotros le insistiéramos que pusiera en libertad a los etarras que están presos? A

decir verdad, el Gobierno español puede decir que los etarras son españoles; pero el problema es ése precisamente, que los etarras dicen que ellos no son españoles; que ellos son vascos. Y más todavía: desde el punto de vista moral, un militante etarra es mucho más respetable que Menoyo, porque los etarras no son mercenarios, creen en su nacionalidad y creen en su derecho a la autodeterminación; desde el punto de vista moral ni político, usted no puede despreciar a alguien que luche por esas motivaciones.

No voy a analizar los métodos que se empleen, si es un método u otro; estoy analizando simplemente las motivaciones. En cambio, Menoyo actúa al servicio de una potencia extranjera, y eso es un acto de traición; Menoyo es algo más que un preso político. Menoyo es un traidor al país, porque actuó desde Estados Unidos y al servicio de los intereses de Estados Unidos contra Cuba, y los etarras —que yo tenga entendido—, no están sostenidos por ninguna potencia extranjera, ni trabajan al servicio de ninguna potencia extranjera, ni son mercenarios. Menoyo es mercenario, ha actuado al servicio de Estados Unidos, al servicio de una potencia extranjera contra el país que lo acogió desde muy joven, contra el país donde vivió, y cuya nacionalidad y cuyas leyes aceptó y acató.

No se puede comparar a Menoyo moralmente con un etarra. Y si vamos a ha-

blar de esto, y si hay que hablar sobre esto y discutir este tema, estoy dispuesto a discutir con amplitud y profundidad.

Yo creo que a los españoles no les agradaría, ni al Gobierno ni a nadie, que nosotros presionáramos y organizáramos campañas para que pusieran en libertad los etarras presos en España. En eso ha traducido el caso de Menoyo, con el pretexto de que es descendiente de españoles, en un instrumento de presión campañas contra Cuba, y digo, categoríicamente, que a Cuba no se le puede presionar. Si un día la hostilidad y las amenazas de Estados Unidos desaparecen, nosotros estaríamos en más libertad, podríamos tener más lógica ponerlos en libertad a él y a otros, porque, repito, no se trata de un acto de venganza o de animadversión personal contra nadie. Nunca hemos visto las sanciones de la Revolución como un medio de venganza, sino como un instrumento de defensa de nuestro país.

Menoyo tiene una larga sanción, y le reitero que fue generosa. Se ha querido convertir este caso en un medio para presionarnos como una supuesta prueba de amistad. Si, nosotros tenemos una gran amistad con Felipe, porque yo, personalmente, le tengo afecto y respeto a Felipe, pero le tengo más amistad a la Revolución Cubana, le tengo más amistad a nuestro país, y le tengo más amistad y respeto a mi Patria que a cualquier otra persona o país en el mundo.



Con el nombre de Cuba sobre el pecho, el hijo de este deportado es un reto al futuro.

EE. UU.

OCEANO ATLANTICO

GOLFO DE MEXICO

MEXICO

BELICE

GUATEMALA

HONDURAS

EL SALVADOR

NICARAGUA

COSTA RICA
SAN JOSE

PANAMA

BAHAMAS

CUBA

REP. DOMINICANA
SANTO DOMINGO

PUERTO RICO

MAR CARIBE

CURAZAO

TRINIDAD Y
TOBAGO

CARACAS

VENEZUELA

COLOMBIA

ECUADOR

BRASIL

PERU

OCEANO PACIFICO



José Luis Elkoro con el comandante Fortes, en Mindelo (Cabo Verde).



El grupo de Togo, con Elkoro, Erauskin y el cocinero bretón.



El adiós de los deportados de Lomé, en Togo, el borde de la calzada-límite.



El panel de la pered de la casa de Lomé, realizado por Luciano Izaguirre y sus compañeros.